

SPYRIDON TRIKUPIS

HISTORIA DE LA
INSURRECCIÓN GRIEGA
IV . DESDE 1826 A 1830

Traducción de M. Acosta Esteban



Spyridon Trikupis

HISTORIA DE LA INSURRECCIÓN GRIEGA

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA Y CORREGIDA

IV. DESDE 1825 A 1830

Traducción de M. Acosta Esteban

Spyridon Trikupis

HISTORIA DE LA INSURRECCIÓN GRIEGA

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA Y CORREGIDA

IV. DESDE 1825 A 1830

Traducción de M. Acosta Esteban

Serie de Fuentes y Documentos

Director de Serie:

Encarnación Motos Guirao

Comité Científico:

Moschos Morfakidis Filactós, M^a José Osorio Pérez, Matilde Casas Olea, José Soto Chica

DATOS DE PUBLICACIÓN

Spyridon Trikupis.: *Historia de la Insurrección Griega.*

pp.: 286

1. Historia de Grecia moderna. 2. Fuentes de la historia de Grecia moderna.

© Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

C/ Gran Vía, 9 - 2º, 18001 Granada - España. Telf./fax: +34 958 22 08 74

© Manuel Acosta Esteban

Maquetación: Jorge Lemus Pérez

Diseño de portada: Konstantinos Milonas

Ilustración de la portada inspirada en la obra de Dionisos Tsokos «El asesinato de Ioannis Kapodistrias, gobernador de Grecia» Museo Benaki, Atenas

Granada 2014

ISBN de la obra completa: 978-84-95905-47-5

ISBN del tomo IV: 978-84-95905-52-9

Depósito Legal: GR 2095-2014

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin la preceptiva autorización.

A mis colegas de Filología Clásica que sintieron que Grecia no acaba en Demóstenes o Teodosio, sino abarca desde Foroneo hasta Alexis Tsipras, desde Pandora hasta la ex-reina Sofía.

...καταγόμενοι δὲ καὶ ἐκ μεγάλων προπατόρων, ὧν τὰ συγγράμματα καὶ τὰ ἔργα οὐδέποτε τοῖς ἦσαν ὀλοτελῶς ἄγνωστα, δὲν ἦτο δυνατόν νὰ φανῶσι διόλου ἀνάξιοι τῆς λαμπρᾶς καταγωγῆς των.

'...y, remontándose a grandes ancestros cuyos escritos y logros nunca les fueron completamente desconocidos, no podían mostrarse indignos del todo de su brillante origen.'

S. Trikupis, en el proemio de su Historia de la insurrección griega.

ÍNDICE

1825-26 - CAPÍTULO LX

*Nicolás es nombrado emperador de todas las Rusias.- Su política.- Protocolo del 23 de marzo de 1826.- Falsa unión entre los partidarios de Kolettis y los Peloponesios.- La III Asamblea Nacional de Epidaurio.- Características de los ganadores: Zaimis, Londos y Kolokotronis.- El nuevo gobierno.- Nuevos intentos para entronizar al duque de Orléans y opinión del duque.-.....*13

1826 - CAPÍTULO LXI

*Spetses e Hydra amenazadas por el enemigo.- Pagos para reclutamiento.- Muerte del obispo de Patras.- Traslado del gobierno a la torre marítima de Nauplion.- Regreso de Ibrahim al Peloponeso y desastres en la provincia de Kalávryta.- Leva de Kolokotronis.- Campañas de Ibrahim a Mani y otras zonas.-.....*25

1826 - CAPÍTULO LXII

*La guerra por mar hasta el fin de año.- Llegada a Grecia del barco a vapor Kartería y la fragata Héla-de.- Filohelenismo del rey de Baviera.- Conducta escandalosa de la marina austriaca.- Guerra civil en la provincia de Corinto.- La guerra en Creta.-.....*37

1826-27 - CAPÍTULO LXIII

*Campaña de Kütahi contra Atenas y toma de la ciudad.- Nombramiento de Karaiskakis como general en jefe de las tropas de Grecia Oriental.- Asedio de la Acrópolis.- Batalla de Chaidari.- Encuentro entre Karaiskakis y Kütahi.- Expedición de los tesalomacedonios contra Talandi.- Entrada de Fabvier en la Acrópolis.-.....*49

1826-27 - CAPÍTULO LXIV

*Campaña de Karaiskakis.- Atenas en su ausencia y su vuelta al Ática.-.....*69

1826-27 - CAPÍTULO LXV

*Traslado del gobierno a Egina.- Disturbios en Nauplion e Hydra.- Expediciones marítimas a Oropo y Volos.-.....*81

1827 - CAPÍTULO LXVI

*Divergencias sobre la convocatoria de un congreso nacional.- Llegada del general Church y de Lord Cochrane y nombramiento del uno como general en jefe y del otro como jefe supremo de la flota.- Carácter de Miaúlis.- El congreso nacional de Trezén.- Elección de Ioannis Kapodistrias como gobernador.- Comisión gubernamental.-.....*87

1827 - CAPÍTULO LXVII

*Acampada de Karaiskakis en Keratsini.- Batalla de la Alquería y otros combates.- Traslado de Cochrane y Church al Pireo.- Situación del Ática después de su traslado.- Muerte de Karaiskakis y revisión de su actuación en la guerra.- Capitulación de la acrópolis de Atenas.-.....*97

1827 - CAPÍTULO LXVIII

*Traslado del ejecutivo y la comisión gubernamental a Nauplion.- Combates de los jefes de guarnición entre sí y disturbios en Argos.- El almirante austriaco bombardea los barcos en el puerto de Spetses.- Expedición de Ibrahim contra Elide y Acaya.- Llegada de la flota bizantina a Neókastron y salida de la griega.- Sometimiento de Nenekos y de algunas zonas del Peloponeso.- Vuelta de Ibrahim a Mesenia vía Tripolitsá.- Expedición de Deli Ahmet a las provincias de Vostitsa y Kalávryta y su llegada junto a Ibrahim.- Operaciones navales y éxitos de los griegos.- Destrucción de Mesenia a sangre y fuego.-.....*117

1827 - CAPÍTULO LXIX

*Política exterior.- Acuerdo del 24 de junio.- Batalla naval de Neókastron.- Retirada de los embajadores aliados en Constantinopla.-.....*133

1827-28 - CAPÍTULO LXX

*Campañas de los griegos en Grecia Oriental y Occidental, Creta y Quíos.-.....*151

1828 - CAPÍTULO LXXI

*Esfuerzos de Kapodistrias en Europa a favor de Grecia después de su elección.- Su llegada a Grecia y formación del gobierno.-.....*163

1828 - CAPÍTULO LXXII

*Erradicación de la piratería.- Los sucesos de Gramvusa.- Regularización de la marina y el ejército.- Entrega de las fortalezas de Nauplion al gobierno y cambio de las guarniciones.- Venta de rentas.- Organización administrativa de Grecia.- Demolición de Tripolitsá por Ibrahim.-.....*171

1828 - CAPÍTULO LXXIII

Contactos entre el sultán y los aliados.- Declaración de guerra de Rusia a Turquía.- Contactos entre los aliados.-.....179

1828 - CAPÍTULO LXXIV

La guerra en Quios, Grecia Occidental y Creta.- Destrucción de una corbeta y un bergantín turcos en el cabo Melan (Kara Baba).- Epidemia de peste en Grecia.- El patriarcado ecuménico envía arzobispos a Grecia.- Contribuciones de Rusia y Francia.- Tourné del gobernador y formación de una comisión administrativa general.-.....185

1828 - CAPÍTULO LXXV

Personalidad del gobernador; su actuación en Grecia.- Causas y comienzo de la oposición.- Los Kunduriotis.- La banca, la acuñación de moneda y la atención a los huérfanos.- Educación nacional.- Suspensión de toda la prensa antigubernamental.- Actitud de Viaros, hermano del gobernador; y extensión de la oposición debida a ella.-.....195

1828 - CAPÍTULO LXXVI

Viaje por mar del gobernador hasta las costas de Grecia Occidental.- Entrevista de los almirantes aliados con Ibrahim.- Deserción de los albaneses en Koroni.- Su conflicto con los árabes.- Negociación de los albaneses para salir en seguridad del Peloponeso.- Asesinato de Deli Ahmet.- Vuelta del gobernador a Egina.- Nuevas desavenencias.-.....205

1828 - CAPÍTULO LXXVII

Expedición francesa a Grecia.- Acuerdo entre Codrington y Mehmet Ali y devolución de prisioneros.- Regreso a Alejandría de Ibrahim y de todas las tropas egipcias en el Peloponeso.- Llegada de los tres embajadores a Poros.- Conversaciones entre los aliados y comunicación de las mismas al sultán.- Protocolo del 4 de noviembre.-.....211

1828-29 - CAPÍTULO LXXVIII

Ocupación del golfo de Ambracia.- Acciones bélicas en Creta.- Inactividad de las tropas de Hypsilandis.- Reconquista de la casi totalidad de Grecia Oriental.- Conquista de Vonitsa.- Epidemia en Kalávryta.-.....217

1828-29 - CAPÍTULO LXXIX

Actitud de los embajadores en Poros para con el gobernador.- Negociaciones para llegar a un acuerdo.- Reacción de la Puerta y opinión de las Cortes sobre las actividades de los embajadores en Poros.- Convocatoria de un congreso nacional.-.....225

1829 - CAPÍTULO LXXX

Nombramiento de Avgustinos como lugarteniente del gobernador con plenos poderes en Grecia Continental.- Caídas de Andirrio y Naupacto.- Kütahi se retira del Epiro y es nombrado gran visir.- Política exterior y disposiciones de Inglaterra sobre levantamiento de los bloqueos en las costas occidentales de Grecia Continental.- Recuperación de Mesolongui.- Incidentes del gobernador con los franceses.- Vuelta de las tropas francesas a su país.- Empréstito de un millón de rublos por parte del emperador Nicolás.- Magnanimidad americana.-.....235

1829 - CAPÍTULO LXXXI

Circuito del gobernador por el Peloponeso.- Enmienda de la ley electoral.- Representaciones de las provincias en nombre del gobernador.- Reunión en Argos del IV congreso nacional; sus actividades.-.....243

1829 - CAPÍTULO LXXXII

Irrupción de griegos en Tebas y enfrentamientos con los enemigos en esta ciudad y junto al convento de San Juan, en el Ática.- Batallas de Aniforiti, Oropo y en las afueras de Tebas.- Nueva invasión enemiga en Grecia Oriental.- Batalla de Petra y huida de los enemigos.- Fin de la guerra por la independencia de Grecia.- Personalidad de Hypsilandis.- Después del congreso de Argos.- Nuevos donativos de Francia.- Armas regaladas por el emperador de Rusia.- Anticipo de Eynard sobre el préstamo.-.....251

1829-30 - CAPÍTULO LXXXIII

Asuntos exteriores.- Grecia es proclamada estado independiente regido por Leopoldo, de la casa ducal de Sajonia-Coburgo.-.....259

EPÍLOGO

Características de la insurrección griega.-.....265

Notas al final.-.....271

SPYRIDON TRIKUPIS

HISTORIA
DE LA
INSURRECCIÓN GRIEGA

SEGUNDA EDICIÓN
REVISADA Y CORREGIDA
TOMO IV

“Se debe considerar como la mejor educación
para la vida verdadera la experiencia recibida
de la historia, pues ésta es la única que, sin
perjuicio y en toda ocasión y circunstancia,
establece criterios sobre lo mejor.”

De las *Historias* de Polibio.

LONDRES
1860

1825-26

CAPÍTULO LX

NICOLÁS ES NOMBRADO EMPERADOR DE TODAS LAS RUSIAS.- SU POLÍTICA.- PROTOCOLO DEL 23 DE MARZO DE 1826.- FALSA UNIÓN ENTRE LOS PARTIDARIOS DE KOLETTIS Y LOS PELOPONESIOS.- LA III ASAMBLEA NACIONAL DE EPIDAURO.- CARACTERÍSTICAS DE LOS GANADORES: ZAÍMIS, LONDOS Y KOLOKOTRONIS.- EL NUEVO GOBIERNO.- NUEVOS INTENTOS PARA ENTRONIZAR AL DUQUE DE ORLÉANS Y OPINIÓN DEL DUQUE.-

Al subir al trono de Rusia tras la muerte de Alejandro entre conspiraciones, enfrentamientos, derramamientos de sangre y asechanzas¹, Nicolás decidió, dejando a un lado la cuestión grecoturca, dirimir sus diferencias con la Puerta por medio de la fuerza y, tras dirigir sus tropas hacia Besarabia, le hizo saber a través de Mintsiakii que habría guerra si en el plazo de seis semanas no había restablecido la situación anterior a 1821 en Moldavia y Valaquia, puesto en libertad a los representantes de Serbia encarcelados y enviado plenipotenciarios, según las cláusulas, para negociar los demás contenciosos pendientes.

Todas las mediaciones de las Potencias junto a Alejandro estuvieron consagradas al mantenimiento de la paz, mientras la Puerta no hacía más que ladrar fanfarronamente. Pero cuando el nuevo emperador anunció que rechazaba toda intermediación extranjera y que tenía decidido obtener satisfacción por el uso de las armas, la Puerta obedeció aterrorizada y prometió restituir a los principados el *status* anterior a 1821 dentro del plazo fijado de seis semanas; y lo restableció al poco tiempo excarcelando a los representantes de Serbia, enviando plenipotenciarios a la ciudad rusa de Akkerman² y firmando la convención que le dictó su rival. Al

¹ Conflicto sucesorio con su hermano Constantino y revuelta de los decembristas.

² Actual Bilhorod-Dnistrovskiy, Ucrania.

emprender tal ruta, el nuevo emperador consiguió por fin lo que durante todo un lustro habían pugnado en vano por conseguir su blando predecesor y las Potencias mediadoras.

Inglaterra, aunque rechazaba ejercer el protectorado, no cesó de desbaratar todo intento de pacificación de Grecia. Como queda dicho, se marchó de las conversaciones que se celebraban en San Petersburgo sobre la cuestión griega con el pretexto de que ninguna de las partes enfrentadas solicitaba ni aceptaba su intervención según el acuerdo; pero, una vez que Grecia invocó su protección, reparó en que disponía de un motivo razonable para reanudar las negociaciones interrumpidas con Rusia sobre el tema y, al ascender Nicolás al trono, envió a Wellington para felicitarle y hablar con él; envió también a Stratford Canning como embajador a Constantinopla.

Dicho embajador, habiéndose propuesto saber qué pensaban los griegos sobre el acuerdo adoptado, arribó durante su viaje frente a Hydra, a finales de diciembre (1825); allí vio en primer lugar a Miaúlis y Tombazis a título particular y, tras éstos, a Mavrokordatos y Zografos, que habían sido enviados por el gobierno. Después de una larga conversación extraoficial entre ellos sobre un acuerdo que tuviera como base la autonomía de Grecia y un simple vasallaje a la Puerta, zarpó rumbo a Constantinopla, donde disfrutó de una recepción brillante, pero no amistosa; en principio no hizo ninguna propuesta sobre Grecia, pues la Puerta decía abiertamente que “no era aceptable ninguna mediación extranjera entre amo y súbditos, ni tolerable ningún intervencionismo”. Tampoco aceptaba que lo que Inglaterra buscaba principalmente con el acuerdo greco-turco era protegerla de la guerra contra Rusia.

Pero mientras ella ponía dificultades, Wellington halló al nuevo emperador proclive a reanudar las negociaciones anglo-rusas sobre el conflicto greco-turco, rotas por su predecesor, y a una decidida colaboración en la pacificación y definitiva constitución de Grecia. “Debemos concluir lo que hemos comenzado”, respondió el emperador a Wellington cuando éste le proponía la paz. Con esta condición firmaron las dos cortes el 23 de marzo un protocolo con los siguientes contenidos:

“Que Grecia se independice del Imperio Otomano a cambio de un impuesto anual.

Que sea gobernada por Autoridades de su elección, con la aquiescencia de la Puerta a dicha elección.

Que disfrute de plena libertad religiosa y comercial y de completa autonomía exterior.

Que los habitantes turcos de Grecia vendan sus propiedades y abandonen aquella tierra.”

Con tal iniciativa, las dos Potencias renunciaban a toda expectativa particular; y, puesto que la cuestión griega no era un problema inglés ni ruso, sino de Europa, una cuestión de necesidad y no de elección, de concesiones y no de provecho, se comprometieron a recabar juntas la colaboración de las demás grandes Potencias en los mismos términos. En nada difería este protocolo en sus términos políticos del plan ruso sometido a consideración y rechazado hacía menos de dos años. Si hubiera sido aceptado entonces, se habría evitado tanto drama humano de una población librada al hierro y al fuego en ese lapso de tiempo. Ésta era la política exterior referente a Grecia en aquel momento; en el interior, así iban las cosas:

La mayoría de los griegos consideraban los congresos nacionales como la panacea de los males patrios, mientras los más avisados los veían como una forma decorosa de alternancia en el poder. La oposición reclamaba la convocatoria de la asamblea nacional para su vuelta al ejercicio del mismo a través de ella, y los que estaban en él la rechazaban para conservar el mando. Ahora bien, en las presentes circunstancias su reunión era realmente necesaria, porque el gran peligro por el que pasaba la patria exigía una reforma del sistema político y un gobierno que tuviera fuerza legal para negociar el remedio en el exterior. Inglaterra, que no había aceptado el protectorado para no provocar una guerra injustificada contra la Puerta, se apresuró a ofrecer su mediación de paz y Grecia, en peligro de aniquilación, estaba obligada a aceptarla, pero no podía nunca esperar firmemente una plena y completa independencia a través de esta misión de paz. La mediación se basa en la cesión mutua de las partes que la aceptan. Este era el principio que había puesto Canning como base, según hemos visto, y sobre dicha base proponía la intervención de su gobierno, pero la constitución de Grecia era inflexible en este punto: sólo el congreso nacional era capaz de modificar la ley fundamental, cuya vigencia era plena. Así, después de dos años, el congreso de Astros dispuso la convocatoria de la tercera asamblea para revisar la constitución. Por esta doble razón el gobierno, por circular de 25 de septiembre, hizo un llamamiento a las provincias para que eligieran a dos delegados por cada buleuta y los enviaran a Nauplion, o al lugar que se juzgara adecuado, para el comienzo

de los trabajos de la asamblea nacional el 25 de diciembre. Acabó el plazo y los delegados no aparecieron; hicieron un segundo llamamiento a principios de 1826 en Mégara pero los delegados, más influidos por los mayoritarios peloponesios que por el gobierno, se reunieron en Epidauró, sede del primer congreso nacional.

Los notables peloponesios, que poco antes habían suscrito y hecho propaganda a la causa del protectorado británico, mostraron una favorable disposición a aceptar la mediación inglesa y se esforzaron afanosamente en remover todos los obstáculos; pero el mayor obstáculo resultó ser la política de los partidarios de Kolettis, que propugnaban la ascensión al trono griego de la dinastía de Orléans.

Gran afán tenían los amnistiados por separar a Kolettis de Kunduriotis, con la promesa de compartir con él el poder en la presente asamblea, donde la influencia de ambos se presagiaba como arrolladora. Kolettis se resistía al principio pero, viendo segura la caída de su colega, cedió en secreto a las proposiciones de sus hasta entonces adversarios, con la condición de que contribuyeran a la entronización del segundo hijo del duque de Orléans. Al ponerse en marcha este plan se frustraba el del protectorado inglés, tan caro a los amnistiados; pero éstos, al contemplarlo con razón como irrealizable –pues no estaba de acuerdo con él ni el propio gobierno francés, al que se pedían contrapartidas–, asintieron con la condición de que previamente se solicitara al propio duque su opinión y consejo sobre el tema en cuestión, en evitación de un posible fracaso. Aprobada esta cláusula, se envió al duque una requisitoria secreta firmada por los de Kolettis y algunos de sus rivales peloponesios partidarios de Inglaterra, la cual contenía las cuatro preguntas siguientes:

“¿Se autorizaba a Grecia a elegir como jefe del Estado a algún miembro de las casas reinantes?

¿Aceptaba el elegido dicha elección?

¿Cuál era la constitución más conveniente?

¿Iría el rey pariente del elegido en auxilio de los griegos y mediaría con las otras cortes para reconocer la elección y la independencia de la nación?”

Aleccionados de esta forma por los peloponesios y esperando compartir con ellos el poder, los de Kolettis fueron neutralizados en la asamblea, tanto más cuanto sus nuevos aliados veían ineficaz la mediación inglesa que ellos tanto estimaban, ya que la Puerta no la aceptaba.

Tres eran los hombres fuertes en la asamblea, y los tres del Peloponeso: Zaímis, Londos y Kolokotronis.

Cada vez que estos tres estaban de acuerdo, su voz era la de todo el Peloponeso; pero cada vez que disentían, también disentía todo el Peloponeso; los hemos visto prestar grandes servicios a la patria, alzar las manos implacables para subvertir lo establecido y ser la causa de grandes males, pero también borrar después sus tremendas faltas con un comportamiento digno de todo elogio y apoyar magnánimamente la agitación del Peloponeso contra Ibrahim. Los tres fueron aplastados en la segunda guerra civil y señalados como enemigos de la patria, pero al poco fueron elevados por el curso de los acontecimientos, ensalzados por el pueblo en pena como salvadores y encargados del mando supremo, dejando así en ridículo a sus todopoderosos enemigos.

Zaímis, más fuerte aún que su poderoso padre, sobresalía entre todos los notables del Peloponeso; se distinguió en la guerra por su moderación para con los enemigos, su sinceridad para con los amigos y su clemencia para con los suplicantes; era altanero como ninguno de los líderes griegos pero, apocado por naturaleza, no tenía grandes planes; su prudencia era proverbial y puro su patriotismo, pero ensombrecía estas virtudes una pretenciosa arrogancia que lo lanzó a la rebelión; su mirada era imperiosa, su porte asiático, digno su aspecto y su paso amenazante. “¿Es Zaímis o Ibrahim?” decían al verlo pasar. Su instrucción era escasa, pero su amplia inteligencia la hacía grande; encantaba a los que le oían con su natural facilidad de palabra y les caldeaba los corazones con sus exhortaciones patrióticas; su patriotismo no se acababa en el Istmo, como el de algunos conciudadanos suyos; su patria era toda Grecia y luchaba por la liberación de Grecia entera. La burda distinción entre indígenas y de fuera no entraba en su alma: consideraba igual de griegos a todos sus congéneres que creían en Cristo y estaban sometidos a un yugo extranjero; afrontaba gozoso los peligros para animar al pueblo, aunque no era belicoso: distaba tanto de apetecer la gloria militar, que se reía de sí mismo por su cobardía en las guerras; estando en peligro la patria, al ser nombrado presidente del gobierno olvidó su justificado odio hacia Karaiskakis y, con vistas al bien común, le dio todo el poder que sólo se da a los amigos de confianza. “Quiero que la patria se salve –dijo–, me da igual que mi enemigo se engrandezca.” Cuando el incontenible avance de los egipcios, entró en el Peloponeso, aunque era un proscrito, y dijo a sus conciudadanos cuando lo vieron sin esperárselo: “Vengo a morir con vosotros.” Su orgullo sufrió cuando el escrito redactado en Zacinto sobre la protección inglesa contemplaba a Kolokotronis

como jefe del Peloponeso; pero, como en aquellos difíciles momentos se consideraba lo mejor, lo firmó y dijo a Kolokotronis delante de todos: “No te cedería la preeminencia si no viera a la patria en peligro.” Por la misma razón se puso voluntariamente a las órdenes de su adversario durante todas las expediciones de Ibrahim. Tenía este hombre una particularidad propia: era orgulloso, pero encantador. Partidarios y rivales lo estimaban por su carácter y sus virtudes sociales. “Muchas veces me he enfrentado políticamente a Zaímis –decía Kolokotronis–, pero nunca le he odiado”.

Inseparable de Zaímis, de la misma política irrenunciable y de los mismos sentimientos para con Grecia entera y todos los griegos era su primo, Andreas Londos, hijo de un padre excelente que había sido decapitado en prisión por la autoridad turca. Tenía una personalidad completamente caballeresca; a menudo se desviaba por extraños vericuetos pero, como hombre bondadoso que era, siempre estaba dispuesto a congraciarse con los que mandaba o satisfacer a cuantos causaba daño. Alejado habitualmente de la política, amaba la vida militar; por lo cual, en este dúo Zaímis era considerado con justicia el cerebro y Londos el brazo ejecutor. A causa de su permanente unanimidad, los dos recibían un único y mismo nombre: los Andreas.

Si Zaímis destacaba entre los políticos, Kolokotronis, hijo y nieto de valientes luchadores contra los turcos, destacaba entre los militares. De joven aprendió las primeras letras y, como muestra de su disposición para quienes y sobre lo que escribía en sus campañas de la guerra, solía firmar con diferentes estilos de la inicial de su nombre, la Θ . Era muy sañudo o colérico y poco simpático o amistoso. Tenía una mirada salvaje, pero un corazón tierno. Se expresaba con naturalidad a través de cuentos y fábulas. Era muy querido por la gente del Peloponeso y su devoción por éste le venía de familia. Cuando deambulaba por el Peloponeso ya como *kleftis* ya como *harmatolós* o bien servía en el Heptaneso bajo enseña extranjera, siempre tenía en su mente la libertad de la patria y rechazaba hacer la guerra en lugares desde donde no podía ver sus montañas. Ni se vanagloriaba en sus éxitos ni se hundía en sus fracasos. Se le acusaba de no haber traspasado nunca el Istmo en campaña, pero envió muchas expediciones para proteger a los que allí luchaban. Era adicto a las revueltas y amaba más que ninguno de los militares mezclarse en cuestiones políticas, que nunca se le dieron bien pues, por desconocimiento y a pesar de su sentido común, se dejaba llevar por sus intereses y ocurrencias. Habiendo dejado a su muerte un pequeño patrimonio, aunque era poco dado a gastar, dejó en mal lugar la

opinión general de que no tenía las manos muy limpias. Dos fueron, decía, sus mayores éxitos en la guerra: acostumbró a los aldeanos del Peloponeso a no huir al ver turcos y a no prosternarse al ser vencidos. Tal era el trío que dominaba en el congreso y actuaba de consuno.

Los principales trabajos del congreso fueron la revisión de la constitución y la negociación entre Grecia y la Puerta a través de una mediación extranjera. El tiempo y la experiencia demostraron que la constitución necesitaba ser reformada; su mayor fallo era la injerencia del ejecutivo en el cumplimiento de las leyes y, a consecuencia de dicha injerencia, el debilitamiento del poder legislativo. Tal intervención, perjudicial en tiempo de paz, resultaba mortal en tiempo de guerra.

Antes de comenzar el congreso se publicó un proyecto que, debido a las terribles circunstancias del momento, transfería todo el poder, excepto el judicial, a una comisión provisional trimembre que ponía en práctica las disposiciones de los ministros por medio de un único secretario general, editaba decretos que tenían provisionalmente fuerza de ley, suprimía los numerosos mandos provinciales, administraba a través de cuatro autoridades interdependientes Grecia Continental, el Egeo, el Peloponeso y Creta y tomaba por sí sola las medidas internas y exteriores para la salvación y el bienestar de la patria. El plan reclamaba también la suspensión de la constitución hasta que concluyera, como de costumbre, la guerra anual y fijaba el regreso de los delegados para la reanudación de los trabajos en noviembre. Este proyecto fue objeto de muchas reflexiones y deliberaciones por el tiempo en que se dio a conocer, pero no contó con muchos defensores entre los delegados. El 6 de abril el congreso, bajo la presidencia de Panutsos Notarás, inició sus sesiones de procedimiento para reformar la constitución sobre la base del sistema representativo pero, antes de proseguir, se enteró de lo que había previsto el redactor, la agonía de Mesolongui. La noticia conmocionó al congreso. Sus importantes trabajos requerían tranquilidad de espíritu y profundas reflexiones, y el peligro estaba encima. Vio que la salvación del país reclamaba un dictador o, en su ausencia, una dictadura. Por la fuerza de tales circunstancias, adoptó la resolución publicada en el proyecto sobre el gobierno dictatorial, solicitó al redactor su desarrollo para adaptarlo a las provincias y fijó la duración de esta institución hasta finales de septiembre, pero el proyecto se vició debido a vanidades e intereses personales. Los tres miembros del nuevo gobierno se convirtieron en cinco, los cinco en siete, los siete en

nueve y los nueve en once, de forma que la multiplicación de componentes entorpeció su actividad. Fueron elegidos miembros del nuevo gobierno: Andreas Zaímis, que lo presidía, Petrobey Mavromichalis, Anagnostis Diliyannis, Yoryis Sisinis, Dimitris Tsamadós, Andreas Chatsí-Anargyru, Anagnostis Monarchidis, Andreas Iskos, Spyridon Trikupis, Ioannis Vlachos y Panayotis Dimitrakópulos. No se asoció al nuevo gobierno a Kolettis y, por este motivo, se disolvió la unión entre los de su partido y los peloponesios, calificada jocosamente con término justo por la prensa de “amistad entre lobos”. También se marginó a Mavrokordatos, por desconfianza hacia él de los que estaban en el poder.

Por si no bastaban once miembros para formar gobierno, la asamblea estableció otro comité de trece miembros, a la que llamó “comisión del congreso”, a la cual encargó la nueva convocatoria de los mismos representantes a finales de septiembre; la elaboración de las cuentas del ministerio de economía, de la caja nacional y del comité para el empréstito en Londres; la sustitución de los miembros de éste y, ante todo, la negociación del acuerdo entre la nación griega y la Puerta a través del embajador inglés en Constantinopla bajo las siguientes cláusulas:

Que los turcos no posean residencia permanente en Grecia.

Que abandonen las fortalezas en su poder.

Que la Puerta no se inmiscuya ni directa ni indirectamente en el gobierno interior de Grecia, tanto político como religioso.

Que Grecia disponga de los ejércitos necesarios para la seguridad interna y externa del estado y de la fuerza naval imprescindible para la defensa del comercio.

Que adquieran a la vez los mismos derechos y la misma condición el Peloponeso, Grecia Oriental y Occidental, el Egeo y Creta; y que adquieran los mismos derechos (en la medida de lo realizable) todas las demás regiones que tomaron las armas, o se unan al gobierno griego.

Que los griegos tengan bandera y el derecho de enviar y recibir agentes diplomáticos y de acuñar moneda.

Que Grecia, como sujeta al sultán, esté obligada a un tributo anual, o que pague de una vez una cantidad de dinero para su definitiva secesión.

Que se establezca un alto el fuego al comienzo de las negociaciones.

Que Gran Bretaña garantice el acuerdo.

Que le sea posible a la comisión modificar las anteriores condiciones con vistas a la mayor utilidad de Grecia, manteniendo no obstante inalterados

los cinco primeros artículos, y apelar a otra corte, o incluso a todas, si fracasa la negociación a través del embajador inglés.

Éstas fueron las directrices que suscribió el congreso el 12 de abril; el 14 firmó una carta, dirigida al embajador inglés en Constantinopla, otorgándole los plenos poderes solicitados en la negociación citada.

Mientras se dedicaba a la negociación con la única mediación de Inglaterra, se leyó en la asamblea una protesta de Dimitrios Hypsilandis contra la realización del acuerdo, por ilegal y antigriego. La asamblea, indignada por la protesta de un ciudadano contra la voluntad unánime de toda la nación, privó mediante decreto al reclamante de todo derecho político y lo excluyó de todo servicio militar.

Aparte de la constitución de las dos comisiones, el congreso votó un empréstito de cien mil *dístila* para sueldos y víveres con destino la flota, para aprovisionar a Mesolongui, reparación del fuerte y abastecimiento de las tropas reunidas en sus alrededores; ordenó que se negociara este préstamo en el Estado jonio y se devolviera en dos años; dispuso lo necesario para el incremento del ejército regular; ratificó los dos empréstitos en Inglaterra; prohibió toda venta de tierra nacional y anuló la ya realizada, contraviniendo el decreto XXXII del congreso nacional de Astros para el aprovisionamiento de Mesolongui y el envío de una fuerza naval para su defensa, indemnizando a los compradores; instituyó una comisión quinquemembre de la corte penal y votó las indemnizaciones a las islas navieras y la gratificación a los capitanes, comandantes, generales y jefes que habían luchado por tierra y por mar.

Por aquel tiempo los regulares habían sido reducidos a una extrema parálisis. Después de su retirada a las islas, fueron transportados a Atenas pero, al no ser bien recibidos por Guras, el hombre fuerte de allí, que en otro momento se había mostrado partidario de ellos y ahora se oponía abiertamente, se fueron a Salamina privados de los suministros. Muchos oficiales extranjeros abandonaron el servicio y se fueron de Grecia, entre ellos Reynolds, que había trabajado mucho en el entrenamiento de la caballería y había sido reemplazado por el portugués Almeyda. La malevolencia no perdonó a Fabvier por el fracaso de la última expedición regular, acusándolo unos de haberla hecho de manera inconsciente y arriesgada y calumniándolo otros de haber planeado la sujeción de Eubea a su país a costa de la sangre de los griegos; le reprochaban eso en un momento en que, habiendo muchos partidarios de Francia, Fabvier no se

mezclaba en sus planes ni en los de Roche. Indignado por los rumores y reprochando al gobierno no hacer todo lo que era necesario a favor del ejército regular, dimitió de la función; pero el legislativo, bajo cuya autoridad estaba el sancionarlo, no aceptó la renuncia. La asamblea lo llamó a Epidauró, escuchó su defensa en sesión plenaria, lo justificó, le dio las gracias y le persuadió a reconsiderar su dimisión, terminando sus trabajos el 16 de abril.

El recién constituido gobierno se encargó de enviar a Nauplion una fuerza militar antes de su traslado allí, desconfiando del jefe de la guarnición, Fotomaras, y entró el día 18, pero evitando toda recepción pomposa, ya que Grecia estaba de luto por la caída de Mesolongui, aunque se enorgullecía de las hazañas que habían llevado a cabo sus defensores. Igualmente, nombró secretario general a Zografos.

Nunca hubo un gobierno griego que tuviera tan pocos recursos en medio de tan duras circunstancias: el préstamo se agotó y sólo se encontraron en las arcas 60 *grosia*; el Peloponeso y Grecia Continental, bajo el alfanje enemigo o la mano destructora del soldado y la rapaz del cacique, no aportaban ningún ingreso; sólo suponía alguna ayuda el Egeo, que no sufría lo que las demás zonas del país y estaba más civilizado. Para colmo de los males que envolvieron a la comisión gubernamental, hubo un exceso de agitación desde fuera de sus filas que, apoyándose en la actuación para el protectorado y la petición de mediación inglesa, acusaba abiertamente al anglófilo gobierno de traición a la patria y maquinaba por medios lícitos e ilícitos su caída desde el mismo momento de su formación.

Entre tanto llegó la respuesta del duque de Orléans, en forma de memorándum del general Roumine, diciendo para resolver las cuatro cuestiones que las Potencias no se tomarían a mal la elección de un soberano conveniente para Grecia; que el consentimiento del soberano elegido dependía de su situación y la de la nación griega en el momento de la elección; que la constitución francesa era la más adecuada; y que en el actual estado de cosas en Grecia, el rey emparentado con el nuevo soberano no sólo no ayudaría a los griegos, sino que incluso quizá se vería obligado a desaprobar la elección para mostrar que se hacía en contra de su opinión. El prolijo memorándum contenía además saludables consejos.

La piratería infestaba el mar griego y el gobierno debía hacer cesar el mal. A causa de él sufría el comercio griego y el de las demás naciones,

incluso antes de la revolución, y el trabajo principal de la marina otomana, que antes salía cada año al Egeo en misión táctica, era acabar con la piratería. Comenzada la guerra, el azote no reapareció durante todo un trienio: ni siquiera volvió a brotar cuando la catástrofe de las Kydonies y Quíos, suceso que hizo caer a tantos marineros en una dura indefensión; los que huyeron a todas partes, la mayoría de ellos a Psará, se ganaban la vida pobre pero honradamente. Ahora bien, tras los desastres de Casos y Psará, la piratería se convirtió en recurso de los necesitados. A su extensión contribuyó no poco el desvergonzado y anticristiano uso de la bandera por parte de ciertas Potencias cristianas al servicio de los turcos que luchaban para destrozar a los griegos, promoviendo la cólera de todos los ciudadanos de Grecia. Tanto el gobierno como las flotillas de las Potencias que surcaban el Egeo se propusieron siempre acabar con la piratería, pero se cansaban para nada; la execrable ocupación era ejercida también bajo pabellón de guerra griego y bajo patente de corso. La comisión gubernamental, teniendo en mucho la recuperación de la perdida confianza en la nación y la protección a la navegación bajo pabellón neutral, decidió, aun viéndose privada de todo recurso, denegar incluso los derechos legítimos de la mar; en virtud de lo cual invalidó las patentes de corso y, el 2 de mayo, publicó severísimas y eficaces medidas para hacer cesar la piratería.

Entonces volvió a Grecia de regreso de Inglaterra Gordon con 14.000 libras esterlinas de los remanentes del segundo préstamo, de los cuales se dio una cuarta parte para uso del ejército regular. Fabvier, animado por este subsidio y por el elogiado comportamiento del congreso, llamó a filas en Aria³ a los regulares que estaban desperdigados e instaló allí el campamento; agregó el segundo batallón, que estaba en Nauplion; trasladó al mismo enclave a los de Salamina; hizo una limpieza de los oficiales que apoyaban a Rodios para arrebatárle el mando y se dedicó con renovado ardor a organizar de nuevo al muy sufrido ejército regular.

³ Localidad cercana a Nauplion.

CAPÍTULO LXI

SPETSES E HYDRA AMENAZADAS POR EL ENEMIGO.- PAGOS PARA RECLUTAMIENTO.- MUERTE DEL OBISPO DE PATRAS.-TRASLADO DEL GOBIERNO A LA TORRE MARÍTIMA DE NAUPLION.- REGRESO DE IBRAHIM AL PELOPONESO Y DESASTRES EN LA PROVINCIA DE KALÁVRYTA.- LEVA DE KOLOKOTRONIS.- CAMPAÑAS DE IBRAHIM A MANI Y OTRAS ZONAS.-

Tras la caída de Mesolongui, se rumoreaba que el enemigo planeaba dirigirse contra Spetses e Hydra, para acabar con las dos sedes de la potencia naval griega. Plana y accesible por todas partes, la isla de Spetses estaría en peligro desde el primer ataque; abrupta y fortificada por la naturaleza, la de Hydra resistiría en caso de contar con el número de hombres exigido para su defensa; por ello, para seguridad de los habitantes de la primera y unir toda la fuerza naval y reforzar la de la segunda, el gobierno creyó imprescindible el traslado de los spetsiotas a Hydra y envió a Spetses con este objeto al notable de ellos y miembro suyo Andreas Chatsí-Anargyros. La misión salió bien: frente al peligro, se eliminaron la rivalidad y el antagonismo existentes entre los isleños y a los refugiados se les dio para alojarse Kamini, un suburbio costero de la ciudad. Los de Kranidi y los de Poros también estuvieron muy dispuestos a irse a Hydra para protegerse; el gobierno se apresuró a mandar tropas; Fabvier, como se ha dicho, había transportado parte del ejército regular ante la insistente petición de los notables de la isla.

En aquel momento llegaron a Nauplion los jefes y soldados de la gloriosa guarnición de Mesolongui; se congregó además una gran multitud de otros soldados, con lo que la capital se convirtió en un verdadero campamento y escenario de toda clase de tropelías. El gobierno se aplicó a la tarea de librar a la ciudad de tales desmanes, dar utilidad a tantos brazos vigorosos y auxiliar a la desnuda y descalza guarnición de Mesolongui, que había movido a todo el mundo a admiración por sus proezas y a compasión por

sus sufrimientos; pero las exhaustas arcas impidieron todas sus iniciativas. Afortunadamente, el filohelenismo de Europa y América llegó a su apogeo con la caída de Mesolongui, llenando de alimentos los vacíos almacenes públicos, y el gobierno tenía para dar de comer a los menesterosos, pero no para cubrir sus otras necesidades; para ello hizo una colecta voluntaria entre los de Nauplion y su voz encontró eco favorable: los ciudadanos se reunieron en la plaza de la ciudad, el maestro Yennadios explicó ante todos las duras circunstancias, la total falta de liquidez del erario, la terrible impotencia del gobierno para llevar a la guerra a tantos hombres valientes y él mismo fue el primero en aportar ocho libras esterlinas, todo lo que tenía. Se conmovieron todos los asistentes al ver las privaciones de los que tanto habían sufrido por ellos dando así gloria a la patria y, rivalizando en mostrarse más generosos que el vecino, depositaron unos dinero y otros preciados bienes, y otros muchos, entre ellos Hypsilandis, llevaron sus objetos de oro y plata. Al día siguiente hubo de nuevo un discurso en la plaza sobre recogida de los caballos de propiedad particular y el presidente del gobierno, Záimis, fue el primero en aportar los de su cuadra, emulando solícitamente su ejemplo los restantes criadores. De esta forma se remediaron en algo las acuciantes necesidades de la patria, gracias a esta aportación voluntaria, y se formó un escuadrón de caballería con lo disponible. Mientras se hacía esto en Nauplion, el gobierno se vio obligado a recurrir a la ejecución de un préstamo por las buenas o por las malas en el resto del Estado y mandó para ello recaudadores y una fuerza.

Por aquellas fechas murió en Nauplion Yermanós, obispo de Patras, víctima de la epidemia de peste reinante. Toda la gloria de este primer luchador se elevó y declinó en los primeros días del levantamiento.

La desmesurada concurrencia de tropas en Nauplion y sus incesantes exigencias impedían al gobierno pensar y actuar como reclamaban las duras circunstancias y lo obligaban a trasladar su sede a un lugar más tranquilo y seguro, cuando surgió otro mal imprevisto que lo exigía. El gobierno, al entrar en Nauplion, confirmó en su puesto a Fotomaras; pero la guarnición del Palamidi, soliviantada por las intrigas, se rebeló de pronto contra este jefe honrado pero incapaz y lo destituyó, poniendo el fuerte en manos de Grivas, adversario político del gobierno en funciones. Por estas razones el gobierno se trasladó provisionalmente el 16 de junio a la torre marina de Nauplion, donde estaban de día y de noche el presidente y otros miembros, por culpa de las asechanzas reinantes.

Tras la toma de Mesolongui, Ibrahim volvió al Peloponeso y Kütahi se preparaba para una campaña contra Atenas. Las escuadras enemigas zarparon, hacia Constantinopla la bizantina y la egipcia rumbo a Neócastro y, de allí, hasta Alejandría.

Llegado a Patras, Ibrahim ordenó a Deli Ahmet, que recorría el distrito de Gastuni, que regresara allí y él, tomando la guarnición de Patras, subió sin lucha hasta la ciudad de Kalávryta, donde no encontró un alma, la incendió y marchó contra Klokinochoria.

Por encima de estos lugares, que están sobre el Chelmós⁴, huyeron cinco mil almas por seguridad durante la irrupción de Ibrahim. En socorro de ellas acudieron 400 hombres de armas, al mando de Soliotis y Petmezás, y se hicieron fuertes al pie de la montaña. El 5 de mayo, una hora después de la salida del sol, cayeron sobre ellos algunos de los de Ibrahim y retrocedieron tras encontrar enconada resistencia; atacando de nuevo en mayor número, obligaron a los griegos a subir hasta Kastraki y sostener un nuevo y duro combate, pero los enemigos ascendieron con ellos y, persiguiéndolos hasta allí, vencieron y se entregaron a la matanza y el apresamiento. Horribles fueron los padecimientos de las familias en su huida, tanto por lo accidentado del lugar como por la espesa capa de nieve, pues la zona era montañosa. Ibrahim volvió a Kalávryta después de reducir a esclavitud más de mil almas y, tras dejar allí su ejército, con sólo un centenar de jinetes subió a la altura por encima de Royí, bajó hasta Halonia de Zachlorú, observó el monasterio de Mega Spíleo, que está en una posición casi inexpugnable y se hallaba bajo la protección de una fuerte guardia, retornó a Kalávryta al día siguiente y marchó al otro a Tripolitsá, donde llegó el 10 de mayo con mil fardos de víveres para su hambrienta guarnición.

Por el tiempo en que Ibrahim subía hasta Tripolitsá, salió hacia el Alfeo desde Metona Suleyman Bey con 2500 regulares, para impedir quizás la afluencia de tropas griegas al paso de su señor.

A comienzos de mayo partió de Nauplion Kolokotronis y se dirigió a Buyati, donde agregó bastantes soldados y se le unieron diversos cabecillas. Y a los pocos días Yenneos, tras reunir a los de Tripolitsá que estaban en Nauplion y a otros peloponesios, marchó a donde su padre. De los que se concentraron allí, 500 se trasladaron a Karýtena, de donde los

⁴ O Aroania, monte en el N. del Peloponeso, entre Acaya y la región de Corinto.

aterrorizados habitantes se habían retirado a las montañas de Mani, si bien algunos se cobijaron en cavernas o en monasterios fortificados.

Ibrahim salió en expedición el 17; al principio marchó por la carretera de Karýtena, pero al poco se desvió hacia la de Mistrás, expulsó a los griegos que ocupaban Makryplayi, dejó allí una guarnición y llegó por el camino de Nísí a las fortalezas mesenias, incendiando Andrítsena por el camino. Acampó en las afueras de Metona, a causa de la epidemia de peste que reinaba allí y en Koroni, y permaneció inactivo un mes entero.

Aunque los peloponesios eran impotentes cuando se enfrentaban a sus enemigos cuerpo a cuerpo, sin embargo se mostraron capaces cuando los atacaban dispersos, en emboscadas o mediante guerrillas; 150 árabes que apacentaban 185 caballos a tres horas de Koroni fueron muertos casi todos en una celada, siendo apresados los caballos. Nikitas y otros jefes mataron a muchos enemigos cayendo de improviso sobre los que marchaban alejados del ejército en el descenso hacia Mesenia. En Palioneri fueron muertos 35 que merodeaban al acaso, 70 por Súyelo de Neókastró y, en Pélova, 16 una vez y 30 otra. Pero estos pequeños reveses significaban poco problema para los mortíferos y exitosos movimientos del enemigo.

Después de hollar y pisotear el resto del Peloponeso, Ibrahim quiso invadir también Mani.

Hemos visto que, a la caída de Neókastró, Ibrahim apresó en contra del acuerdo a Yorgakis Mavromichalis y Yatrakos, poniéndolos en libertad cuando fueron liberados los dos pashás apresados en Nauplion que no firmaron el acuerdo de rendición. El liberado Mavromichalis, rescatado como se ha dicho en su momento y con el propósito de guardar su tierra de cualquier incursión enemiga durante el paseo militar egipcio por el Peloponeso y antes de su traslado a Etolia, pidió y obtuvo de Ibrahim salvoconductos para sí y sus familiares y, desde entonces, los maniatas no hicieron la guerra fuera de sus fronteras, siendo criticados por el resto de los griegos a causa de su aparente despreocupación. Ibrahim, que también desaprobaba esta equívoca conducta de los maniatas, envió el 29 de mayo desde Metona una carta a Yorgakis Mavromichalis, que estaba en Mani, en la cual le censuraba agriamente el no haber mantenido su promesa, le ordenaba ir en el plazo de diez días a prosternarse ante él con los restantes notables de Mani y le amenazaba con arrasar su tierra si no obedecía^a.

Al recibir la carta, Y. Mavromichalis corrió a darla a conocer a los dirigentes de sus paisanos y, con su asentimiento, respondió lo siguiente:

“De nosotros, los pocos griegos de Mani y demás griegos que se encuentran en ella, a Ibrahim Pasha de Egipto.

Hemos recibido tu escrito, en el cual vemos que nos amenazas con aniquilar a los maniatas y a Mani si no te llevamos nuestra sumisión; por ello, aquí te esperamos con todas las fuerzas que quieras.

Esto escribimos los habitantes de Mani; te esperamos.”

Este intercambio epistolar fue considerado *casus belli* y, desde entonces, Ibrahim se preparaba para la invasión y los maniatas para la resistencia.

El 21 de junio marcharon siete mil regulares y no regulares de infantería y caballería contra Mani y, simultáneamente, aparecieron en el golfo de Mesenia dos barcos de guerra y varios de carga. Los primeros bombardearon distintas playas de Laconia y los enemigos que iban en ellos fingían preparar un desembarco de tropas para el día siguiente; pero su principal objetivo era atraer la atención de los maniatas hacia esas zonas en peligro, para que los que iban por tierra encontraran libre el camino por el que preveían irrumpir en el lugar. Marchando hacia el este con dicha misión, los siete mil llegaron al día siguiente al pie de los montes que hay delante de Veryes, cerca del puerto de Harmyrós, en el golfo de Mesenia, donde, al encontrar a mil maniatas dispuestos a resistir, se lanzaron llenos de ardor bélico, retrocediendo ante el violento y ordenado fuego de fusilería. Lo intentaron por segunda y tercera vez, sin conseguirlo. Tras el triple fracaso, probaron a caer por detrás y también en esta intentona sufrieron y tuvieron que ceder después de una lucha de diez horas, en la que cayeron 100 de ellos y 4 maniatas. Al comenzar las hostilidades en Veryes, al ver el enemigo toda la fuerza de Mani concentrada en aquella posición, se desgajaron 1500 que, tras subir a unos barcos que habían venido al puerto de Harmyrós, desembarcaron al día siguiente en Dirós, irrumpieron en las aldeas del lado derecho, Pirgos y Chariá, les prendieron fuego y avanzaron hacia el pueblo de Tsíмова, a la izquierda; pero, siendo batidos por fuego de cañón procedente de la torre de Pikolakis, retrocedieron hacia Tsalapianá, con objeto de ascender por aquella parte hasta el pueblo. En las afueras de Tsalapianá se yerguen unas torres; unos maniatas las ocuparon e impidieron el avance del enemigo, obligándolo a volver a Dirós sin conseguir nada pero, severamente reprendidos en la retirada por Ibrahim como desertores, volvieron a Tsalapianá al día siguiente para conquistar Tsíмова. Mientras tanto, conocido el peligro por el batir de las campanas, corrieron a defender a la población amenazada los habitantes de las aldeas

que la rodean, entre ellos los curas y las autoridades eclesiásticas; corrieron hoz en mano las abundantes segadoras de Mani entre Tsímova y Chariá, se les añadieron Konstandinos Mavromichalis, al que encontraron por el camino, y los suyos, que acudían en auxilio de Harmyrós, y todos juntos, hombres, mujeres, clérigos y seglares, atacaron al enemigo y, matando y haciendo prisioneros a muchos, rechazaron a todos los demás maltrechos hasta el mar. En su huida los enemigos ocuparon la fuerte posición junto al mar de Tsumbari y resistieron ayudados por los barcos, pero finalmente fueron vencidos y obligados a huir el día 25 a las embarcaciones con tanta prisa, que algunos se ahogaron cayendo al mar.

Los que se quedaron en Veryes intentaron de nuevo batir a sus vencedores el día 24, pero también entonces fracasaron, retirándose al día siguiente a Kalamata muy maltrechos. En auxilio de los maniatas llegaron dos mil peloponesios mandados por Kolokotronis, mas volvieron atrás al enterarse por el camino de la derrota enemiga.

Como hombres combatieron las segadoras de Mani, siendo digna de mención la siguiente proeza de una de ellas: cuando el anciano Vozikis estaba segando su campo a la orilla del mar, fue prendido de repente por dos egipcios. Mientras se dedicaban a maniarle, cayó sobre ellos su hija, Panoria, que estaba segando con él, cortó con la hoz la garganta de uno y mató al otro con la ayuda de su padre.

Por aquellos días había algunos griegos que se habían hecho fuertes en las grutas a la orilla del río de Karýtena, donde los asediaban unos enemigos que habían llegado. Valerosamente resistieron los allí encerrados; al poco, con la colaboración de otros griegos venidos de fuera, los enemigos fueron rechazados maltrechos.

Ibrahim, desacreditado por su expedición a Mani, se dirigió a los pocos días a Tripolitsá. Sucedió que los griegos se preparaban para un ataque a la fortaleza enemiga de Makryplayi pero, de repente, al ver las tropas de Ibrahim progresar por los llanos de Leondari y Karýtena, renunciaron a su plan y se alejaron. Los enemigos entraron en Tripolitsá con muchos víveres sin que nadie se lo impidiera.

Después de su expedición a Kalamata, Kolokotronis retornó a Nauplion, cerró tiendas y cafés, persuadió a la fuerza a todos los hombres armados a que le acompañaran y, tomando doscientos de caballería regulares y no regulares, los posicionó en Vérvena, donde acudieron otros soldados de diversas partes. Los turcos solían salir de Tripolitsá y merodear por los

alrededores en busca de hierba y comida. Al observar esto, los de Vérvena descendieron a la llanura la noche del 18 de julio y se emboscaron: unos, entre ellos Nikitas y la caballería no regular al mando de Chatsí-Michalis, ocuparon Rizes y otros la aldea de Mehmet Aga, entre ellos Almeйда con sus regulares de caballería.

Ibrahim, después de pasar algunos días en Tripolitsá para que descansara el ejército, salió el 18 dividiéndolo en tres: una parte marchó por Núdimon, otra por Kandila y otra hacia Karýtena; ésta se enfrascó en escaramuzas con los de Yenneos en los prados de Arkudórrefma; las tres volvieron a los dos días a Tripolitsá tras robar hombres, bestias y alimentos. El mismo día, tres escuadrones de árabes fueron sin ser esperados a la aldea de Mehmet Aga, donde estaban emboscados los griegos, que, al ver llegar a los enemigos, hicieron un ataque; acudieron también los ocupantes de Rizes, los envolvieron, mataron a más de doscientos y se llevaron dos banderas y seis tambores, sufriendo poco castigo. Los de Tripolitsá, al saber lo sucedido, salieron contra los griegos, pero no llegaron a tiempo de impedirles la subida a las montañas. De vuelta a la ciudad sin conseguir nada, oyeron que un ejército griego se había reunido en Alonístena y, unos directamente y otros pasando por Levidi, hicieron regresar las tropas después de una pequeña escaramuza y, luego, fueron todos juntos a Vytina, la incendiaron y volvieron a Tripolitsá por Levidi. Después de esta incursión, Ibrahim cayó sobre el distrito de Hagios Petros y, al no hallar oposición, incendió Kastrí, Hagios Petros, Hagios Ioannis y Kalybia y bajó hasta Astros; allí dividió el ejército en tres, yendo una parte a Vamvakús por Mistrá, otra hacia Aráchova y la otra hacia Tsakonía, quemando Prastós; tenían la intención de marchar al unísono contra Mani.

Por el tiempo en que Ibrahim pasaba a sangre y fuego, Nikitas estaba en los Molinos, frente a Nauplion, teniendo bajo su mando a algunos de la guarnición de Mesolongui y a la recién constituida falange jonia, así como el cuerpo de ejército de los heptanesios; salió en pos del enemigo y, al verlo dirigirse con todos sus efectivos a Astros, corrió a meterse con los suyos en la fortaleza de reciente construcción que dominaba aquella posición, en donde se habían refugiado mil doscientas almas, teniéndolo por lugar seguro. Los enemigos –mil de infantería y trescientos de caballería– atacaron el 4 de agosto, siendo rechazados; atacaron también al día siguiente, pero fueron repelidos igualmente y se retiraron sin resultados; también atacaron el monasterio del Precursor, por encima de Kastrí,

donde estaban hospitalizados enfermos y heridos, retirándose también sin resultados. Tras este doble fracaso, unos volvieron a Tripolitsá y la mayoría, dirigidos por Ibrahim, cayeron sobre Lacedemonia con el objetivo de irrumpir otra vez en Mani por la falda oriental del Taigeto; les seguían dos mil griegos mandados por Nikitas, Plaputas y Yenneos, matando y apresando a los que se separaban del campamento para saquear por los alrededores. El 19, estos dos mil entablaron batalla con un destacamento de mil no regulares de infantería y caballería en una anfractuosidad cerca de Basarás; mataron a 50, capturaron a 17 y muchos caballos y mulos y arrancaron de sus manos a 40 prisioneros, miles de cabras y 300 bueyes. En su marcha, los enemigos encontraron otro obstáculo importante: dentro de la torre de Mehmet Bey se habían encerrado 30 griegos al mando de un sacerdote, que fueron asediados y bombardeados durante doce días, aguantando heroicamente; al ver que se estaba excavando una galería, salieron de noche sable en ristre por en medio de los numerosos enemigos, muriendo sólo tres, entre ellos el sacerdote.

En su avance hacia el objetivo, los enemigos irrumpieron en Mani el 21 y, pasando por las aldeas de Anabrytí y Stortsás, atravesaron Kakí Skala, cerca del distrito de Andruvisti; pero, al encontrar resistencia, retrocedieron y, ascendiendo a la cima de la montaña, acamparon en la llanura de Mahmut Bey; marcharon de allí al día siguiente y llegaron a la desembocadura del Eurotas. Descansaron dos días, ascendieron a Bardunochoria y cayeron sobre el distrito de Malevri, quemando villas y aldeas. Con la intención de progresar hacia el interior de Mani, marcharon el 27 a la aldea de Maniákova. Allí encontraron a Panayotis Kosonakos con los suyos, que se atrincheraron en unas casas luchando con valor. Al poco llegaron en su auxilio otros, mandados por Yorgakis Mavromichalis, que recorría la zona para reclutar; pero los enemigos eran muchos, y la posición no demasiado fuerte; todos los griegos en ella, sumados los de Mavromichalis, apenas eran 300; por lo cual abandonaron la aldea y se trasladaron a otra posición cercana, más defendida. Los enemigos se apoderaron de la aldea y se lanzaron contra el otro puesto, combatiendo a los allí situados hasta la tarde, cuando al aparecer Hilías Katsakos con 300 de elite que los sorprendieron por detrás, retrocedieron y volvieron al llano de Pasavás, con el objeto de marchar hacia las aldeas de Skyfiánika y Polyáravon; pero vacilaban, temiendo pasarlo mal en esta marcha. En medio de la duda un tal Bósinas, caudillo secundario entre los de Mani que acompañaba sumiso al enemigo, se ofreció, como

un nuevo Efiálfes⁵, a guiarlos a dichas aldeas por un sendero desconocido. En esta senda se halla la aldea de Désfina y, dentro de la torre de la aldea, estaban los de Theodorís Stathakos. Los enemigos bloquearon la torre y Bósinas dijo a voz en grito: “Consuegro Stathakos, entregaos al señor de Mani o moriréis todos.” “¿Y quién nos garantiza que no nos pasará nada si nos sometemos?” respondió Stathakos. “Yo, consuegro” dijo Bósinas. “Cuidado no nos coman esos traicioneros”, repuso Stathakos. “No temáis, –contestó Bósinas– yo os doy mi palabra a cambio de mi cuello.” “Te creo, consuegro –gritó Stathakos– Ven y toma mis armas.” Corrió Bósinas a coger las armas y Stathakos lo mató de un disparo de fusil. Al ver muerto a un amigo tan útil, los turcos se lanzaron contra la torre y la incendiaron con todos los que había en ella. Mientras, estos sucesos sirvieron para algo pues, poniendo obstáculos a la rápida marcha del enemigo, dieron tiempo a los de Polyáravon para aprestarse a resistir. El 28 llegó el enemigo a Polyáravon; trescientos eran sus defensores al principio, pero vinieron después en su auxilio Tsalafatinos y Yatrakos y, en breve espacio, Yorgakis Mavromichalis e Hilías Katsakos, llegando en total a dos mil. Sobrevenido un violento combate, esos pocos pusieron en fuga y en mala situación a los numerosos enemigos: doscientos cadáveres adversarios quedaron en el campo de batalla y hubo siete prisioneros. Fueron muertos nueve griegos y heridos otros tantos. Digna es de reseña la siguiente hazaña mujeril: Heleni Anaipciónmfi huyó al monte de Polyáravon perseguida por un egipcio y con sus dos hijos pequeños en brazos. En su huída se desató su largo cinto; el egipcio agarró la punta que arrastraba, tratando así de coger a la fugitiva, pero ésta dejó a los niños en el suelo y asió el otro extremo, donde se hallaba atado su tesoro, diez doblones; al sentir que el cinto se tensaba, soltó de repente el extremo e hirió al egipcio, caído boca arriba, con la propia bayoneta de éste, salvando así sus hijos, su tesoro y a sí misma.

Derrotados y huyendo de allí, los enemigos descendieron el mismo día a los llanos de Malevri y, el otro, a Helos, volviendo avergonzados a Tripolitsá a través de Mistrás en la primera semana de septiembre. Gracias al coraje de los maniatas, al encendido e infatigable ardor de los propios jefes y a lo infranqueable y accidentado del lugar, dos veces invadió Mani Ibrahim y dos se cubrió de oprobio frente a unos pocos; y los maniatas lavaron la mancha de su indolencia anterior a la irrupción enemiga.

⁵ El pastor que guió a los persas a las espaldas de los espartanos en las Termópilas.

Regresado a Tripolitsá, Ibrahim salió de nuevo el 8 de septiembre y, llegado a Dara, dejó allí un cuerpo de ejército para acopiar alimentos y destruir las aldeas circundantes y él, tomando la mayor parte de las tropas, irrumpió el 18 en Katsani y Livartsi, aldeas de la provincia de Kalávryta, y marchó por Potamiá. Lechuritis, sabedor de esta expedición, tomó a los hombres que ocupaban la posición de Hagios Yoryos y cuantos otros pudo, corrió hasta Sopotón y, llevando a los aldeanos, ocupó las dos posiciones de Hagios Athanasios y Chóvoli, por las cuales podía el enemigo entrar en Sopotón. Al alba del día 14 aparecieron por Chóvoli 250 a caballo que, al verse atacados, se volvieron al campamento; la noche siguiente fueron 500 a Tripótamos sin encontrar oposición y unos de ellos entraron en un monasterio de reciente construcción matando al rector y otros clérigos y seglares, mientras otros cuantos subieron a Versovi, sin entrar al hallar resistencia; igualmente encontraron resistencia otros de entre ellos que quisieron irrumpir en Nasia y Skupi. El día 15 fueron vistos mil enemigos de infantería y caballería a los pies del Mostitsi y el Klitori; se adelantaron unos pocos hasta Klitori y volvieron atrás después de saquear algunas casas, no pudiendo entrar el resto en Mostitsi al hallar ante sí a la gente del infatigable Lechuritis, que había abandonado Hagios Athanasios para trasladarse allí. Los enemigos se dirigieron al puente de Abib Aga, pero encontraron ocupada aquella posición y volvieron a Karnesi sin resultado. El día 18 marcharon hacia Chóvoli, pero fueron hostilizados y perseguidos. Al día siguiente se dirigieron contra los que quedaron por Hagios Athanasios; hicieron tres asaltos, pero no consiguieron expulsarlos; finalmente infantes y jinetes, regulares y no regulares, en una ciega embestida los hicieron huir y entraron en Sopotón. Los griegos emprendieron la carrera y aparecieron de pronto por Hagios Yoryos, castigando desde allí a los de Sopotón con un denso fuego de fusilería y forzándolos a marcharse sin llegar a incendiar ninguna vivienda. Los griegos se quedaron en la misma posición de Hagios Yoryos y ocuparon también la de Hagios Nikólaos, frente a Sopotón. El 30 por la mañana se lanzaron mil enemigos y entraron de nuevo en Sopotón, irrumpiendo algunos en Hagía Várvara, pero siendo rechazados al poco tiempo; asaltaron no obstante otros lugares, incendiando Vezini, Nasia y Skupi, llegando hasta Versitsi, donde fueron batidos. Mientras tanto llegó al campamento el cuerpo que se había quedado por el camino en Dara, después de arrasar muchas aldeas. Tras arramplar con muchos frutos, el enemigo levantó el campo de Potamiá el día 26 desplazándose a Lustra,

donde volvió a recoger frutos, y quemando las aldeas a su paso, volvió el 29 a Tripolitsá. A los pocos días marcharon unos pocos a algunas aldeas del oeste de Argos, llegando hasta Hagios Yoryos, y a otras aldeas de la provincia de Corinto y volvieron a Tripolitsá después de proveerse de productos del campo. Cuando se acercaba el invierno y no quedaba ningún grupo griego de importancia, Ibrahim dejó en Tripolitsá una fuerte guarnición y, tomando el resto del ejército, marchó hacia las fortalezas de Mesenia y llegó a Metona el 2 de noviembre.

1826

CAPÍTULO LXII

LA GUERRA POR MAR HASTA EL FIN DE AÑO.- LLEGADA A GRECIA DEL BARCO A VAPOR KARTERÍA Y LA FRAGATA HÉLADE.- FILOHELENISMO DEL REY DE BAVIERA.- CONDUCTA ESCANDALOSA DE LA MARINA AUSTRÍACA.- GUERRA CIVIL EN LA PROVINCIA DE CORINTO.- LA GUERRA EN CRETA.-

A finales de junio zarpó del Helesponto la primera sección de la escuadra otomana al mando del capitán bey, llegando el 1 de julio al puerto de Neókastró. Se componía de 2 bergantines y 20 fragatas, corbetas y bricks. El último día de junio zarpó la segunda sección, al mando del capitán pashá; tenía igualmente 2 bergantines, 27 fragatas y corbetas y 7 bricks, con la misión de recoger tropas en las costas de Asia y lanzarlas contra Samos. Para frustrar estos planes y ante la acuciante llamada de los samios, que sufragaron en parte la soldada necesaria, salieron sobre el 10 de julio de los puertos de Hydra y Spetses 33 buques de guerra y 8 brulotes al mando de Kolandrutos y Sachturis y llegaron el 14 frente a Samos, encontrándose con 14 de la armada turca; dos horas antes de ponerse el sol emprendieron la refriega a la sombra del Coricio y los griegos lanzaron contra dos fragatas sendos brulotes, el de Musós y el de Spáis, y las incendiaron al poco tiempo; tanto se espantaron las tripulaciones de las fragatas, que muchos se arrojaron al mar; unos se ahogaron y otros fueron cogidos y muertos; después de eso se separaron las escuadras. Al día siguiente apareció completo el enemigo delante de Quíos y, al ver a la griega a la sombra de Karlovasi, se aproximó antes del mediodía y extendió una de sus alas más allá de Karlovasi bajo el cabo Ámpelos y, con la ayuda de los escasos soplos del viento, bloqueó con ella a la escuadra griega dentro del puerto; al poco empezó a soplar un viento terral, de modo que los buques enemigos, hasta entonces viento en popa, se encontraron frente al viento y dieron la vuelta. Se dio la señal y los brulotes se lanzaron sobre ellos en

su fuga; el de Kanaris, más rápido, llegó antes flanqueado por algunos de guerra, teniendo delante un bergantín y una fragata. Cuando se aproximaba a la popa de la fragata, siendo disparado por ella y por el bergantín que la acompañaba, una bala de cañón atravesó la línea de flotación y lo mandó a pique; Kanaris y los marineros subieron al bote y se vieron en medio de dos grandes lanchas enemigas; murieron tres y fueron heridos dos, entre ellos Kanaris, con heridas leves en la cabeza y en el brazo izquierdo. Aquel día la batalla naval duró hasta la tarde, cuando la flota enemiga se replegó a Mitilene, donde permaneció inactiva un mes entero. Zarpó el 15 de agosto, arribando parte de las naves a Suatsiki y las otras a Aspra Chómata⁶. La griega, impotente, observaba nada más sus movimientos. El 18 navegaron hacia Quíos 37 barcos enemigos de gran tamaño. Los griegos tuvieron que echar el ancla a causa de vientos contrarios cerca de Icaria. El 23 llegaron a aguas de Samos 20 naves de Hydra al mando de Miaúlis y se reunieron allí con el resto, de modo que llegaron a 53 todas las griegas; las de Miaúlis anclaron a la sombra de Icaria, las de Kolandrutos y Sachturis junto al islote de Hysilí. El 27 se reunió de nuevo toda la flota griega y navegó hacia Quíos, al encuentro del enemigo; una densa niebla envolvió aquella noche la escuadra; por causa de ella se desperdigaron los barcos y sólo el día siguiente por la tarde se reunieron frente a Mitilene. Allí encontraron navegando a los 2 bergantines y otros 22 barcos de la escuadra enemiga, la mayoría de ellos fragatas. Sobre media noche se enzarzaron las dos escuadras; al día siguiente, el enemigo enfiló la bocana norte del puerto y parecía querer alejarse; los griegos iban a su lado; pero, en vez de alejarse, dio de pronto la vuelta y se lanzó confiadamente contra unas pocas naves griegas que marchaban en vanguardia, mas al poco viró al ver acercarse a las demás. En el intervalo se lanzó el brulote de Spáis, pero fue perforado y hundido; los tripulantes se salvaron embarcando en el bote. También fue dañado el puente del brulote de Paraskevás. El viento era flojo y variable y el barco de Sachinis, el *Milciades*, se vio de pronto cerca de uno de los dos bergantines, que se había distanciado de las demás naves de la escuadra; cuatro horas estuvo respondiendo al fuego, en combate singular; en peligro de irse a pique y sin poder alejarse, resistió valientemente. Los barcos griegos veían el duelo desde lejos pero, con la calma chicha imperante, apenas se acercó el de Lembesis. Al final el bergantín llamó

⁶ Ambas en la costa asiática.

por medio de señales a las lanchas de los demás barcos y fue remolcado lejos, y el *Milcíades* salió intacto y con gloria del largo y temible combate. Las escuadras permanecieron toda la noche una enfrente de la otra; al día siguiente muy temprano, se alinearon frente a frente y emprendieron la lucha. Los turcos se mostraron por encima de sí mismos pues, ausente el pusilánime Topal por estar reparando su averiada nave capitana, dirigía la escuadra el experto y aguerrido Tahir Pasha. En el momento álgido de la batalla, cuando la fragata que portaba su enseña y otros navíos pugnaban por superar en la maniobra a los griegos y caer sobre ellos, con la ayuda del viento Spaís, el que había perdido su brulote la víspera, enfiló otro hacia la fragata; bajo el fuego de cañón de esta, se rompió la arboladura y los marineros bajaron al bote con la intención de incendiar el brulote y huir; pero, al ver dos embarcaciones enemigas avanzar para capturarlo, subieron de nuevo a cubierta y las alejaron disparando con los fusiles. Hacia el centro de la línea combatían entre otros el almirante, Rafaliás, Kriezís, Panayotas y Lembesis; junto a ellos había cuatro brulotes: los de Politis, Vokos, Butis y Beskos. Los incendiarios dirigieron los cuatro hacia los barcos enemigos, pero fueron dañados los mástiles de dos de ellos, el fuego del enemigo incendió al tercero y el cuarto, el de Beskos, cayó sobre la fragata y se pegó a ella, pero se despegó por la pericia de la tripulación y ardió para nada; dos horas después de mediodía cesó la batalla. Como siempre, la escuadra griega se batió con valor, como en las dos últimas confrontaciones, pero jamás sufrieron tal castigo los barcos y las tripulaciones: murieron o fueron heridos cien, y la mayoría de las embarcaciones tenían necesidad de ser reparadas. También soportó un severo castigo la escuadra enemiga; entró en la bahía de Esmirna sin ánimo de volver a la lucha, a consecuencia de lo que afrontó. A los pocos días, zarparon desde el Helesponto nueve fragatas de refuerzo.

Cuando se alejó la escuadra enemiga y parecía que habían fracasado sus planes contra Samos, se reunieron los barcos griegos en Psará y, desde allá, volvieron a casa en su mayoría. Se quedó Miaúlis, con once barcos de guerra y tres brulotes. En su avance la nave capitana, flanqueada por sólo dos de guerra y dos brulotes, los de Rufas y Politis, se encontró de pronto a la altura de Mitilene en medio de la flota enemiga siendo cercada, sufriendo muchos daños, con el timón roto y obligada a virar e izar la señal de retirada para guiar a las demás embarcaciones, que venían a lo lejos; las dos de guerra que la escoltaban la acompañaron de lejos; los dos brulotes no

hicieron caso: arriaron las velas y esperaron bajo el promontorio de Hagía María a las naves enemigas, que venían detrás con viento flojo. Miaúlis ordenó que los dos buques acompañantes enviasen sus botes para remolcar los dos brulotes, suponiendo que iban lentos por la escasez de viento. Rufas se dejó convencer y, cuando su barco estaba siendo remolcado, un cañonazo enemigo dio en el remolcador matando a tres hombres e hiriendo a cuatro; Politis, en cambio, no quiso que lo remolcaran y se lo llevaron sin largar velas, como fue mandado. Al ver esto, los enemigos enloquecieron, rodearon su barco y, después de cañonearlo bastante tiempo sin lograr hundirlo ni incendiarlo, enviaron veinte botes para abordarlo; pero Politis, subiendo al remolcador, que llevaba un cañón, se precipitó como ciego en medio de los veinte y, a cañonazos y tiros de fusil, obligó a los veinte a echar el ancla. Hecho esto, volvió a barco, desplegó la velas y, de pie en lo alto de la popa entre tantas embarcaciones enemigas, blandiendo el sable en la diestra, reía y desafiaba a gritos a toda la escuadra enemiga. Así fue como se alejó, admirado por los propios enemigos a causa de su arrojo tan, por así decir, enloquecido. Pero lo que no le pasó a la embarcación de Politis estuvo a punto de pasarles a las de Sachinis y Zakas: cuando la de Politis estaba en peligro, estas dos se encontraron y corrieron a salvarla pero, nada más acercarse, cesó el leve viento bajo el que navegaban y se vieron inmóviles junto a la nave capitana turca y una goleta de guerra; la capitana a remolque y la goleta a remo encerraron a las otras dos; la de Zakas escapó con pocos daños, pero la de Sachinis, sin poder quitarse de en medio, fue alcanzada por los cañonazos y agujereada, viéndose tan cerca de los enemigos, que los oían vociferar que se rindieran; pero dos certeros cañonazos, volcando el uno a uno de los remolcadores enemigos y cortando el otro los cordajes de la capitana, sembraron el desconcierto entre la tripulación de ésta y así se libró del peligro el *Milciades*, remolcado por los botes que habían ido a protegerlo desde las otras naves griegas. Esta fue la última batalla naval de la campaña; la escuadra otomana marchó hacia el Helesponto a principios de noviembre y los de Miaúlis regresaron a casa, salvándose Samos por tercera vez de la amenaza.

La flotilla otomana al mando del capitán bey permaneció en Neókastro tres meses enteros. El 9 de octubre, dos de sus fragatas y doce corbetas y bricks arribaron a Harmyrós y Kytriés para acabar con un solo barco de Spetses y seis lanchas de Mani refugiadas allí; pero ni todas ellas pudieron hacerlo y volvieron a Neókastro. Al poco el capitán pashá se

retiró al Helesponto, dejando con Ibrahim algunos buques de dicha flotilla al mando de Riala Bey⁷.

Hacía mucho que el golfo de Corinto estaba bajo control enemigo y se introducían libremente víveres y suministros de guerra para su servicio en Sálona, Domvrena y Psatha. Christos Paliyannis y Dimitris Makryyannis compraron en Egina a sus expensas un barco pesquero de muchos remos, lo pasaron a través del istmo, lo equiparon con armas en el golfo de Corinto y, embarcando en ella a 27 marineros y a 200 hombres en otras pequeñas embarcaciones, navegaron todos juntos hasta el puerto de Domvrena, donde atracaban siete navíos enemigos, con el propósito de apoderarse de algunos; pero fallaron en su intento y huyeron. La noche del 17 de septiembre navegó solo el pesquero hasta el puerto de Sálona y sus marineros abordaron de improviso una goleta enemiga de diez cañones y se adueñaron de ella, muriendo sólo dos de ellos y siendo heridos siete. Ibrahim, fuera de sí al enterarse del suceso, envió al golfo una sección entera para vengarse de los griegos y aniquilar su diminuta fuerza, pero tanta fue la torpeza de esta flotilla que, después de permanecer cinco meses dentro del golfo la goleta robada sin que le pasase nada, en una noche oscura lo atravesó con seguridad y arribó a Egina.

El 3 de septiembre muy de mañana se oyó en la ciudad de Nauplion un inusual ruido de maquinaria en marcha procedente del mar; al poco, ancló con pabellón inglés el primer barco a vapor que se veía allí, el *Kartería*, de 233 toneladas, y al día siguiente izó la bandera griega al tronar de los cañones, siéndole otorgado el grado de capitán de fragata a su piloto, Hastings. A principios de diciembre arribó a Egina la tanto tiempo esperada fragata *Hélade*, de 64 cañones, provista de todos los pertrechos, y fue entregada por orden del gobierno en primer lugar a los tres almirantes de Hydra, Spetses y Psará y, finalmente, fue puesta bajo la única responsabilidad de Miaúlis; a bordo de ella, Kondóstavlos traía para el tesoro público 18.000 *dístila* en pago de la deuda en América, un gran obsequio en ese momento.

A los pocos días llegó a Nauplion el coronel Heideck con doce oficiales y suboficiales, enviados para servir a Grecia por el rey de Baviera quien, apoyando abierta y entusiásticamente la causa griega, la celebraba en sus poemas y la representaba artísticamente en una de las galerías de Munich,

⁷ Su segundo o contralmirante.

en un momento en que todos sus colegas lo despreciaban y algunos incluso lo perseguían.

Ya hemos reseñado la conducta de la armada austríaca contra Grecia hasta entonces. Vamos ahora a reseñar los escandalosos excesos del presente año.

Muchos inconvenientes, a menudo injustos, sufrían de los griegos los barcos bajo pabellón neutral, pero los de los austríacos eran tres veces peores, pues los griegos veían a los austríacos prácticamente como turcos, y no les faltaba razón; por ello unos se alegraban con el daño que se les hacía y a otros les daba igual. Descarado era, como hemos mostrado, el comportamiento de la marina de guerra austríaca y más descaradas sus pretensiones; no ponía trabas en reclamar indemnizaciones ni por los propios barcos bajo pabellón austríaco que habían sido tomados por los griegos cuando acompañaban a la armada otomana en la batalla del Cafereo llevando al enemigo suministros bélicos, ni cesaba de hacer todo el daño que podía a los griegos, sin vergüenza ninguna. A mediados de junio, dos embarcaciones griegas navegaban hacia el cabo de Mitilene para vigilar al enemigo. Al observar éstas que se aproximaba una corbeta bajo pabellón turco, se aprestaron al combate. La corbeta, al acercarse, arrió la bandera turca, izó la austríaca y, sin entrar para nada en explicaciones con los barcos griegos, se puso a disparar bolas al rojo vivo y no paró de lanzarlas hasta que se distanciaron. Tal actitud indignó a los griegos, que luchaban por la supervivencia, contra los mercantes bajo pabellón austríaco que, retenidos con razón o sin ella, reclamaban a grandes voces la protección de su gobierno para su vuelta a casa. Éste, con vistas a satisfacer a los afectados y defender su bandera, envió ese verano al Egeo casi toda su flota al mando del almirante Paulucci. Dicha flota, compuesta de un bergantín, una fragata, una corbeta y dos goletas, en vez de navegar primero hasta donde residía el gobierno griego a pedir satisfacción y, si no era atendida, hacer entonces lo que pensaba, marchó directamente a Miconos, desembarcó 500 soldados y artificieros y reclamó una cantidad de dinero –la cual por cierto recibió– en compensación por el barco austríaco asaltado, amenazando con incendiar la ciudad. Mientras estaba allí, ancló sin ser esperada la goleta de guerra perteneciente al ejército regular griego. Su capitán, Dekrozis, fue inmediatamente, según la ordenanza, a visitar al almirante austríaco. El almirante, conocido suyo, le recibió cortésmente y le invitó a almorzar; pero, mientras le agasajaba, envió las lanchas sin

que él lo supiera, se apoderó de la goleta y distribuyó a los oficiales en diferentes barcos de la flota; tras examinar el cuaderno de ruta y el de bitácora y encontrarlo todo en orden, liberó el barco, al capitán y a los oficiales; a la vez, incendió como sospechoso un *místikon* allí encontrado, armado para combatir a los piratas por orden de Hamilton. El 9 de julio llegó a Tenos, donde se hallaban dos naves de guerra griegas al servicio del comité para el cobro del préstamo obligatorio –las de Lalechós y Kyriakós– y, al día siguiente, reunió en el bergantín a los miembros del comité y a los capitanes y les notificó que consideraba a los barcos de guerra que prestaban servicio a la nación como nacionales y que tenía decidido retenerlos por las tropelías que habían cometido otros griegos sin respetar la bandera de su emperador. El comité respondió que los barcos eran propiedad particular; que mediante tal acción atentaba contra la nación, disminuyendo su ya pequeña fuerza naval en un momento delicado; que el comité, sin aquel medio de coerción, no podía percibir el empréstito; que si el almirante reclamaba compensaciones, debía ponerlas en conocimiento del gobierno griego, y que ningún otro almirante en su caso intentó nada parecido en perjuicio de toda la nación. “Comprendo lo que decís –respondió Paulucci– y lo siento como persona, pero como almirante austríaco tengo que hacer que los griegos respeten mi corte”; y, dicho esto, mandó lanchas armadas y tomó las dos naves griegas; al día siguiente pidió por rescatarlas el dinero que reclamaba como reparación, siendo rescatada la de Kyriakós el mismo día, la de Lalechós después. Al día siguiente, cuando cruzaba por allí la flotilla de Sachturis rumbo a Samos, pasó a cien brazas de la proa de la nave almirante austríaca el barco de Fokas, el *Temístocles*, perteneciente a dicha flotilla. Paulucci consideró ofensivo el paso del barco griego por delante de su proa, izó inmediatamente unas banderolas y al punto toda la escuadra disparó sus cañones contra el osado *Temístocles*, como si fuera una nave enemiga; el impacto de balas al rojo y bombas le perforó los dos mástiles, partió la popa de su bote y el barco tuvo que anclar en Syra para ser reparado y no le fue posible participar en la expedición de ayuda a la amenazada Samos. Paulucci, después de debilitar por tan fútiles motivos a la escuadra griega en aquel momento tan crítico, informó por escrito sobre el objetivo de su misión no al gobierno griego, como era su deber, sino a los notables de Hydra; no buscaba –les dijo– causar daño a los barcos griegos, pequeños o grandes, que se dedicaran a la pesca o al comercio, ni tampoco siquiera a los armados provistos de permiso escrito del gobierno

si no dañaban barcos bajo pabellón austríaco, no perturbaban o raptaban a los que navegasen con escolta armada y se limitaban a detener sólo a los que llevaban artículos prohibidos en tiempo de guerra cada vez que éstos intentaran acceder a los puertos turcos bloqueados por navíos griegos. A juzgar por el sentido de este comunicado, por el cual se constreñía el derecho de detener los barcos de carga bajo pabellón austríaco sólo a los que forzarán el bloqueo, se permitía transportar sin tasa bajo dicha bandera tropas turcas hasta los ejércitos turcos, a desembarcar en cualquier parte de Grecia, y suministros de guerra, abastos, equipamientos y dinero. Hizo saber además el almirante que consideraría cómplice y sujeta a represalias a toda isla de la que saliera un barco pirata; y hacía saber eso cuando ni él ni nadie más ignoraba que masas de refugiados concentradas en unas pocas islas, obligadas a vivir del pillaje y más fuertes que los pacíficos habitantes de aquéllas, no sólo no obedecían a la autoridad local, sino que incluso oprimían a los mismos nativos. Habiendo expuesto en tales términos cómo iba a cumplir su misión, Paulucci partió de Samos después de hacer lo dicho; pero antes se erigió en defensor y autoproclamado vengador de los ciudadanos griegos del dogma occidental y comunicó por escrito a los notables de la isla que, si en su ausencia se maltrataba o perjudicaba a los católicos, ya se encargaría él a su regreso no sólo de satisfacer a las víctimas y los perjudicados y dar su merecido a los culpables, sino que además castigaría a los propios próceres como responsables de la seguridad de cada uno de los católicos; y ofreció a los prohombres su protección humanitaria y desinteresada en caso de necesidad, si con su conducta se mostraban dignos de ella. Esto fue lo que hizo en Tenos.

El 11 de agosto apareció con toda su escuadra ante Naxos y reclamó a la comunidad 8.500 *grosia* en pago de los artículos sustraídos por ciertos piratas extranjeros del lugar y de fuera, o comprados por piratas; pedía también una reparación por haber sido maltratado el cónsul austríaco de allí y ultrajada la bandera del consulado; añadía a sus reclamaciones un juramento sobre la seguridad futura de los cónsules, los católicos y los habitantes de la isla bajo protección extranjera. Como no fue atendido, desembarcó al día siguiente 800 soldados y cañones y, sitiando la ciudad por tierra y por mar, la bombardeó sin permitir la salida a las mujeres, ni a los enfermos ni a los niños. El mismo día el jefe de la fuerza de tierra, Zimburg, proclamó lo mismo a los naxios y les exigió además las armas de los pobladores. Los naxios se opusieron todos a una al desarme; pero

fueron a casa del procónsul de Austria escoltados militarmente, pidieron perdón, juraron la seguridad de los cónsules y de los del rito occidental que había en la isla y desplegaron la bandera austríaca. Hecho esto, Zimburg publicó una segunda proclama por la que, justificando la petición de las armas como concerniente a la paz en la isla, autorizaba la vida social en la ciudad y el campo desde la salida hasta la puesta de sol y limitaba su cólera y su venganza únicamente a los que practicaban la piratería. Una vez pagado todo el dinero que exigía, la nave capitana zarpó el 22, y el resto de las naves dos días después. Pero durante su estancia en Naxos, el almirante no cesó de reprender a los naturales como desleales a su rey legítimo y de exhortarles a que invocasen su misericordia y volviesen a la senda del deber, antes de que fueran aniquilados.

Es justo, indudablemente, que el almirante tuviera que obligar a los ladrones al pago de lo que robaron y castigarlos, pero ¿por qué sancionar a toda una ciudad inocente? ¿Acaso no supo por el cónsul que la comunidad estaba totalmente imposibilitada de castigar a los culpables, siendo oprimida por los cretenses que se refugiaban en ella y siendo ella la que tenía necesidad de protección? ¿Con qué derecho hizo el almirante lo que hizo por el cónsul? El cónsul era natural y vecino de Naxos, esto es, ciudadano griego; Austria no tenía ni un acuerdo por el que pudiera nombrar cónsules en Grecia, ni ningún otro proyecto político; por el contrario, se comportó con ella de manera hostil e inhumana. ¿Cómo pudo, además, exigir que se izara en esta tierra su bandera y se establecieran cónsules? ¿Con qué derecho se proclamó defensor de los naxios de la iglesia occidental, ciudadanos griegos todos ellos? Y si los consideraba súbditos del sultán, el sultán sólo reconocía a Francia como representante de éstos y fue bajo los auspicios de ésta, con razón o sin ella, y no bajo los de Austria como los católicos del Egeo se opusieron muchas veces a los tributos legales. Si la armada de Austria se conducía así para con Grecia, ¿cometía falta la ultrajada y humillada Grecia por no honrar su bandera como la de las demás Potencias y por considerarla hostil?

Paulucci zarpó de Naxos y arribó a Nauplion, donde tenía su sede el gobierno; allí concibió sospechas de que los griegos planeaban incendiarla; por ello la tripulación estaba en vela toda la noche, siendo vigilados todos los barcos griegos que entraban y salían. Era verdad que algunos griegos habían ideado el plan, pero el gobierno fue informado y lo impidió. Paulucci, bien por miedo o bien porque se dio cuenta de lo reprochable que era su

comportamiento, se mostró desde entonces más condescendiente, invitó a almorzar a algunos miembros del gobierno y concedió que se revisaran ciertas decisiones del tribunal marítimo por un comité mixto de griegos y austríacos; pero, después de estas muestras más benévolas de su carácter, uno de los barcos a su mando hizo en la isla de Thermiá⁸ y por orden suya lo mismo que en Naxos.

Cinco años antes había naufragado junto al cabo de dicha isla, Hagios Dimitrios, un barco sueco cuya carga fue robada por algunos habitantes de la aldea de Sýlakas. El vicecónsul de Austria, que lo era también de Suecia, reclamó varias veces la satisfacción sin ser atendido. El 30 de agosto ancló el brick austríaco, el *Orión*, en el puerto de Thermiá y su piloto, Albert, exigió la multa en 24 horas. Los pobladores de la aldea pidieron un plazo mayor. La siguiente noche, los pastores de la isla vieron hombres armados en camino a la aldea, los tomaron por piratas y dieron la alarma a gritos. Oyeron la voz los aldeanos y, mientras los hombres salían armados en la noche para combatir a los piratas y eran tiroteados, las mujeres corrieron a los montes en busca de seguridad. Conocióse al poco que los asaltantes eran austríacos y que habían llevado a tierra cañones para disuadir a los díscolos; se pagó la multa requerida, sin más dilación. De este modo se salvó todo el poblado, en peligro por el delito y la injusticia de sólo tres personas.

A finales de septiembre volvió Paulucci a Nauplion y encontró allí el barco mercante bajo pabellón austríaco *Mac Donald*, sometido a proceso. El navío griego que lo había detenido tenía salvoconductos y no había violación alguna de las leyes ni vicio de forma; pero Paulucci, con el pretexto de que el gobierno griego no tenía derecho a inspeccionar los barcos bajo bandera austríaca, se lo llevó por la fuerza. Protestó el gobierno por este arbitrario acto en su contra y le exigió no interrumpir el juicio que se hacía al barco de acuerdo con las leyes en plena vigencia, pero él se hizo el sordo ante esta justa voz. Tales eran este año las hazañas de la armada austríaca, de las que se quejaba toda Grecia y con las que se indignaba toda Europa.

Si el acoso conjunto a Zaímis y Kolokotronis los unió, como hemos visto, los separó la caída de los rivales y su propia ascensión. Kolokotronis era ya comandante general de los ejércitos del Peloponeso y permaneció en el puesto después de la toma de posesión del nuevo gobierno, sin añadir lo que creía pertenecerle con el nuevo reparto del poder, por el que tanto

⁸ Actualmente ha recuperado su antiguo nombre de Citnos.

había luchado. Distanciado por ello de Zaímis, apartó a otros, entre ellos a Anagnostis Diliyannis, miembro del comité gubernamental, y de nuevo cobró fuerzas la división de las provincias. Las provincias de Corinto y Vostitsa fueron las que más atrajeron la atención de la nueva oposición, por sus ricos remanentes; de la primera era gobernador el general Ioannis Notarás, vicegobernador y lugarteniente su primo, Panayotis Notarás; de la segunda el gobernador era el general Londos, y vicegobernador su lugarteniente Meletópulos. Los de Kolokotronis se atrajeron a estos dos lugartenientes y los soliviantaron contra los generales con el señuelo del mando en las provincias; pero la división afectaba más a la de Corinto, donde la alimentaba la competencia surgida entre el general y el lugarteniente por casarse con una bella joven de buena familia. En agosto, la división acabó en confrontación y los dos muchachos rivales, tras encontrar otros aliados tan descerebrados como ellos, entablaron batalla en Sofikós, una aldea de la provincia; ganaron los de Ioannis Notarás y mataron a inocentes, saquearon y destruyeron la villa e incendiaron la mayor parte del pinar de donde los campesinos extraían cada año la resina para ganarse la vida; destruyeron también otras aldeas, desvalijando a los habitantes. El fuego de la discordia en la provincia estaba a punto de propagarse a otros puntos del Peloponeso, cuando la comisión del gobierno se apresuró a extinguirlo en su mismo foco y, con ese objeto, se trasladaron a dicha provincia el presidente, sus miembros Petrobey y Diliyannis y el vicepresidente del comité del congreso, Porfyrios; también llegó Kolokotronis, arrepentido de lo que había hecho para encender las pasiones. Después de deliberar, dispusieron la provincia como la circunstancia requería, se envió a los dos jóvenes rivales al frente y, de esa manera, la provincia de Corinto se salvó de una completa catástrofe después de haber sufrido lo suyo.

Una vez que los caudillos cretenses que se sometieron fueron arrojados a una sombría prisión, como dijimos, muchos se vieron obligados por seguridad a escoger la guerra de guerrillas. A través de esta modalidad, había frecuentes correrías en muchas provincias de Creta, siendo el enemigo masacrado y los lugares saqueados; pero, después de la conquista de Gramvusa, los guerreros cristianos encontraban refugio allí y, provistos fácilmente de lo necesario, se volvían más osados, temibles y organizados. El 1 de octubre salieron por primera vez de allí hacia Chaniá 150 por mar y otros tantos por tierra; los que iban por mar atraparon dos barcos pesqueros, llenaron las embarcaciones de animales y otras presas, mataron

a 17 enemigos, entre ellos al hijo de Hosan Bey Tukmezoglu, y llevaron 6 prisioneros a Gramvusa. Los que iban por tierra robaron bastantes animales a las afueras de Chaniá y mataron al hijo de Faner Aga. Salió a perseguirlos en represalia Mustafa Pasha, que llegó hasta Gramvusa sin alcanzarlos y, tras matar a otros tres por el camino, se volvió a Chaniá. El día de su salida, algunos de los cristianos de las estribaciones del Malaxa corrieron hasta las puertas de la muralla, vaciaron las curtidurías, robaron animales, mataron a algunas personas y volvieron ilesos a su base. La misma noche bajaron 10 de Kefali a las salinas, se apoderaron de un barco pesquero y cruzaron en él por delante del fuerte de Suda sin sufrir daños. Mustafa Pasha, al ver tantas acometidas, rapiñas y muertes desde todas partes al mismo tiempo, se dedicó a abastecer cuanto antes la plaza fuerte de lo necesario y a prepararla para un asedio.

A finales de octubre, algunos turcos de Kándanos merodeaban para recoger aceitunas cuando salieron corriendo los griegos, los alcanzaron antes de volver a su base y los agredieron, matando o tomando prisioneros a algunos y poniendo en fuga a los demás. Hubo en otros sitios pequeños enfrentamientos, en los que los turcos solían llevar la peor parte.

1826-27

CAPÍTULO LXIII

*CAMPAÑA DE KÜTAHI CONTRA ATENAS Y TOMA DE LA CIUDAD.-
NOMBRAMIENTO DE KARAIKAKIS COMO GENERAL EN JEFE DE LAS
TROPAS DE GRECIA ORIENTAL.- ASEDIO DE LA ACRÓPOLIS.- BATALLA DE
CHAI DARI.- ENCUENTRO ENTRE KARAIKAKIS Y KÜTAHI.- EXPEDICIÓN
DE LOS TESALOMACEDONIOS CONTRA TALANDI.- ENTRADA DE FABVIER
EN LA ACRÓPOLIS*

La pérdida de Mesolongui supuso el fin de la guerra en toda Grecia Occidental. La gente de todas las provincias de aquella zona se sometió. Kütahi, quitándose la piel de león y poniéndose la de zorro, de los cabecillas con poder en los distritos se atrajo a su servicio a unos e ignoró a otros. Tras dejar suficiente guarnición en Mesolongui, salió hacia Atenas en junio, atravesó Fócide y Beocia sin ninguna oposición y, el día 28, pernoctó en Tebas. Los participantes en la expedición se calculaban en diez mil, entre caballería e infantería, y la artillería constaba de seis cañones y seis morteros. Más previsora que Drámalis, mediante la ocupación militar de posiciones adecuadas intermedias aseguró la libre comunicación de su ejército con Eubea y el golfo de Corinto, de donde iba a recibir las vituallas. Mientras él marchaba hacia Atenas, Omer Pasha de Caristo pasó al Ática con mil hombres; tomó Kapandriti, a 7 horas de Atenas, y sus jinetes avanzaron hacia el Pireo, incendiaron los almiarés, robaron ganado y volvieron al campamento. En esta correría Vassos y Kriezotis se hallaban por Kaza y Dervenochoria, de donde volvieron al enterarse de lo del Pireo, y el día 20 acamparon junto a la aldea de Lyosia, a una hora del enemigo; al día siguiente, dos horas antes de salir el sol, mandaron 100 hombres para una emboscada al enemigo, que salía habitualmente a segar. Los enviados mataron a 2, pero acudieron 200 a caballo y los rechazaron; llegaron entonces los restantes griegos y así los jinetes volvieron a su base. Al día siguiente, los turcos propusieron un diálogo y, al ser atendidos, enviaron a

dos jefezuelos que prometieron sustanciosas recompensas a Kriezotis y a Vassos, en caso de someterse. Al desechar éstos las proposiciones, marchó todo el ejército el 24 muy de mañana; salieron los griegos a su encuentro, combatieron donde la víspera y fueron heridos 7 de ellos, volviendo los turcos al campamento. Al saberse la llegada de Kütahi a Tebas, Vassos y Kriezotis partieron con los suyos a Eleusis.

A comienzos de mayo fue nombrado jefe de los contingentes que se formaron en Grecia Oriental Guras, al que se le había ordenado no esperar al enemigo ante las puertas de Atenas; pero él, sin preocuparse de conservar ni su propio distrito incólume, se encerró en la acrópolis con 300 a sueldo y, con el pretexto de pagarles, exprimió a algunos de los habitantes de la provincia, recaudando y amasando; envió para recaudar a Salamina, donde había atenienses, a su pérfido compinche Mándalos, que cumplió sus encargos apelando a maldades crueles. Bajo la autoridad de tal jefe sus soldados, que eran inclinados a la indisciplina, antes de encerrarse hicieron contra los infortunados aldeanos lo que se avergüenza uno de decir, llevándolos a tal grado de desesperación que, durante la minúscula incursión de Omer Pasha, las dos aldeas de Chasiá y Menidi se sometieron y recibieron a los escasos enemigos como liberadores, asesinando al guerrillero local, Meletis Vasilíu, el primero que llamó a la insurrección a ellos y a los demás habitantes del Ática, y que luchó cabalmente hasta el fin. Por contra los atenienses, a pesar del odio al jefe de la guarnición por sus excesos, en aquella crítica hora se mostraron pacientes al máximo, en favor de la patria. A excepción de algunos que huyeron a Salamina, se quedaron en la ciudad no sólo los que podían portar armas o ser útiles de otra manera, 1000 en total, sino también muchas mujeres y niños. Dentro de ella se atrincheraron otros 100 combatientes al mando de Stathis Katsikoyannis, Dionysios Evmorfópulos y Yoryis Fokas, de manera que los combatientes en la ciudad y la acrópolis eran en total 1400 a la llegada del enemigo.

El 29 de junio llegó a Kapandriti la vanguardia del ejército enemigo que había pasado la noche anterior en Tebas, compuesta de dos mil infantes y mil jinetes, y se unió a los de Omer Pasha; al siguiente día, aparecieron jinetes merodeando por las afueras de Atenas. Al verlos desde la ciudad, salieron y los obligaron a marcharse. El 1 de julio, algunos de los invasores llegaron hasta Mesogea y retrocedieron al hallar resistencia por Liópesi; al día siguiente por la tarde fue visto de nuevo el enemigo por fuera de la ciudad,

yendo por Ambelokipi, pero retrocedió al recibir disparos de los cañones y las baterías de la muralla inferior. Al día siguiente, el ejército entero que estaba en Kapandriti tomó el monasterio de Petrakis y los jardines de Patisia, Sepolia y Chasakís. Los griegos se reforzaron la siguiente noche, al entrar en la ciudad 150 combatientes llegados de Salamina, y ocuparon el día 5 la colina de Museo, y los turcos la Pnix, Hagía Triada y Hagía Marina; la noche del día 6 tomaron Hagios Athanasios, junto al templo de Teseo. El día 10, en que los de Kriezotis y Vassos habían acampado en Eleusis, aparecieron de repente avanzando por la carretera de Tebas 2000 enemigos, de infantería y caballería, mandados por Arslan Bey. Los griegos dejaron sus fortificaciones, fueron a encontrar al enemigo en la llanura de Thriasio, lucharon y lo hicieron retroceder. Los enemigos volvieron al campo de batalla el día siguiente, siendo rechazados igualmente. Al día siguiente, la infantería incendió Mandra y Magula, mientras la caballería volvía a donde luchó el día anterior, pero fue derrotada y perdió sus tiendas y bagajes, volviendo maltrecha al campamento por la noche. Los que cercaban Atenas lanzaron el día 11 un ataque contra la colina de Museo, se apoderaron de ella y levantaron baluartes. El 12 salieron del recinto los griegos al mando de Guras y persiguieron al enemigo hasta el monasterio de Petrakis. El mismo día Muhtar Bey Kiaftesis, que iba en la expedición de Kütahi, escribió a Guras, del que era conocido, exhortándole a entregar la ciudad y la acrópolis para evitar la inexorable destrucción de los que había en ellas y prometiéndole ventajas y honores, pero la oferta fue repudiada. El día 13, se lanzaron los de la ciudad, entre ellos Makryyannis, y atacando a los enemigos mataron a dos; llegaron hasta las eras de Yerani, donde había algo de trigo almacenado, y lo quemaron; uno de los enemigos quiso apagar las llamas y se carbonizó. Por la noche, el enemigo intentó tomar la posición del templo de Zeus Olímpico y hacerse fuerte protegido por sus columnas, pero fue alejado por la fusilería; al día siguiente llegó a la ciudad desde Salamina el zapador oficial durante el asedio de Mesolongui, con 3 ayudantes y 70 atenienses. El día 15, unos griegos apostados por el templo de Zeus Olímpico mataron a 2 de a caballo y cogieron sus monturas. Ese mismo día se vio en Yerani una batería elevada enemiga y, la siguiente noche, otra por Hagía Marina; colocaron encima cuatro cañones y la guerra se hizo más seria desde entonces. El 16 llegó Kütahi desde Tebas, donde había dejado una retaguardia de tres mil, y acampó en Patisia; ese mismo día el enemigo, con denso fuego de artillería, derribó parte de una de las

dos torres occidentales de la muralla; al siguiente, dañaron la otra torre y los griegos repararon por la noche las partes dañadas y montaron junto a la parroquia de los Santos Anárgiyri⁹ una batería para castigar a la enemiga de Yerani. El 31 de julio, los de Eleusis enviaron al Pireo 7 hombres para espiar al enemigo, pero los enviados cayeron en sus manos y uno murió en la lucha. Al enterarse por los prisioneros de que los griegos se proponían venir desde fuera para levantar el cerco de Atenas, se aplicó a tomar la ciudad al asalto cuanto antes.

La muralla de la ciudad estaba toda descuidada y hecha pedazos en muchas partes; además, tenía mucha extensión, desproporcionada para el escaso número de sus defensores. La flanqueaban veintitrés torres, pero la mayoría desguarnecidas, y las que no lo estaban no tenían cada una más que un cañón, inservible las más de las veces; por estas razones, la plaza era fácil de expugnar. Dos días antes del asalto —el 1 y el 2 de agosto— el enemigo lanzó contra la muralla todo el fuego de artillería que no había lanzado durante el transcurso del asedio y derribó tantas partes, que los defensores no tenían tiempo de repararlas. La mañana del 3 atacaron en masa por todos lados y gritando, penetraron en la ciudad por las zonas derruidas y se adueñaron de ella por completo tras una débil resistencia. Murieron 12 griegos, fueron heridos 30 y perdieron la libertad 10 hombres y 40 mujeres; el resto se salvó refugiándose en la acrópolis. Al día siguiente bajaron inesperadamente unos pocos desde la acrópolis hasta la parte este de la ciudad, entraron en una vivienda y la incendiaron, matando a 13 y haciendo prisioneros a 5; pero fueron muertos 2 de ellos y heridos 8. Se decía que uno de los turcos capturados era artificiero mayor del campamento enemigo, el cual fue asignado al escuadrón de artillería griego.

El gobierno, al saber que Guras estaba acorralado en la acrópolis, estudió reemplazarlo por otro jefe de partidas de Grecia Oriental. La mirada de muchos de sus miembros recayó al principio en Karaiskakis, que había ido a Nauplion tras la toma de Mesolongui; también era éste el favorito de la opinión pública para dirigir un ejército numeroso en Grecia Continental y hacer revivir las zonas decaídas, pero se consideraba insuperable el odio del presidente del gobierno, Zaímis, por la persecución y los desprecios que procedentes de él soportó su casa en la segunda guerra civil. Y sin

⁹ Cosme y Damián, que en tiempos de Diocleciano ejercían la medicina entre los pobres gratuitamente (por eso eran *ἀνάργυροι*, ‘sin dinero’).

embargo, este hombre mostró tal patriótica indulgencia hacia sus enemigos estando la patria en peligro que, en la discusión habida en el consejo de ministros sobre el nombramiento de general en jefe, fue el primero en abrir la boca para decir que no veía a nadie que lo mereciera más, ni más idóneo que Karaiskakis. Por unanimidad de todos los miembros, Karaiskakis fue llamado el día siguiente a la torre marítima y Zaímis, tomando la palabra en primer lugar, le anunció en tono muy amable lo que sobre él había decidido el gobierno la víspera. Conmovido por las palabras del presidente, Karaiskakis respondió con cortesía y agradecimiento y ambos, tras la solemne promesa de olvidar por completo el pasado se abrazaron y besaron, y su beso no fue el de Judas. El general electo reunió a cuantos pudo en Nauplion y marchó con 600 hombres el 19 de julio hacia Eleusis, donde estaban ya los batallones de Vassos, Panuryás y Kriezotis y se había ordenado reunirse a los de los demás guerrilleros. Se puso todo el cuidado en la provisión de alimentos, de los cuales no careció el gobierno gracias al generoso filohelenismo de los pueblos cristianos; y, como ya había desaparecido cualquier temor a un desembarco enemigo en Hydra y Spetses, también se ordenó a Fabvier que partiera hacia Grecia Continental.

Debido a la anarquía imperante en Nauplion, hacía poco que este filoheleno había establecido la sede permanente de su ejército en la península peloponesia de Méthena y llevó allí todo su arsenal, tras dejar dos compañías de guardia en Nauplion; escogió aquel lugar porque estaba a la orilla del mar, lejos de los disturbios políticos y militares y equidistante de Hydra, Atenas, Nauplion y el istmo de Corinto; fortificó aún más aquella posición, ya segura por naturaleza, levantando sendos reductos sobre las dos elevaciones de la lengua de tierra. Por las fechas en que se ordenó la salida, llegaron a Méthena desde Marsella 70 filohelenos al mando del coronel italiano Pisa. La generosa contribución de la Asociación Filohelénica de París proveía desde tiempo atrás no sólo la manutención del ejército regular, sino también el resto de la logística de los voluntarios europeos, bajo la supervisión del conde d'Harcourt, miembro y representante suyo, que visitó Grecia en aquella ocasión para un conocimiento completo y exacto de sus necesidades. Bajo tan felices auspicios, Fabvier recibió con agrado la orden del gobierno y, tomando los batallones I y II, con mil hombres, la compañía filohelena de Pisa, 70 de caballería sin caballos y 4 cañones de montaña, partió a principios de agosto hacia Eleusis, donde se reunió con los 2500 no regulares de

distintos jefes, bajo la jefatura general de Karaiskakis. El 5 por la tarde salieron todos y llegaron a eso de medianoche a Chaidari y, mientras unos ocupaban el jardín vallado que está en una pequeña hondonada a media hora de Atenas, otros se atrincheraron sobre las elevaciones a izquierda y derecha del huerto; los regulares acamparon a la derecha del huerto, con la ciudad enfrente y la montaña detrás.

El día 6, a la salida del sol, avanzaron desde el olivar dos mil enemigos de a pie y a caballo tirando de dos cañones ligeros; los de infantería y la mayoría de los caballeros atacaron las trincheras a la izquierda del huerto, donde estaban las formaciones de Kriezotis, Pervós, Stefos y los heptanesios; otros pocos fueron por la derecha. El Primer Batallón cargó a la carrera contra los atacantes de la parte izquierda, los enemigos huyeron después de una corta resistencia y se les arrebataron los suministros de guerra. Corrió a su vez la compañía filohelena contra el ala izquierda enemiga y llegó tan lejos, que se encontró luchando en inferioridad numérica de tres a uno; ahora bien, gracias a su experiencia militar, a su arrojo y al fuego incesante, repelió felizmente las continuas embestidas del enemigo y lo puso en fuga al poco tiempo, al llegar dos escuadrones del Segundo Batallón en el momento álgido de la batalla. Este hecho dio confianza al ejército regular y Fabvier, al ver propicia la oportunidad para entablar una batalla generalizada, ordenó a todos los a su mando descender al llano y marchar en línea recta hacia la ciudad; mandó a Karaiskakis que ordenara a los no regulares que le acompañaran; pero tuvo que volver atrás, ya que éste no estuvo de acuerdo, bien porque considerara arriesgada la operación o bien porque sabía que los no regulares no apoyan, pues no tienen el hábito de luchar a pie contra los jinetes en el llano. Ese día los griegos se apoderaron de dos banderas y mataron o hirieron a unos pocos; mataron también a un oficial de caballería y le arrebataron su caballo; de ellos murieron 8 y fueron heridos 20, entre ellos 5 filohelenos; se partieron los ejes de las dos cureñas y fueron enviados a Salamina para su reparación. El mismo día, Karaiskakis sugirió trasladar el ejército al Pireo, para proveerse más fácilmente por mar de municiones y vituallas, pero Fabvier se opuso diciendo que el objetivo de la expedición era levantar el asedio, y no perder el tiempo acampando lejos del enemigo y defendiéndose más que atacando; su contrapropuesta era marchar contra el enemigo al día siguiente; pero su opinión no fue aceptada y, obligado a ceder, ordenó a los suyos levantar el campo a medianoche; mas antes de medianoche, burlando la vigilancia del

enemigo, llegaron al campamento dos de los encerrados en la acrópolis, anunciando que los turcos se disponían a retirarse. Tal noticia trastocó el plan de trasladarse al Pireo. El día 7 del mes transcurrió sin lucha, pues el enemigo no se dejó ver, no porque se dispusiera a partir, sino porque esperaba a Omer Pasha de Caristo, que había ido poco antes a Eubea y llegó esa misma tarde con bastantes de caballería. El día siguiente por la mañana, se vio a Kütahi venir hacia Chaidari con cinco mil infantes y mil jinetes. Fabvier envió al punto al Primer Batallón y a los de caballería sin caballos, con los dos cañones aún en funcionamiento, a ocupar una loma plana y extensa; pero mientras estos subían por un lado, por la otra ladera ascendían los jinetes enemigos; la cima de la loma, en medio de los dos, les impedía verse mientras subían, así que unos y otros llegaron arriba sin tener ni idea de que iban al encuentro. Los regulares bombardearon primero matando a algunos, pero su formación en cuadro, según la cual sólo uno de sus frentes daba la cara al enemigo, les fue perjudicial. Además, quiso la mala suerte que hirieran al que dirigía el batallón, el francés Robert, y que se quebraran los ejes de las cureñas. Estos sucesos causaron temor y desorden en el batallón, se rompió el cuadro y los enemigos penetraron por los huecos. Menos mal que los del Segundo Batallón y los de Karaiskakis y Kriezotis corrieron a detener el ímpetu del enemigo y salvaron al batallón en peligro de su total aniquilación; murieron o fueron hechos prisioneros 38 soldados y un tambor.

El enemigo, tras apoderarse de toda la loma, atrincheró su cima y, dividiendo sus fuerzas, lanzó la caballería y una pequeña parte de la infantería sobre la fortificación de Stefos y Pervós –también estaba Lekkas– y el resto de la infantería contra la colina situada entre este reducto y la montaña, que ocupaba Kriezotis. Los de Stefos, Pervós y Lekkas repelieron a los atacantes, obligándolos a volver atrás; los que marcharon contra la colina hallaron la base desguarnecida y avanzaron hasta la cima pero, al llegar a ella, encontraron firme resistencia, siendo rechazados en sus dos asaltos; combatían tan de cerca que, en vez de los fusiles, se servían de las piedras y los sables. Al poco rato, la caballería rechazada en el otro reducto se volvió ahora contra los griegos, que vieron así aumentar el peligro, y toda la posición del campamento griego se hizo inestable porque, en caso de vencer el enemigo y adueñarse de la totalidad de la colina, tomaría la espalda al campamento. Al observar esto, Fabvier mandó hacia la colina los dos batallones y los filohelenos;

atacaron también los no regulares que resistían valerosamente sobre la colina y, así, el enemigo retrocedió tras un duro castigo; después de esto, los dos ejércitos se limitaron a las escaramuzas. Celebrada una conferencia de guerra, se decidió que los regulares ocuparan el jardín y las trincheras y los no regulares, después de la puesta de sol, cayeran sobre el atrincheramiento enemigo en lo alto de la colina. Al llegar la hora, los no regulares salieron del parque y las trincheras y entraron los regulares; pero los no regulares, en vez de dirigirse hacia la colina, se retiraron al monte, temerosos y desconfiando de las órdenes de sus superiores. Los enemigos, al ver los movimientos de los griegos y la retirada de los no regulares, rodearon el parque. Se aterrorizaron los regulares al verse inesperadamente en medio de una caballería enemiga tan numerosa y se dieron a la fuga y afortunadamente, gracias a la oscuridad y a la poca distancia entre el jardín y el monte, escaparon a su total exterminio. Murieron pocos, pero fueron apresados muchos soldados que erraban impotentes en la oscuridad; entre ellos, el muy encantador y culto teniente de artillería Ivos y unos artilleros orgullosos de servir en sus puestos. Otro prisionero fue Chatsí-Lambros Koromilás. La mayoría del ejército perdió su impedimenta; quedaban unos 20 heridos de los diferentes cuerpos dentro de la torre en el parque y también ellos, como el resto de los apresados, fueron víctimas de la crueldad de los enemigos^b. Mediada la noche, llegaron a Eleusis regulares y no regulares; temiendo que el enemigo los siguiera hasta allí, se fueron todos maltrechos al día siguiente a Salamina, excepto los de Karaiskakis y Kriezotis.

Por aquellas fechas fondeaba frente al Pireo la nave almirante francesa. Después de la batalla de Chaidari, Kütahi y Omer Pasha fueron a visitar al almirante de Rigny; tras ellos, fue Karaiskakis. El almirante, después de recibirlo, lo llevó ante los pashás, que estaban sentados en cubierta. Quedó perplejo Karaiskakis al verse tan de improviso en presencia de los pashás, así como estos al verse tan de improviso en presencia de Karaiskakis. Karaiskakis los saludó y se sentó; ellos le devolvieron displicentemente el saludo con una simple inclinación de cabeza, sin levantarse. La conversación tuvo lugar en albanés. Kütahi reprendió de manera amable a Karaiskakis su infidelidad a la Puerta y le dijo que, si se sometía, le daría la capitanía más brillante. “Cuando te la pedí –replicó Karaiskakis–, no me escuchaste; decidí entonces ganármela con mi espada y, si Dios quiere, me la ganaré.” Kütahi sonrió y no dijo nada. Los pashás fueron los primeros en

irse de la nave, pero se quedó un albanés que, en nombre de Kütahi, volvió a plantear en privado a Karaiskakis, como conocido suyo, lo que Kütahi le había dicho sin trabas, mas recibió la misma respuesta que su señor; este encuentro entre los pashás y Karaiskakis tuvo lugar por casualidad.

Tras el fiasco de Chaidari, la mayoría de los a sueldo de Guras en la acrópolis, por temor a los horrores de un largo y estrecho asedio, tomaron la decisión de escapar de noche sin que lo supiera el jefe. Éste, informado del asunto y con la intención de chasquearlos, comunicó al enemigo desde arriba a grandes voces la evasión que se proyectaba y los soldados desistieron, temerosos de caer en manos de quienes estaban prevenidos. Pero algunos de ellos aprovecharon otra oportunidad y huyeron, y había otros muchos dispuestos a fugarse. Debido a ello, el mismo Guras se acobardó y ordenó en secreto que se enviaran barcos a las tres atalayas para transportar a todos los asediados si la necesidad lo requería. Hemos dicho que, al ser tomada la ciudad, se encerraron en la acrópolis cantidades de mujeres y niños. La madrugada del 12 de agosto fueron evacuados 300 a Salamina, y algunos hombres fuera de combate; de manera que, a mediados de agosto, no había en el cerco más que 800 combatientes del Ática, 250 acompañantes del jefe de la guarnición, 80 componentes de otras bandas armadas y 500 mujeres y niños; en total, 1630 almas. Había también víveres para un año, pero pocas municiones; sobre la muralla se apostaban 14 cañones y 3 morteros.

Los enemigos, después de montar una batería en la colina de Museo y colocar encima cañones y morteros, se lanzaron en masa el día 15 por la tarde para adueñarse del templo de San Jorge, debajo de la acrópolis. Ocupaban esta iglesia unos griegos que habían previsto el hecho y la habían minado; con objeto de engañar a los atacantes y llevarlos confiados dentro de ella, fingieron resistir, dispararon sus fusiles el tiempo suficiente y después huyeron, como no pudiendo defenderla más. Los enemigos irrumpieron engañados, unos en la iglesia y otros en las casas de alrededor, y de repente se desplomó la iglesia y con ella las casas, muriendo muchos enemigos; también fueron heridos 15 griegos, de los cuales murió uno. El enemigo sufrió a los pocos días otro grave quebranto: Karaiskakis, acampado en Eleusis, al enterarse de que por Skurta, límite entre Beocia y Megáride, había 500 vigilando unos víveres almacenados, envió el día 23 a 1200 hombres al mando de Yoryis Cheliotis. Este guerrillero cumplió felizmente su misión: en su inesperado ataque mató a bastantes, dispersó a

los demás, saqueó y, el día siguiente, llevó a Eleusis todas las reses y una piara de mulos.

Por aquellos días cayó en manos de los griegos un informe oficial de Kütahi al gran visir y una carta de su puño y letra a un tal Ali Aga, o sea, al sultán, oculto bajo este nombre según la opinión generalizada. El informe decía que la fortaleza de Atenas, construida en lo alto de una abrupta roca, ni admitía galerías ni era susceptible de asalto; que en el Istmo se estaban agrupando numerosas tropas infieles y lo surcaban 20 y hasta 30 barcos suyos; que no tenía tiempo de supervisar el asedio de Atenas y consideraba necesario contar siempre a su lado con un visir valiente y con experiencia en la guerra, como Omer Pasha de Caristo; que había reparado diez molinos en torno a Atenas y tenía que dedicar a guardarlos entre 80 y 100 soldados; y que había dispuesto un contingente selecto de casi siete mil para enviarlos al istmo del Peloponeso, pero no lo hizo por falta de víveres.

Kütahi mentía al decir que estaba obligado a emplear guardias especiales para vigilar los molinos, pues estos estaban tan cerca del campamento, que no les hacía falta una guarnición propia; no reparó más que cinco; y no surcaban aquellas aguas 20 y 30 naves, sino sólo 3.

La carta privada, en la que denominaba al desconocido Ali Aga “su señor vivificante”, repetía lo mismo y concluía que consideraba imprescindible la colaboración de otro visir para poder él guardar los accesos al Istmo, por cuanto el ejército más preparado de Grecia Continental se hallaba en el Peloponeso, a causa de la guerra civil que se desarrollaba en las cercanías de Corinto; porque, si venía de allí para reforzar al regular, se malograrían todos sus esfuerzos, se expondría al peligro a sus tropas y nadie seguiría siendo *rayás*; en cambio, si Grecia Continental se conservaba sumisa, prometió dominar el Peloponeso en dos meses.

Mientras tanto, Kütahi no cesaba de apretar a los de la acrópolis con fuego diario de cañón y mortero. Los sitiados no temían un asalto a causa de su inexpugnable posición; no obstante, sufrían con las bombas y la metralla por el suelo rocoso y el estrecho perímetro; temían sobre todo que les arrebataran los pozos que había en las proximidades de la muralla y la fuente descubierta cuando estuvo allí Odiseo; por ello ponían gran empeño en vigilarlas y, al ver que los enemigos estaban cavando un hoyo para abrir minas bajo los muros, atacaron el 26 de agosto, los pusieron en fuga, les quitaron los monos y las herramientas y volvieron a la acrópolis. Obstinado en su propósito, el enemigo retomó sus labores de zapa, cavó una profunda

zanja desde el pie del Areópago hasta el lado sur del recinto y abrió tres galerías bajo el teatro de Herodes; pero los de Makryyannis, que eran los guardianes del muro, pusieron en fuga a los trabajadores la noche del 13 de septiembre, rellenaron la fosa, derribaron las galerías, dieron muerte o prisión a algunos y volvieron a su base con las espuelas para acarrear la tierra. Murió un griego y fue herido otro que murió a los pocos días. La noche del 17 los turcos atacaron para adueñarse de la fuente, siendo repelidos; el 19, recuperaron el foso de donde habían sido expulsados el 13, pero el atento e incansable ingeniero Kostas había previsto que la recuperación de aquella posición se produciría y, adelantándose, levantó una de las galerías obturadas, colocó pólvora dentro y la tapó para que no se notara. Sobre medianoche, hora en que el enemigo trabajaba en la reapertura de la zanja rellena, le prendió fuego con una mecha oculta y causó estragos entre los obreros y los vigilantes. Al explotar el subterráneo, los griegos cayeron sobre los enemigos y los echaron, y se habrían apoderado de casi toda su artillería si la deserción de algunos de Guras no hubiera provocado el desorden en los demás. Tanto la anterior como esta última indisciplina hicieron absolutamente necesaria la entrada de otros hombres en la acrópolis.

Tras la caída de Mesolongui, se reestructuró el cuerpo de los heptanesios y fue nombrado su jefe Evmorfópulos de Ítaca, que estaba en la acrópolis. Él y Guras escribieron al comité de los heptanesios y al gobierno pidiendo la rápida subida a la acrópolis de dicho cuerpo de ejército y, con el mismo objeto, despacharon a Mamuris, que combatía al lado de ellos y era pariente de Guras. Los heptanesios respondieron con placer y, conducidos por unos megarenses y de otros lugares, el 12 de septiembre echaron pie a tierra en una parte del Ática cerca de Halikí y, caminando guiados por Mamuris, llegaron cerca de la acrópolis anochecido, pero sus acompañantes se acobardaron por el camino y no siguieron; además, sorprendió a los heptanesios la luz de la luna, por lo que se encaminaron de madrugada a Kará y aplazaron hasta la noche siguiente la subida a la acrópolis; pero el ver desde allí los atrincheramientos enemigos, creyendo intransitable la parte por donde iban a entrar y sospechando haber sido vistos por el enemigo, retrocedieron la noche siguiente hasta el lugar donde habían desembarcado y, tras encontrar allí a los mismos acompañantes que los habían abandonado en el camino, llegaron todos el 14 a Salamina, donde agregaron a 120 del continente, que se enrolaron

por 100 o 150 *grosia*; bajo la dirección de Mamuris subieron todos –unos 250– al barco de Chatsí-Alexandrís y se hicieron a la mar desde Ambelakia el 27 a eso de las tres de la madrugada; con ellos iban los de Kriezotis, con la intención de proteger el desembarco si se presentaba algún obstáculo. Llegaron a las 8 a Muniquia, donde pisaron tierra sin impedimento, al no encontrar al enemigo; separados de Kriezotis y los suyos, que se quedaron en la embarcación, caminaron hacia la fortaleza. A un cuarto de hora de distancia de allí los que iban delante, al ver bastantes jinetes que llevaban el mismo camino, se ocultaron echando cuerpo a tierra; al poco cruzaron por allí más enemigos; en la oscuridad de la noche, ni los primeros ni los segundos vieron a los que caminaban hacia la acrópolis, pero éstos dieron la vuelta con temor, los unos retrocediendo hasta el lugar del desembarco y los otros subiendo al Himeto. Los turcos sintieron sus pasos y les atacaron por oleadas durante la noche. Llegado el día, se vio a la mayor parte de los huidos al borde del mar, haciendo señas al barco, que había zarpado ya con Kriezotis y los suyos. Volvió la embarcación y recogió sanos y salvos a los de la orilla; del resto, siete fueron acorralados en la pequeña iglesia junto a las Tres Torres, muriendo seis de ellos; el séptimo, Andreas Kóndaris, se arrojó desnudo al mar y llegó ileso al barco. Merodeando, los enemigos fueron a Halikí tras las huellas de los demás y toparon con 22 en un islote cerca de tierra firme. Estos se habían fortificado y combatieron osada y felizmente durante todo el día; al caer la noche vinieron algunos del barco en una chalupa y los salvaron; una vez conducidos a Salamina sin cumplir el objetivo, vieron que eran 30 menos. Así fue como fracasó el segundo intento de reforzar la guarnición de la acrópolis y a los de dentro, mientras esperaban ayuda exterior, les sucedió inesperadamente lo que sigue:

El 30 de septiembre Guras pasaba la noche fuera del recinto amurallado observando los movimientos del adversario, impidiendo la indisciplina reinante entre la soldadesca y disparando a intervalos con su fusil sobre las trincheras cercanas. A medianoche hizo un disparo y un enemigo, guiado por la chispa que centelleó sin salirse del ánimo, acertó a Guras de un balazo en la sien y lo derribó muerto; sin alborotar, sus soldados llevaron el cuerpo dentro del recinto y, por la mañana, lo subieron a la acrópolis y lo enterraron delante del Partenón, tras rendirle los debidos honores. Su mujer dio muestras de resignación y nobleza: al ver llorar a los soldados, les dijo: “¿Por qué lloráis? A mi marido lo habéis matado vosotros, con vuestras deserciones; si os remuerde la conciencia por haberme dejado

viuda, cambiad de modo de ser y no mataréis ahora a su mujer haciendo lo mismo.” Se conmovieron los presentes con estas palabras y juraron sobre los evangelios y la imagen de Cristo guardar lealtad a la mujer del jefe en la guerra, y cumplieron su juramento. En todo el tiempo que duró el asedio de la ciudad y la acrópolis hasta la muerte de Guras, los sitiadores lanzaron 6.325 balas de cañón y bombas, los sitiados 1.191. Los muertos dentro de la acrópolis en dicho período se estimaron en cien.

Teniendo siempre en mente cortarles el agua, los sitiadores pensaron en tomar al asalto la posición fortificada de Leondari, delante de la fuente, y los albaneses se encargaron de la misión. Los griegos sospecharon el plan y excavaron una mina para prenderla en el momento en que los enemigos pisaran la posición aquella. Antes de amanecer el 6 de octubre se lanzaron los albaneses, yendo al frente a caballo el comandante de la guarnición de Atenas. Los griegos, proponiéndose tender una aña gaza a los enemigos, se alejaron tras una pequeña resistencia y prendieron fuego a la mina; pero ésta no explotó, pues la pólvora estaba húmeda por el largo tiempo transcurrido. Entonces los griegos hicieron a los enemigos abandonar aquella posición lanzándoles bombas, ya que explotaron delante de ellos y mataron a algunos, entre los cuales estaba el comandante. Después de este fracaso, los jefes decidieron intentar la toma al asalto de la muralla y prometieron sustanciosos premios a los que asumieran la escalada; lo hicieron los guegues, que se mofaban de los demás albaneses por haber fallado en la conquista de Leondari. Cuando estuvieron dispuestos, atacaron de improviso el 7 de octubre a eso de las tres, se adueñaron de una de las fortificaciones cercanas al muro y ocuparon la boca de un subterráneo en el momento en que el ingeniero Kostas se encontraba supervisando su mantenimiento. Al ver en peligro al zapador, Makryyannis, que tenía a su cargo la vigilancia de la muralla, salió a protegerlo con los atenienses que comandaba. Después salieron otros pocos que, sosteniendo un combate de dos horas mientras desde la acrópolis disparaban proyectiles y bombas, expulsaron a los enemigos y salvaron del peligro a su muy estimado compañero. El enemigo, persistiendo en su empeño, se refugió bajo las arquerías del teatro para evitar el fuego, en espera del momento oportuno para irrumpir; mas los griegos, lanzando desde arriba bombas con las mechas encendidas y arrojando otros materiales incendiarios, malhirieron a muchos y forzaron al resto a salir corriendo de las arcadas al llegar la noche, cayendo cuatro de ellos en la huida. Los rencorosos

albaneses, a los que les habían echado en cara el fracaso en la toma de Leondari, miraban desde la colina de Museo lo que sufrían sus camaradas guegues refugiados bajo las arquerías y, en vez de solidarizarse con ellos, se burlaban a grandes carcajadas. Aquel día se arrojaron contra la acrópolis quinientas bombas y otras tantas balas de cañón muriendo diez griegos y siendo heridos muchos, entre ellos Makryyannis, que lo fue en la cabeza. A la noche siguiente, Kostas prendió fuego a la galería en que se encontraba cuando el asalto, los griegos atacaron tras la explosión y el enemigo sufrió también aquel día.

Mientras los de la acrópolis mantenían con éxito la heroica lucha y afrontaban el peligro, las tropas griegas andaban inactivas de acá para allá, mientras sus jefes discutían insensatamente entre sí; algunos, los más inconscientes, sostenían la vergonzosa guerra que había estallado en la provincia de Corinto. Se necesitaba urgentemente la entrada de una nueva fuerza para defender la acrópolis, pero se malogró por dos veces el intento de introducir a los heptanesios, pues la línea enemiga que circundaba la acrópolis se mostraba infranqueable. Había que obligar a Kütahi a disminuir su elevada fuerza de vigilancia allí por medio de otras operaciones griegas en otras partes, de modo que los griegos pudieran colarse. Fabvier vio oportuno aquel momento para caer de improviso sobre Tebas, donde siempre había enemigos. Con este doble objetivo, se decidió movilizar las tropas y Fabvier, tomando los dos batallones de 1000 soldados, los dos escuadrones de 80 a caballo, la unidad de artillería con otros tantos especialistas, la compañía de los filohelenos y 4 cañones ligeros, marchó a Mégara, donde agregó otros 600 de infantería ligera a las órdenes de Kaleryis y Stefos y, partiendo todos de allí, llegaron en la noche del 9 al río Asopo, a una hora y media de la ciudad de Tebas. A los dos días se pusieron en marcha los de Karaiskakis, en una maniobra de diversión contra los enemigos que cercaban la acrópolis; llegaron a las cinco de la noche hasta Menidi y descargaron sus fusiles. Kriezotis, Mamuris y Tsuras, con los suyos y algunos heptanesios, 300 en total, subieron al barco de Chatsí-Alexandrís y a otras embarcaciones y zarparon de Ambelakia el mismo día en que salió Karaiskakis, con la misión de introducirse en la fortaleza. Pero mientras los de Fabvier reposaban esperando a que saliera la luna para caer sobre Tebas, llegaron Kaleryis y Stefos a comunicarle que sus soldados habían desertado. Fabvier, pertinaz en su objetivo, decidió emprender la operación sólo con los regulares, pero la deserción de los no

regulares enfrió el ardor de aquéllos, algunos de los cuales escaparon en la oscuridad de la noche; así que Fabvier tuvo que volver a Mégara, irritado y sin conseguir nada.

Los de Kriezotis y de los demás jefes llegaron la playa entre las Tres Torres y Muniquia después de medianoche, o sea, una vez que los de Menidi dispararon y atrajeron hasta allí a parte del enemigo. Bajaron a tierra y caminaron hacia la acrópolis sin ser molestados, hasta que llegaron al pie de la colina de Museo. Entonces, los vigilantes de aquella posición oyeron pisadas y preguntaron por dos veces a los intrusos quiénes eran; al no obtener respuesta, abrieron fuego, pero mientras no despertaron los demás al estrépito de los fusiles, los de Kriezotis y los demás jefes corrieron y subieron todos sanos y salvos a la acrópolis, en medio de la inenarrable alegría de los sitiados; a la noche siguiente encendieron una mina que estaba lista, salieron después de la detonación, expulsaron a los enemigos del atrincheramiento adosado a la acrópolis y demolieron gran parte de él; al luchar en la negrura de la noche y no conocer a sus compañeros de ataque por estar recién llegados, mataron a tres y dejaron heridos a ocho.

Una vez que los trescientos entraron en la acrópolis, los turcos hicieron más profundo el foso entre la colina de Museo y el muro para impedir en adelante todo cruce, alzaron túmulos y amontonaron ramas de árbol sobre los bordes. Se desvivieron también en construir un nuevo subterráneo para echar abajo el muro; pero los griegos excavaron una antigalería y, listos para atacar cuando explosionara, el 24 hacia medianoche encendieron por dos veces la mecha, pero se apagó; entonces salieron al ataque, expulsaron a los enemigos de los atrincheramientos junto a la muralla, mataron a algunos y se llevaron a 16 obreros, pero ellos sufrieron un castigo como nunca jamás: murieron nueve y fueron heridos ocho.

El enemigo, echadas a perder de nuevo sus obras para apoderarse del recinto junto a la muralla, volvió su atención hacia el muro que envolvía a la fuente y trató de socavarlo partiendo del templo de la Presentación, pero el ingenioso Kostas frustró otra vez sus planes con una antimina. Los enemigos pues, desengañados de tener fortuna por aquella zona, prepararon otro subterráneo diez brazas más lejos, metieron dentro 2.800 *okades* de pólvora¹⁰ y el 10 de noviembre, una hora después de medianoche, tras bombardear tres veces y dar la señal de apartarse a sus compatriotas

¹⁰ Unos 3.589 Kgs.

del Areópago y a los de la Presentación, donde estaba la pólvora de la galería dispuesta anteriormente, y después de trasladarse en gran número a la colina de Museo para ver desde arriba el acontecimiento y lanzarse al desplome del muro a la conquista de la acrópolis, aplicaron fuego a la mina. Estaban tan seguros de que la mitad de la acrópolis rodaría y sepultaría parte de la ciudad, que muchos de los que había en ella pusieron tierra de por medio. Lo cierto es que la acrópolis tembló con la explosión, pero no se produjo el cataclismo esperado porque el previsor Kostas velaba y abrió alrededor de ella doce zanjas de nueve brazas de profundidad, por las cuales se fue difuminando la mina. El 19 se vio sobre el Areópago a dos infelices griegos siendo empalados frente a la acrópolis. Los de ésta enloquecieron ante el espectáculo y, cogiendo a los turcos encerrados con ellos, 18 en total, los ahorcaron la noche del 23 en derredor de la acrópolis, sin que tuvieran culpa; entre ellos estaban el artificiero jefe de Kütahi, que había sido capturado anteriormente, y un albanés, Isuf Debenis, que había sido administrador de Lidoriki, un hombre de bien, vergonzosamente becado antes de morir y cruelmente torturado. De esta forma, la horrorosa e inhumana impiedad de Kütahi en perjuicio de los griegos cayó sobre las inocentes personas de sus infortunados correligionarios.

Mientras, el enemigo excavó otra galería hacia la Presentación y la encendió la tarde del 24, pero también la debilitó Kostas: también temblaron los alrededores en la deflagración de esta, crepitó un poco la acrópolis, se vinieron abajo las paredes de las casas cercanas a la Presentación y murieron algunas personas. Tras estos sucesivos fracasos, los enemigos dejaron de horadar.

Entre tanto, la liberación de la acrópolis ni se conseguía ni parecía factible por medio de ofensivas inmediatas. Kolettis fue enviado a Skópelos, Skíathos y Esciros para reunir a los tesalomacedonios desperdigados por aquellas islas y ocupar las Termópilas, y con él los barcos de Lembesis y Kyriakós. Karaiskakis se encargó de una expedición a otras provincias de Grecia Oriental, para atacar las guarniciones otomanas y animar al alzamiento a los pueblos sometidos; y las goletas de Andrianós y Dimitris Kriezotis navegaron al golfo de Eretria, para estorbar el envío de trigo al ejército enemigo en Atenas por aquella zona. Estas dos embarcaciones dejaron en Kálamos los soldados que llevaban, para que destrozaran los molinos que poseía allí el campamento enemigo, e hicieron refugiarse en el puerto de Oropo a tres barcos enemigos, que habían salido de Calcis y

se acogieron allí por miedo a los de los griegos. Por los mismos días en que la nave de Kriezotis bloqueaba Caristo, la embistieron una goleta y una nave ligera armadas, pero acudió en su ayuda desde Oropo la goleta de Andrianós y las embarcaciones enemigas se refugiaron temerosas en Mármari; los que iban en ellas apearon los cañones y ocuparon fuertes posiciones para protegerlas; los nuestros también desembarcaron soldados y se lanzaron por tierra y por mar contra los enemigos, pero vinieron más turcos y los griegos que había en tierra reembarcaron en sus naves, tras perder a dos compañeros.

Kolettis, con 1.500 tesalomacedonios que había reunido, zarpó el 3 de noviembre y llegó el 5 a Talandonisi en los dos barcos de guerra a sus órdenes y en muchas otras embarcaciones de los cabecillas. Le acompañaban varios filohelenos, entre ellos Voutier al mando de 80 regulares que había enrolado, armado y puesto a sueldo a expensas del patriota Kaleryis, que residía en Rusia. Los tesalomacedonios obedecían a distintos jefes, de entre los que sobresalían dos, Karatasos y Gatsos; pero éstos se peleaban un día sí y otro no por el puesto de comandante; así que los de Gatsos desembarcaron y los de Karatasos permanecieron en las naves, sin querer trabajar juntos.

En Talandi había depósitos del enemigo y 200 turcos vigilándolos. Salieron los de Gatsos para tomarlos la noche del 8 de noviembre; pero, al aproximarse andando por la estribaciones de las montañas, se hicieron visibles por la mañana en la carretera de Lebadea mil jinetes e infantes mandados por Musta Bey y enviados por Kütahi, que se había enterado de la expedición. Los griegos, que no esperaban algo así, se alteraron; unos huyeron y otros se parapetaron en las alturas que tenían cerca; Gatsos quedó encerrado con 30 soldados en una vieja iglesia. Atacaron los enemigos desde Talandi, se inició la lucha en pequeños grupos y los griegos sufrieron gran castigo. Murieron los jefes Ángelos, Kalamidas, Kondos y Chamakiotis y 37 soldados; murió también Sakkelíonos, que había pertenecido al Areópago; Thanasis Emmanuél Papás fue cogido vivo; quedaron en manos del enemigo los restos de todos los caídos y a duras penas se salvaron 32 heridos, entre ellos Velentsas. Incluso se habrían perdido Gatsos y los suyos si no hubieran llegado antes a rescatarlos los de Apostolaras y Tsamis Karatasos. Tras esta derrota todos los tesalomacedonios volvieron a sus barcos y zarparon hacia su tierra y se desperdigaron, despreciando las órdenes de Kolettis.

Los sitiados en la acrópolis, después de gastar sin tasa la pólvora en continuos tiroteos y principalmente en trabajos de minería, temiendo padecer una total carencia de ella con la prolongación del asedio, pidieron socorro al gobierno a mediados de noviembre. La tarea de hacerles llegar pólvora era tremenda; fosos y zanjas ceñían la acrópolis y los enemigos, apostados alrededor, estaban alerta después de la exitosa entrada de Kriezotis y demás jefes con su gente. El gobierno, dispuesto a ayudar a los asediados, volvió los ojos a Fabvier y lo llamó de nuevo; estaba inactivo en Méthena, sin ganas de guerrear al lado de los no regulares después que la expedición a Chaidari y Tebas acabó en desastre, que se debió a la desertión de aquéllos, y sin poder emprender nada por el momento sólo con sus regulares. Fabvier aceptó la arriesgada misión y, de vuelta a Méthena, tomó a 430 de entre sus soldados más escogidos, 60 artilleros y 40 filohelenos –530 en total– y, tras preparar otros tantos sacos, llenó los menos con una carga de 500 pedernales en cada uno y metió en los demás ocho *okades* de pólvora. Una vez que estuvieron hechos todos los preparativos, el 28 zarparon los 530 al mando del coronel en el barco de Chatsí-Alexandris, arribaron el 1 de diciembre por la noche a las Tres Torres, dejaron casi todos en el barco sus equipajes –pues tenían la intención de regresar una vez hubieran llevado las municiones a la acrópolis–, cada oficial y cada soldado se cargó a los hombros su saco sin distinción y marcharon hacia la acrópolis antes de medianoche. Esta audaz aventura era, en otros términos, peligrosísima, pues los sacos estaban hechos de tela ligera y, si uno estallaba por el camino, prenderían los demás y dejarían carbonizada a la hueste, que marchaba en formación cerrada. Por ello Fabvier separó a los filohelenos y artilleros que iban y ordenó que nadie más llevara el fusil cargado. Por si fuera poco, la luna brillaba en todo su esplendor. Tales riesgos se cernían sobre los de Fabvier; reinaba un profundo silencio durante la caminata; sólo algunos disparos de fusil que se oían en lontananza rasgaban a intervalos el denso silencio. Tras dos horas de marcha, llegaron al pie de la colina de Museo, es decir, al borde de la zanja. Los filohelenos y artilleros precedían a la formación y ocupaban sus costados. En el momento de llegar bajo la loma, los vieron los dos que estaban de guardia y preguntaron quiénes eran; ellos no respondieron; preguntaron otra vez quiénes eran; los interrogados se burlaron; dispararon entonces los burlados y al instante se inició un nutrido tiroteo por todos lados. Fabvier desenvainó su sable y gritó estentóreamente a los tambores:

“¡Paso de carga!”; y a los soldados: “¡Adelante, muchachos, adelante!” Al punto golpearon los parches los tamborileros, gritaron los soldados y, llenos de confianza y como poseídos, corrieron hacia el foso de tres metros de hondo y cinco de ancho, hendieron la línea de los guardianes, que cedieron al embate, y cruzaron bajo un denso tiroteo. Al oírse en la acrópolis el batir de los tambores, salieron los que había en ella para proteger a los que venían y, así, los de Fabvier entraron dentro del recinto amurallado con la carga sobre sus hombros. En esta irrupción murieron ocho y catorce recibieron heridas leves, entre ellos Fabvier y Pisa. Robert, con la pierna fracturada por un disparo, cayó a tierra entre la zanja y las defensas griegas. Allí lo encontraron varios enemigos e intentaron matarlo; pero él, aun postrado en tierra, se defendió valerosamente forcejeando bastante tiempo con la espada hasta que algunos de los que habían salido, al oír las voces y el fragor de las armas, corrieron a rescatarlo y lo llevaron con veintiséis heridas en el cuerpo a la acrópolis, donde murió a los seis días. Esta osada operación elevó a las nubes al ejército regular y a su temerario comandante.

Pero toda la alegría de los enclaustrados al ver subir a los regulares se trocó en pena al saber que se marcharían. Con la intención de disuadirlos, les decían que ellos les acompañarían en la marcha; pero Fabvier no aceptó, y con razón: no había miedo de que la acrópolis peligrara por falta de defensores, sino por falta de alimentos; y, cuantos más hubiera dentro, más pronto se agotarían los víveres. Fabvier veía su partida no sólo beneficiosa, sino incluso útil, por cuanto podía provocar confusión desde el exterior; pero su salida, con el enemigo alerta noche y día, era casi imposible. Cerca del borde de la zanja pegada a la acrópolis, había varias casas ocupadas por los turcos. Fabvier pensó que, si se apoderaba de aquellas viviendas, se abriría paso por la zanja, pues los enemigos tendrían que apartarse ante el fuego de los que las ocuparan; así que tomó a varios regulares y no regulares y salió por aquel lado el día 6, al despuntar el alba, para tomarlas. Con él salieron los de Kriezotis y Evmorfópulos por la parte de Hagía Paraskeví y Plaka en una maniobra de diversión, desalojaron a los enemigos que había cerca, corrieron más allá, entraron en casas de la ciudad, mataron a algunos enemigos y, llegado el día, volvieron a la acrópolis con despojos; varios de ellos que no alcanzaron a entrar se refugiaron en la gruta de la vertiente que da al este, se defendieron todo el día y llegaron sanos y salvos a la acrópolis por la noche. Los de Fabvier cayeron de improvviso

sobre las casas de las que querían adueñarse y las franquearon, pero fueron rechazados y volvieron a la acrópolis sin conseguir nada; murieron dos de ellos y fueron heridos cinco, entre ellos el teniente Yorgakis Karatsás. Lo intentaron de nuevo el 19 y el 23, pero también fracasaron entonces y permanecieron en la acrópolis hasta el fin del asedio sufriendo por el frío más que el resto, ya que no tenían capotes. El 25, Kütahi propuso a los de la acrópolis condiciones ventajosas a cambio de rendirse; rechazada la proposición, se dispuso a tomar el muro al asalto, reunió muchas tropas en el Museo el 6 de enero y se puso a bombardear la Chrysospileótissa¹¹, pero la eficaz artillería de los sitiados frustró las expectativas. Los turcos, con la Presentación en su poder, amenazaban con minas el cercado de la fuente, a unas veinte brazas escasas. Considerando necesario a causa de ello poseer la Presentación, la noche siguiente los griegos encendieron una mina excavada unos días antes, entraron en la iglesia y, después de matar a unos pocos, desperdigar a la mayoría y saquear todo lo que encontraron, volvieron a la acrópolis temiendo que la tomaran; la explosión de la mina causó también mucho perjuicio. Mientras tanto, Fabvier ordenó que se perforasen dos tambores de columna que había bajo tierra y, después de echarles pólvora y encender la mecha, los lanzaron rodando contra la ciudad, donde estallaron y derribaron varias casas en mal estado.

Pocos días después, las bellas artes sufrieron una pérdida irreparable: Guras había convertido el templo de Erecteo en residencia de su mujer y su familia. Para protegerlos de las bombas que caían, acumuló mucha tierra sobre el techo; pero lo que hizo para protegerlo terminó en catástrofe; el día 12, en un bombardeo del enemigo, se partieron una columna del templo y el arquitrabe de otra, con lo que la techumbre, debido al gran peso que soportaba, se vino abajo aplastando a once personas, entre ellas la mujer de Guras.

¹¹ En la actual calle de Eolo. El templo fue reconstruido después de la guerra.

1826-27

CAPÍTULO LXIV

CAMPAÑA DE KARAIKAKIS.- ATENAS EN SU AUSENCIA Y SU VUELTA AL ÁTICA.-

A mediados de octubre, el campamento de Karaiskakis en Eleusis había aumentado a 4500 y sus componentes eran los griegos más experimentados en la guerra, entre ellos los restos de la célebre guarnición de Mesolongui y Nikitas, distinguido por su valor entre los guerrilleros del Peloponeso, y bastantes suliotas, aunque disgustados por servir a las órdenes de un no suliota. Karaiskakis hizo todo lo que pudo para convencer a Fabvier de que se uniera a él; pero, a causa de los incidentes que ya hemos explicado entre regulares y no regulares en las dos expediciones a Chaidari y Tebas, no fue escuchado; recurrió después a medios indirectos para arrebatarse la caballería y lo consiguió, pero los oficiales corrieron detrás y la reintegraron bajo sus insignias.

Habiendo preparado su expedición, dejó a Vassos con los suyos y los de Dervenochori para guardar Eleusis y Salamina e intimidar a los que sitiaban la acrópolis y, el día 25, salió al frente de 3.000 y, marchando por Kundura y Kaza, llegó a Dovrena la tarde del 27. Al verlo llegar, los 300 enemigos que había en aquella aldea se encerraron dentro de tres poderosas torres. Los griegos entraron en el lugar, cogieron 35 caballos y mulos y diversos enseres de los enemigos y fueron por la noche a la aldea cercana, Kakosi; al día siguiente volvieron a Dovrena y bombardearon las torres con el cañón de un barco que había en el puerto del pueblo. Ese mismo día llegaron de Tebas algunos jinetes en auxilio de los asediados en Dovrena y se fueron sin conseguir nada, tras ser rechazados; el 30 fueron despachados a Zagará 180 soldados al mando de Yannakis, hermano de Odiseo, pero los enemigos cayeron súbitamente sobre ellos y mataron a 20, dispersaron a los demás y capturaron enfermo al desgraciado jefe y

lo mataron. El 2 de noviembre vinieron por segunda vez 300 jinetes en socorro de los sitiados y también entonces volvieron atrás; al día siguiente por la tarde, llegaron mil de a pie y a caballo al mando de Musta Bey con víveres para uso de los enclaustrados en las torres e hicieron noche en el monasterio de la Bienaventurada¹², a una hora de distancia de Dovrena; al salir el sol, entraron en la población y, al ver a los griegos venir por detrás y fortificados cerca, les hicieron frente; al principio los rechazaron hiriendo a 5 de ellos, pero después retrocedieron y se encerraron en las casas del pueblo; la batalla duró hasta la tarde y antes de terminar, llegaron desde Atenas refuerzos para el enemigo. A los dos o tres días, Musta Bey marchó a Talandonisi al conocerse que habían desembarcado allí los tesalomacedonios¹³; quedaron en el lugar los ocupantes de las torres y algunos más, en su mayoría jinetes. El día 11 llegó al campamento griego la caballería griega al mando de Chatsí-Michalis; al caer la noche, Sultanis fue con varios soldados a emboscarse en los viñedos de Dovrena; salieron del pueblo 15 turcos a caballo, que fueron tiroteados al toparse con ellos; otros griegos que oyeron los disparos corrieron hacia el lugar; acudieron también otros turcos, lucharon y murieron 22 turcos y 7 griegos, siendo heridos 10 por cada bando. Aquel día el ejército lloró la muerte de Sultanis, uno de los más valientes de la guarnición de Mesolongui, herido en cuatro ocasiones. Karaiskakis no quiso perder más tiempo en adueñarse de las tres torres y salió al frente del ejército la noche del 14 y, después de alcanzar Chostia, pernoctó. Marchando durante toda la noche siguiente, llegó sobre la 1 al monasterio de Dombós, de donde partió al día siguiente, dejando 100 soldados al mando de Nikolós Barbitsotis. Ese mismo día llegaron al monasterio desde Tebas y desde Atenas 1000 turcos a pie y a caballo e injuriaron a los griegos; al atardecer fueron al huerto del monasterio, pasaron la noche y partieron al día siguiente camino de Lebadea; al día siguiente vinieron otros 80 jinetes contra los del monasterio. Éstos, al ver tan pocos, sospecharon que era un ardid y, en principio, no los agredieron; pero, al cerciorarse de que no había más, salieron al ataque y mataron a unos cuantos, persiguiendo a los demás hasta el monasterio de los Arcángeles.

¹² Μονή τῆς Μακαριώτισσας, en el término municipal de Δομβραΐνα, no Δοβρένα como lo escribe Trikupis. Da nombre a un pequeño golfo en la costa beocia del Golfo de Corinto.

¹³ Capítulo anterior.

Los de Karaiskakis partieron del monasterio de Dombós y llegaron el 18 a Dístomo. Desde allí enviaron una avanzadilla de 400 hombres al mando de Yoryis Vayas, Gardikiotis Grivas y Mitros Vayas para ocupar Aráchova, una aldea en la falda del Parnaso por la cual, según las informaciones que poseían los griegos, pasaría el ejército enemigo de camino a Sálona, en poder de los turcos y asediada por los Dyovuniotis y Panuryás. El 17, cruzaron Zemenón 2.000 turcos al mando de Musta Bey, su hermano Karyofil Bey, Elmaz Bey y el kiaya bey; el 18 a las 3 se les vio venir hacia Aráchova. Al verlos, los griegos en el lugar corrieron a hacerse fuertes dentro de la iglesia y de algunas casas. Mientras, entraron en el pueblo los enemigos, ocuparon casas y se fortificaron, de manera que ese mismo día comenzaron las hostilidades, los griegos en posesión de una parte de la población y los turcos en posesión de la otra. Al poco se oyó fuera del lugar mucha fusilería y se vio venir a los de Karaiskakis. Los enemigos, temiendo ser copados y cogidos entre dos fuegos, al ver la ocasión propicia salieron del lugar por propia iniciativa y se situaron sobre una elevación junto a él. Una vez llegados los de Karaiskakis, la lucha sin cuartel se hizo más violenta y se prolongó hasta la puesta de sol, momento en el que, con un viento gélido, los de Karaiskakis entraron en el pueblo para pasar la noche y el comandante se alojó en la iglesia, por estar más cerca del enemigo, alerta a los movimientos de éste y dando las órdenes pertinentes. Los enemigos durmieron todos a la intemperie en la colina, bajo la imprevista helada nocturna; si hubieran querido, se habrían marchado esa noche sin daños y sin ser molestados, pero no les plació huir ante el adversario y pidieron refuerzos a Kütahi. Al día siguiente, muchos griegos salieron del pueblo y ocuparon los pasos por los que podía escapar el enemigo. Se reanudó el combate, y volvió a reanudarse al día siguiente. Mientras, el crudo invierno se hacía cada vez más inclemente y los turcos, que soportaban a la intemperie el exagerado frío, sufrían además la falta de comida pues, al no esperarse por el camino las dificultades que iban a afrontar, no se preocuparon de proveerse en su marcha de lo necesario y tuvieron que llegar el día 20 a negociaciones, en las que propusieron regresar sin ser hostigados, entregando las bestias no necesarias para el camino y algunas otras cosas e intercambiando rehenes. Pero los de Karaiskakis les pidieron las armas, el dinero y todo lo demás salvo un único vestido; además reclamaron la entrega de Sálona y Lebadea. Los turcos no aceptaron, considerando preferible la guerra a un acuerdo de esa

calaña; al mismo tiempo supieron que ese mismo día o el siguiente llegaría desde Atenas la columna reclamada. Pero esta columna, al intentar pasar por el camino de Zemenón, más nivelado, fue obstaculizada y hostigada, pues los griegos se habían adelantado a tomar aquella posición, y tuvo que ir por el más montañoso del monasterio de Jerusalén; llegada allí en medio de un fortísimo temporal, no pudo proseguir, por lo que se frustró la esperanza de ayuda. La noche del 22, mientras la lucha proseguía, Musta Bey, elogiado por su valor y más elogiado aún por su capacidad militar, fue herido en la cabeza y, notando que la herida era mortal, rogó en su agonía a su hermano Karyofil Bey que, una vez expirara, se la cortara para que no cayera en manos de los infieles. La muerte de este jefe, la total carencia de alimentos, la crudeza tremenda del invierno, que se hacía más fuerte a cada momento, y el bloqueo debido a ella en el monasterio de Jerusalén de los que venían en auxilio, hicieron caer a los enemigos en un extremo abatimiento y los obligaron a proponer el día siguiente un nuevo acuerdo en condiciones más aceptables, pero no fueron oídos. Zarandeados por Dios y por los hombres y no viendo otra forma de salvarse, decidieron huir al caer la noche por la carretera al monasterio de Jerusalén, con la esperanza de hallar protección junto a sus hermanos aislados allí; mas setecientos guegues, los más vehementes del destacamento y que hasta ese día habían defendido que era más honroso arriesgarse a la huida que volver al campamento principal gracias a una negociación, transgredieron las decisiones previamente adoptadas y se fueron por la tarde, sin informar a los demás. Esta operación a destiempo trastornó a la parte del ejército enemigo que aún no estaba lista para la retirada y ya nadie se preocupó más que de su propia salvación. En medio de tal agitación, desánimo y alocado movimiento del enemigo, cayeron sobre él los griegos y tomaron posiciones delante y detrás, apresando a unos y matando a otros. Uno de los capturados fue el anciano y opulento kiaya bey; como no se pusieron de acuerdo sobre cuál de los captores lo retendría, le dieron muerte mientras gritaba en vano que él era el kiaya bey y estaba dispuesto a comprar su vida con un fastuoso rescate. Pero la matanza que causó el brazo de los griegos no fue nada comparada con la que provocó la ira del invierno: mientras los enemigos en su huida bajo un fuerte y glacial viento del norte se empotraban en la nieve, les caían encima sin cesar gruesos copos que los aplastaban; la nevada duró hasta que llegaron al monasterio de Jerusalén, de modo que, por todo el recorrido de cuatro horas entre dicho monasterio

y la colina donde estuvieron acorralados siete días, se encontraron centenares de cadáveres enemigos cuando se fundió la nieve. Así llegó al monasterio la mitad apenas de los que huyeron y, la mayoría, mutilados; muchas banderas, muchísimos caballos y todas sus pertenencias pasaron a ser botín de los griegos, entre los que sólo hubo 8 muertos y 9 heridos. Esta victoria hizo renacer las esperanzas griegas; el gobierno celebró el 24 de noviembre como el día del resurgimiento de la hasta entonces abatida Grecia Continental.

El día siguiente a la batalla los de Karaiskakis, según la bárbara costumbre imperante, reunieron 300 cabezas y, con ellas, erigieron sobre una eminencia en las afueras del pueblo una construcción cónica, en la que escribieron lo siguiente:

“Monumento conmemorativo¹⁴ de la victoria de los griegos contra los turcos, levantado el 24 de noviembre del año 1826 en Aráchova.” Las cabezas de Musta Bey y el kiaya bey fueron enviadas al gobierno.

Después de estos sucesos, Karaiskakis envió al asedio de Sálona a los suliotas mandados por Drakos y Veikos, mandó a un puñado a ocupar Velitsa y marchó él detrás al frente del ejército hacia la misma localidad, donde llegó el 29. Con esta operación buscaba obstaculizar el abastecimiento desde Tesalia y molestar a los enemigos que retenían Davlia, el monasterio de Jerusalén y Fondana. Al llegar a Velitsa se le informó de que 500 enemigos, al mando de Mehmet Pasha, hijo de Paso Bey, y de Hasan Bey Korzas, habían partido de Zituni con 2000 animales cargados de provisiones y otras necesidades para el campamento enemigo de Atenas y, al día siguiente, pasarían por Fondana y Turkochori. Con esta información, corrió a ocupar Turkochori el 7 de diciembre. Al día siguiente llegaron los turcos, sin sospechar ni remotamente que el enemigo estaba en posesión del lugar. Los griegos atacaron de improviso con Karaiskakis al frente, los desperdigaron al cogerlos desprevenidos, los persiguieron hasta Vodonitsa, mataron a 30 y se llevaron más de 1000 bestias de carga. Ese día luchó Karaiskakis a caballo por primera vez y disfrutó tanto, que desde entonces no quiso combatir a pie. Luego de los éxitos que se han relatado, Karaiskakis y los suyos avanzaron hasta Patratsiki; pero, a causa de la extrema crudeza del temporal y del extendido rumor de que Omer Pasha

¹⁴ Τρόπαιον, es decir, lo que los griegos de la antigüedad levantaban en el lugar de la victoria, aunque era mucho menos aparatoso y cruento que el que se describe aquí.

se disponía a salir en campaña para levantar el sitio de Sálona, regresaron a Aráchova y, de allí, salieron hacia Lidoriki para apoyar la causa también en aquella zona. Desde ésta se envió con el mismo objetivo al distrito de Kravvara una columna mandada por Xydis y Kalyvas y, al poco tiempo, se agregó otra al mando de Makrís. Estos combatientes cumplieron inmejorablemente su misión, bloquearon a los turcos en Lombotiná y, tras dos días de lucha, los apresaron vivos y se los mandaron al gobierno.

Los de Karaiskakis, al llegar a la villa de Lidoriki y saber que en la aldea de Omer Efendi se hallaban 1.500 turcos al mando de Veli Aga que iban camino de Atenas desde Grecia Occidental, salieron contra ellos, les hicieron atravesar el río Mornos y tanto los aterrorizaron y despreciaron, que sólo 10 jinetes mandados por Chatsí-Michalis persiguieron a muchos de ellos hasta la misma puerta de Naupacto.

El exitoso recorrido de Karaiskakis por el interior de Grecia Oriental causó tanta perturbación a Kütahi, que agitó en su mente la idea de salirle él mismo al encuentro; pero, temiendo en su ausencia el levantamiento del cerco de la acrópolis, mandó a 2.000 de infantería y 500 de caballería a las órdenes de Omer Pasha y Karyofil Bey. La mañana del 17 de enero apareció de repente la vanguardia de esta fuerza enemiga en las afueras de Dístomo. Ocupaban esta localidad 400 suliotas al mando de Notis Bótsaris, Bairaktaris, Káskaris, Andonis Yorgandás, Busgos y Mitros Triandáfylos. Salieron éstos y entablaron una escaramuza, pero al poco, cuando vieron venir al resto del ejército enemigo, retrocedieron hacia los parapetos y llamaron en su auxilio a los suliotas que estaban asediando Sálona. A la siguiente amanecida comenzaron las hostilidades y los turcos ocuparon tales posiciones cerca del pueblo, que apenas estaban seguras las espaldas de los griegos; a eso del mediodía del 19, atacaron con los ojos cerrados de frente, por la derecha y por la izquierda, para adueñarse de las fortificaciones griegas; cayeron muchos, pero con desprecio a la muerte quedaron vencedores, se apoderaron de las fortificaciones más débiles, avanzaron hacia el centro de la población y cayeron en masa sobre el reducto más fuerte a cargo de los suliotas, en la loma del profeta Elías. Los de dentro del reducto, rodeados por todas partes y violentamente atacados, vieron aquella hora como la última de su vida y se precipitaron también ellos como enloquecidos contra los enemigos, más para vender cara su vida que para salvarse; afortunadamente, al prolongarse la resistencia, llegó antes desde Sálona Drakos con 200 de elite y, con el apoyo también de los lebaditas, desalojó a los enemigos de la colina; retrocedió el

resto al verlos perseguidos y así se salvaron los suliotas, siendo tan pocos contra tantos y luchando como fieras más que como hombres. Cayeron 80 enemigos y fueron heridos otros tantos; sólo murieron 2 suliotas y fueron heridos 8, entre ellos Bótsaris.

Karaiskakis, al saber que un gran ejército enemigo había salido hacia Dístomo, corrió en auxilio de los pocos griegos que había allí y, al llegar a Velitsa, les indicó por medio de un correo que salieran a su encuentro cuando oyeran los disparos. Tras pasar a las tres de la madrugada del 20 por Schistí Hodós, subió al monte cercano y se sentó a observar las tiendas del enemigo y calcular por dónde cruzar; una vez reunidos todos sus hombres, les dijo que, en vez de entrar en el pueblo por caminos laterales, veía preferible atravesar por en medio de las tiendas enemigas mientras estos dormían; ordenó que tuvieran listas sus armas, pero que no las utilizaran sino en caso de necesidad, y que intentaran pasar en silencio por entre los enemigos de manera que, a ser posible, no los sintieran. Todos aprobaron el audaz plan del general y la forma de ponerlo en práctica y, en pos de él, que abría paso en cabeza, llegaron sin ser vistos al campo enemigo y avanzaron hacia el centro. Al llegar allí, se dieron cuenta los turcos de atrás y dieron voces; al grito se alteraron todos los enemigos, cayeron en el desorden y, temblando ante lo inesperado y temiéndose un combate nocturno, corrían unos de una tienda a la otra, disparaban otros sin saber a quién, se apartaban otros por seguridad... Mientras, los griegos pasaban por en medio del campamento enemigo teniendo cuidado de no tropezar en la oscuridad con los cordajes de las tiendas. Se sorprendieron los sitiados al oír alboroto y disparos en el campamento enemigo, pues el correo que se les envió había tenido miedo y no fue al pueblo; empuñaron las armas y se alinearon para el combate. En tanto, los de Karaiskakis terminaron de atravesar el campamento y entraron en Dístomo sanos y salvos, excepto uno que se enredó entre las cuerdas de las tiendas y lo mataron al día siguiente. Esta operación nocturna, tan peligrosa pero tan afortunada, muestra a las claras la pericia de Karaiskakis.

Una vez entrados los suyos en el pueblo, se producían escaramuzas diarias. Los griegos tenían una guarnición en el contiguo Stiri. Algunos de ella, al ver animales de los enemigos pastando lejos del campamento, corrieron a robarlos el día 31; los turcos más próximos se lanzaron en persecución de los ladrones, acudieron en su defensa muchos griegos y entablaron un tiroteo; al oírse los disparos, se pusieron en movimiento los

campos de ambas partes y, así, comenzó la batalla. Entre los turcos y los griegos había dos alturas, accesibles a pie por los dos lados; las ocuparon los griegos y lucharon con éxito, pero de repente oyeron un eco de tambores militares y vieron a soldados con indumentaria occidental blandiendo fusiles con bayoneta y marcando el paso. Los aparecidos eran lo que quedaba de dos batallones regulares formados en Constantinopla después de la matanza de los jenizaros. Eran cinco mil los que integraban estos dos batallones cuando salieron para el frente, pero se quedaron en quinientos a causa de las deserciones por el camino. El inesperado y recién aparecido refuerzo, ya que por primera vez se veía soldados regulares bajo bandera turca en Grecia, atemorizó a los griegos, que se dieron a la fuga; los turcos cobraron confianza y persiguieron a sus enemigos hasta Dístomo; pero, gracias a la sangre fría y a la experiencia militar de Karaiskakis, no sufrieron los griegos el castigo que de otra forma habrían sufrido: sólo fueron muertos dos, heridos seis y hecho prisionero uno, Grivoyoryis, que escapó algo después. El 3 de febrero cargaron sólo los regulares contra los griegos. Los no regulares griegos esperaban un milagro, pero aquello fue el parto de los montes. Los regulares retrocedieron sin hacer nada destacable y fueron objeto de befa por parte de los que poco antes los admiraban. El día 5 los griegos cayeron de improviso por la noche sobre los enemigos y les infligieron grandes daños. Los enemigos, viéndose más ofendidos que ofensores y temiendo sufrir por culpa del invierno las mismas penalidades que los de Aráchova, al oír que venían más griegos levantaron el campamento el 6 por la noche y huyeron temblando, dejando tras sí víveres, tiendas, municiones y el único cañón que llevaron consigo; y los que estaban en Sálona abandonaron el fuerte y huyeron por temor al ataque de los griegos; huyeron los que guardaban Davlia y Jerusalén y huyeron otros pocos cruzando desde Naupacto al litoral de Sálona, en el supuesto de que la ciudad aquella estaba en manos amigas; así fue como, al comenzar febrero, no se veía una bandera otomana desde el golfo de Ambracia hasta Atenas, a no ser dentro de las fortificadas ciudades costeras de Vonitsa, Mesolongui y Naupacto, y las guarniciones turcas antes repartidas por los distintos territorios de Grecia Continental fueron reemplazadas por las griegas.

En el tiempo que duró la expedición de Karaiskakis, los de la acrópolis no cesaban de anunciar que no podían resistir más y de pedir auxilio del exterior que los rescatara. El embajador de Inglaterra, que había asumido mediar en el acuerdo entre griegos y turcos, tampoco se cansaba de escribir

que, si la acrópolis cayera, se excluiría de toda negociación a Grecia Continental entera, pues quedaría sometida. Por estos motivos el gobierno, cuando Karaiskakis tenía entretenidos lejos de Atenas a miles de enemigos, tuvo que ocuparse en el inmediato levantamiento del sitio de la acrópolis.

Unas semanas antes había llegado a Grecia Búrbachis, un cefalenio que había ejercido con honor el grado de coronel en Francia, con el objeto de servir a la patria común. Éste, tras reclutar 800 soldados con permiso del gobierno y a través de las ayudas filohelénicas, marchó a finales de diciembre a reforzar el ejército de Karaiskakis en Grecia Oriental pero, por orden del gobierno, mudó a Eleusis, donde acampaba Vassos. A mediados de enero se añadió Panayotis Notarás con 1.200 de su provincia a sueldo; además, se reunieron en Salamina por orden del gobierno Ioannis Notarás, Makryyannis y Kaleryis con 1.900 hombres y el mayor Inglesis con 400 regulares, entre los que había varios jinetes sin caballo¹⁵.

El 21 por la noche salió la columna de Eleusis y, tras cuatro horas de marcha, llegó a Chasiá, progresando al alba los más hasta Menidi, donde estaba la guarnición turca; un puñado de ellos se acercó a la aldea y el resto se quedó detrás y se apostó en emboscada. Los turcos, al ver que eran pocos y sin saber que había otros escondidos, salieron en su persecución; al poco fueron a caer en medio de los demás y, al ser atacados, dieron la vuelta y se encerraron en la iglesia de Menidi. Sus perseguidores griegos corrieron tras ellos y entraron también en el pueblo pero, al no poder adueñarse de la iglesia, se retiraron a Chasiá al caer la tarde.

El 24 a tercera hora de la noche, zarpó de Salamina el contingente al mando general del filoheleno Gordon, llegando a Falero a medianoche; tenía a su servicio el *Kartería*, tres bricks de guerra, cinco cañoneros y un *místikon*; también tenía un parque artillero de 15 cañones, de entre 3 y 14 libras de peso, servidos por 25 filohelenos y 50 de Psará, todos ellos experimentados artilleros. En aquel extenso litoral sólo doscientos turcos mantenían una posición, el monasterio de San Espiridón, por lo cual los llegados a Falero echaron pie a tierra esa noche sin problemas y ocuparon Kastela, encima del puerto de Muniquia, la misma que tomaron para apoderarse de Atenas los espartanos en la guerra del Peloponeso, Trasibulo en la de los treinta tiranos y los sucesores de Alejandro. Antes de clarear, circundaron la posición con un foso y apostaron 5 cañones a

¹⁵ Según Gordon, II 378, no había ni para forraje y los caballos en Méthena estaban famélicos.

la derecha. Al verlos desde la acrópolis, locos de júbilo y confianza, los saludaron a cañonazos. Al día siguiente, marcharon los desembarcados a tomar el monasterio, se trasladó el *Kartería* desde Falero al puerto del Pireo, bombardeó con violencia el convento y, una vez que demolió parte de él, lanzose Ioannis Notarás al frente de 500 hombres con la intención de invadirlo; pero fueron rechazados y volvieron a Kastela, quedando heridos en el ataque el teniente Schneitzlein y un suboficial de artillería. Tras esta derrota bajó Kütahi en compañía de muchos jinetes y, después de inspeccionar la posición de los griegos, subió al campamento instalado en Patisia. Al día siguiente, el *Kartería* reinició el fuego sobre el monasterio y, durante el bombardeo, bajaron muchos infantes y jinetes al mando de Kütahi arrastrando 2 cañones grandes y, después de emplazarlos sobre una elevación, dañaron al *Kartería* y lo obligaron a distanciarse; una vez alejado, Kütahi giró una visita al monasterio y, tras apostar a 300 de infantería sobre una eminencia, volvió al campamento ese mismo día.

Los griegos de Chasiá, cuyo número había aumentado a 3.000, avanzaron el 25 hacia Kamaterón, cerca de Chaidari. Sus jefes, que eran iguales en rango e independientes entre sí, no estaban de acuerdo. Vassos y Notarás, que conocían la forma de guerrear de los griegos, eran partidarios de rehuir toda batalla regular y de hacer daño al enemigo en acciones esporádicas; en cambio, el marcial cefaleno Búrbachis, sin ningún conocimiento ni experiencia de aquellos con quienes iba a la guerra, era de la opinión contraria, la que finalmente adoptaron a desgana los otros dos; así que él bajó con sus soldados al llano y ellos se colocaron a un tercio de milla detrás de él, a los pies de la montaña. El 27 al salir el sol, 2000 de infantería y 600 de caballería con dos cañones marcharon hacia Kamaterón con Kütahi al frente y emplazaron los cañones contra los escuadrones de Vassos y Notarás, mientras los infantes y caballeros atacaron la vanguardia, es decir, el batallón de Búrbachis. Valerosamente aguantó la vanguardia bajo la dirección de hombre tan valeroso pero, siendo una contienda desigual por la presencia de la caballería enemiga en el llano, sufrió una severa derrota; no acudió en su ayuda el contingente que estaba detrás, sino que huyó mientras aún duraba la batalla. Murieron 300 griegos, entre ellos Búrbachis, dos oficiales franceses y el cirujano del batallón. Los enemigos, al ver el pánico que cundió entre los que se habían dado a la fuga, los persiguieron hasta Eleusis, tomaron aquella posición y los forzaron a refugiarse en Salamina.

Kütahi, envalentonado por la victoria, que consideraba crucial por la elevada mortandad y la huida de los griegos y capaz de descorazonar a los de la fortaleza, les envió esa misma fecha una carta conminándolos al acatamiento; tras esperar la respuesta dos días y no habiéndola recibido, bajó la tarde del 29 a la playa, acompañado de una gran fuerza de infantes y jinetes y con la intención de atacar a los que ocupaban Kastela. Éstos, dispuestos a resistir, transportaron los demás cañones y los emplazaron a la derecha y en el centro y, puesto que el lado que miraba al Pireo era el más débil, situaron dos barcos, el uno al fondo del puerto del Pireo y el otro en la bocana del de Muniquia, para defenderla; ocupaban la derecha de la posición los atenienses de Makryyannis, la izquierda los de Kaleryis y los jinetes sin caballo, el centro los de Ioannis Notarás, los regulares estaban de reserva y todas las chalupas se alejaron de la playa, para que nadie pudiera huir. Al día siguiente los enemigos, llenos de osadía y arropados por el fuego de 6 cañones traídos del campamento la víspera, cayeron sobre las defensas griegas y estuvieron así cinco horas, lanzándose ya hacia una, ya hacia otra de las zanjas en medio del fuego de 40 cañones que disparaban desde tierra o desde los barcos; finalmente, siendo siempre rechazados bravamente, tuvieron que huir maltrechos, perseguidos por los regulares y por 250 atenienses que salieron al ataque. Se calculó en más de trescientos los turcos muertos y heridos, entre ellos muchos oficiales, y 60 o 70 griegos; el *Kartería* también sufrió gran daño a cargo del certero bombardeo de los del monasterio. Los enemigos no intentaron un segundo asalto y cifraron toda su preocupación en el bloqueo, levantando parapetos delante del monasterio, encima del antiguo teatro y sobre la loma junto al Iliso; por esto, cada día se producían bombardeos, tiroteos y muertes; pero como los griegos sufrían pérdidas al ir por agua a la fuente de Falero, la única que la tenía mínimamente potable, Kaleryis y 300 de los suyos ocuparon tres torreoncillos junto a la desembocadura del Iliso, reconstruyeron la parte alta, perforaron la de abajo y, tras abrir las acostumbradas aspilleras, se dispusieron a la lucha. El 20 de febrero, un gran número de enemigos se lanzó al asalto para apropiarse de las torres, pero fueron rechazados en todas las ocasiones y sufrieron un duro castigo; por la tarde emplazaron dos cañones y forzaron a los de dentro a huir por la noche, no sin llevarse una bandera enemiga y 35 cabezas como trofeos de su victoria durante el día, pero también habiendo sufrido gran descalabro, con 10 de ellos muertos y 20 heridos. Tras apoderarse de las torretas, el enemigo levantó

Spyridon Trikupis

una batería sobre la desembocadura del Iliso y otra en la cima de Muniquia y, disparando con ellas a los barcos que venían hacia Falero, impedía a menudo la llegada desde fuera de los víveres para uso del ejército griego y otras cosas necesarias.

Karaiskakis, luego de sus brillantes e inesperados triunfos en Grecia Continental, por encargo del gobierno volvió a Eleusis el 28 de febrero, para defender la amenazada acrópolis.

1826-27

CAPÍTULO LXV

TRASLADO DEL GOBIERNO A EGINA.- DISTURBIOS EN NAUPLION E HYDRA.- EXPEDICIONES MARÍTIMAS A OROPO Y VOLOS.-

Los desórdenes que habían obligado al gobierno a recluirse en la torre marítima de Nauplion lo obligaron después a alejarse completamente del golfo Argólico. Buscaba un lugar totalmente libre de afluencia militar y popular y junto a los campamentos, para poder vigilarlos y trabajar con comodidad; lo encontró en Egina, donde se habían establecido los de Psará tras la destrucción de su isla y garantizaban su lealtad, debido a su respeto por el orden; por tales razones, se trasladó allí el 11 de noviembre y encontró una calurosísima acogida.

Mientras el gobierno residía en Nauplion, las dos autoridades militares, la del Palamidi de Grivas y la de Acronauplia de Fotomaras, independientes y rivales entre sí, se contenían y no se peleaban ni perturbaban la ciudad; mas tras el alejamiento del gobierno se desbocaron por completo, se enfrentaron en una lucha sin cuartel y estuvieron en un tris de destruir la propia ciudad por una futilidad: un día, soldados borrachos de las dos guarniciones riñeron; la reyerta de los soldados rasos no tardó en convertirse en pique de los dos jefes y, mientras el uno exigía satisfacción por parte del otro o, más bien, una excusa para perjudicar al otro, se ninguneaba al comité constituido para la administración provisional de Nauplion a la marcha del gobierno a Egina. El 3 de diciembre, los cañonazos de una guarnición contra la otra anunciaron a los habitantes de Nauplion que estaban completamente bajo el imperio de la fuerza y obligaron a los más, como si hubiera miedo a una invasión enemiga, a marcharse del lugar en el que el débil corría el peligro de ser víctima del más fuerte; por ello, los dos jefes rivales llegaron a un entendimiento y dejaron de combatirse.

En Hydra tuvo lugar por aquellos días otro terrible enfrentamiento. Después de la caída de Mesolongui, el pueblo estaba en paro y pasaba hambre; el gobierno no tenía medios para dar faena a la flota; algunos arrebataban los barcos a los armadores contra su voluntad y se dedicaban a la piratería, pero tampoco esta vergonzante actividad estaba exenta de riesgos a causa de los buques de las Potencias, que merodeaban por los mares griegos para erradicarla y castigar a los que la practicaban. En medio de tal indefensión e indignancia, estaba claro que el pueblo de Hydra, como otras veces, miraba fijamente a la bolsa de los notables. Los notables estaban divididos, los partidarios de Kunduriotis contra los opuestos a Kunduriotis. Estos eran los más débiles y se quejaban de contribuir más que los otros, por lo que algunos de ellos se habían ido, pero las terribles circunstancias exigían la presencia de todos los notables en Hydra. Dos de ellos –Vasilis Bunduris, miembro del comité del congreso, y Dimitris Tsamadós, componente del gobierno–, que residían en Egina por mor de sus cargos públicos, fueron reclamados en Hydra y rehusaron, por temor no sólo a ser sometidos a desembolsos por encima de sus posibilidades, sino incluso a ser maltratados. Estos dos y algunos de sus compañeros de filas, temiendo que el pueblo cogiera sus barcos para emplearlos en la piratería, los habían llevado a Poros después de la última campaña naval. El escamoteo de los barcos había excitado entonces la ira del pueblo contra ellos, pero su negativa a la llamada de la gente lo volvió salvaje. Los de Hydra pertenecientes a la facción de los dos que estaban en Egina temieron pasarlo mal, por culpa de los ausentes y los que rehusaron, y huyeron por la noche a Egina o a Poros; eran los dos Tombazis, Miaúlis y Dimitris Vúlgaris. Los Kunduriotis se quedaron, pero al ver que se esforzaban en vano para hacer regresar a Hydra a los ausentes y que los otros se habían ido, decidieron huir también a escondidas, para no soportar solos toda la carga por la ausencia de los demás; pero el pueblo sospechaba sus intenciones y los vigilaba. Casualmente, por aquellos días se avistó en Hydra una fragata inglesa que echó el ancla en el puerto de Spetses, a causa del fuerte viento. Los Kunduriotis, suponiendo que era la de Hamilton, le escribieron exhortándole vivamente a traer de regreso a Hydra a los demás notables, a los que él protegía en particular por ser anglófilos, para defender unidos el lugar amenazado, o que viniera a rescatarlos a ellos. El capitán de la fragata leyó la carta dirigida a Hamilton y fue ante Hydra para recogerlos, pero éstos y otros amigos suyos, mientras dirigían sus

pasos a la playa, fueron detenidos y llevados a sus casas sin sufrir maltrato. Inglaterra, que se había tomado en serio el acuerdo entre griegos y turcos, tenía mucho interés en que Grecia no se colapsara, porque entonces el acuerdo no prosperaría; por eso Hamilton, que por aquellas fechas estaba enfermo en Esmirna, al recibir la carta de los Kunduriotis y enterarse por otras fuentes de la triste situación de los de Hydra, arribó a Poros, subió en su fragata a los reticentes notables tras darles su palabra de honor de que los volvería a traer seguros a Poros si no llegaban a un acuerdo con sus coterráneos, se llevó además a Mavrokordatos, que estaba retirado en la misma isla, y navegó hasta Hydra el 9 de diciembre. Al llegar, vio la gran animosidad del pueblo contra los notables de su partido y, sospechando que eran los Kunduriotis los que incitaban a la gente en la sombra, pensó el modo de reprimir la tendencia y de amedrentar a los que la provocaban y recurrió al siguiente truco:

Debido a los graves desórdenes en el mar, el senado de Hydra había soportado de Hamilton que no dejara zarpar a ninguno de los navíos en el puerto salvo a los que cumplían un servicio a la nación, y éstos con un salvoconducto. Pero el capitán Zakas, que pilotaba el barco de tres palos de los Kunduriotis, zarpó en noviembre sin salvoconducto tras enrolar una tripulación en Hydra, capturó dos barcos jonios, los llevó a Hydra y los descargó. Al enterarse Hamilton del hecho el mismo día que llegó a Hydra, increpó al senado y exigió que se le entregaran la carga, el barco y el capitán. El senado de notables, que había visto otras veces al indulgente Hamilton reclamar y no insistir, no se tomó el trabajo de satisfacerle; pero los tiempos no eran los mismos y, en aquella circunstancia, Hamilton tenía razones políticas para mostrar gran severidad, por lo que aduciendo como excusa el incumplimiento de la palabra dada y la desobediencia del senado, envió al día siguiente unos cañoneros para llevarse a la fuerza del puerto el barco de los Kunduriotis y las restantes embarcaciones de Hydra, como indemnización por sus atracos y para evitar más conflictos en el mar. Para asegurar el despojo, detrás de los cañoneros navegaban dos fragatas, una corbeta y un brick. El pueblo de Hydra, que amaba pero también temía a Hamilton, no mostró ninguna intención de oponerse al ver las operaciones; antes bien, muchísima gente bajó a la playa para presenciarlas, por lo que los barcos ingleses, grandes o pequeños, no se vieron en la necesidad de abrir fuego. Pero los del barco de los Kunduriotis abrieron fuego contra una de las cañoneras y los ingleses de éstas aprovecharon la ocasión para

responder, hiriendo a diez hydrenses, entre ellos al bravo brulotier Politis, que estaba en la playa como simple espectador. Luego de este triste suceso, los ingleses arramblaron sin ninguna oposición con todos los barcos que había en el puerto, tal como estuvieran: unos sin timón, otros sin velamen, otros sin anclas; mas, por suerte, durante todo aquel día y la noche que siguió reinó una calma chicha extrema y no sufrieron los barcos. Al día siguiente, a la llamada de Hamilton subieron a la fragata los Kunduriotis y otros y dialogaron con los notables que había a bordo, pero no llegaron a un acuerdo: los Kunduriotis no quisieron irse de Hydra como otras veces porque, desde su arresto, se habían reafirmado en el favor del pueblo hacia ellos; tampoco quisieron los notables del otro partido desembarcar en Hydra, aún más temerosos de la ira popular tras los sucesos de la víspera, atribuidos por mucha gente a sus intrigas con Hamilton, y volvieron a Poros. Hamilton, apaciguado, devolvió todos los barcos excepto el brick de Miaúlis, que fue enviado a Poros a petición de éste, y el barco de los Kunduriotis, que fue enviado a Malta y vendido tras ser hallado culpable en un juicio; dejó de reclamar a Zakas, estacionó una fragata en Poros para asegurar que no se llevasen los barcos de allí, dio buenas palabras a todos, llenó los corazones de felices presagios sobre la restauración de la patria y refrenó un poco la inquina del pueblo contra los notables ausentes. Esto fue lo que pasó en Hydra.

Una vez malogradas en Chaidari, Kamaterón y el Pireo las operaciones bélicas de los griegos para levantar el sitio de la acrópolis, el gobierno se puso otra vez manos a la obra para obstaculizar el aprovisionamiento al ejército sitiador desde Tesalia y Eubea, y creyó necesario cerrar las Termópilas y cortar toda comunicación entre Eubea y el Ática por medio de la posesión de Oropo, pues era aquí, en sus depósitos junto al mar, donde los turcos acumulaban los alimentos que se enviaban desde Eubea y otros lugares para uso del campamento de Atenas; al mismo tiempo, decretó el bloqueo de las playas de la bahía de Eretria, del golfo de Malia y de toda Eubea. Para adueñarse de Oropo envió a fines de febrero la *Hélade*, mandada por Miaúlis, el *Kartería* al mando de Hastings y el *Nelson*, a las órdenes de Papanikolís, apoyados por 500 hombres de entre los que había en Salamina después de la rota de Kamaterón, al mando del zacintio Petas; como jefe de esta operación conjunta naval y terrestre, subió a la fragata el coronel Heideck. El 3 de marzo, dos horas antes de la puesta de sol, llegaron los barcos griegos frente al puerto de Oropo, topándose con dos cargueros

llenos de víveres bajo bandera turca; el *Kartería* tomó posesión de ambos y la *Hélade*, con un violento cañoneo, silenció la batería emplazada junto al mar, incendió sus empalizadas de madera y un pequeño depósito de municiones, mató a algunos y, cuando se quitaron de en medio todos los defensores de aquella posición, se prepararon las lanchas para desembarcar a los soldados y a su jefe Heideck, protegidos por el potente fuego de la fragata y el vapor y por el imperio del pánico, que cundía entre los enemigos. Pero Heideck, con la excusa de que no tenía lanchas suficientes para transportar de una vez a todos los soldados, aplazó el desembarco hasta el día siguiente; aún así, tampoco bajó él entonces, así que fue el bravo Petas quien desembarcó a los hombres, a los que acompañaron para el combate 100 marineros; como era de día, no tuvieron tiempo de fortificarse debidamente, por lo que volvieron por la tarde a las naves por orden del comandante, dejando a los enemigos dueños de la posición; murieron dos griegos y fueron heridos diez. Se transportó a los soldados al Pireo a bordo del *Nelson*, mientras el vapor llevaba al comandante y los dos cargueros apresados hasta Poros. La fragata se quedó en la bahía de Eretria, para interrumpir la comunicación entre el Ática y Eubea. Esta fue la primera y última campaña de Heideck en todo el largo tiempo que pasó en Grecia.

Por aquella época volvió Kolettis a Skópelos y, reuniendo a bastantes tesalomagnesios, los llevó a Talandi para ocupar las Termópilas; pero, antes de marchar hacia su objetivo, cayeron como harpías sobre Tasos, se disolvió la expedición y Kolettis volvió a Egina sin haber hecho nada positivo, igual que en su primera campaña; no obstante, gracias al barco que le acompañaba, el cual puso en fuga a uno enemigo, desde el momento en que llegó se interrumpieron las comunicaciones entre Volos y Eubea; mas, al cumplirse el mes durante el cual el barco estuvo provisto de lo imprescindible y se pagó a los marineros, también se marchó este y quedó libre el contacto, como antes.

Días después, para romper la comunicación entre dichas zonas, se hicieron a la mar el barco de tres mástiles *Temístocles* al mando de Rafaliás, el de dos *Ares*, al mando de Kriezís, dos goletas –la *Aspasia* y la *Panayía*– mandadas por Sotirios y Nengas respectivamente, y el *Kartería*, a cargo de Hastings, que era el jefe de la flotilla. La tarde del 8 de abril llegó esta flotilla a la bocana de la bahía de Volos; el *Ares* y el *Temístocles* anclaron a tiro de fusil enfrente de la batería instalada sobre la entrada al puerto

de Volos y la silenciaron mediante un potente cañoneo; los demás navíos entraron hasta el fondo, donde encontraron ocho cargueros de dos velas, protegidos por las baterías de la ciudad y con las velas sueltas la mayoría de ellos; bajo el fuego enemigo, remolcaron a cinco de ellos, cargados con víveres y municiones para uso del ejército enemigo en Atenas, y los enviaron a Poros escoltados por el *Aspasia*; incendiaron otros dos y rompieron el mástil delantero del octavo, que estaba varado en tierra. De allí navegaron hasta el puerto de Tríkeri, donde encontraron un navío de guerra bajo bandera turca. El barco estaba al fondo, entre elevados peñascos y protegido por el fuego de la batería y por un potente batallón de albaneses, situados enfrente de las rocas. A eso de la medianoche del 10, los de Hastings hicieron una intentona para adueñarse de él, pero fallaron al ser rechazados por los albaneses apostados delante; también fracasaron al día siguiente; viendo que no podían llevárselo, lo incendiaron por medio de bolas de fuego. En esta misión murieron dos marineros griegos y fueron heridos cuatro.

1827

CAPÍTULO LXVI

DIVERGENCIAS SOBRE LA CONVOCATORIA DE UN CONGRESO NACIONAL.- LLEGADA DEL GENERAL CHURCH Y DE LORD COCHRANE Y NOMBRAMIENTO DEL UNO COMO GENERAL EN JEFE Y DEL OTRO COMO JEFE SUPREMO DE LA FLOTA.- CARÁCTER DE MIAÚLIS.- EL CONGRESO NACIONAL DE TREZÉN.- ELECCIÓN DE IOANNIS KAPODISTRIAS COMO GOBERNADOR.- COMISIÓN GUBERNAMENTAL.-

Al reseñar el congreso de Epidauró, III nacional, dijimos que tras aplazar sus trabajos en abril a causa de la caída de Mesolongi, decidió por votación que se reunieran los mismos delegados a finales de septiembre, o antes, en el lugar donde serían convocados por la comisión del congreso. Conforme a esta resolución y debido a las duras circunstancias por las que atravesaba la patria, se convocó a los portavoces a finales de agosto en Poros para continuar sus trabajos, pero no se reunieron; pasó todo septiembre y tampoco entonces se trasladó ningún representante a Poros; es más, muchos de ellos declararon inapropiado el lugar. La comisión volvió a llamar a los delegados al mismo sitio a principios de octubre, pero pasó todo octubre y tampoco respondió ninguno. Cuando las dos comisiones decidieron trasladarse a Egina, fueron llamados por tercera vez, no a Poros como antes, sino a Egina. Hemos visto como la cuestión del lugar había provocado ya en otras ocasiones la división nacional, pero en la presente circunstancia llegó a ser algo más serio y los alineados con el gobierno de Egina se reunieron en esta isla, mientras los de la oposición lo hicieron en Hermíone (Kastrí) a propuesta de Kolokotronis. Este jefe de guerrillas, que tanto había pasado y fue encarcelado por Kunduriotis durante la guerra civil por haberse aliado entonces con Zaímis en contra de aquél, en este congreso se alió con Kunduriotis en contra de Zaímis. Ahora bien, la discordancia sobre el lugar engendró una subdivisión en el partido de la oposición, pues mientras los partidarios de Kolokotronis convocaban a los

de Kunduriotis y demás camaradas isleños en Hermíone, estos llamaban a aquellos a Poros, donde eran fuertes; finalmente, como Kolokotronis seguía en sus trece, aceptaron Hermíone como sede de la asamblea, por temor a que prevalecieran sus rivales de Egina a causa de su división. Aparte de la dificultad del lugar, surgió otra más grave, que afectaba a los delegados. Los de Egina insistían en que se reunieran los que se quedaron a mitad de sus trabajos en Epidauro; esto favorecía sus objetivos, pues la mayoría de ellos eran pro-eginetas; en cambio los otros dieron libertad a las provincias para mandar los mismos u otros. El debate de los reunidos en Hermíone sobre el lugar y las personas era arbitrario ya que, cuando la asamblea de Epidauro votó el aplazamiento de los trabajos, a la vez votó que la comisión convocase a los mismos delegados en el sitio que considerase más seguro; aunque indudablemente competía a los delegados, cuando se completara el *quórum* de los requeridos, quedarse o trasladarse a otro sitio; así pues, los de Egina debatían dentro de la legalidad; mas también dieron muestras de gran moderación al enviar a sus adversarios una delegación para unificar criterios y al declararse partidarios de que, en la cuestión de los mismos u otros delegados, se difiriese toda confrontación hasta que se reunieran todos los oponentes en el mismo lugar y entonces resolvieran esta cuestión todos juntos; y sobre el lugar, que se eligiera un tercero pues, mientras unos querían Hermíone y otros Poros, no se reunía la asamblea; pero que fuera un punto desde donde el representante, si no veía el humo, al menos oyera el fragor de los cañones que bombardeaban la acrópolis. Provista de estas directrices, la representación arribó a Hermíone el 20 de enero y se volvió sin lograr nada positivo, ya que los reunidos allí le respondieron puerilmente que los que habían elegido Hermíone como sede del congreso no habían sido ellos, sino la nación. Los ejércitos de Grecia Continental se apresuraron a apoyar la correcta y patriótica propuesta de los de Egina; pero tampoco los escucharon los de Hermíone y, persistiendo en el objetivo que se habían propuesto desde un principio, dieron comienzo a las sesiones ordinarias el 11 de febrero, bajo la presidencia de Sisinis. Se indignaron los de Egina ante tal usurpación de funciones, les acompañaron en la indignación los cuarteles y el día 27 escribieron por medio de su comandante general Karaiskakis a los de Egina que no dieran su brazo a torcer, a no ser que los de Hermíone consintieran en un tercer lugar, y más cerca de los campamentos que de Epidauro. Era bochornoso e infantil que los griegos, estando en peligro la patria, riñeran sobre el lugar de las

deliberaciones. Y en medio de este debate que, llegando a su cénit después del comienzo de las sesiones en Hermíone, amenazaba con una guerra civil, llegó a Hermíone el general de división Richard Church.

Por la época en que los ingleses se apoderaron de la mayor parte de las Islas Jónicas¹⁶, este hombre creó en Zacinto dos batallones ligeros compuestos de griegos; entraron como oficiales Kolokotronis, Anagnostarás, Plaputas, Nikitas, Vlachópulos y otros guerrilleros que brillaban con luz propia en la insurrección en curso, los cuales eran especialmente adictos a Church, pues él los amaba y protegía en especial. Con la paz se disolvieron los dos batallones; Church pasó al servicio del rey de Nápoles, donde fue elevado al grado de general en jefe y establecido en una de las provincias meridionales como *alter ego* del rey¹⁷. El alejamiento durante tantos años no influyó para nada en la devoción que le profesaban sus colaboradores griegos de entonces, ni enfrió el cariño de él hacia ellos; por tales razones y por las relaciones políticas entre las dos naciones en razón de la solicitada protección y mediación inglesa, la comisión gubernamental se apresuró a llamar a Church al servicio de Grecia, con el beneplácito de Kolokotronis y sus demás compañeros de armas del mismo partido. Gustosamente acogió Church la llamada y partió de Italia, arribando a Cheli, enfrente de Spetses, el 26 de febrero. Nada más enterarse de su llegada, Kolokotronis y otros corrieron a su encuentro, lo saludaron de la manera más cordial, lo llamaron padre y benefactor, le acompañaron al día siguiente a Hermíone y lo consideraron desde entonces como su jefe militar; mas él, informado de la discordia imperante, les dijo que, mientras no se pusieran de acuerdo, lo considerasen como un simple viajero. Hacía unos días que estaba en Hermíone Hamilton, intentando hacer conscientes de su mala actitud a los de allí. Sus fuertes y severas requisitorias, el apoyo de Church y la exhortación del embajador inglés en Constantinopla a la concordia, sobre la cual escribía que de ella sola dependía el éxito de su mediación en favor de Grecia, hicieron su efecto y se decidió que los delegados de ambos partidos se reunieran en Trezén (Damalá) para aproximar las posturas sobre el congreso.

Mientras tanto, llegó el 5 de Marzo a Poros, a bordo del barco de vapor *Unicorn*, el esperado desde hacía mucho como salvador, Cochrane, que

¹⁶ 1.809, durante las guerras napoleónicas.

¹⁷ En 1.817 entró al servicio del rey Fernando I de las dos Sicilias y, en 1820, fue capitán general de Sicilia y gobernador de Palermo. Una revolución constitucionalista puso fin a esta etapa.

fue después a Egina, donde residía el gobierno; llevaba para financiar sus campañas cien mil *distila*, parte de las cuales eran donaciones de las asociaciones filohelénicas y parte lo que quedaba del empréstito inglés. Tanto se le echaba de menos y se le necesitaba en Grecia que, cuando los griegos supieron que había partido de Inglaterra y andaba errante por el Mediterráneo, enviaron un barco en su busca para dar con él; por lo cual, una alegría indescriptible se instaló en los corazones de todos los que supieron de su llegada; de todas partes llegaron legaciones y parabienes para este salvador de la patria; a su vuelta desde Egina a Poros, el congreso de Hermíone le envió una legación portadora de la siguiente carta:

“Grecia se congratula de tu presencia en el mar; las preces de los griegos se ven cumplidas con ello y crecen sus esperanzas sobre el feliz resultado de la guerra santa.

La nación griega, reunida aquí en el III congreso, desea tu asistencia y te invita por medio del comandante general militar del Peloponeso Th. Kolokotronis, de K. Kanaris, de N. Bótasis, del general Kitsos Tsavelas y del conde A. Metaxás, a aceptar su agradecimiento por tu celo en la defensa de sus justas reivindicaciones.”

Cochrane, a quien afligió y conturbó el conocimiento de la funesta discordia desde que pisó suelo griego, se quedó frío al ver delante de sí a los hombres que la suplicante voz de la moribunda patria reclamaba para su defensa en los campos de batalla y, tras unas palabras de bienvenida, escribió ciego de cólera a los delegados en Hermíone las de reproche que siguen:

“Me da pena ver a los oficiales más bravos y afamados de Grecia dedicados a la organización de un congreso político y perdiendo el tiempo en discusiones sobre el lugar de su celebración, mientras el enemigo devasta sin trabas todo vuestro territorio, tiene en su poder tres cuartas partes de las fortalezas y asedia la capital de la civilización griega. Atenas afronta un peligro extremo y, mientras el noble Fabvier con unos pocos héroes imbuidos de libertad ha corrido en defensa de sus bravos defensores, los oficiales de Grecia no cesan de afanarse en fútiles discusiones sobre asuntos políticos. Si la sombra de Demóstenes revivificara las cenizas de aquel gran hombre, depositadas en esta isla, oiríais de su boca, cambiando sólo los nombres de las personas y lugares, su primer discurso contra Filipo y aprenderíais de un compatriota vuestro, experto en Historia y con un profundo conocimiento del hombre, cuál debería ser vuestra conducta. En definitiva, os exhorto a leer dicho discurso en sesión plenaria: particularmente me adhiero

una por una a sus propuestas ante los que deliberaron sobre la suerte de Grecia; y puesto que las razones de tal ciudadano son tan adecuadas a las circunstancias actuales, sería un presuntuoso imperdonable si os dijera otra cosa que sus palabras:

“Si vosotros, atenienses, queréis ser de la misma opinión ahora, ya que no antes, y cada uno, dejando a un lado toda disquisición, está dispuesto a hacer lo que es preciso y puede prestarse a ser útil a la ciudad, aportando dinero quien lo tenga, haciendo la guerra quien esté en edad...; en una palabra, si queréis ser dueños de vosotros mismos y dejáis de esperar que ninguno tendrá que hacer nada y que todo lo hará el vecino por él, os quedaréis con lo vuestro, si Dios quiere, recobraréis lo perdido por desidia y castigaréis a aquél¹⁸.”

Con tal escrito, Cochrane anunció francamente a los de Hermíone que no desembarcaría ni haría nada a favor de Grecia mientras los griegos no se pusieran de acuerdo. Este elogiado modo de hablar y actuar de Cochrane dio el espaldarazo a la operación unidad; se reunieron en Trezén los de Hermíone y los de Egina, fueron aceptados como miembros de la asamblea todos los parlamentarios, viejos y nuevos, y el día 19 se reanudaron los trabajos interrumpidos. Simultáneamente, el gobierno se trasladó a Poros, a una hora de distancia de Trezén. Los delegados, haciendo gran aprecio del apaciguamiento llevado a cabo en su división por el irritado Cochrane, se apresuraron a informarle de que se habían unido. Pero Cochrane, que consideraba con razón toda confrontación política inoportuna y nociva mientras a la acrópolis se le iba la vida a chorros, les respondió que las leyes eran inútiles por cuanto no tenían aplicación, que era más que perjudicial legislar y no actuar en tiempo de guerra y que sólo era posible salvar a Grecia cuando el congreso votara cómo liberar la acrópolis y convocar a los delegados en Atenas; por lo demás veía que Grecia se consumía; cuando se produjeron nuevos aplazamientos, les volvió a escribir diciendo que, puesto que sus consejos no servían, por ir dirigidos a unos hombres que ponían trabas a las marchas de los asuntos y habían decidido no cambiar de comportamiento, él se iba si a la tarde no habían hecho lo debido; les proponía que constituyesen un gobierno de sesenta días y que aplazasen lo demás para un momento más oportuno. El congreso se acobardó con su

¹⁸ Filipo de Macedonia. El pasaje es de *Filípica I*, 7, literal, modificado sólo en la mayúscula inicial de Dios.

amenaza de retirada y decidió poner en práctica sus deseos, debatiendo de inmediato sólo los asuntos apremiantes.

Hemos visto que, apenas se formaba el gobierno, ya querían sus adversarios derrocarlo; ninguno de los que se turnaron sucesivamente en el poder durante la guerra se mostró digno de conservarlo. El interés de la nación exigía concentrar en manos de uno solo todo el poder legislativo, que hasta entonces se había repartido entre muchos, pero los griegos no encontraban dentro de Grecia un hombre digno de tal autoridad y que gozara de la confianza general; por ello, volvieron la mirada hacia Ioannis Kapodistrias, que había destacado como ministro en el imperio ruso, vivía entonces retirado en Suiza y se había mostrado siempre imbuido de patriotismo. Tanto se obstinaron, a causa de las pasiones y rivalidades intestinas, en traer a un gobernador de fuera que votaron que, si no venía Kapodistrias, buscarían a otro en su lugar, siempre fuera de Grecia. En lo militar se daba la misma situación que en la política: entre las fuerzas griegas dominaba la diversidad de mandos. Kolokotronis era hegemónico entre todos los militares del Peloponeso; Karaiskakis había adquirido en su última campaña una gran y merecida fama; pero uno y otro se percataban de que no eran los hombres adecuados para el Mando Militar General de Grecia y ambos proponían espontáneamente que el congreso nombrara a Church generalísimo de toda Grecia. En el mar era Miaúlis el más destacado.

La competencia del hombre al que estiman sus propios rivales es indiscutible; así era Miaúlis. La altiva Hydra, dividida en dos, lo estimaba toda a una. Al principio se mostró poco propicio a la guerra, pues la consideraba promovida por ignorantes y superior a las posibilidades de los griegos; pasó los primeros seis meses postrado en cama, después se hizo a la mar como un simple capitán y destacó como almirante. Al comenzar el segundo año, zarpó como almirante y fue el primero en cambiar en ofensiva la hasta entonces defensiva actitud de la flota griega frente a la turca. Nadie más inteligente ni más valeroso que él en las batallas, ni más moderado en las victorias; para nada cuestionaba lo que hacía preguntándose qué le aprovecharía hacerlo; los griegos tenían en él el máximo de confianza, pero él no era consciente de su valía y, en medio de sus triunfos, siempre dudaba del éxito final de la causa; jamás tuvo ansia de cargos, y comandaba la escuadra por necesidad más que por elección; el poder lo buscaba siempre a él, nunca él al poder. Todos los extranjeros que visitaron a este hombre lo admiraban por la frugalidad de su vida y por su modestia, y los

marineros que estuvieron con él en las batallas lo elogiaban por su valor y su autoformación como almirante. A menudo quienes se meten en política y llevan los asuntos de la patria por afán de lucro, o por ansia de poder, modifican descaradamente los principios que profesan para alcanzar lo que desean, convierten a los antagonistas en aliados y llaman hoy salvadores de la patria a los que llamaban ayer destructores y viceversa, dando un escandaloso y lamentable ejemplo de cambio de chaqueta y mal uso de influencia política; y si les conviene, dan marcha atrás sin pudor, atribuyendo a los demás las corruptelas practicadas en una unión por interés. No era así Miaúlis; siempre hizo la misma política, jamás transfiguró los amigos en enemigos ni los adversarios en aliados, ni soñó con influir en los asuntos de la patria por medio de su preeminencia en el mar; considerando letal para la patria en aquella circunstancia el almirantazgo de Cochrane, consintió gustoso en ser despojado de su mandato tan prolongado y tan glorioso, más como aliviado de una carga que como privado de autoridad^c.

Mientras que a ningún griego le desagradaron los nombramientos de Cochrane como jefe de la armada y de Church como comandante en jefe del ejército de tierra, la elección de Kapodistrias como presidente por siete años disgustó a muchos políticos, mas ninguno osó expresar su opinión en contra, pues se aliaban a su favor la necesidad y el deseo de la nación. Esta elección, que procedía principalmente de la mayoría de los delegados en Hermíone, la apoyaron contra pronóstico los ingleses Cochrane y Church, que tenían gran influencia sobre la asamblea. A causa de las duras circunstancias, tampoco la desaprobaban el jefe de flotilla Hamilton ni el embajador inglés en Constantinopla. “Nos hace falta ante todo una sola Grecia” –escribió el embajador–. Creían él y el comandante de flotilla que Kapodistrias rehusaría; también el gobierno era de esta opinión.

El 29 de marzo, Cochrane compareció ante la asamblea como almirante en jefe de la armada y, en sesión plenaria, tras manifestar de nuevo la necesidad de concordia y de la operación conjunta por tierra y mar, puso la mano sobre la empuñadura de su espada y dijo: “Juro servir fielmente a Grecia y derramar mi sangre por ella, siempre que Grecia se muestre fiel a sí misma.” Una vez formulado el juramento, izó la bandera de la armada sobre la *Hélade*, en el cual estaba Miaúlis como capitán. El 2 de abril se constituyó una comisión trimembre llamada comité delegado del gobierno, que tenía el encargo de administrar el país hasta la llegada del gobernador, según los términos de la constitución; tras la renuncia de muchos, fueron

sus miembros Yorgakis Mavromichalis, Yannulis Nakos y Markís Milaítis; el mismo día se leyó un comunicado del comité de gobierno cesante que contenía una relación de los sucesos acaecidos durante su período de gestión. Al día siguiente, en que se celebraba la Pascua, los miembros de la comisión gubernamental hicieron ante la asamblea este juramento sobre la cruz:

“En el nombre de la Santísima Trinidad y por nuestra amadísima patria, juro en primer lugar liberar a la nación griega o morir cristiano y libre con las armas en la mano; y en segundo lugar, apoyar con toda fe la actual ley fundamental de la patria, la que dieron a la nación griega los tres congresos de 1822, 1823 y 1827.”

Church, antes de ser investido con el generalato y jurarlo, creyó conveniente desmentir los falsos rumores que circulaban en el sentido de que tenía apoyo exterior y que traía dinero para reavivar la guerra; dijo entre otras cosas que no valía la pena defender por más tiempo la acrópolis de Atenas. Sin embargo, al mantenerse firme la asamblea en lo que había votado sobre el tema, compareció ante ella el día del juramento de la comisión de gobierno e hizo a su vez el siguiente juramento sobre la cruz y su espada:

“Juro ante el Ser Supremo y el III Congreso de los griegos sostener la lucha contra los turcos bajo la bandera y por el bien de Grecia, acatar las leyes establecidas y obedecer las disposiciones de su gobierno”.

El congreso publicó 24 decretos. Los cuatro primeros, aunque emitidos en Hermíone, fueron aceptados por todos. Decía el primero de estos que el Estado griego se componía de todas las provincias que tomaron las armas, que era indivisible y que los bienes derivados de la causa eran comunes; se publicó porque, mientras la comisión de gobierno luchó franca y claramente para ser útil a Grecia Continental y consiguió su recuperación mediante los ejércitos que creó, había quienes no cesaban de suscitar protestas en los mismos campamentos con el argumento de que, por medio del comité del congreso y por un acuerdo preexistente, trabajaba subrepticamente en la separación de Grecia Continental del resto de Grecia a cambio de contrapartidas en beneficio del Peloponeso; el segundo decreto concernía a la dudosa legitimidad de la mayoría de los representantes en Hermíone y anulaba el de Epidauro, que requería convocar de nuevo a los delegados allí reunidos; el tercero restituía a Hypsilandis sus derechos políticos, arrebatados por el congreso de Epidauro, y el cuarto legitimaba el traslado a Trezén de los representantes de Hermíone. Los publicados en Trezén

se referían, por orden cronológico, al almirantazgo de Cochrane, la elección de Kapodistrias como gobernador de Grecia, el generalato de Church, la retribución a los que servían en la marina, el nombramiento de los miembros de la comisión gubernamental y la convocatoria de otra asamblea si Kapodistrias no asumía el mando, la creación de una armada nacional, la retribución a la guarnición de la acrópolis de Atenas y la forma de retribuirla, la obtención de un tercer empréstito de cinco millones de *dístila* por parte del presidente contra hipoteca de tierra pública, la disposición sobre fortalezas y fortificaciones, la obtención de recursos para manutención del ejército a las órdenes del general en jefe, la sanción de la constitución reformada e invalidación de toda otra ordenanza bajo cualquier pretexto o circunstancia y de cualquier actuación contra sus términos, los deberes de la comisión gubernamental hasta la llegada del presidente, la abolición del tribunal penal inapelable creado durante la comisión gubernamental y revisión de sus decisiones, el traslado del gobierno a Nauplion, la elección de Nikólaos Renieris como presidente del ejecutivo, la compensación con tierra pública después de la guerra a los combatientes alineados bajo la bandera de Grecia, la organización de una fuerza militar y su división en fuerzas activas, de reserva y ciudadanas, el asentamiento de los refugiados, el caso particular del asentamiento en el istmo de Corinto de los procedentes de Esmirna y la anulación de la venta ilegal e informal de bienes públicos desde el comienzo del primer período hasta fines del III con cargo a los compradores.

El congreso, si bien derogaba bajo cualquier pretexto o circunstancia toda disposición y toda actuación contra los términos de la constitución, mantuvo las bases que había establecido el de Epidauro sobre el acuerdo a través de mediación inglesa, según las cuales Grecia se convertía en tributaria; por lo tanto, se apoyaba en dos principios contradictorios y ella misma removía sus cimientos al prohibir toda transgresión a la constitución. Incluso borró el término “provisional” referido a la constitución, como si Grecia estuviera consolidada sobre fundamentos firmes, cuando todo estaba en juego. La constitución era el colmo de la precisión y el patriotismo, pero resultaba inaplicable; se consagraba a la buena fe del parlamento, del presidente y de la rama judicial, a la bondad del pueblo y al patriotismo de todos los griegos, excluía al clero de todo servicio político siguiendo el ordenamiento religioso y parcelaba la nación en distritos. El congreso también envió invitaciones a Kapodistrias; invocó el auxilio de los pueblos creyentes en Cristo y los

poderosos de Europa; dio a conocer a la nación sus trabajos más esenciales; llamó a las armas a hombres, mujeres, ancianos y niños; les dijo que no encontrarían seguridad en nada salvo en el habitual slogan “libertad o muerte”, expresó el agradecimiento del pueblo al rey de Baviera, al presidente de los Estados Unidos de América del Norte, a George Canning, a Eynard y otros filohelenos y a muchos griegos de fuera de Grecia, nacionalizó a algunos filohelenos y dio fin a sus trabajos el 5 de mayo.

Como la de Astros, la presente asamblea estaba dividida; sin embargo, se reunía toda ella en un único lugar y trabajaba conjuntamente a la sombra del limonar regado por las corrientes de la Hipocrene, a las afueras de la aldea de Damalá; no estaban divididos, como en Astros, en políticos y militares, sino en peloponesios y stereoeladitas, pues como hemos referido antes, la cuestión del momento era la inclusión o no de Grecia Continental en el acuerdo; los de las islas se inclinaban a favor de los del continente. Tan excitados y desconfiados estaban entre sí la mayoría de los representantes de una y otra facción que, en una de las últimas sesiones, en el curso de una discusión, cayeron en el absurdo: el guerrillero del continente Kitsos salió a hablar blandiendo y agitando una rama de árbol contra la persona de Kolokotronis y lo tachó de cobarde e insignificante. Los peloponesios se indignaron y gritaron: “¡A las armas!” “¡A las armas!” respondieron los stereoeladitas y los delegados se dividieron en dos grupos, saliendo del limonar los peloponesios por un lado y los continentales por otro; corrieron los unos a encerrarse en las casas, los otros tomaron fuertes posiciones, se dispusieron todos a la guerra y, si hubiera habido un pistoletazo, el lugar de la asamblea se habría convertido en un arroyo de sangre; menos mal que los delegados más sensatos se interpusieron y tranquilizaron los exaltados ánimos^d. Así comenzó y así terminó el congreso de Trezén: empezó y acabó entre discordias, desconfianzas y disturbios.

CAPÍTULO LXVII

ACAMPADA DE KARAIKAKIS EN KERATSINI.- BATALLA DE LA ALQUERÍA Y OTROS COMBATES.- TRASLADO DE COCHRANE Y CHURCH AL PIREO.- SITUACIÓN DEL ÁTICA DESPUÉS DE SU TRASLADO.- MUERTE DE KARAIKAKIS Y REVISIÓN DE SU ACTUACIÓN EN LA GUERRA.- CAPITULACIÓN DE LA ACRÓPOLIS DE ATENAS.-

Karaiskakis apenas tenía mil hombres en el momento de volver a Eleusis, porque había ido dejando a los restantes en diferentes posiciones de Grecia Continental, pero triplicó el número en cuatro días, al agregárseles los batallones que tenían en Salamina Vassos, los Notarás y otros caudillos, y completó la caballería a cien al unírsele algunos regulares. La tarde del 2 de marzo, unos por mar y otros por tierra, marcharon todos y, al día siguiente, se colocaron durante la noche y se fortificaron en Keratsini, una posición costera junto al puerto de Forá, en el estrecho de Salamina, a dos millas al oeste del Pireo. Por la mañana atacaron los enemigos que ocupaban posiciones junto a Keratsini y hubo escaramuzas; a eso el mediodía bajaron otros de infantería con bastantes de caballería, pero fueron rechazados. Al amanecer del día siguiente llegó Kütahi con numerosa infantería, cuatrocientos a caballo y con cañones, en la esperanza de arrojar al enemigo al mar.

Delante de las fortificaciones griegas, sobre un emplazamiento llano había una alquería vallada y sin techo; por su emplazamiento, fue considerada como un útil bastión de las fortificaciones griegas, y dentro de ella se posicionaron 250 soldados selectos a las órdenes de los caudillos Thanasis Tusas, Gardikiotis Grivas y otros. Como la posición era muy peligrosa, Karaiskakis animó a los soldados repartiéndoles dinero y prometiéndoles cuantiosas recompensas si eran valientes. El enemigo emplazó en primer lugar los cañones a tiro de fusil del caserón y se desplegó tras derribar los muros con un violento bombardeo; una parte atacó con la esperanza de capturar vivos a todos los defensores, otra se lanzó contra los griegos que

ocupaban las demás posiciones, para impedir todo auxilio; la caballería iba al lado de la infantería. Sin embargo, el aguante de los del caserón se mostró superior a cualquier alabanza. Combatiendo detrás de las ruinas y parapetándose tras dos montículos de tierra, elevados por la noche con lo que había a mano fuera de la alquería, contuvieron el ímpetu de los combatientes a pie y a caballo. Ese día, hasta a los mismos enemigos impresionó la temeridad de la unidad de caballería al mando de Chatsí-Michalis que, a pesar de sus escasos efectivos, se colocó frente a la muy numerosa del enemigo e impidió con éxito su avance; también se lucieron los griegos ocupantes de las demás posiciones: sólo perdieron una fortificación, que recuperaron poco después, así que el enemigo, a la ofensiva en un principio, se encontró luchando a la defensiva y tuvo que retirarse maltrecho dos horas después del mediodía, siendo muertos o heridos muchos de entre ellos; de los griegos murieron 3 y fueron heridos 20.

Los griegos, animados por la victoria, tuvieron la idea de ofender a los enemigos que estaban frente al Pireo y, el 17 de marzo, unos 1000 de ellos prepararon pieles de cerdo y fueron de noche a levantar un montículo por orden de Karaiskakis y, cuando estaban trabajando, se oyó un ruido; la mayoría creyó que se trataba de caballos al galope y desapareció al instante; pero el ruido resultó ser de un solo caballo al galope, que traía picos y palas para las obras de fortificación; al enterarse por el camino de la verdadera causa del susto, los que dejaron su puesto volvieron y terminaron su trabajo. Los turcos, al ver al día siguiente la fortificación levantada y figurándose su propósito, intentaron esa noche levantar otra cercana a ella. Atacaron los griegos para impedirselo, pero no lo consiguieron y salieron malparados, con tres muertos y muchos heridos. Después de este traspié, intentaron por la noche elevar otra próxima a la turca pero, al morir uno de los trabajadores y ser herido otro, los demás abandonaron los picos y las palas y volvieron sin hacer nada al campamento. En la escaramuza de esa noche murieron un cabecilla de Hermíone, Mitsas, y otro de Stemnitsi, Milionis. A partir de entonces, los griegos desistieron de tales intentos.

Hemos dicho que la presencia de Cochrane puso a toda Grecia en un estado de gran agitación. Mientras que Grecia estaba en las últimas, este señor no paraba de fanfarronear diciendo que el Imperio Bizantino resucitaría y que la bandera de Grecia sería izada en lo alto de Santa Sofía. Una vez que juró ante los representantes de Trezén y asumió el cargo, publicó un llamamiento en el mismo sentido^e.

Y mientras él decía tales bravuconadas, los de la acrópolis enviaban cartas acuciantes en las que lamentaban su triste situación, enumeraban los padecimientos y enfermedades que traía el invierno, la carencia de médicos y medicinas, la escasez de víveres y municiones... y decían que la acrópolis caería inevitablemente si en pocos días no llegaban de fuera auxilios para levantar el sitio o, al menos, para relevar a la exhausta guarnición y llevarse a las mujeres, los niños y los impedidos. Resonaban por toda Grecia estas luctuosas nuevas y jamás fue tan oída por los peloponesios la voz de los sufrientes stereoeladitas como cuando estaba en peligro la acrópolis. Además de los corintios expedicionarios mandados antes por los Notarás, ante esta noticia fueron llegando uno detrás de otro 2500 hombres a las órdenes de Yenneos, Chrýsanthos Sisinin y otros jefes de las provincias del Peloponeso; Cochrane alistó a 1000, en su mayoría de Hydra y Spetses, y los puso al mando del comandante Urquhart para ayudar a la acrópolis; Kaleryis fue a Naxos desde el campamento y enroló allí a 200 cretenses; se pusieron en marcha todos los stereoeladitas que había en Salamina; a instigación del comandante general, se trasladaron al campamento los suliotas que estaban ociosos en Perachora, Lutraki y Kalamaki; combatían también 180 regulares mandados por Inglesis y 26 filohelenos; había dos escuadrones de caballería, mandado uno por Almeyda y otro por Chatsí-Michalis, de forma que la infantería y caballería congregada en el Ática llegaba a los 10.000 el 10 de abril. Gracias a la ayuda de las asociaciones filohelénicas, el ejército no padecía por falta de víveres y Cochrane gastó en su mantenimiento parte del dinero que había traído.

Entre griegos y turcos había enfrentamientos casi diarios en las afueras de Atenas. El día 22 Karaiskakis tomó la caballería y bastantes de a pie a las órdenes de Busgos; fue a la parte de Dafni, la más cercana a la acrópolis, para animar a los sitiados; situó a los de a pie dentro del estrechamiento y él con la caballería ocupó el olivar. Esa misma noche se acercó Kütahi a aquella posición con bastantes infantes y jinetes y permaneció invisible detrás de las colinas sobre las que estaban las fortificaciones de enfrente de la alquería, con el objetivo quizá de caer de improviso al día siguiente sobre los de allí; pero, al ver cerca inesperadamente la caballería griega, atacó y envió parte de sus tropas contra los de Busgos. Éstos, al verse atacados de repente, se alejaron y el enemigo quedó dueño del estrechamiento. La tropa a caballo de Karaiskakis volvió atrás hacia la angostura, ya que era imposible mantenerse, buscando regresar al campamento de Keratsini por

aquel atajo; al encontrar sin esperarlo la posición ocupada, entabló una lucha que duró tres horas, pues otros griegos y turcos llegaron a reforzar a los que se batían. Los griegos consiguieron atravesar el atajo y llegaron al campamento, pero murieron o fueron heridos 19 y se perdieron 14 caballos; el enemigo sufrió también graves descalabros. Prácticamente en el mismo sitio tuvo lugar a principios de abril otra batalla más sangrienta aún que la referida, que dio comienzo por la elevación de unos contrafuertes. En ésta cayeron 20 griegos, entre ellos Vasilis Danglís, y fueron heridos 10; también fueron muertos o heridos 18 caballos y se distinguió sobre cualquier otro Karayoryis Vúlgaros, que combatió a caballo contra muchos jinetes y se llevó la palma; los turcos también pagaron un alto precio.

Los encerrados en la acrópolis no cesaban de escribir que ésta caería por falta de lo imprescindible si no recibía auxilio cuanto antes, obligando con ello a las autoridades políticas y militares a dejar de emplear para su rescate los medios más seguros por su lentitud y adoptar los más temerarios por su rapidez. El comandante general planeó realizar una contraofensiva salvadora mediante el envío de tropas y barcos a las costas de Albania, para obligar así a los albaneses que intervenían en el sitio de la acrópolis a correr en auxilio de sus casas y familias; Karaiskakis siempre estaba deseando tomar los pasos de las Termópilas y Oropo y cortar así la comunicación de Tesalia y Eubea con el campamento de Kütahi, pues desde esos lugares le eran enviados los víveres y otras cosas imprescindibles. Pero se desecharon estos dos planes como incapaces de dar el rápido resultado del que, según escribían los asediados, dependía únicamente la salvación de la acrópolis.

El 7 de abril arribó ante Falero una flotilla, compuesta de unos pocos veleros de dos mástiles y la fragata *Hélade*, llevando a bordo al almirante y al comandante en jefe, los cuales desembarcaron para visitar a Karaiskakis en el campamento de Keratsini; les precedía una bandera de Grecia. A través del intérprete, Cochrane dijo muchas cosas sobre el raudo rescate de la acrópolis, insistió en que los griegos cayeran cuanto antes sobre el campamento enemigo para levantar el asedio o sustituir a la guarnición e introducir lo indispensable y, en medio de la conversación, clavó en tierra la bandera que traía y dijo volviéndose hacia los soldados: “Soldados, quien plante esta bandera en la acrópolis tendrá una recompensa de mil *dístila* y el cuerpo al que pertenezca el que la plante, diez mil.” Después de esta entrevista, el almirante y el comandante en jefe volvieron a los barcos entre vítores.

Al día siguiente desembarcó en Falero Urquhart con los suyos y, tomando a los atenienses de Makryyannis que había allí, marcharon hacia las fortificaciones enemigas; llegaron luchando a un tiro de pistola. Los enemigos se atemorizaron tanto, que se dieron prisa en meter dentro del monasterio los caballos y otros animales que estaban pastando fuera. En esta escaramuza, que duró hasta la noche, fueron heridos 11 griegos. Desde ese día hasta el 13 hubo escaramuzas diarias. Los atenienses de Makryyannis, los regulares de Inglesis y otros, llenos de ardor, avanzaron haciendo parapetos protegidos por el fuego de algunos cañones ligeros hasta el confín del olivar, atacando y siendo atacados. El día 13, sin premeditación y por una causa insignificante, se dio una importante batalla: 30 soldados desembarcaron a mediodía junto a la tumba de Temístocles en el cabo entre los puertos de Muniquia y el Pireo y, ayudados por dos cañoneros, atacaron a algunos enemigos fortificados cerca de dicha posición. La trifulca de unos pocos degeneró en batalla de muchos y Cochrane, que se encontraba en tierra en ese preciso momento escrutando con el catalejo las posiciones enemigas, al ver lo que sucedía, asumió ardoroso el mando de los soldados que estaban con él y avanzó hacia el monasterio exponiéndose más que nadie al fuego enemigo y llamando a los demás griegos a una batalla generalizada. Su voz se escuchó y su ejemplo electrizó a todos. Lanzáronse los de Falero, lanzáronse los de Keratsini, cada cual disputándose ser más valiente que los demás a la vista de tal héroe; simultáneamente hicieron fuego las baterías y, mientras unas trincheras enemigas las tomaban los griegos al asalto, otras fueron abandonadas por los ocupantes muertos de miedo, de forma que en el transcurso de una hora había 9 contrafuertes enemigos en posesión de los griegos y, de los enemigos que había en ellos, unos volvieron huyendo al campamento que cercaba la ciudad y otros se refugiaron en el monasterio. Aquel día los turcos tuvieron 60 bajas y los griegos 8. Después de la batalla, los griegos tomaron toda la línea desde Falero hasta las elevaciones de Korydalós, teniendo enfrente sólo a los enemigos encerrados en el monasterio, unos 300 separados de los demás. Tras este suceso, Karaiskakis trasladó su tienda de Keratsini al Pireo; tanto se alegró y tantas esperanzas concibió con esta victoria su promotor Cochrane que, en su comunicado de los hechos de aquel día a la comisión gubernamental, dijo que si los griegos se comportaban el día siguiente como el anterior, el asedio estaba levantado. De hecho, este hombre apasionado trató al día siguiente de llevar las tropas contra la acrópolis,

pero Church y Karaiskakis se opusieron, pues no querían arriesgarlo todo; sobre todo fue Karaiskakis el que dijo que no daría un paso más mientras los enemigos ocuparan el monasterio. No le agradó a Cochrane, pero tuvo que admitir esta sensata opinión y, el 14, emprendieron los griegos las acciones contra el edificio religioso: llevaron más cerca sus cañones, trasladaron al Pireo la fragata y otros barcos y atacaron el monasterio por tierra y por mar durante todo el día, con fuego de cañón y de fusil. Sólo la fragata disparó ochocientos cañonazos: perforó el techo del monasterio y parte de sus muros y parecía que iba a enterrar a los allí recluidos bajo un cúmulo de ruinas. Pero cuanto mayor era el peligro, tanto mayor era el coraje de los que lo pasaban: hasta dos y tres veces se lanzaron los griegos a adueñarse del derruido monasterio al asalto, pero los 300 los rechazaron con bravura. Es incomprensible cómo el activo Kütahi, sentado sin hacer nada en su campamento y viendo a sus impávidos guerreros en las últimas, no corrió en su auxilio. Por la noche y a demanda de la guarnición del monasterio, hubo una tregua y fueron dos de ellos a la nave almirante para lograr un acuerdo, pero no lo hubo, porque ellos pretendían volver a su campamento en Atenas con sus armas y pertenencias y el almirante sólo les hacía gracia de la vida. En el transcurso de la tregua, se pasaron a los griegos desde el monasterio 30 chimariotas¹⁹ cristianos con el consentimiento de toda la guarnición, a causa de la escasez de alimentos. Pero por más digna de alabanza que se mostró la guarnición turca del monasterio en la lucha, bien que ensombreció su gloria al matar en plena tregua al enviado de Urquhart, que llevaba ciertas condiciones para el acuerdo; después disparó a los que iban en la chalupa de la nave almirante, que con bandera blanca traía al secretario del almirante en jefe. Estas dos indignas acciones despertaron una justa ira contra los del monasterio. Se irritó en especial Cochrane, que los admiraba antes por su valor, y ahora llamaba a los griegos al asalto y exterminio de los transgresores y ya no quería oír hablar de negociación; y como los griegos no atacaban, les reprendía, los tachaba de cobardes y amenazaba con irse si no conquistaban inmediatamente el monasterio. Se indignaron los cabecillas insultados, se indignó el propio Karaiskakis y, volviéndose a sus camaradas ciegos de cólera, les dijo: “Veo que nos va a ir mal con estos francos; temo que nos perderán con su insolencia, pero tenemos que aguantarlos.” Cochrane no

¹⁹ Vd. tomo II, nota 95 (pág. 222).

se fue como había amenazado y, refunfuñando por no ser obedecido, marchó a sentarse dentro de su barco; no obstante, si hubiera tenido calma por un día, el simple asedio habría bastado para la caída del monasterio sin asalto y sin el más mínimo disparo, pues los encerrados apenas tenían comida para un día y su comunicación con el campamento estaba cortada. Mas al impaciente lord le parecía un día como si fuera un año entero, por lo que a la mañana siguiente recomenzaron los cañonazos contra el monasterio para complacerle, después de levantar otra batería la noche anterior. Los turcos se vieron muy apurados y pidieron de nuevo una negociación. Alejandro Cochrane, asumió la dirección de los asuntos el comandante en jefe, hombre moderado y entendido en la manera de hacer la guerra los griegos. Éste autorizó a Karaiskakis a llevar a cabo las negociaciones y aceptar los términos que acababa de rechazar Cochrane. Sobre dichos términos tuvo lugar el acuerdo y el 16 Karaiskakis, después de recibir las banderas de los pactantes, los formó a mediodía delante del monasterio en la parte que daba a tierra firme y, para más seguridad, puso a los jinetes entre ellos y la tropa griega que ocupaba las posiciones cercanas; aseguró también los demás flancos y, a petición de los acogidos al acuerdo, se colocaron en el centro como rehenes Karaiskakis, Tsavelas y Vassos entre otros cabecillas. De esta forma, los pactantes empezaron a marchar en formación hacia su campamento; pero apenas se habían alejado unos pasos, cuando miles de combatientes griegos irrumpieron en el monasterio con la esperanza de botín; al no encontrar en él lo que esperaban, siguieron con muy malas intenciones a los que iban desfilando. Cuando éstos llegaron a la playa junto al puerto, uno de los griegos alargó la mano para quitarle la espada a uno de ellos; éste le dio un empujón; el griego no desistió de su idea, el turco le disparó con su pistola y el griego a él con el fusil. Entonces los que iban a la zaga, que aguardaban la ocasión para matar y saquear, atacaron indiscriminadamente fusil en mano a los que en nada habían faltado al pacto; respondieron éstos a los disparos y el tumulto y la confusión se extendieron por todas partes a la vez. Karaiskakis y los demás caudillos, que iban en medio de los enemigos atacados, corrieron gritando para contener a los homicidas, pero ni los escuchó nadie ni nadie pensó que peligraban en calidad de rehenes y garantes de las vidas de los vilmente agredidos. Perseguidos, diezmados y defendiéndose como podían, los turcos llegaron junto a las dos últimas trincheras del campamento griego, ocupada la una por los suliotas de Kostas Bótsaris y la otra por los

peloponesios de Nikitas; no lejos de estas trincheras estaba la vanguardia del campamento turco, guardando una loma reforzada con cañones. Los de Bótsaris y Nikitas dejaron a unos pocos de ellos dentro de las trincheras y corrieron con los demás a librar a las víctimas, rechazando a los despiadados perseguidores; pero los enemigos que ocupaban la loma, al ver el movimiento y la indisciplina de los griegos y temiendo que fueran también a por ellos, abrieron fuego indistintamente sobre el montón, matando a amigos y a enemigos; a partir de ahí la calamidad fue a peor y, hasta que los perseguidos no llegaron a la loma, donde hallaron la salvación, 200 de ellos fueron masacrados por el fuego de amigos y enemigos.

Aquella horrible jornada fue el día de la ira y la consternación para los jefes y caudillos del campamento griego, y por poco lleva a su disolución. Cochrane, que permanecía ocioso en su barco, había ordenado que, durante el éxodo de los acogidos al pacto, se alejasen del campamento griego los de Hydra y Spetses que tenía a su mando, por lo cual no participaron en la execrable fechoría: estimando en mucho que supiera todo el mundo que él era inocente de la sangre derramada en contra del acuerdo, proclamó que ninguno de los suyos estaba implicado en la matanza, ni él en el pacto. Church, por su parte, cayó abatido por la desmoralización y, temiéndose otros actos semejantes y queriendo preservar su buena fama, envió su dimisión criticando amargamente lo sucedido; el colaborador Gordon se marchó del campamento por la misma razón; también renunciaron otros filohelenos secundarios; Karaiskakis empeoró del agudo mal que le aquejaba; Kütahi, al enterarse de los hechos, dijo: “Dios no dejará impune esta matanza.”

Mientras tanto, todo llegó a un grado extremo de parálisis a causa de este abominable acto. Abierta una investigación para hallar a los inductores, se encarceló a Ioannis Notarás, que en nada había participado en la masacre, porque se detectó a algunos soldados suyos como promotores. Tras muchas explicaciones y comunicados del gobierno para calmar al comandante en jefe y al de la armada, decidieron todos dar el suceso al olvido y recomenzaron a pensar en el rescate de la acrópolis; antes de nada, se apresuraron a enviar un mensajero a los sitiados para animarles.

A la caída del monasterio, Cochrane insistió aún más en su primitivo plan: que el ejército griego cayera sobre el enemigo sin tardanza, de forma que, si no lo dispersaba y acababa de una vez con el asedio, abriera el paso hacia la acrópolis para reemplazar a la guarnición y llevarle lo necesario; pero Karaiskakis desaprobaba este plan al principio y en ese momento

porque, en caso de fracasar, podía provocar el colapso de todo el ejército griego y acelerar, más que evitar, la caída de la acrópolis; en apoyo de su opinión decía que el camino que llevaba a ella desde las Tres Torres, donde había que desembarcar las tropas para la subida, era el más corto, pero también el más peligroso, ya que era todo plano, todo sin árboles y sumamente apto para las evoluciones de la nutrida caballería enemiga; que, mientras la cuestión era introducir comida y pólvora en la hambrienta acrópolis, el campamento apenas tenía la comida necesaria para el consumo diario, y la pólvora, al ser de la que saquearon últimamente los barcos griegos en el golfo de Volos, era de malísima calidad y que los que marcharan tendrían que atrincherarse junto a la acrópolis si los enemigos les impedían el acceso, y la cantidad de picos y palas era del todo insuficiente. Tales cosas dijo Karaiskakis para echar abajo este mortífero proyecto, y el comandante en jefe apoyó con ardor sus correctas observaciones, pero Cochrane no daba su brazo a torcer y quería que se hiciera lo que él decía. De nada sirvió que el congreso le diera autoridad sólo en el mar, él se la atribuyó también en tierra. “Donde mando yo, –decía– cesa todo mando”. Días antes le habían pedido barcos para trasladar una parte de las tropas del Pireo por Oropo para una maniobra de distracción, pero rechazó la petición con la réplica de que los barcos a su mando estaban siempre dispuestos a transportar tropas más cerca del enemigo, pero nunca más lejos. Cuando entendió que los griegos probaban a salvarse sin su milagrosa ayuda, hizo uso de la estima en que lo tenían y, cada vez que alguien se oponía a sus apetencias, amenazaba con marcharse, o sea, dejar a Grecia ante su perdición, de acuerdo con la idea que tenía entonces la gente. Así era Cochrane: manejaba los asuntos a su antojo y no tenía en cuenta para nada la opinión de los que eran más expertos que él.

Aceptado el temerario plan por las razones expuestas, los griegos se aplicaron afanosamente en su ejecución. Se trataba de efectuar la subida a la acrópolis por el lado de las Tres Torres, por donde subieron la otra vez con éxito los de Fabvier; pero, al mismo tiempo, se consideró necesario ocupar previamente algunos puestos militares en la otra parte, lo más cerca posible de los enemigos ocupantes del olivar, en una maniobra de distracción. Con este fin, la noche del 18 cayeron unos pocos griegos sobre el llano que está a la izquierda de la avenida que va del Pireo a Atenas y, apostados algunos para vigilar una posible incursión de los enemigos que hacían guardia en la zona de Dafni, construyeron una fortificación; la noche siguiente hicieron

otra más cerca de la ciudad y la reforzaron con dos cañones; hicieron otra a la entrada del olivar y, de esta forma, desalojaron a los enemigos de casi todo el llano entre el olivar y el Pireo. Estas obras eran útiles en grado sumo, pues los griegos marchaban hacia la ciudad protegidos por ellas, pero la escasez del instrumental impedía que progresaran con rapidez; y tampoco los trabajos se consideraban proporcionales a su inminente necesidad. El 21 se entrevistaron por segunda vez sobre el plan de la subida a la acrópolis los cabecillas, moderados por Karaiskakis, pero ni aún entonces habló nadie sobre él a excepción de Makryyannis. Tanto soldados como jefes estaban disgustados, temiendo con razón la nutrida caballería enemiga, pero tenía que hacerse la santa voluntad de Cochrane; así que determinaron en la reunión los cuerpos que ascenderían a la acrópolis, fijaron para ello la noche del 22, informaron a Cochrane a través del comandante en jefe, le encargaron que tuviese sus barcos listos para transportar a los soldados a las Tres Torres a la hora fijada y ordenaron a la tropa que descansara todo el día 22 y rehusaran toda escaramuza. Cochrane exultó de alegría al enterarse de la decisión y, felicitando a los que tenía alrededor, dijo: “¡El 23 cenaremos en la acrópolis!”

A la derecha de la carretera Pireo-Atenas había tres fortificaciones enemigas, no lejos del mar; la más sólida de las tres, y también la más próxima a Falero, era una majada en un lugar llano; unos cretenses de los que había en Falero, después de haber comido y bebido, se enzarzaron el 22 con los enemigos del aprisco, en contra de las órdenes dadas. Las detonaciones de los fusiles arrastraron a muchos y la escaramuza degeneró enseguida en batalla campal; se lanzaron en masa los de Falero para ayudar a los suyos e intentaron tomar la majada al asalto; contraatacaron muchos infantes y jinetes turcos de los que estaban en Dafni para rechazarlos; corrieron diversos caudillos griegos con el objetivo de devolver los soldados a sus puestos; pero la lucha no sólo no cesó, sino que prendió más fuerte. El siempre enfermizo Karaiskakis, aquel día más enfermo de lo normal, por lo que había tomado una medicina, estaba durmiendo cuando se desarrollaba la lucha; despertado por el enorme alboroto y el violento tiroteo, subió a su caballo y galopó hasta el campo de batalla, acompañado por muchos oficiales a caballo y la caballería no regular; con la intención de poner fin a la confrontación y llevar de nuevo a los griegos a sus posiciones, iba de acá para allá en su caballo ordenando a los combatientes griegos que volvieran atrás y se preparasen para la inminente subida nocturna a

la acrópolis y, cuando se dirigía hacia el aprisco, recibió un tiro de fusil; se dio cuenta de que la herida era grave, pero siguió a caballo hasta que, al volver los soldados a sus puestos, regresó él también a su tienda. Aquel día destacó la caballería griega, haciendo frente a un escuadrón enemigo. Murieron o fueron heridos 17 griegos; también sufrieron heridas Nikitas, Lechuritis, Bairaktaris y el inglés Whitcomb, y perdió la mano derecha Panayotis Chrysanthópulos, alias Kaklamanos, edecán de Chatsí-Michalis.

Cuando Karaiskakis llegó a donde su tienda, lo bajaron del caballo en volandas, lo palpó el cirujano y vio que había recibido una herida mortal en la ingle; entonces lo llevaron al barco del comandante en jefe, que estaba en Falero, y extendiendo una alfombra sobre el piso del camarote, lo depositaron en medio de sus allegados. Aunque el cirujano le ocultó la verdad, Karaiskakis se dio cuenta no sólo de que su herida era mortal de necesidad, sino de que le quedaban pocas horas de vida; por lo cual, llamó inmediatamente al confesor, se confesó y comulgó, pidió el perdón de todos los circunstantes y rogó que lo enterrasen en la iglesia de San Demetrio en Salamina; una vez cumplidas sus obligaciones como cristiano, conversó con los que le rodeaban como patriota y como padre. Como patriota dijo que no flaquearan, que tuvieran esperanza en la protección del Altísimo, que en lo sucesivo dieran gloria a la patria como se la habían dado hasta entonces y que estuvieran seguros de que Grecia se sacudiría el yugo, pese a todos los sufrimientos. Como padre pidió que, en su nombre, sus hijos se unieran en el amor y la protección al gobierno. Entre atroces dolores, conservó la mente clara y la razón lúcida hasta las tres de la noche, hora en que expiró; al día siguiente fueron llevados sus restos a Salamina y enterrados donde había pedido. Al conocer la enorme desgracia, los parlamentarios de Trezén bajaron todos juntos a la playa frente a Poros, también se personaron allí los miembros de la comisión gubernamental y celebraron solemnes exequias en la medida de lo posible. Tal fue el accidente que dejó al ejército sin Karaiskakis, a la hora en que la patria tanta necesidad tenía de él.

Hemos visto como este hombre fue al principio de la guerra uno de los más destacados campeones de la patria; pero los estigmas de la esclavitud y los malos hábitos de la edad joven no se borran en un día; por ello, poco después lo vimos desviarse del deber para con la patria y aspirar a un mando provincial sometido al poder turco. En esto, como en otras cosas, su conducta era censurable y él mismo lo reconocía francamente. Cuando fue

nombrado comandante en jefe, coincidieron en la torre marina de Nauplion unos miembros de la comisión del parlamento, entre los que estaba Vasilis Bunduris, que era muy estimado por su carácter ecuánime. Éste se dirigió a Karaiskakis y le dijo: “Hasta ahora no has cumplido tu deber para con la patria, Karaiskakis. Que Dios te ilumine para que lo cumplas en lo sucesivo.” “No lo niego –respondió sinceramente Karaiskakis–. Cuando quiero soy un ángel y, cuando no, un demonio; he decidido ser un ángel a partir de ahora.” Y, en efecto, nombrado comandante general sintió de una vez por todas la grandeza de su alta valía, se consagró sin descanso a su honor nacional, se distinguió como ningún otro y, en medio de una horrible pobreza, atrajo masas de hambrientos e indigentes y los encaminó a la gloria, no alentando sino refrenando sus apetencias y prohibiendo sus abusos. Su mérito resalta aún más si se compara cuál era la situación de Grecia Continental cuando asumió el mando y cuál el día en que murió: dio salud a la causa cuando estaba enferma y levantó a la caída Grecia Continental; a su muerte no hubo nadie que se mostrara digno sucesor suyo y Grecia Continental, levantada por él, volvió a caer en la servidumbre. Karaiskakis fue admirado por sus propios enemigos. Decían: “Los turcos tienen a Reshid (Kütahi) y los griegos a Karaiskakis, dos leones enfrentados, y no está claro cuál abatirá al otro.” Hubo muchos cabecillas de Grecia Continental que se distinguieron en la guerra, pero Karaiskakis demostró ser el que tenía más dotes estratégicas y militares.

Mientras agonizaba y todo el ejército estaba sumido en la mayor angustia, Cochrane insistía en la puesta en práctica de su plan y, al atardecer, reunió en Muniqia a los jefes más distinguidos y les preguntó si estaban listos para emprender la operación. Era la primera vez que faltaba a la reunión el valiente e inteligente Karaiskakis, y la tristeza por la ausencia de tan gran jefe cubría los rostros de los cabecillas presentes, que sabían que a las pocas horas se despedirían de él para siempre; nadie respondió a la pregunta de Cochrane; algunos murmuraron que habían supuesto ser llamados para oír de la boca del general unas palabras de consuelo por tan gran pérdida; pero, como Cochrane repitiera la misma pregunta, respondieron que no estaban listos, que el ejército estaba soliviantado, que unos se dedicaban a enterrar a los muertos y otros a cuidar a los heridos y que todos deseaban no separarse de su jefe mientras su alma no se separase de su cuerpo y tener, al menos, la oportunidad de darle el último abrazo. Se irritó Cochrane al oír esto y volvió a su barco amenazando con largarse, como era su costumbre. Mas

los cabecillas, considerando que su partida conllevaría la disolución del campamento y la caída de la acrópolis, se apresuraron a enviarle un legación para calmarle, prometiendo que al día siguiente sin falta se pondrían en movimiento. Al día siguiente, en efecto, se reunieron todos los caudillos bajo la carpa de Vassos, asistió también el comandante en jefe y se decidió el embarque por la tarde; se nombró a Tsavelas comandante provisional de las tropas que se quedaban y se le encargó la marcha hacia la ciudad a través de los olivares, como maniobra de distracción, a la hora en que los demás progresaran hacia la acrópolis por la zona de las Tres Torres. Según se había determinado, éstos sumaban 3.000 y, entre ellos, estaban los regulares y los filohelenos; los que quedaban bajo el mando de Tsavelas eran 7.000, entre ellos la caballería. Al ponerse el sol, comenzaron a embarcar los 3.000, unos en el puerto de Muniquia y otros en el de Falero; iban a las órdenes de los cabecillas –Makryyannis, Vassos, Ioannis Notarás, Panayotis Notarás, Kaleryis, Christódulos Poriotis. Kostas Bótsaris, Veikos, Drakos, Yoryis Tsavelas, Dusas, Nikolós Zervas y, al mando de los regulares, Inglesis–. Todos sin excepción, capitanes y soldados, iban a pie y cada uno cargaba con las municiones necesarias y comida para un día.

Era casi medianoche y todavía no se habían embarcado todos, por la escasez de botes; la noche era oscura y reinaba una extrema calma chicha a la hora en que zarparon de Muniquia y Falero, de forma que a duras penas llegaron a las Tres Torres a las dos de la madrugada, apeándose desordenadamente y sin nadie que mandara; así pues, fracasó desde el inicio mismo el plan de subir a la acrópolis de noche y sin ser vistos. Tras desembarcar sin orden ni concierto, sin orden ni concierto hicieron la operación; los cretenses y gran parte de los suliotas se situaron junto a la colina de Museo, en una misma posición; detrás de ellos, en una misma línea pero en tres posiciones diferentes, se colocaron los Notarás, los atenienses y los regulares con dos cañones; detrás de esta línea los de Vassos, detrás los de Bótsaris y detrás de éstos los demás, hasta la iglesia de San Jorge, a la orilla del mar, que ocuparon los de Poriotis; de manera que los de retaguardia estaban a tres millas de los de vanguardia, y todos desperdigados en 13 posiciones; al no tener más que 120 picos y palas y obligados por la urgencia del momento a fortificarse todos a la vez, para cavar se sirvieron los regulares de sus bayonetas y los no regulares de sus puñales.

Apenas despuntó el alba, la vigilancia del enemigo vio a los griegos y corrió a informar al campamento. Al salir el sol, desde todas partes se

amontonaron muchos enemigos de infantería y caballería en torno a la ciudad y junto a la colina de Museo. Kütahi no podía creer que los recién llegados, siendo tan pocos como parecían, esperasen por sí solos romper el sitio y pensó que se trataba de una operación conjunta con los que se habían quedado en el Pireo y Keratsini; por lo cual permaneció inmóvil aguardando qué pasaría la siguiente hora, trayendo incesantemente tropas desde Patisia y castigando a cañonazos las fortificaciones griegas desde lo alto de una loma situada entre el templo de Zeus Olímpico y el Himeto, fuego al que respondían los regulares. A eso del mediodía, es decir, cuando vio que no se movían ni los de Tsavelas ni los de la acrópolis, ordenó la toma al asalto de la fortificación junto a la colina de Museo. Este parapeto, débil y bajo por haber sido hecho con lo disponible, estaba en una posición pésima, pues tenía delante una elevación. Los enemigos, 2.000 infantes y 600 jinetes, se concentraron detrás de la loma sin ser vistos ni hostigados; aparecieron de repente y, en primer lugar los de infantería, se lanzaron contra la trinchera; muchos de ellos cayeron abatidos por los disparos y los demás retrocedieron. Durante el ataque, los de caballería tomaron el flanco derecho de la trinchera y, cuando vieron el fracaso de la infantería, todos a una dejaron sueltos a los caballos y saltaron, alfanje en mano y vociferando; regresaron entonces los infantes vencidos y saltaron a su vez. Los griegos apenas tuvieron tiempo de vaciar sus fusiles y a la fusilada sucedió un cruentísimo combate a sablazos. Los griegos eran 350; sólo fueron hechos prisioneros 2, Drakos y Kaleryis, el primero con rotura del brazo y el segundo de la pierna; 25 se salvaron en la huida, los demás murieron matando y siendo pisoteados por los caballos. Después de aniquilar a los del primer atrincheramiento, los turcos arremetieron contra las tres posiciones de la segunda línea y pusieron en fuga a sus ocupantes. Sólo los regulares aguantaron, muriendo 156 de los 186 que lucharon bravamente, entre ellos su valioso comandante, y salvándose 4 de los 26 filohelenos. La huida de los que defendían esta línea provocó la desbandada de todos. Griegos y turcos corrieron hacia la orilla, unos persiguiendo y otros perseguidos; los infantes caían bajo el alfanje de los jinetes y el llano se alfombró de cadáveres. General o soldado, nadie se preocupó ya de resistir, sino de huir, salvo que la huida era muy peligrosa, pues los jinetes alcanzaban a los que huían a pie. También se dieron a la fuga Church, que había desembarcado después que el ejército, y Cochrane, que lo había hecho más tarde, y tirándose al agua se salvaron en las lanchas antes que

nadie. En su huida hacia la playa, los griegos esperaban encontrar allí los botes listos para embarcar, pero por miedo al fuego y al enemigo se habían colocado lejos y los griegos se amontonaban en la orilla, tendiéndoles los brazos en vano; muchos se tiraron al agua, salvándose unos en ellos y otros ahogándose; todos los amontonados en la playa habrían perecido quizá, de no haberlos protegido los cañones de los barcos, que mantenían mínimamente lejos a los implacables *delis*²⁰. En aquella fatídica hora, los capitanes Dusas y Zervas brillaron con hazañas dignas de mención. Dusas, cuando llegó a la orilla y contempló la masacre de tantos bravos compatriotas, dijo: “Yo tampoco deseo vivir”; y, montando en el caballo de un *deli* al que derribó de un pistoletazo, corrió a mezclarse con los enemigos y murió matando. Zervas, por su parte, tiró por tierra a otro *deli* y montó en su caballo, siendo el único que, yendo de un lado para otro, impedía el avance asesino de muchos enemigos. En tal agonía permanecieron los griegos junto a las Tres Torres hasta que llegó la noche, cuando los botes se acercaron a recogerlos y llevarlos a los barcos, que los transportaron a Falero o al Pireo. Hecho esto, Cochrane zarpó del Pireo y los turcos volvieron esa misma tarde a sus posiciones con 200 prisioneros, entre ellos Kaleryis y Drakos. Al día siguiente, Kütahi felicitó a sus tropas, premió largamente a los asaltantes de la primera zanja, dijo que la victoria había sido obra de Dios por la irreligiosidad de los griegos –aludía con ello a la impía agresión contra los del monasterio– y ordenó que al día siguiente se llevara a los prisioneros al verdugo para decapitarlos, en expiación de las víctimas en el incumplimiento de la tregua. La orden fue ejecutada; sólo a dos, Kaleryis y Drakos, sustrajeron a duras penas sus captores, con la esperanza de obtener un rescate; Kaleryis, tras la mutilación de una oreja²¹ después de su captura, fue rescatado por su familia y se instaló en Salamina, mientras que Drakos fue evacuado a Eubea para curarle la mano, pero lo mataron en el camino o, según otros, se suicidó quitándole la pistola a uno de los que iban con él; los enemigos decapitaron a todos los demás, les desollaron las cabezas a ellos y a los muertos el día anterior, rellenaron las pieles con sal y las mandaron a Constantinopla como muestras de su victoria.

Tales consecuencias tuvo el iluminismo de Cochrane, aparecido en el Ática en mala hora para Grecia e inmiscuido arbitrariamente en lo que no

²⁰ Término turco para referirse a los integrantes de la caballería.

²¹ Pena que le impuso Kütahi a cambio de respetar su vida.

era de su competencia. Jamás sufrieron los griegos una sangría tan grande en cantidad y calidad: murieron 1000 y, con ellos, la mayor parte de los más aguerridos, como los siempre vencedores Drakos, Veikos, Yoryis Tsavelas, Dusas e Inglesis; también murió en esta derrota Ioannis Notarás y cayeron en manos del enemigo los cañones y muchas banderas. Si el plan ya era arriesgado de por sí, consistiendo en luchar a pie contra jinetes en un lugar llano, ni siquiera se realizó como se había proyectado, pues ni atacaron los de la acrópolis como se esperaba, ni se movió para nada la infantería y caballería del Pireo y Keratsini, como se le había ordenado previamente. La única mano capaz de movilizarlas yacía inerte en la iglesia de San Demetrio en Salamina. No está claro cuántos turcos murieron en la batalla referida; murió el comandante de la caballería y Kütahi sufrió una herida leve.

La rota del 24 de abril provocó el pánico en todo el campamento del Ática; si los turcos hubieran atacado esa noche, lo habrían desbaratado. Al día siguiente, Kütahi dio a conocer a la acrópolis lo sucedido el día anterior e hizo un llamamiento a la rendición; también Drakos, por imposición suya, escribió una carta en ese sentido. Los sitiados rechazaron la propuesta, replicando que habían jurado vivir una vida libre o tener una muerte gloriosa. Pero estas nobles palabras no representaban el sentir de todos los asediados, algunos de los cuales no sólo inclinaban, sino incitaban a los demás a la capitulación; esta divergencia de criterio reinaba ya antes de los últimos padecimientos y algunos habían sido partidarios de minar la acrópolis y, en el momento supremo, quedar enterrados bajo sus ruinas. El mismo día, los griegos del séquito del comandante en jefe decidieron abandonar esa noche todas las posiciones alejadas y limitarse a las del Pireo y Falero; pero los turcos se adelantaron y cayeron sobre Keratsini, poniendo en fuga a los hombres, matando a unos pocos y apoderándose de dos cañones pequeños. Cundió el terror entre los griegos ante esta acometida y muchos desertaron durante la noche; algunos incluso abandonaron las posiciones junto a Falero y los turcos situados por aquella parte avanzaron tanto, que se adueñaron del monasterio sin derramamiento de sangre; no obstante, gracias al ataque de Yannusis Panomarás, se fueron al día siguiente. Ese mismo día bajó Kütahi al Pireo, observó las posiciones de los griegos y volvió al campamento por la tarde.

Mientras tanto, la deserción se extendía. Peloponesios y stereoeladitas huían constantemente sin tener ni pedir permiso y, el 27, se hizo recuento

de los que quedaban y apenas llegaban a 3.500; sólo tenían en su poder Falero y unas pocas posiciones en el Pireo, entre ellas el monasterio.

El 28 ancló la fragata francesa *Hera* en el puerto de Salamina y el capitán, en su visita al comandante en jefe, que permanecía en el Pireo, le enseñó una carta de Cochrane al almirante francés, en la que le exhortaba a él y a los demás comandantes de las Potencias marítimas neutrales a mediar ante Kütahi para la rápida y segura evacuación de la acrópolis, en el convencimiento de que se había perdido toda esperanza de conservarla. El comandante en jefe, creyendo sin ningún género de duda que los sitiados no podían resistir más, según manifestaban por escrito, autorizó la negociación y escribió a Fabvier en su defensa. Al día siguiente, cuando Kütahi escuchó las propuestas del capitán francés, las aceptó con algunos límites y diseñó ese mismo día un acuerdo^f, que la tarde del mismo día dio a conocer el capitán a Fabvier por medio de uno de sus oficiales en presencia de los turcos, diciéndole que actuaba a petición del comandante en jefe, que Kütahi no cedería en nada más y que de él dependía aceptarlo o rechazarlo. Fabvier, eludiendo la responsabilidad, repuso que no era él el comandante de la guarnición, que se encontraba en la acrópolis debido a las circunstancias y que correspondía a otros aceptar o rechazar el acuerdo, así que el oficial francés regresó sin resultado. Al día siguiente se le dio otra carta del comandante en jefe dirigida al comandante y los demás jefes ordenándoles que aceptaran el acuerdo; como iba a ser leída a Kütahi y el que la escribió suponía que quizás este no conocía con exactitud el estado de la acrópolis, que el comandante en jefe creía de los más lamentable por lo que sabía, ocultó la verdadera causa con el pretexto de que no sufrieran las antigüedades y se librasen de los rigores del asedio los miembros más débiles; pero los sitiados rechazaron el acuerdo replicando que en la acrópolis no había, como decía allí, vasallos del sultán, que eran griegos decididos a morir o vivir en libertad y que, si Kütahi quería sus armas, que viniera a quitárselas. Con esta respuesta, decidieron resistir otros tres meses.

La respuesta puso fin a cualquier otra negociación y el *Hera* zarpó sin obtener nada. Sucedido esto, los de la acrópolis decidieron que se fueran los regulares, pues no eran necesarios, y que les acompañaran las mujeres y los niños; pero, al desertar al día siguiente uno de los combatientes no regulares, los regulares temieron que sería revelado el plan de escapada y aplazaron su ejecución. Mientras, las posiciones griegas junto al mar se volvieron indefendibles por las diarias deserciones y la falta de lo preciso; a

causa de ello, llegaron algunos barcos y barcazas el 13 de mayo y subieron a bordo en primer lugar los cañones ligeros, arrojando los difíciles de transportar a un pozo o escondiéndolos bajo tierra y, la noche del 15, fue evacuada tranquilamente la mayor parte del ejército; los últimos en salir al día siguiente, con las banderas desplegadas, fueron los de Nikitas y Yenneos, que habían rechazado a los enemigos atacantes con ayuda del fuego procedente de los barcos, y llegaron al completo a Salamina. Los de la acrópolis, al ver que Falero había sido abandonado, perdieron la esperanza de considerar aquella posición como lugar de asilo en caso de necesidad mientras se mantuviera y, a partir de entonces, se dividieron aún más las opiniones, queriendo unos aceptar el acuerdo y otros no; después de muchas discusiones sobre el tema, triunfó la opinión favorable al acuerdo.

El 18 subió a la acrópolis un hombre a preguntarles en nombre de Corner, capitán de un barco austríaco en el puerto de Forá, el *Véneto*, si, como le habían informado, deseaban un acuerdo, añadiendo que, si era así, Corner estaba dispuesto a llevarlo a efecto. Deliberaron de nuevo los cabecillas sobre esta propuesta y respondieron que se lo agradecían al capitán y aceptaban su mediación, pero que veían más efectivo para conseguirlo incorporar a otros dos capitanes de navío, el inglés y el francés. Dos días después, los de la acrópolis recibieron una carta de de Rigny diciendo que había echado el ancla frente al Pireo por casualidad y, habiéndose enterado de su buena disposición por el capitán austríaco, estaba dispuesto a intervenir. A partir de entonces dio comienzo más formalmente la negociación; concurrieron tantas dificultades para su buen término, que estaban a punto de romperse y de Rigny de retirarse; pero el final llegaron a un acuerdo⁸ y, el 24, salieron dos mil almas, de las cuales los de la guarnición llevaban sus armas y posesiones, según lo acordado. Por insistente exigencia de Kütahi, que quería oír que los atenienses se habían prosternado, se quedaron unos pocos. Por seguridad, los evacuados llevaban mezclados entre ellos a siete oficiales turcos como rehenes y marchaban a su lado de Rigny, Corner y varios oficiales austríacos y franceses. Tenían tanto miedo de que por deslealtad les pasase lo mismo que a los del monasterio a manos de los nuestros, que muchos estaban indecisos sobre si salir o no. El propio Kütahi los seguía, velando para que no sufrieran agresiones por parte de nadie. Llegaron seguros y sin ser molestados a la playa de las Tres Torres y fueron llevados a Salamina en barcos con bandera francesa y austríaca.

Muchas cosas diferentes se han dicho sobre el estado de los de la acrópolis cuando capitularon, tras diez meses de asedio. Su aspecto era lamentable y paupérrimo: dejó de haber carne de cualquier animal, incluidos los impuros; los molinos cesaron de moler por falta de acémilas y el combatiente tenía que moler y amasar a mano; se acabó la leña de todo tipo; fueron destruidas todas las viviendas y dormían al raso no sólo los sanos, sino también los enfermos y heridos; sus vestidos estaban hechos jirones; no todos tenían con qué cubrirse, ni tampoco había un médico ni medicinas para el cuidado de los enfermos y heridos; tantos eran sus padecimientos, que murió una quinta parte de los de Fabvier, ya de consunción ya por el fuego enemigo, entre ellos el historiador de las primeras derrotas y victorias de los griegos, Raffene²²; los rigores del invierno agravaban el malestar y los sufrimientos de los sobrevivientes. Pero en el momento en que se negociaba la capitulación, esos males desaparecieron: el agua, aunque escasa, era ininterrumpida, por proceder de una fuente, y suficiente para el consumo de los sitiados; sufrían la falta de todo lo comestible, pero tenían tanta cebada, aunque de mala calidad, que cocían sus alimentos calentando los hornos con ella; después de la evacuación dejaron en la acrópolis bastante cantidad, que intentaron durante la negociación venderle a Kütahi o llevársela, sin conseguirlo. Así pues, la acrópolis podía mantenerse cuatro e incluso cinco meses y, si se hubiera mantenido sólo dos meses, no habría caído ya, pues el acuerdo de las tres Potencias sobre Grecia se firmó al mes y, el 5 de agosto, aparecieron en las costas de Grecia las escuadras aliadas enviadas en su auxilio^h. Por eso, cuando se dio a conocer que en la acrópolis había comida y bebida y que los asediados no estaban en las últimas como todos creían, se elevó un clamor tan grande, que los cabecillas, sintiendo la necesidad de excusarse ante la gente, se culpabilizaban unos a otros; unas veces culpaban a Church por haber ordenado la rendición, otras a Fabvier por incitar a los soldados a ella. Por su parte, Church contraatacaba acusando a sus acusadores de mentir cuando decían que pasaban hambre y sed y tachaba de pretexto fútil el que se escudaran en su orden, pues la habían desobedecido en el momento de dársela. Fabvier, en cambio, no se justificaba pero llamaba cómplices a los que le acusaban. Tanto se indignó con él la gente de Poros que el gobierno, que tenía allí su sede, se vio en la necesidad de ponerlo bajo arresto provisional.

²² Vd. Bibliografía.

La caída de la acrópolis conllevó la de todas las zonas de Grecia Continental liberadas en la campaña de Karaiskakis. Los cabecillas de éstas llegaron a falsos acuerdos y permanecieron tranquilos en sus provincias o huyeron al Peloponeso. Kütahi, que se habría visto obligado a levantar el asedio, como él mismo reconoció, si se hubieran movilizado contra él todas las tropas griegas sobre el 24 de abril, como se había planeado, dejó para guarnecer la acrópolis unos pocos regulares que habían llegado después de la caída de ésta y, tras licenciar a muchos de los albaneses a sueldo, se retiró a Tebas y, habiéndolo organizado todo como requería la situación y situado bastantes fuerzas al mando de Omer Pasha en muchas partes de Grecia Occidental, partió hacia Ioánnina pasando por Larisa, considerado justamente por sus éxitos como el guerrero más capacitado del sultán.

CAPÍTULO LXVIII

TRASLADO DEL EJECUTIVO Y LA COMISIÓN GUBERNAMENTAL A NAUPLION.- COMBATES DE LOS JEFES DE GUARNICIÓN ENTRE SÍ Y DISTURBIOS EN ARGOS.- EL ALMIRANTE AUSTRÍACO BOMBARDEA LOS BARCOS EN EL PUERTO DE SPETSES.- EXPEDICIÓN DE IBRAHIM CONTRA ÉLIDE Y ACAYA.- LLEGADA DE LA FLOTA BIZANTINA A NEÓKASTRON Y SALIDA DE LA GRIEGA.- SOMETIMIENTO DE NENEKOS Y DE ALGUNAS ZONAS DEL PELOPONESO.- VUELTA DE IBRAHIM A MESENIA VÍA TRIPOLITSÁ.- EXPEDICIÓN DE DELI AHMET A LAS PROVINCIAS DE VOSTITSA Y KALÁVRYTA Y SU LLEGADA JUNTO A IBRAHIM.- OPERACIONES NAVALES Y ÉXITOS DE LOS GRIEGOS.- DESTRUCCIÓN DE MESENIA A SANGRE Y FUEGO.-

La comisión gubernamental, una vez jurado el cargo ante la asamblea nacional, permaneció unos días en Trezén y el 15 fue a Poros con objeto de trasladarse a Nauplion, siguiendo las órdenes de la autoridad que la constituyó. Los gobernantes se reunieron provisionalmente en Hermíone bajo la presidencia de Renieris, para trasladarse igualmente a Nauplion y dar comienzo a sus tareas; pero el estado de aquella guarnición y de las otras dos bajo bandera griega, la de Monemvasía y la de Acrocorinto, era de lo más deplorable. Cada una de ellas estaba mandada por un guerrillero independiente del gobierno: la de Monemvasía tenía por comandante a Yannis Mavromichalis; la de Acrocorinto a Tsavelas, Chatsí-Petros, Milios y otros stereoaditas que se la habían quitado a su guarnición, una vez muerto Ioannis Notarás; Nauplion tenía en el Palamidi a Theodorakis Grivas, que se la había arrebatado a Fotomaras, en Acronauplia a Fotomaras y, como gobernador de la ciudad, a Stavros Grivas, que estaba a las órdenes de su hermano. Los peloponesios llevaban muy a mal ver las guarniciones del Peloponeso en manos de no peloponesios, sobre todo la de Nauplion, y pugnaban como podían por apoderarse de ellas; con tal objeto se había escrito en Trezén a propuesta suya la resolución XVIII,

designando a Nauplion como sede del gobierno y disponiendo su inmediato traslado a ella. Al final del congreso, cuando el gobierno aún residía en Poros, Kolokotronis y muchos caudillos de su partido fueron a Nauplion con el pretexto de proveerse de municiones para una campaña contra Ibrahim, pero en realidad para apoderarse de ella por medio de un complot. Confiaron su propósito a Yannakis Lambrópulos, oficial de la guarnición del Palamidi y viejo conocido y compañero de guerra, y le pidieron que, a cambio de una sustanciosa recompensa, les abriera las puertas del castillo en la forma que él sabía hacerlo. Lambrópulos les prometió su colaboración pero, tras tomar 25.000 *grosia* para corromper a los soldados, o eso decía él, y subir al Palamidi con la excusa de predisponer los espíritus, reveló a Grivas lo que se planeaba. Grivas, queriendo coger infraganti a los que conspiraban contra su autoridad, convenció a Lambrópulos para que se fingiera amigo y colaborador y los llevara sin que sospechasen a ocupar el Palamidi. Lambrópulos cumplió el encargo y los de Kolokotronis salieron a reclutar gente para tomar la fortaleza; como querían además apoderarse de la ciudad, desvelaron su objetivo a Christos Fotomaras, hijo del comandante de la guarnición de Acronauplia, enemigo de Grivas y yerno de Plaputas, pidiéndole que los introdujera en la ciudad por la puerta de la batería de los Cinco Hermanos, que estaba bajo el mando de su padre. Christos se comprometió y Yenneos reclutó gente y se puso a vigilar en Los Molinos, frente a Nauplion, para entrar de repente en la ciudad cuando se diera la señal desde lo alto del Palamidi. Lambrópulos, por encargo de Grivas, informó el 27 de mayo a los de Kolokotronis que los esperaba a la noche siguiente para conquistar el castillo, pero a cambio de un adelanto de 15.000 *grosia* para sobornar a la guarnición. Kolokotronis, como no llevaba encima dinero en efectivo, envió dos pistolas incrustadas de diamantes de valor equivalente, prometiendo comprarlas después por la cantidad solicitada; Lambrópulos tomó las pistolas y se las regaló a Grivas.

Entre tanto llegó la hora fijada y Kolokotronis, que estaba en Argos, puso en marcha a 2.000 peloponesios al mando de Plaputas, Tsokris y Nikitas y les encargó que, una vez que se apoderasen del Palamidi, lanzaran tres salvas para informar a Yenneos y éste entrara en la ciudad al mismo tiempo; tan pocas sospechas albergaba Kolokotronis de traición o fracaso, que aquella noche publicó proclamas a los peloponesios en las que les hacía saber que se había adueñado de la fortaleza, les decía que en lo sucesivo obedeciesen sólo sus órdenes y les pronosticaba la vuelta de la

paz y la disciplina a todo el Peloponeso gracias a sus esfuerzos. Sobre las 6 de la noche llegaron los partidarios de Kolokotronis ante el Palamidi y encontraron abierta la primera puerta. Grivas pretendía dejar entrar a los incautos guerrilleros que iban delante y, luego, cerrar la puerta y cogerlos dentro. Tsokris entró el primero con algunos más; pero, antes de que siguieran y se cerrara la puerta, unos guardianes impacientes les dispararon matando a 2, hiriendo a 4 –entre ellos a Tsokris en la mano– cogiendo a 3 vivos y atracando y desarmando a muchos de los que se habían quedado fuera, en cuya persecución salieron. Mientras ocurría esto, se dispararon algunos cañonazos desde el Palamidi sobre los que huían. Al oír Yenneos los estampidos, suponiendo que anunciaban la toma del Palamidi como se había planeado, arribó rápidamente con sus soldados a la batería de los Cinco Hermanos, entró de noche en la ciudad por aquella puerta, que encontró abierta por orden de Fotomaras, y aguardó la luz del día para echar de ella a los de Grivas; pero, al enterarse por la mañana de los sucesos de la noche y ver que corría el riesgo de ser detenido, se encerró e hizo fuerte con los suyos dentro de algunas viviendas. Por la noche llegó a Nauplion desde Hermíone el ejecutivo y, al día siguiente, hizo de mediador entre los rivales; también contribuyó al acuerdo Hypsilandis, que vivía en la ciudad; los ciudadanos removieron todo obstáculo para evitar un choque armado y así Yenneos, escoltado para su seguridad por Gardikiotis Grivas y Nikolós Stratos, salió indemne de la ciudad y se fue de la Argólide; y Kolokotronis publicó otros llamamientos contrarios a los primeros, aunque seguía despotricando contra los *stereoeladitas*.

Fotomaras tenía como lugartenientes en Acronauplia a Yannakis Stratos y a Konstandinos Dukas. Como eran más competentes que el jefe, gozaban de autoridad y se les preguntaba en cada cuestión. Cuando Yenneos entró en la ciudad, estaban los dos en Salamina; al volver y enterarse de que Yenneos se había sido introducido en la ciudad sin conocimiento de los representantes, neutralizaron a Fotomaras y, sin dejar de considerarlo nominalmente jefe de la guarnición, le arrebataron el mando efectivo junto con un tal Evangelis; el hombre fuerte era Stratos. Los vecinos de Nauplion, en medio de tan duras pruebas, suplicaron al gobierno que se mudase cuanto antes desde Poros a la legítima capital, confiando en que con este traslado se aliviarían sus males; también obligaban a mudarse cuanto antes al gobierno los consejeros ya establecidos allí, y los jefes de guarnición estaban por prestar acatamiento a sus órdenes. Mientras la

acrópolis de Atenas resistió, el gobierno tenía razones para no irse; pero, cuando cayó, era inútil cualquier prolongación de su permanencia en Poros; por ello, partió el 15 de junio y llegó a Nauplion el día siguiente. También el 21 dio comienzo el ejecutivo a sus sesiones ordinarias, al completarse el requerido número de miembros; pero la situación de Nauplion, en vez de arreglarse con el asentamiento del gobierno en ella, empeoró al producirse el siguiente minúsculo pretexto:

La noche del 28 llegaron a las manos en la ciudad unos soldados de Stavros Grivas y Yannakis Stratos que se encontraron por la calle y este pequeño altercado fue causa de tantos males como nunca había sufrido aquella ciudad, que tantos había sufrido en tantas ocasiones; diríase que las dos guarniciones, la del Palamidi y la de Acronauplia, cañoneándose mutuamente, estaban en posesión de dos ejércitos enemigos y que la ciudad, bombardeada desde lo alto del Palamidi y de Acronauplia, era presa de ambas guarniciones. Durante nueve días se escuchó sin descanso el destructivo y mortal tronar de los cañones y fusiles; el 1 de julio se arrojaron 200 balas y bombas de cañón y las desgraciadas familias, perseguidas por los turcos y acogidas al refugio de la ciudad, emigraban de la destrucción de ésta, siendo unas agredidas y otras expoliadas en la huida; las casas, entre ellas la de Panutsos Notarás, eran allanadas y saqueadas; los ciudadanos, entre ellos los Diliyannis –Anagnostis y Kanelos–, el obispo de Vrésthená y Yoryis Tsokris, fueron llevados al Palamidi unos y otros a Acronauplia, siendo algunos de ellos vejados y torturados; incluso la misma sede del ejecutivo fue escenario de los desmanes, cayendo una bomba desde lo alto del Palamidi cuando los consejeros estaban en sesión y matando a uno de ellos, Christos Yerothanasís, e hiriendo a otro, Yannakis Chatsí-Petros; el ejecutivo y la comisión gubernamental se refugiaron en la torre marítima; hubo 100 muertos y heridos; en aquel aciago enfrentamiento murió el autoproclamado representante de las sociedades filohelénicas de América, Washington, que fue alcanzado por un cañonazo disparado desde lo alto del Palamidi cuando luchaba al lado de Stratos en Acronauplia. El gobierno, incapaz de hacer volver la disciplina a su sede, llamó al ejército regular de Méthena para recibir las guarniciones, pero lo despidió al poco tiempo, al negarse los que las poseían; después llamó a Church, que tras la entrega de la acrópolis de Atenas estaba acampado en el Istmo para salvaguardar al Peloponeso de una posible invasión enemiga; Church llegó y acampó el 15 ante las puertas de Nauplion en

Hagía Moní²³ y los comandantes en guerra lo saludaron con andanadas, le comunicaron que estaban totalmente a sus órdenes y fueron a presentarle sus respetos; pero pasaron inútilmente tres semanas, entre propuestas y contrapropuestas. Church subió al Palamidi y estuvo allí dos días. Cada uno de los comandantes prometía obedecer si su rival obedecía. Church ordenó que se recluyera el uno en el Palamidi y el otro en Acronauplia, que ambos limpiasen la ciudad de soldados y que entregasen las puertas y las baterías al gobierno; asintieron los dos y Theodorakis Grivas ordenó a su hermano Stavros que saliera de la ciudad. Salió; pero en vez de ir a las aldeas, como se le había mandado, se fortificó delante de las puertas como si fuera a asediarla, cortó el agua corriente e incluso dio una paliza a un oficial del comandante en jefe. Este se indignó y amenazó con proscribir a los Grivas. Pero los Grivas obtuvieron inesperadamente el apoyo de la comisión gubernamental. Church, colérico, anunció que dimitiría si no era obedecido; finalmente, Stavros dejó de importunar a la ciudad y Stratos devolvió las baterías que mantenía ocupadas. Salieron de Acronauplia el jefe nominal y el de hecho, Fotomaras y Stratos, dejando este último a Dukas como representante suyo; Grivas continuó en el Palamidi, como antes. Como si no fuera suficiente la desobediencia al comandante en jefe por parte de sus subordinados para destrozar su autoridad, la guarnición del Palamidi condujo ante él, que estaba en Hagía Moní, un rebaño entero de vacas quitado a los campesinos e insultaron a Kostas Bótsaris, enviado por el comandante en jefe para restituir los animales robados. Teniendo a la vista la mofa de que se hacía objeto a las autoridades supremas, fácilmente puede uno comprender cuán penosa era en aquel momento la situación de toda Grecia. Después de esto, Church se dispuso a marchar al Istmo el 15 de agosto; pero, dos días antes de la partida, sucedió lo que a punto estuvo de traer consecuencias peores.

Con la agitación imperando en Nauplion, un grupo numeroso de stereoaditas se posicionó en Delamanara²⁴ por orden del comandante en jefe, para apaciguar en caso de necesidad a los desobedientes y revoltosos de aquella población. Llevaban siete días sin pan y su único alimento eran los frutos de los viñedos de la Argólida. Algunos campesinos, llenos de ira por la manera en que se saqueaban sus viñas, mataron a dos soldados

²³ ‘Santo Monasterio’, a 3 Kms. al N.O. de Nauplion.

²⁴ Un núcleo de población entre Argos y Nauplion.

en una emboscada. Conocido el hecho, se difundió el rumor de que los peloponesios se habían conjurado para matar a los stereoeladitas; el falso rumor fue creído y todos los stereoeladitas, tanto los que estaban en las fortalezas y en la ciudad de Nauplion como los acampados en Delamanara, corrieron al unísono a la ciudad de Argos para vengar la sangre derramada y castigar a los presuntos juramentados. Afortunadamente, se encontraban en la ciudad de Argos algunos caudillos sensatos que, deseando prevenir el mal, prendieron a los homicidas para castigarlos y se encerraron con sus combatientes en sus alojamientos, dejando vía libre al estallido; los aldeanos se apostaron con armas en los huertos y ruinas a las afueras de la ciudad y les hicieron frente en un principio; pero se desperdigaron tras morir algunos. Los stereoeladitas, al irrumpir en la ciudad y no encontrar peloponesios en las calles, se dedicaron al pillaje y al saqueo, sobre todo de comestibles. Aquel día estaba en Argos el generoso Chatsí-Michalis con su pequeña caballería. Éste, haciéndose ver en medio de los enloquecidos soldados, tachó de falso el rumor sobre la matanza, dijo que los asesinos habían sido detenidos y serían castigados, les dio provisiones de todo género y, tras apaciguarlos con sus admoniciones patrióticas, les convenció de que volvieran ese mismo día a sus puestos y, de ese modo, se salvó la ciudad de la catástrofe.

Mientras Nauplion sufría lo indecible, la escuadra entera de Spetses estuvo a punto de ser aniquilada dentro del puerto por obra de los enemigos austríacos de la causa griega. Dos barcos de esta isla, el de Anárgyros Lembesis y el de Yannis Kutsis, capturaron en Préveza a cuatro austríacos que transportaban madera desde Trieste a Alejandría, alegando que sus cargas eran de propiedad turca, y enviaron al tribunal marítimo de Nauplion los papeles para una inspección. Se hallaba entonces en el puerto de Nauplion, a bordo del barco de dos puentes y 64 cañones *Belona*, teniendo con él además un brick, el sucesor del almirante austríaco Paulucci, Dandolo, y pidió ver el escrito; cuando cayó en sus manos, se lo guardó, aunque había dado su palabra de devolverlo; al día siguiente (18 de julio), arribó a Spetses, reclamando los barcos capturados y la carga. Se opuso el consejo diciendo que aquéllos habían sido juzgados y éstas se estaban juzgando, y le remitió al tribunal y al gobierno; pero él, contestando que no reconocía ni al tribunal ni al gobierno, derramó todos los proyectiles del navío de línea y del brick y las bolas de fuego, la metralla, las granadas y las bombas incendiarias cayeron como lluvia sobre el puerto, lleno de barcos en aquellas fechas, y en la propia ciudad. Los vecinos, no preparados para

contraatacar y temiendo la completa destrucción de los barcos del puerto, se apresuraron a congraciarse al destructor devolviéndole los cuatro suyos. Dandolo se los llevó sin juicio y dejó de lanzar rayos, pero reclamó seis mil *distila* en un plazo de dos horas como reparación por otra carga que, según él, había sido condenada injustamente el anterior enero por el tribunal marítimo; mas, antes de que pasasen las dos horas, un fuerte viento lo obligó a alejarse. El gobierno protestó contra el arbitrario y destructivo acto, lo censuraron también los embajadores de las demás grandes Potencias en Constantinopla y Dandolo no insistió a partir de entonces en sus demandas. Mientras, la flota de Spetses sufrió un grave daño y ardió uno de los barcos, pero se sofocó el fuego; hubo 13 muertos en el puerto o la ciudad y fueron derribadas dos casas contiguas al puerto. Así fue el preámbulo de Dandolo, que hizo bueno al mismísimo Paulucci. Quizás tenía razón en rescatar por la fuerza los barcos capturados, que iban bajo pabellón de su imperio, y en considerar injustas las decisiones del tribunal marítimo de Nauplion: de hecho, el tal tribunal era una fábrica de ilegalidad e injusticia. Pero los medios que empleó sobrepasaron los límites y las leyes de la humanidad: pudiendo obtener satisfacción como la obtenían por parecidas ofensas los mandos de las demás flotas europeas, cometió una tropelía recurriendo a medidas catastróficas que todo Estado bien gobernado desaprueba y ningún otro de sus colegas europeos compartió, para acabar con una flota entera de la cual dependía la salvación de toda la nación. Y toda la flota de Spetses habría sido destruida si los griegos no hubieran apagado antes el fuego iniciado en ella.

Ibrahim, tras un prolongado descanso en los cuarteles de Mesenia, salió en expedición hacia Élide y Acaya al comienzo de la primavera y ordenó que le apoyaran algunos barcos. Su primera acción fue la siguiente:

Medio año antes había aparecido por Tripótama, en la provincia de Gastuni, un anacoreta procedente de Ítaca, llamado Papulakis por su baja estatura o Hagiopateras²⁵ por su gran virtud; con este asceta iba una monja admiradora y celebradora de su piadosa vida. Extendida la fama de santidad de Papulakis, cada día iban a él los cristianos a pedirle sus bendiciones y a llevarle donativos por su religiosidad. Papulakis, con el pretexto de que quería construir allí un convento, no rechazaba las aportaciones y edificó su monasterio; los aldeanos, movidos por la piedad, no paraban de llevar

²⁵ Apelativos que significan, respectivamente, “Curita” y “Santopadre”.

ofrendas y él las guardaba; como hombre que había renunciado a las cosas del mundo y consagróse a las de Dios, se dejaba ver pocas veces y era la mujer la que recibía a los devotos y les exponía su vida angelical y visiones divinas; no cesaba de consolar en su nombre a los que temían a los turcos, diciendo que el Altísimo había decidido el exterminio de los impíos y que había desvelado a su fiel servidor Papulakis el día en que él conduciría a los griegos al cumplimiento de la voluntad divina blandiendo sólo una cachiporra. Los simples creían las palabras de la mujer y Papulakis, iluminado por las revelaciones de ella, al poco tiempo se vio a sí mismo como poseedor del don de la clarividencia por la gracia de Dios. Tanto creció la fe de la gente en él, que nadie osaba dar muestras de no creer en su santidad: todos aquéllos a los que consideraba dignos de su presencia se colocaban de pie frente a él con la cabeza descubierta y, con los brazos en cruz, escuchaban todo lo que decía como si estuviera inspirado por Dios. Entre tanto Ibrahim, al oír por el camino lo que se decía sobre el monje y, principalmente, sobre las riquezas que había almacenado, despachó a Tripótama un destacamento que, atacando de improviso, saqueó todas las donaciones, incendió el monasterio, tomó presos al anacoreta y a su compañera y degolló al uno y vendió a la otra en pública subasta.

El enemigo, en su marcha hacia Élide, atravesó Klidí sin impedimento y sin recibir un disparo, cruzó el Alfeo y apresó a algunos de los que se habían refugiado en los islotes y a muchos de los que se habían congregado en Katákolon y estaban pasando a Zacinto por seguridad, a unos en tierra y a otros en el mar; también cautivó a muchas familias huidas a los espesos bosques de los alrededores, sacadas de allí por el fuego y los ladridos de los perros que olfateaban su rastro. En esta cacería, muchas mujeres se autoinmolaron para escapar a los rigores de la esclavitud. Un tal Dimos Koliás mató con sus propias manos a su compañera y a su hijo y, salvándose por pies, se justificaba diciendo que había mandado al cielo a las víctimas de su mano sin que hubieran sido mancilladas. Ibrahim, después de invadir y desolar la provincia de Gastuni, envió a parte de su ejército a Grecia Continental pasando por Patras, para que escoltara a tres mil caballos venidos de lejos para completar su caballería, que menguaba cada día, y sus acémilas; y él marchó a tomar Chlumutsi, donde llegó el 15 de abril.

Según se ha dicho²⁶, en la época de la Epanástasis este castillo estaba

²⁶ En el capítulo V (tomo I pág. 75).

totalmente descuidado y abandonado. Al comenzar marzo de ese año naufragó junto al cercano puerto de Glarentsa un barco de guerra turco de 14 cañones, de los cuales se colocaron 8 sobre dicha fortaleza; pero las cisternas no tenían ni una gota de agua, pues nunca se habían limpiado ni reparado. En esta incursión, como otras veces, se refugiaron aquí para salvarse 1500 almas y entraron para defenderla 300 combatientes a las órdenes de Michalis Sisinis. Ibrahim, después de instar a los encerrados a rendirse y no ser oído, los sitió y hostigó con tres cañones ligeros que emplazó y con dos morteros que bajó de los barcos. Los sitiados resistían al principio valerosamente e hicieron tres ataques nocturnos contra el enemigo, pero no estaban preparados para un largo asedio ni tampoco lo esperaban, porque ya antes el enemigo había pasado por delante del castillo y no lo había asediado; sin embargo, sus esperanzas se vieron frustradas y, esta vez, los enemigos mantuvieron el sitio tres semanas, hasta que la sed obligó a los de dentro a entregarse el 5 de mayo al arbitrio del enemigo, que había rechazado toda negociación. Tan acuciante era la sed que los consumía, que muchísimos murieron nada más salir y beber de golpe hasta saciarse. Excepto Sisinis y algunos otros, los demás fueron condenados a la esclavitud; durante el asedio murieron quince griegos.

Mientras Ibrahim estaba ocupado en lo de Élide, zarpó del Helesponto para apoyar sus operaciones la escuadra otomana, compuesta de un bergantín, nueve fragatas y dieciocho bricks y goletas, al mando de Tahir Pasha y Patronan Bey, la cual llegó bien a Neókastron sin encontrar obstáculo en su travesía.

Cochrane zarpó del Pireo y visitó Hydra y Spetses. Por orden suya, se reunieron juntas en Cheli, frente a Spetses, las flotillas de las tres islas armadoras. La de Psará no tenía esta vez a su jefe Nikolís Apostolis, bajo cuyo mando obtuvo tanta gloria. A este hombre honorable y chapado a la antigua le llegó su hora el 6 de abril en Egina, a donde se había mudado una vez arrasada su tierra. Las flotillas griegas estaban listas para zarpar pero Cochrane, enterado de que Ibrahim permanecía a bordo de un brick en el puerto de Glarentsa, concibió la idea de atraparlo y, dejando toda la escuadra, zarpó a bordo de la fragata llevando a la zaga el *Kartería*. El 10 de mayo por la tarde la *Hélade*, con bandera austríaca, se aproximó a Glarentsa pero Ibrahim, bien por sospechas bien por casualidad, había tenido la precaución de bajar a tierra; Cochrane, al no encontrar a su presa, atacó a dos corbetas egipcias dañando a una y matando a gran parte de su tripulación, pero no capturó a ninguna. El día en que la *Hélade*

puso rumbo a Glarentsa, el *Kartería* enfiló hacia Patras pero viró de a bordo al estropearse su máquina y, cuando bordeaba el cabo de Malea, un fuerte golpe de viento abatió sus dos mástiles. Cochrane, tras diez días de navegación por el mar Jónico, capturó un barco con municiones y prisioneros griegos, que eran llevados a Neókastró para su traslado a Egipto, y lo envió a Poros después de desembarcar en Limokathartirion (Zacinto) a diez turcos que se encontraban en él; el 25 encontró en Citera a la flotilla griega, que le esperaba allí obediente a su segunda orden y estaba compuesta de un barco de tres puentes, catorce bricks y ocho brulotes, y enfiló con ella hacia Alejandría, con el objeto de caer de improviso sobre el puerto e incendiar con los brulotes la flota de Mehmet Ali, que no estaba lista para resistir ni zarpar. El 4 de junio después de mediodía, aparecieron las naves griegas ante Alejandría, bajo pabellón austríaco; en un principio fueron tomadas por mercantes austríacos escoltados por una fragata, pero fueron descubiertas al aproximarse y la vanguardia de la flota de Mehmet Ali corrió hacia el puerto asustada, apostándose una nave en la bocana. La *Hélade* echó el ancla a dos millas de tierra y Cochrane ordenó a los ocho brulotes que penetraran; penetraron dos e incendiaron la nave de vanguardia, de 22 cañones. Se turbaron los egipcios al ver el enemigo a las puertas, trabajaron durante toda la noche para tener listas sus naves y, al llegar la mañana, Mehmet Ali navegó como observador hacia la bocana del puerto en un brick de guerra recién aparejado en Marsella; al poco zarparon algunas cañoneras para apropiarse de un brulote griego que estaba próximo a tierra dentro de una extrema calma chicha, pero no lo consiguieron. Los barcos griegos permanecieron todo el día delante del puerto y, al atardecer, partieron rumbo N.O.; al día siguiente zarparon seis fragatas, seis corbetas y diez bricks para perseguirlos, a las órdenes de Mehmet Ali. Esta escuadra siguió de lejos a los griegos hasta Rodas, donde se perdieron de vista; el 20 de junio volvieron a sus bases y la *Hélade* echó el ancla en Poros.

A la caída de Chlumutsi, Ibrahim se dirigió a Patras, cautivando de camino a setecientos refugiados en la laguna de Kalogrea, junto al Papas, y partió el 25 de mayo hacia Río, donde recogió sus tres mil caballos. El 2 de junio despachó, escoltados por Deli Ahmet, dos mil animales cargados de víveres para la guarnición de Tripolitsá.

Habían pasado dos años y medio desde la invasión del Peloponeso por Ibrahim y mucho habían padecido los peloponesios. Sus únicas guaridas seguras eran las oscuras grutas, las cumbres escarpadas, las marismas

inaccesibles, los precipicios y las abruptas roquedas; su lecho era a menudo el suelo y su comida, las hierbas silvestres. Eran asesinados, atrapados, saqueados y su tierra arrasada, pero no doblaban la rodilla. Sin embargo, por aquellas fechas los habitantes de algunos distritos desertaron de la causa nacional. De tiempo atrás tenía contactos secretos con Ibrahim uno de los jefes secundarios de la provincia de Patras, Dimitris Nenekos, de Zumbati²⁷: se quitó la máscara durante esta expedición, marchó con Ibrahim contra sus conciudadanos y, aconsejándole que fuera generoso y tratara a los griegos con indulgencia, se mostró como un encendido esbirro suyo. El ejemplo y la voz del renegado Nenekos, la fingida domesticación del salvaje Ibrahim, sus exitosas campañas, la pérdida de confianza en toda ayuda y la atonía general del Estado griego influyeron tanto en los espíritus de los hombres, que la mayoría de las poblaciones de las provincias de Pírgos, Gastuni, Patras, Vostitsa y Kalávryta se sometieron, y existía el temor de que el contagio se extendiera a otras zonas; el mal no tenía cura si no se levantaba la moral del pueblo con la instalación de campamentos en el Peloponeso. Kolokotronis estuvo incansable en este horrible momento: escribió a todas partes usando de la amenaza y la persuasión, movilizó cuerpos militares en diferentes zonas del Peloponeso, montó en el centro de éste la fortaleza de Karýtena como baluarte y refugio de la población circundante y envió a los suficientes para defender el monasterio de Megalo Spileo²⁸, refugio de las provincias vecinas, ya que Ibrahim pensaba entrar en él como amigo o como enemigo.

El día 13 regresó Deli Ahmet a Patras desde Tripolitsá, después de cumplir su misión, y el 17 salió Ibrahim al frente del ejército hacia la provincia de Kalávryta, sin infligir ningún daño por el camino según lo aconsejado por Nenekos, y plantó las tiendas junto al predio de Megalo Spileo, Sálmena, a dos horas de la ciudad de Kalávryta y a dos y media del monasterio, y escribió a los padres en un tono amable invitándolos a su campamento; les daría salvoconductos para que, como ministros de Dios pacífico y misericordioso, fueran a aconsejar a los notables del Peloponeso que no se convirtieran en causa de la ruina del lugar y de la efusión de la sangre de sus hermanos. Temerosos, los padres fingieron sumisión pero rehusaron ir al campamento. Por segunda vez requirió Ibrahim su presencia ante él como necesaria y ellos rehusaron por segunda vez, reiterando siempre su

²⁷ Provincia de Patras.

²⁸ O 'de la Gran Gruta', a 10 Km. de Kalávryta.

fidelidad y acatamiento a la Sublime Puerta. Les escribió Ibrahim por tercera vez en un tono más duro y, como ni aun entonces fue atendido, decidió castigarlos. La noche del 23 ascendieron tres mil enemigos, guiados por la gente de Nenekos por lugares poco practicables y senderos desconocidos, hasta la elevada cruz situada encima del monasterio y amanecieron ante los desobedientes padres; los defensores del monasterio eran seiscientos, entre laicos y clérigos, y disponían de unas casamatas de reciente construcción y reforzadas con cañones. La batalla comenzó al salir el sol y duró hasta la tarde. Los turcos fracasaron y retrocedieron hasta su campamento, siendo muertos o heridos bastantes de ellos en el curso de sus muchos asaltos; de los griegos murieron once, entre ellos Andreas Sardelianos. Así, el monasterio se mantuvo sin ser hollado por esta vez.

Tras estos sucesos, Ibrahim marchó al frente de todas sus tropas hacia Tripolitsá y Nenekos, que no cesaba de dar notables muestras de fidelidad a los destructores de su patria y verdugos y esclavizadores de sus compatriotas, fue con los suyos a Patras; allí se le unieron muchos turcos y, el 3 de julio, atacaron en Hagios Vlasis a los de Vasilis Petimezás y los dispersaron; el 17 atacaron cerca del monasterio de San Juan, en la provincia de Vostitsa, a los de Cheliotis y Feizópulos y, después de apoderarse de la fortificación exterior tras constantes asaltos y de masacrar a los que había en ella, unos 60, volvieron el mismo día pasando también ellos muchas penalidades.

No disfrutó por mucho tiempo el malvado Nenekos de las recompensas por su traición, ya que fue asesinado tras estos sucesos por obra de Kolokotronis.

Ibrahim llegó a Katsana y dividió en dos su ejército, enviando a los unos a Langadia por el puente de la Señora para destruirla junto con las demás aldeas de Karýtena por no haber aceptado los salvoconductosⁱ, y él con los demás siguió en línea recta, para volver a juntarse en el llano de Karýtena.

Por aquellas fechas se hallaban en Livartsi dos mil griegos, al mando de Plaputas y Yenneos, para animar a la gente. Estos fueron a Karnesi, donde había una fortificación enemiga, y expulsaron a los turcos apoderándose de ella. Apareció de pronto Ibrahim con los suyos y atacó. Los griegos resistieron cierto tiempo, pero después dejaron el reducto y se alejaron; volvieron al poco y hubo escaramuzas, pero se retiraron al aparecer otra columna enemiga; murieron o fueron heridos 20 turcos y 7 griegos. Después de esta escaramuza, todo el ejército enemigo entró

en Tripolitsá y, a comienzos de julio, bajó hacia Mesenia, a donde fue también Ibrahim.

El 26, aparecieron ante Kytriés y Skardamula catorce barcos enemigos zarpados de Neókastro, en su mayor parte fragatas y corbetas, que dispararon ese día 1.700 cañonazos y, como los maniatas resistieron heroicamente, volvieron sin resultado. El mismo día, el enemigo atacó a los de Nikitas en Frutsala, pero tampoco vencieron allí. Al poco, volvieron de Neókastro a Tripolitsá cuatro mil enemigos conduciendo una gran cantidad de animales portando víveres. Nikitas ocupó el paso del León, tendió la emboscada y mató a bastantes, pero no logró impedir el paso a los enemigos; en esta batalla fueron heridos diez griegos.

Deli Ahmet, que había regresado a Patras, salió al frente de sus tropas a finales de julio, atravesó Selá sin dar un tiro, dispersó en la aldea de Kuniná a los de Feizópulos y Lechuritis, matando entre otros a Yoryos Maraítis y, tras avanzar hasta el albergue de Akrata²⁹, volvió a Patras; a los pocos días volvió a salir hacia la parte de Kafikariá, cerca de Lapanayí, población de Kalávryta, donde según sus noticias se había congregado un ejército griego. Esta posición tiene dos accesos, uno transitable por el lado de Patras y otro casi impracticable por la parte de Kalávryta y Vostitsa. En éste se situaron 1.500 griegos al mando de Plaputas, Meletópulos, Rodópulos y Christos Fotomaras, entre otros. El 26 de agosto acamparon cuatro mil enemigos regulares y no regulares, infantes y jinetes, debajo de aquella posición y, una hora después de la salida del sol, subieron algunos a combatir contra los griegos; pero, al no poder progresar por lo empinado y abrupto del lugar, volvieron a las tiendas por la tarde. Al día siguiente se movilizaron al completo por el mismo sitio, después de emplazar dos cañones frente a los griegos; mas éstos los rechazaron tirándoles piedras, obligándoles a volver la espalda; atacó el enemigo después de mediodía, pero les ocurrió lo mismo que durante la mañana. Al ver que lanzándose no hacían daño y sí lo sufrían, se alejaron dando cañonazos y se retiraron cuando llegó la oscuridad. En los dos días que duró esta batalla murieron o fueron heridos muchos regulares y no regulares enemigos y algunos fueron hechos prisioneros, entre ellos dos alféreces; murieron tres griegos y fueron heridos diez. Después de la batalla, los griegos bajaron hacia Petsaki, a dos horas de Kafikariá, y los enemigos, desperdigados por las

²⁹ Cerca de Vostitsa=Egio.

aldeas, las saquearon y, reuniéndose de nuevo en Vostitsa, marcharon contra Diakoptón para avanzar hacia Akrata; mas, al encontrar resistencia por haberla ocupado previamente los griegos de Petsaki, regresaron a Vostitsa.

Siendo inminente la recolección de las pasas, era dudoso si las recolectarían los turcos o los cristianos. Los padres de Spileo llamaron en auxilio de la propiedad a Kolokotronis a cambio de unos honorarios. Llegaron los llamados, pero no pudieron proteger los predios de los padres ni los de los demás, ya que estaban en un llano; los enemigos se llevaron la cosecha de pasas a los barcos, volvieron a Patras y, unos días después, se retiraron a Neókastro por Gastuni y Pirgos, al mando de Deli Ahmet.

Cochrane zarpó de Poros a fines de julio, recorrió el Egeo recaudando las tasas nacionales para movilizar la fuerza naval e impuso un tributo de veinte mil *dístila* a los comerciantes de Syra; después visitó Nauplion, donde seguían los conflictos civiles, volvió a Poros y zarpó el 15 de julio hacia las costas del sur del Peloponeso, sin ningún otro barco que acompañara al *Hélade*. Al día siguiente encontró y agregó el *Sotir*, barco de dos palos donado por la asociación filohelénica de París y gobernado por el inglés Thomas; el 18, cuando los dos barcos pasaban junto a Neókastro, avistaron 16 otomanos que venían del norte hacia Neókastro, empujados por un fuerte viento; de entre ellos una corbeta, dos bricks y dos goletas se separaron a causa del viento en contra e iban en dirección al litoral de Zacinto; enfilaron contra ellas la *Hélade* y el *Sotir* y, a eso del mediodía del 20, las alcanzaron delante de Glarentsa y las atacaron; la *Hélade* se apoderó de la corbeta tras una valerosa resistencia, en la cual murieron 35 de los 300 componentes de la tripulación, entre ellos el capitán y el segundo de a bordo, y fueron heridos 35; también fueron heridos 2 tripulantes de la fragata; por su parte, el *Sotir* capturó una de las goletas, siendo heridos o muertos 15 de sus tripulantes; las otras tres embarcaciones se refugiaron en Patras. La goleta era tunecina, de diez cañones; la corbeta contaba con 28 y tenía fama de ser la más rápida de la escuadra enemiga; en ella fueron halladas 20 mujeres cautivas. El 2 de agosto arribaron a Poros la *Hélade*, el *Sotir* y las dos presas; los turcos que se habían rendido fueron desembarcados en Creta sanos y salvos.

Cochrane ordenó que la flota se reuniera de nuevo en Spetses, a donde fue él el 24 de agosto; al día siguiente, a un hijo de Luciano Bonaparte, que iba a bordo de la *Hélade*, se le disparó por accidente la pistola mientras la desenfundaba y le hirió en el abdomen, muriendo instantáneamente.

Cochrane mandó embalsamar el cadáver y depositarlo en el monasterio de Spetses hasta nueva orden y zarpó, ordenando que las naves fueran a Vátika, una vez todas juntas, y que lo esperasen. Se reunieron las naves, fueron juntas a donde había mandado y, el 1 de septiembre, se hicieron a la mar bajo su dirección; eran 23 en total: la *Hélade*, el *Kartería*, el *Sotir*, 2 de tres palos, 11 bricks, 4 brulotes y 3 cañoneras. El 6 por la mañana echó el ancla toda la flota frente a Mesolongui, las tres cañoneras lo más cerca que podían de Vasiladi. Yendo los barcos bajo otro pabellón, en un principio los turcos que estaban en Vasiladi no sospecharon que fueran griegos. A primera hora tras la salida del sol, Cochrane embarcó en una falúa, se aproximó a Vasiladi y arrojó bombas incendiarias, sin que ninguna diera en el blanco; dispararon igualmente las cañoneras, también sin resultado. Despertaron entonces los turcos y respondieron al fuego, también en vano. Al día siguiente se reanudó el cañoneo, en el transcurso del cual fueron heridos de gravedad dos marineros de una de las cañoneras, que fueron izados bordo de la *Hélade* para su curación; los demás de la misma cañonera, que no obedecieron la orden de acercarse de nuevo, fueron expuestos por orden del almirante en un bote y paseados por en medio de la escuadra a golpes de tambor, como oprobio y castigo por su insumisión y falta de combatividad. Mientras, se dispuso a bordo de la *Hélade* una balsa para disparar fuego de mortero; se arrojó al mar y bombardeó desde allí Vasiladi, pero ni aún así sufrió daño alguno. Viendo Cochrane que por tales medios no prosperaba la toma de Vasiladi, por consejo de Miaúlis ordenó que los botes de los barcos entrasen por el estrecho canal de Prokopánistos y lo cerrasen. La orden fue ejecutada felizmente gracias a las indicaciones de unos mesolonguitas que conocían la entrada, pero no se llevó a término, ya que los turcos de la ciudad habían ocupado la víspera Prokopánistos y lo habían provisto de todo lo necesario. La escuadra volvió a alta mar después de esta intentona infructífera y se quedaron el *Sotir*, dos cañoneras, dos goletas y el *Kartería*, que tuvo un fuego por un descuido y a punto estuvo de arder. Por aquellos días llegó a Grecia el segundo barco a vapor armado en Inglaterra hacía ya tiempo, el *Epichírisis*.

Al saberse que dentro del golfo de Corinto había algunos barcos turcos, el día 9 en pleno mediodía atravesaron para tomarlos o destruirlos las dos goletas y el *Sotir*, este último remolcando una cañonera, bajo el fuego de cañón de las fortalezas situadas en la entrada. Al día siguiente, con

viento fuerte, el *Kartería* probó a cruzar largando velas, por falta de hulla; pero en su avance cayó en una calma chicha y permaneció al descubierto hasta el día 11, en que atravesó sin percance remolcado por otra cañonera. En el puerto de Sálona había 3 barcos mercantes austríacos y 9 turcos, a saber, una goleta de 14 cañones, un brick de 16, tres goletas más pequeñas, dos cargueros armados y dos cañoneras; estas embarcaciones estaban protegidas por una batería situada en tierra firme.

Antes de que cruzara el *Kartería*, el *Sotir* y las dos goletas cargaron contra los barcos enemigos; pero, soplando un fuerte vendaval, no lo lograron y se acogieron al puerto de Lutraki. El día 14, el *Kartería* enfiló el puerto de Sálona acompañado de la cañonera y, al llegar a la parte más estrecha, tuvo que volver atrás a causa del viento en contra. El 18, navegó con éxito hasta el mismo puerto escoltado por el *Sotir* y los restantes barcos griegos, echaron a los tres austríacos por forzar el bloqueo, hundieron a 7 de los 9 turcos y mataron a muchos enemigos; en esta batalla naval recibió una herida leve en la pierna el capitán del *Sotir*, Thomas, y otra grave el segundo de a bordo, el irlandés Scanlan.

Ibrahim, a su vuelta los cuarteles, ocupado para atraerse a Mesenia por todos los medios como había atraído a Acaya, el 20 de septiembre envió sus tropas al mando del kiaya bey, parte hacia la Mesenia superior, parte hacia la inferior, para devastar la zona si los mesenios no se sometían: el kiaya bey llamó a los habitantes a la sumisión y, al no ser escuchado, ordenó la tala de de todos los árboles frutales y la quema de las aldeas. Jamás los ejércitos enemigos se mostraron tan letales como en esta campaña: se calculó en 60.000 las higueras cortadas y en 25.000 los olivos y melocotoneros; durante días y días, el humo y las llamas cubrieron el horizonte.

1827

CAPÍTULO LXIX

POLÍTICA EXTERIOR.- ACUERDO DEL 24 DE JUNIO.- BATALLA NAVAL DE NEÓKASTRO³⁰.- RETIRADA DE LOS EMBAJADORES ALIADOS EN CONSTANTINOPLA.-

Había pasado un año entero desde que Canning tomó a su cargo en Constantinopla el acuerdo Grecia-Turquía y sus razones no se imponían. La Puerta se mostró siempre prepotente, y más prepotente aún después de la toma de Mesolongui y el estrecho cerco de Atenas, considerando inminente el completo desplome de la causa griega. Canning, no queriendo poner más trabas a la negociación, no presentó por escrito la de su corte hasta el 24 de enero de este año. El mismo mes, la corte de Austria, siempre hostil a Grecia, con la intención de obstaculizar estos esfuerzos en pro de su salvación, envió a Grecia un comunicado oficial anunciando que, estimando en mucho los intereses griegos, estaba dispuesta a venir en su ayuda y mediar ante el sultán, si reclamaban su contribución; esperaba ser atendida por el fracaso hasta entonces de la mediación inglesa y el consiguiente desánimo de los griegos, pero el gobierno griego, teniendo presentes los incesantes males que sufrió Grecia por la política de esta corte y por la vergonzosa actuación de su marina mercante y de guerra y temiéndose una treta, rehusó su ofrecimiento.

A los pocos días de presentar Canning a la Puerta por escrito la mediación de su corte, llegó a Constantinopla el embajador de Rusia, Ribopier, uno de sus dos plenipotenciarios en Akkerman, y apoyó con brío la propuesta de Canning. Para mostrar la necesidad del tratado de paz en cuestión, ambos argüían la prolongación durante años de la guerra en Grecia, la incapacidad de la Puerta para hacerla cesar, el derramamiento de sangre y la ruina consiguientes, el daño al comercio

³⁰ Más conocida como batalla naval de Navarino.

européo a causa de la renaciente piratería y el aventamiento, por medio de tantas víctimas y luchas, del espíritu revolucionario de los pueblos de Europa, apagado pero no extinguido. Dando a conocer por primera vez la operación emprendida en San Petersburgo con el objetivo de la paz en cuestión y recomendando los términos de la misma, aconsejaban a la Puerta que, aceptando la mediación, le pusiera un comienzo con el cese de hostilidades; decían que, si se conducía de otra forma, las Potencias tendrían que alinearse con los griegos. La Puerta, interesada en diferir su respuesta a causa de sus exitosos progresos en Grecia Continental y el Peloponeso, no la dio hasta el 28 de mayo, quizá el día en que supo la rendición de Atenas. Por medio de esta respuesta, en la cual establecía ciertos principios según los cuales se fundan, conservan y administran las sociedades con la aquiescencia divina y no se permite la intervención de una Potencia en los asuntos internos de otra, y en la cual decía que todas sus disposiciones se cimentan en la ley de Dios y por ello son justas e inmutables, hacía pública la generosidad de los musulmanes para con sus vasallos y, en especial, todas las bendiciones que éstos recibían a la benefactora sombra del trono del actual sultán; lamentaba la ingratitud de los separatistas griegos hacia su munificente señor; condenaba sus crueldades contra los musulmanes y proclamaba su gran indulgencia, su actitud siempre tolerante hacia todos los griegos dentro del derecho divino y su misericordia para con los que avanzaban en el camino del arrepentimiento; seguía diciendo que, teniendo en gran estima el retorno de la paz, se afanaba en reprimir la insurgencia, pero había extranjeros que la instigaban y sostenían, y el gobierno de estos extranjeros (aludiendo al inglés) pretextaba que no podía evitarlos, contraviniendo así cuanto debía hacer un gobierno para con otro gobierno amigo; se preguntaba cómo ciertas Potencias habían pactado sobre lo concerniente a los súbditos rebeldes contra su opinión y con su desconocimiento y cómo se inmiscuían en sus asuntos internos en contra del derecho público, cuando ella había dicho expresa y reiteradamente que desaprobaba toda intervención extranjera; recordaba que incluso Strangford, al regresar de Verona, le había asegurado en nombre de todos los monarcas que a ella y sólo a ella incumbía hacer lo que juzgara necesario con sus vasallos infieles y que los representantes rusos en Akkerman dijeron que el emperador se limitaba únicamente a sus diferencias privadas^k y no tenía intención de inmiscuirse en el tema de Grecia; no entendía cómo las Potencias no se privaban

de decir que en la no aceptación de la mediación tenían como objetivo considerar como Potencia a una banda de piratas, ni cómo, habiendo antes un párrafo sobre lo concerniente a la capacidad legal de la Puerta sobre sus vasallos rebeldes, mencionaban los términos *mediación, neutralidad, alto el fuego, paz*, cuando estos términos se refieren sólo a las relaciones de un Estado con otro; negaba que el comercio europeo se hubiese resentido a causa de las revueltas, diciendo que sólo sufrían los intereses suyos, y añadía que no se había movilizadado ni combatido para daño o humillación de la religión cristiana contra toda la nación griega, sino sólo contra los revoltosos; quejándose de que las Potencias mal administradas animaban a los separatistas de palabra y de hecho, decía que jamás renunciaría a sus derechos sobre Grecia y jamás contravendría con su anuencia los preceptos de la ley de Dios; finalmente proclamaba por última vez que rechazaba de por todas cualquier mediación y cualquier injerencia extranjera, que de esta misma opinión con respecto a eso eran el sultán, sus ministros y toda la nación musulmana y que deseaba que, en adelante, las Potencias extranjeras dejasen de enojarla con el tema.

Por el tiempo en que los embajadores en Constantinopla estuvieron trabajando sin resultado, Rusia e Inglaterra, las confabuladas para la pacificación de Grecia, se dedicaban a ganar para su causa a las otras tres grandes cortes; pero Prusia se excusó, porque no tenía el mismo interés, y sólo prometió su colaboración amistosa junto a la Puerta. Austria, la primera que en otro tiempo sugirió el reconocimiento de la independencia griega, respondió llegado aquel crítico momento que se alegraba por la unión de las dos cortes para el cese de las hostilidades entre turcos y griegos, pero no podía aceptar a petición de unos separatistas una mediación que proponía la secesión de gran parte de Grecia de la autoridad del sultán; no obstante, tampoco ella declinaba su amistosa concurrencia ante la Puerta. Sólo el gobierno francés se mostró predispuerto. En Francia, la abrumadora opinión pública a favor de Grecia, los duros y continuos ataques en ambas cámaras contra el ministerio por su apoyo a Turquía y la siempre buena y entonces excelente disposición del rey para con la causa cristiana influyeron finalmente en el gobierno Villèle y lo obligaron no sólo a aplaudir la acción de las dos Potencias en pro de los griegos, sino también a proponer que la iniciativa se transformase en un tratado, se garantizara por parte de las tres Potencias lo que se determinase y se obligara a la Puerta a su aceptación por las buenas o por las malas; incluso a demanda de Rusia e Inglaterra

redactó el acuerdo que, una vez corregido, se firmó en Londres el 24 de junio por los representantes de las tres Potencias y que fijaba en resumen lo siguiente:

Las Potencias ofrecerán a la Puerta su mediación para la resolución de su conflicto con los griegos y solicitarán sin dilación un alto el fuego.

Los griegos se gobernarán, bajo soberanía del sultán y satisfaciendo un tributo anual, por instituciones elegidas por sí mismos, igualmente con la aquiescencia el sultán.

Los griegos serán dueños de las haciendas de los turcos en su territorio mediante el pago de una compensación.

Después de eso, se fijará la línea fronteriza.

Las Potencias no buscarán ninguna ventaja para sí mismas o sus súbditos.

Las cláusulas acordadas serán aseguradas por la garantía de las Potencias como se determine después.

Esto era lo que disponía abiertamente el acuerdo. A propuesta del gobierno francés, el más decidido a llevar el pacto a rápido y feliz término, se firmaron simultáneamente las siguientes cláusulas secretas:

Si la Puerta no aceptaba en el plazo de un mes la mediación de las Potencias, estas iniciarían relaciones comerciales y diplomáticas con los griegos. Si la Puerta no aceptaba la tregua o los griegos rehusaban su aplicación, las Potencias proclamarían que incluso en tal circunstancia tenían la intención de ponerla en práctica por los medios más apropiados, siempre sin participar en las hostilidades entre los beligerantes. Si contra todo pronóstico la Puerta consideraba lo anterior insuficiente para la aceptación de sus condiciones o los griegos rechazaban los términos del pacto, las Potencias no cesarían ni aún entonces de trabajar para la consecución de la paz en cuestión en los términos establecidos.

Quien analice por quiénes, en qué circunstancias, con qué fines y por qué principios se firmó este acuerdo, lo tendrá por un fenómeno único en la política, siempre tan egoísta. Todo lo que las Potencias pregonaron tanto en Liubliana como en Viena contra los pueblos insurgentes en perjuicio del poder al que están sujetos, todo quedó en entredicho con este acuerdo. El pacto ofrecía en aras de los pueblos el sacrificio de los principios de la Santa Alianza; se mofaba de la sacrílega política que, acogida a su sagrado nombre, tenía realmente por base su ansia de poder y la opresión de los pueblos; y consagraba un nuevo derecho público al legislar el levantamiento

de los siervos contra los tiranos. Como motivos de este acuerdo se aducían la prolongación de la sangrienta y calamitosa guerra, la culminación del desorden y la anarquía y, abrevado en lo anterior, el rebrote de la piratería en perjuicio del comercio europeo; pero se silenciaron los dos motivos más poderosos: la cordial simpatía por los griegos de todos los pueblos sin distinción y el temor a la intervención armada de Rusia. La intercesión de las cortes tuvo lugar, según el texto del acuerdo, a petición de los griegos ante Francia e Inglaterra.

Hemos visto que los griegos pidieron como nación y oficialmente la mediación sólo de Inglaterra; pero Roche, a través del partido francés, que había aparecido durante su estancia en Grecia^l, trabajó en la sombra en relaciones de ciudadanos que solicitaban la mediación de Francia, enviadas de forma secreta; el gobierno griego las descubrió y reprobó, como no concordantes con lo que había votado la nación en Epidauró, y castigó a los promotores.

Había ya dos escuadras surcando el Egeo, la inglesa de Codrington y la francesa de de Rigny, y se esperaba a la rusa. El 5 de agosto llegaron a Nauplion Codrington y de Rigny y anunciaron extraoficialmente el acuerdo, aconsejando al gobierno que hiciera una llamada a la concordia y el orden, preparase a la gente para la aceptación de un alto el fuego y se trasladara a Egina a causa de los disturbios que había entonces en Nauplion, para reflexionar y tomar medidas tranquilamente y sin sufrir presiones. Accedió el gobierno, publicó el 9 una proclama en el sentido de lo que aconsejaban los almirantes^m y, saliendo el 15 de la torre marítima, donde tenía su sede a causa de los disturbios de la ciudad, arribó a Egina el 17. Se trasladó allí también el ejecutivo, con cuyo presidente, cinco miembros y el secretario de Exteriores, se obtenía el quórum requerido según la ordenanza XLVI del congreso de Trezén; a ellos se les remitió el acuerdoⁿ. El 20 de agosto Hamilton, el capitán de navío francés Hougon y el consejero de la embajada rusa en Constantinopla Timonyi solicitaron oficialmente la tregua a los griegos. Lo que pretendían de los griegos las Potencias era lo que pidieron los griegos a éstas en el congreso de Epidauró, por lo cual accedieron de buena gana. Pero había muchos, sin contar a casi todos los filohelenos, que estaban en contra y se oponían, porque el acuerdo no delimitaba las fronteras del nuevo Estado y suscitaba dudas sobre la suerte futura de Grecia Continental, que había pasado por tantas penalidades.

El 4 de agosto, los embajadores de las tres Potencias en Constantinopla pusieron el acuerdo en conocimiento de la Puerta por medio de uno y el mismo escrito, que decía entre otras cosas que las Potencias llevaban seis años porfiando en vano para persuadirla a hacer la paz con Grecia; que, a causa de las desgracias que había sufrido desde entonces la humanidad y los daños que había soportado el comercio de todas las naciones, el problema se había vuelto europeo; que las Potencias se habían sentido en la obligación de intervenir para hacer cesar esta gran calamidad y que, si la Puerta rechazaba su mediación y no ordenaba la interrupción de las hostilidades en el plazo de 15 días, tenían la decisión de hacer lo que exigían el propio interés de la Puerta, la seguridad del comercio y la paz en el continente.

Pasado el plazo de quince días, los intérpretes de las tres embajadas fueron a buscar la respuesta. “Si hubiera visto –les contestó el reis efendi³¹– que el escrito trataba sobre Grecia, no lo habría recibido; pero, al saber su contenido, no lo he leído; decid a los que os han enviado que la positiva, la definitiva, la inmutable y eterna respuesta de la Sublime Puerta es que no acepta ninguna propuesta sobre los griegos, que persiste en la decisión que manifestó otra veces y que permanecerá en ella hasta el fin de los tiempos.” Los embajadores, al saberlo, comunicaron el día siguiente al reis efendi que, puesto que había rechazado sus propuestas, ya procurarían las Potencias llevar a efecto el acuerdo. La Puerta pidió algunas aclaraciones, repitió lo mismo, proclamó que no aceptaría en lo sucesivo ningún escrito sobre tal supuesto y que daba lo entregado por no entregado; dispuso que se fortificaran inmediatamente los castillos del Bósforo y el Helesponto, llevó tropas a la capital y se preparó para la guerra. Los intérpretes de las embajadas giraron una visita al reis efendi y el 2 de septiembre incluso dialogaron, pero también entonces fracasaron. En esta conversación, invitado el reis efendi por el intérprete de Inglaterra a desvelar qué pensaba hacer la Puerta en tal circunstancia, dijo: “El lema de tu corte es Dios y mi derecho³². Ningún otro lema es más distinguido para nosotros cuando os proponéis ofendernos.” Los embajadores dieron a conocer a los cónsules la situación y, a través de ellos, a los súbditos de las tres cortes, quienes, viendo la guerra inevitable, se prepararon para

³¹ En el régimen otomano equivalía a ministro de asuntos exteriores.

³² Dieu et mon droit, lema de la monarquía británica desde el siglo XV.

huir. Al mismo tiempo, los embajadores ordenaron a los almirantes hacer lo que fijaba el acuerdo absteniéndose de toda hostilidad, pero impidiendo el aprovisionamiento del ejército turco-egipcio incluso por la fuerza, si la necesidad lo requería. También fueron requeridos los franceses del equipo de Mehmet Ali a abandonar su servicio.

Por aquellas fechas, ya fuera por casualidad o a propósito, el entonces patriarca Agathánguelos llevó oficialmente a la Puerta peticiones de los habitantes de las provincias pasadas por las armas otomanas, Grecia Continental y Eubea, en las que los griegos, ensalzando la humanidad de Kütahi –cuando estaban sometidos a su afilado alfanje– y arrepentidos de sus actos, se acogían a la misericordia de la Puerta pidiendo por mediación del patriarca la devolución de sus bienes y la exención de los tributos debidos durante la sedición y los del año en curso. La Puerta, deseosa de acallar las voces de la alianza mediadora y atraerse a otros secesionistas, aprovechó la ocasión y abrió la puerta del perdón en un escrito al patriarca, ordenándole que llamara a todos los descarriados a la penitencia, prometiendo el perdón de los pecados y concediendo las demás peticiones; además, puso en libertad a los griegos encarcelados por motivos políticos.

Ya que las Potencias habían decidido poner fin a la guerra contra la voluntad del sultán, tenían que sellar el puerto de Alejandría, donde había por aquellas fechas barcos de guerra de Constantinopla, Egipto y Túnez prestos para zarpar. Si ocurría esto y se bloqueaban también sólo por algunos días las playas sudoccidentales del Peloponeso, a través de las cuales eran aprovisionadas las tropas enemigas, se frustrarían los mortíferos planes de Ibrahim y éste se vería forzado a desear la vuelta a Egipto; pero la alianza se limitó a enviar al coronel Cradock en misión diplomática hacia Mehmet Ali para que aplazara la salida de las flotas; el portador del encargo no llegó a tiempo a Egipto pero, de haber llegado a tiempo, no habría sido oído: hacía falta la fuerza, no la persuasión; pues, aunque Mehmet Ali hubiera cedido, entonces se habría necesitado una ostentación de fuerza para justificarlo ante el sultán.

Entretanto, a finales de julio, zarparon del puerto de Alejandría 92 barcos, de los cuales 51 eran de guerra y el resto, de carga; la flota bizantina iba mandada por el capitán bey y constaba de dos bergantines, cinco fragatas y nueve corbetas; y la egipcia, al mando de Muharrem Bey, de cuatro fragatas, once corbetas, cuatro bricks, seis goletas y seis brulotes; iban también tres fragatas tunecinas pequeñas con un brick y,

en calidad de asesor de Muharrem Bey, el vicealmirante francés Letellier, que, junto con otros oficiales franceses, había adiestrado a tres mil árabes como marinerosⁿ. De las de carga, 36 iban bajo pabellón turco y 5 bajo pabellón austríaco, llevando entre todas 1.000 regulares, 100 jinetes sin caballos, víveres, municiones y un millón de *distila*. Ibrahim proyectaba atacar Hydra cuando llegara esta fuerza. Los barcos arribaron sin dificultad a Neókastró el 26 de agosto, sin avistar ningún navío aliado ni griego durante toda la travesía.

El diligente Ibrahim comenzó inmediatamente a embarcar todas las tropas en sus embarcaciones respectivas, para una rápida culminación de su gran objetivo. El día que arribó esta escuadra enemiga a Neókastró, Codrington se encontraba en Nauplion, de Rigny en Melos; al enterarse de la llegada, partieron ambos; Codrington llegó el primero ante Neókastró y envió al capitán bey una carta con fecha 7 comunicándole lo referente al acuerdo y diciendo que, según sus cláusulas, quedaba prohibido todo movimiento de barcos y tropas y todo transporte de municiones para daño de cualquier parte de Grecia Continental y de las islas y que, si se disparaba un solo cañonazo contra la enseña británica, sería destruida toda su flota. El 10 llegó de Rigny y, ese día, ambos escribieron lo mismo a Ibrahim. Al día siguiente de Rigny, de acuerdo con Codrington, giró una visita a Ibrahim y lo encontró en el colmo de la indecisión, porque no quería arriesgar sus fuerzas, pero tampoco desoír las órdenes del sultán; además, desconocía la opinión de su padre. El 13, fueron a visitarle los dos almirantes y, asistiendo los jefes de las flotas, repitieron lo que habían puesto por escrito. Ibrahim, en presencia de todos, respondió que no era libre, sino servidor de la Sublime Puerta y que, habiéndosele ordenado aplastar la insurrección griega mediante la destrucción de Hydra, consideraba deber suyo cumplir la voluntad de su señor; no obstante, puesto que era posible que su señor no hubiera previsto el nuevo cariz de los acontecimientos, consideraba necesario demandar nuevas órdenes, resuelto siempre a obedecerlas, fueran cuales fueran; pero prometió *bajo palabra de honor* no autorizar mientras tanto ninguna salida. Los almirantes aliados se retiraron dándole las gracias, Codrington a Zacinto y de Rigny a Elafonnisia, dejando cada uno fondeada una fragata.

El día 19 por la tarde, Codrington fue informado de que 30 de los barcos de Neókastró, de guerra y de carga, navegaban con viento a favor hacia Patras para, según supo luego, castigar a los de Hastings y avituallar el ejército. Ante

esta noticia, la nave almirante inglesa se hizo a la mar y al llegar la mañana estaba entre la boca del golfo y dicha flotilla, flanqueada por las fragatas *Darmouth* y *Talbot* y por un brick. Codrington se apresuró a informar al comandante de la flotilla turca que consideraba la salida de esta sección como un incumplimiento de la palabra de honor del comandante en jefe y que no le permitía seguir adelante. Ante este comunicado, la flotilla viró de a bordo hacia Neókastró y, al día siguiente, se encontró con otra que la seguía, en la cual iba Ibrahim. Viró esta también rumbo a Neókastró al enterarse de lo de Codrington. Entonces, los barcos ingleses volvieron a Zacinto. Al caer la noche, las dos flotillas egipcias se volvieron hacia Patras pero, reinando toda la noche un fuerte viento en contra, avanzaron poco. La de Codrington, al ver estos barcos al día siguiente, se hizo a la mar y, luchando contra éste a causa de la horrible tempestad, los alcanzó por la tarde a la altura del Papas, abrió fuego contra ellos y los obligó a volver a Neókastró. Entre tanto, llegó la flotilla rusa, al mando del vicealmirante Heiden.

Puesto que Ibrahim había incumplido su palabra, los almirantes pensaron que no estarían seguros si no lo vigilaban. Con este objeto, reunieron todos sus barcos ante Neókastró el 6 de octubre; pero, considerando que era muy peligroso luchar en el mar junto a un cabo tan tormentoso, decidieron entrar en son de paz. Irritados por el incumplimiento de Ibrahim, se irritaron aún más contra él porque le habían aconsejado poco antes por dos veces que no arrasara como un vulgar enemigo a hierro y fuego Mesenia y no les había hecho caso. No menos coléricos contra los almirantes estaban los turcos, al ver sus grandes planes desbaratados cuando más segura parecía su consecución, frustradas sus sangrientas y costosas peleas y a sí mismos humillados delante de los desleales. Temiendo una batalla, se prepararon disponiendo sus buques en forma de herradura en dos líneas que partían desde uno de los extremos de la entrada al puerto, se extendían hasta el islote de Chelonaki, situado en el centro, y terminaba en la otra punta; esta formación colocaba bajo el fuego de toda la escuadra a los barcos que entraran. Sus efectivos en el puerto de Neókastró se componían aquel día de tres bergantines, diecinueve fragatas, de entre las cuales las cuatro egipcias eran de dos puentes (*vaisseaux rasés*), veintiséis corbetas, doce bricks y seis brulotes, con un total de 1994 bocas de fuego^o; la bocana del puerto estaba protegida por el fuego de la fortaleza y una línea de cañones a cada lado. La línea interior se componía de bergantines y fragatas y tenía en ambos extremos los brulotes; la exterior, de corbetas y bricks, distribuidos en los

vacíos que dejaba la interior; detrás de la línea exterior se bamboleaban sujetas por el ancla algunas embarcaciones pequeñas, dibujando una tercera línea incompleta por arriba y al lado izquierdo del semicírculo; las tunecinas estaban al paio junto a Chelonaki; los cargueros estaban todos en la costa sudoriental. El capitán bey y Muharrem Bey ocupaban la derecha, Tahir Pasha y Patronam Bey la izquierda. En éstas penetraron en el puerto dos barcos de guerra sin bandera y, tras hacer un recorrido de observación, según parece, salieron sin contactar ni ser molestados.

Codrington, que con el grado de contralmirante comandaba toda la escuadra aliada ya que sus dos colegas tenían el de vicealmirante, ordenó la entrada al puerto mediado el 8 de octubre, tras mandar que nadie a su mando abriera fuego si no lo hacían antes los turcos. Se reunieron las tres secciones aliadas: la inglesa estaba integrada por tres navíos de línea –la nave almirante *Asia*, la *Génova* y la *Albión*–, cuatro fragatas –la *Glasgow*, la *Cambria*, la *Dartmouth* y la *Talbot*– y cinco bricks y goletas –el *Rodas*, el *Mosquito*, el *Energetic*, la *Philomel* y la *Hind*; la francesa, por tres navíos de línea –la *Bratislava*, el *Escipión* y la *Tridente*– dos fragatas – la nave almirante *Sirena* y la *Armida*– y dos goletas, la *Dafne*³³ y la *Alción*; y la rusa, de cuatro navíos de línea –la nave almirante *Azov*, el *Alexandr Nevskii*, la *Gargonte* y el *Ezekiel*– y cuatro fragatas, *Cástor*, *Constantino*, *Helena* y *Provonoï*; entre las tres llevaban 1276 cañones^p; pero esta fuerza, aunque inferior a la turca por el número de cañones, era mucho más potente, pues comprendía diez barcos de línea y, de haber atacado a la turca en mar abierto, la habría destruido fácil y rápidamente. Las flotillas aliadas navegaban en dos líneas, la inglesa y la francesa al abrigo del viento, la rusa a favor del viento. En un principio era ésta la que iba delante; pero, una vez llegada a la entrada del puerto, temiendo Codrington que las fortalezas y las líneas artilleras bombardearan a los barcos que cruzaran hacia los extremos, le ordenó que retrocediera y, hecho esto, la inglesa ocupó la primera posición, la francesa la segunda y la rusa la última, con el objeto de cruzar sobre una línea la bocana central del puerto.

Apenas se vio entrar a la nave almirante inglesa, una andanada procedente de la fortaleza puso en movimiento como un resorte a toda la flota turco-egipcia. El capitán bey, al verla acercarse, dijo: “La suerte está echada, y con los ingleses no se juega”; al mismo tiempo, ordenó

³³ Según otras fuentes, *Dauphinoise*.

a Codrington que se fuera. “No he venido a que me den órdenes, sino a darlas”, dijo el arrogante inglés; y añadió que era la deslealtad de Ibrahim la que había obligado a los aliados a entrar y que, si disparaban a su bandera, la escuadra turco-egipcia sería destruida.

Dos horas después de mediodía entraron a marcha lenta los barcos ingleses sin ser molestados, a excepción de la *Cambria* y la *Glasgow*. Los tres navíos de línea fondearon alternativamente junto a la nave almirante, otro navío de línea y una fragata; la *Dartmouth*, los bricks y las goletas junto a los brulotes situados en la salida, unas por Esfactería, donde estaba también la *Talbot*, y otras enfrente, entre ellas la *Dartmouth*. Acompañaron la entrada la nave insignia francesa y otras de la escuadra francesa; el resto, junto con toda la escuadra rusa, estaban al paio fuera del puerto. La *Sirena* fondeó después de los navíos de línea ingleses, junto a los barcos egipcios por el mismo lado, donde se había ordenado asentarse dos de los tres navíos de línea aún fuera del puerto; la *Armida* echó el ancla junto a la *Talbot*, la *Dafne* y la *Alción* junto a la *Asia*.

Mientras, el capitán de la *Dartmouth* envió su bote al brulote estacionado junto a él para instarle a que se alejase, pero los del brulote, sospechando que los ingleses venían para apropiarse de él, dispararon sus fusiles contra ellos, que iban sin protección, y mataron al oficial y a algunos marineros; respondieron al fuego desde la *Dartmouth* y desde la *Sirena*, fondeada a su lado; cayó sobre la *Sirena* una bala de cañón procedente de uno de los barcos egipcios; la *Sirena* respondió al fuego; la *Asia* hizo lo propio contra la nave insignia bizantina, que le había disparado antes, y así prendió la batalla. A la vista de ello, Muharrem Bey, cuyo barco estaba también al lado izquierdo de la *Asia*, le comunicó que no tenía la intención de dispararle; Codrington envió a su jefe de proa, Petros Mikelis, para decirle que, si no abría fuego, él tampoco abriría; pero los de Muharrem Bey, por orden suya o con su desconocimiento, mataron al enviado cuando avanzaba el bote y abrieron fuego los primeros sobre la *Asia*. Ésta, que hasta entonces disparaba sobre la nave almirante bizantina por el costado derecho, comenzó a disparar a la egipcia por el izquierdo y dejó fuera de combate a ambas; el humo, que se elevaba hasta el cielo, la tenía tan oculta, que los presentes la dieron por perdida; pero, al disiparse el humo, la saludaron gritando al verla aparecer. Había sufrido mucho en esta pelea, sobre todo al apartarse estos buques del denso fuego de las líneas segunda y tercera.

La *Génova* se distinguió en su duelo contra un navío de línea y una fragata: dejó fuera de combate al primero y hundió a la segunda con su tripulación; pero la vencida nave insignia turca, a la deriva detrás de ella, vació sus cañones y la dañó gravemente, matando a muchos tripulantes, entre ellos al capitán Bathurst, que permaneció de pie impertérrito en el puente del barco durante todo el combate.

La *Albión* embistió a una fragata enemiga y los marineros, llenos de arrojo, cayeron sobre ella al abordaje blandiendo los sables; pero la tripulación le prendió fuego antes y se tiró por la borda, buscando la salvación en el agua, y a punto estuvo de incendiar también a la *Albión*. Huyendo de este peligro, fue a caer en medio de un fuego cruzado, disparada al mismo tiempo por una fragata y los dos navíos de línea en apuros, que iban a la deriva hacia su proa; tuvo pérdidas, entre ellas el segundo de a bordo. Afortunadamente, irrumpió en ese momento la *Bratislava* y la sacó de la zona peligrosa; los navíos de línea enemigos encallaron en la orilla y se incendiaron.

Los buques que hacían guardia junto a los brulotes lucharon bravamente, unas veces rechazándolos y otras dañándolos. Uno de los brulotes transmitió su fuego a la *Dartmouth*, pero fue sofocado y la embarcación en llamas fue hundida. La *Dartmouth* echó a pique otros barcos pequeños cerca de la ciudad y silenció la batería de la playa. Gran actuación tuvieron en la lucha la *Talbot* y la *Armida*, ganándose el elogio de los espectadores por sus logros. No menos destacaron los barcos pequeños.

La *Sirena* sostuvo un fuerte combate al comenzar la batalla, luchando sola contra tres fragatas ligeras, pero poco después llegó la *Tridente* en su auxilio y dividió las fuerzas que iban contra ella. En este encuentro ardió una de las fragatas ligeras y la *Sirena*, situada junto a ella, pasó un gran peligro, pero la *Dartmouth* tiró de ella mediante cabos y, remolcada por distintos botes, se libró alejándose. Entró en la rada entonces el *Escipión*. Tres veces hizo presa el fuego en él al asaltarle un brulote y se salvó de milagro, destruyendo finalmente al barco incendiario.

Sólo a las tres pudo entrar la escuadrilla rusa debido a la calma chicha y, fieramente bombardeada desde la fortaleza y por los cañones emplazados en Esfacteria, se alineó frente al ala derecha del enemigo. Con el protagonismo del viejo Heiden, rejuvenecido en la batalla, rompió la línea enemiga con la ayuda por arriba del *Bratislava* y, en el acceso, de la *Armida* y la *Talbot* y las más lentas en entrar *Cambria* y *Glasgow*;

desembarcó infantes de marina en Esfacteria y obligó a los ocupantes de la columna artillera a abandonarla; la isla se veía envuelta en llamas, pues los matorrales habían ardido bajo el cañoneo abrasador.

Cuatro horas duró esta cruenta batalla. Absolutamente todos los alineados bajo las banderas aliadas sobresalieron compitiendo por ser el más bravo y diestro. También la escuadra turca luchó brava y arriesgadamente, pero sufrió lo indecible debido a la potencia superior y a la pericia del enemigo. Navíos de línea, fragatas, corbetas y bricks fueron destrozados, incendiados, hundidos o lanzados a tierra; algunos resistían inútilmente bamboleándose aún al extremo del ancla; fueron poquísimos los que no sufrieron daño. Se contaron más de cinco mil muertos y gran cantidad de heridos, entre ellos Muharrem Bey y el capitán bey, que perdió una pierna; muchos que se debatían sobre las olas fueron salvados por los marineros de los buques bajo pabellón aliado y algunos otros, llegados exhaustos al extremo del puerto, cayeron en manos de los griegos emboscados. Bajo las banderas aliadas murieron 175 y fueron heridos 451, entre ellos el hijo de Codrington^a.

Terminada la batalla, los almirantes aliados escribieron a Ibrahim y a los mandos de la escuadra que no habían entrado como enemigos, que no les habrían combatido si ellos no hubieran abierto fuego primero sobre sus enseñas y que ni siquiera después de la imprevista batalla tenían la intención de acabar con los barcos que quedaban a flote; pero que, si abrían fuego de nuevo, destruirían éstos, demolerían sus fortificaciones y tomarían esta acción como una declaración de guerra del sultán contra los aliados; para finalizar, les decían que izaran al día siguiente una bandera blanca sobre las fortalezas, si querían ser tratados como amigos en lo sucesivo. Aterrados, los turco-egipcios izaron la bandera blanca; no se reanudaron las hostilidades y, el día 13, zarparon las flotillas aliadas, pues muchos de sus barcos estaban estropeados y fueron enviados para su reparación a Malta, Tolón o Inglaterra; pero no se perdió ninguno.

Ibrahim, que merodeaba por las zonas vecinas destruyendo él también mientras era destruida la escuadra turco-egipcia, volvió a Neócastro al día siguiente de la batalla y encontró despojos donde acababa de dejar una hermosa escuadra; tras llamar a sus tropas y concentrarlas junto a las fortalezas, se dedicó afanosamente a reparar cuantas naves estropeadas eran reparables y, el 6 de diciembre, fueron despachados a Alejandría un navío de línea, cuatro fragatas, dos corbetas, tres bricks y muchos cargueros; llevaban estos barcos también los cadáveres rescatados, los enfermos y

heridos, las mujeres de Ibrahim y de los agás y tres mil cautivos griegos de ambos sexos.

La alegría de toda Grecia por el desastre de la escuadra turcoegipcia fue inenarrable; se elevaron acciones de gracias a Dios en todas las iglesias y se consideró la acción involuntaria de los almirantes aliados como obra de Su mano invisible. Igualmente se alegraron América y Europa, que habían prohijado la causa. Compartieron la alegría los gobiernos de Francia y de Rusia, pero el de Inglaterra deploró la nauumaquia y la presentó ante sus cámaras como un suceso funesto. Muerto ya George Canning, el poder había pasado a otras manos con otra política; había un buen número de simpatizantes de Grecia entre los parlamentarios, por lo que en vano los nobles Holland en la cámara alta y Brougham en la baja colmaron de improperios a los ministros que hablaban mal de la batalla contra los bárbaros.

Antes que la Puerta supiera del gran suceso, lo supieron los embajadores acreditados ante ella. Un capitán inglés informó desde Esmirna al embajador en Constantinopla que, el 8 de octubre después de mediodía, cuando navegaba entre Citera y Mani, avistaron luces en el cielo y oyeron sordas detonaciones por las playas de Mesenia y que, encontrando ese mismo día un barco griego que había zarpado la víspera de Neókastro, se enteró de que las escuadras aliadas se disponían a entrar al día siguiente. El 16 los embajadores, atribulados por la anterior noticia, confirmaron por cartas de los almirantes que las luces aparecidas eran las llamas de los barcos incendiados, que subían hasta el cielo, y que los truenos que se oyeron eran las explosiones. También la Puerta oyó lo que se decía y, tras llamar el 21 a los intérpretes de las embajadas, supo que, habiendo faltado Ibrahim a su palabra de honor, las flotas aliadas navegaron en son de paz hasta el puerto de Neókastro, que la turco-egipcia fue destruida habiendo dado el primer motivo, que los embajadores lamentaban que las escuadras de la alianza se hubieran visto obligadas a responder a la fuerza con la fuerza, y hacían votos para que la sensatez de la Sublime Puerta evitara otras desgracias en el futuro.

Un suceso como el de Neókastro, de haber ocurrido en tiempos de dominio de los jenízaros, habría conmocionado a Constantinopla y puesto en peligro la vida y la honra de los francos; mas en la presente circunstancia los musulmanes profirieron lamentaciones pero sin alterar el orden y, contra todo pronóstico, lo fiaron todo a la prudencia de su gobierno. Éste deploró la gran pérdida y el gran menosprecio, consideró y presentó el hecho como

un acto hostil ante los embajadores, que en todo momento reconocían los sentimientos de amistad de las cortes para con él, prohibió la navegación a los barcos que estaban en el puerto bajo pabellón de los aliados, no concedió los salvoconductos habituales a sus correos, reclamó daños y perjuicios e interrumpió durante un tiempo sus relaciones inmediatas con ellos; pero, consciente de su impotencia, no fue más allá. En medio del peligro aparecido, los embajadores mostraron gran firmeza al principio, con la mira puesta en el objetivo de la alianza a favor del cumplimiento del acuerdo, siempre dentro de los límites de la paz. “No quiero oír ni una palabra sobre Grecia –les dijo el reis efendi–; entendámonos sobre todo lo demás.” “Es inseparable –respondieron los embajadores– el tema de Grecia y el de las tres cortes.” La Puerta les decía que dejaría libres los barcos retenidos y expediría los *firmanes* de salvoconducto si las cortes prometían no intervenir más en los asuntos de Grecia, indemnizarla por la destrucción de la flota y satisfacerla por la ofensa a su bandera. Los embajadores contestaron que la decisión sobre la paz en Grecia según el acuerdo era inamovible, que no se debía ninguna compensación por el desastre de la escuadra, ya que había sido provocado por ésta, y que la Puerta mal podía reclamar reparación, habiendo ofendido primero a la bandera de ellos; le preguntaron si tenía intención de seguir actuando en contra del acuerdo, reteniendo los barcos y no dando los *firmanes*, y si daba su consentimiento a las condiciones que se le ponían en relación a Grecia. Ante este comunicado, la Puerta no cambió de intención, pero cambió de táctica y, esperando sembrar la división entre los embajadores, entró en conversaciones particulares ora con éste ora con aquél, dando algunas esperanzas de conciliación; quiso interponer entre sí misma y las tres legaciones a la embajada de Austria, que a petición suya escribió a sus homónimas que la Sublime Puerta había decidido dejar libres los barcos bajo enseña de sus cortes y reclamaba le enviaran la nota acostumbrada; justificaba su intercesión en el hecho de no haber enviado sus intérpretes a la Puerta, como anteriormente. Mas los embajadores rechazaron unánimemente la amistosa intercesión de Austria e invalidaron su justificación diciendo que la Puerta solía llamar ante sí a sus intérpretes siempre que tenía algo que comunicarles; ese mismo día despacharon sus traductores a la Puerta en busca de una respuesta directa a sus últimas condiciones, pero la Puerta recuperó su altanería primitiva y, en lo tocante al suceso de Neócastro, respondió que, no disponiendo aún de informaciones contrastadas, tenía que aplazar toda investigación, pero

que lo consideraba como una transgresión de los tratados y una declaración de guerra; sobre los asuntos de Grecia dijo lo de siempre, que rechazaba la injerencia; y pasó por alto la puesta en libertad de los barcos. Se indignaron los embajadores ante esta respuesta y solicitaron que les dijera claramente si, accediendo al restablecimiento de relaciones, dejaba en libertad los barcos retenidos y si aceptaba las proposiciones sobre la mediación y el alto el fuego, pues de otro modo se marcharían. La Puerta mostró su buena disposición en la liberación de los barcos y la contraria, como siempre, en el tema de Grecia; no obstante, como los embajadores habían resuelto esta vez que se iban si rechazaba la cuestión sobre Grecia, aplazó la respuesta total definitiva.

Mientras, arribó a Constantinopla Tahir Pasha, que estuvo en Neókastró con la flota destruida, y a la llegada de este hombre Constantinopla sintió lo que siente una madre en su primera entrevista con un pariente que se hubiese hallado presente en la muerte de su querido hijo en tierra extraña. Tahir, hombre lleno de prejuicios y de odio hacia los francos, encolerizó tanto a la Puerta hurgando en sus llagas con lo que contaba, que los hasta entonces inquebrantables embajadores se doblegaron a causa del duro y fiero tono de aquélla y, en un amplio tête-à-tête con el reis efendi, preguntaron si la Puerta, rechazando la mediación sobre los griegos, vería con agrado hacerles espontáneamente merced de privilegios análogos a los del acuerdo—esto es, como en Moldavia y Valaquia— si se acogían a su misericordia. El reis efendi difirió la respuesta y, después de este intercambio de pareceres, fueron convocados los grandes señores del reino a un consejo general; abierto el debate sobre las últimas proposiciones de la alianza, la cual desistía de toda injerencia, todos aprobaron por unanimidad como último límite de las gracias reales a los separatistas, y aún así por consideración a la alianza, olvidar el pasado, devolver los bienes y perdonar los tributos debidos; el sultán, conmovido por los encendidos llamamientos del gran visir, que invocaba rodilla en tierra su misericordia para con los descarriados, accedió a hacerles gracia del impuesto de capitación del primer año en el que se sometieran. Los embajadores, viendo que ni desviados de los términos del acuerdo se avenían, pidieron para dentro de tres días sus permisos de salida. La Puerta no objetó nada a su partida, pero no dio los permisos, pues no quería dar a entender que accedía. Después pidieron oficiales de la Puerta como compañeros de viaje hasta las fortalezas, para allanamiento de posibles dificultades, y tampoco en esto fueron atendidos; anunciaron

que se marchaban y ponían a los súbditos de sus cortes y sus intereses bajo la protección del embajador de Holanda, pero ni aún eso aceptó la Puerta, diciendo que tenía la intención de expulsar a todos los malos y retener bajo su protección sólo a los buenos; propusieron que dejara libres los barcos bajo pabellón de las cortes y la Puerta también modificó esa propuesta poniéndole la condición de que descargasen los víveres sobre el pago de parte de su precio entonces y el resto más tarde. Los embajadores anunciaron su partida a los colegas en Constantinopla, a los almirantes de la alianza y a los cónsules en suelo del imperio otomano; el 23 de noviembre informaron a la Puerta que la considerarían responsable si, a causa de su actitud, les ocurría algún percance a ellos en su viaje o a los súbditos de las cortes en su estancia; los de Francia e Inglaterra zarparon el 26 de noviembre, el de Rusia el 4 de diciembre.

Ningún reproche cabe hacerle a la Puerta como institución independiente y sí prodigarle muchos elogios por su inquebrantable insistencia en el rechazo a la pacificación del estado con la concurrencia de las cortes extranjeras: el ministro del exterior, Peter Efendi, demostró ser un hombre de gran capacidad. Pero sí se mostró pueril y poco habilidosa no aceptando conceder, a propuesta de las tres embajadas, los privilegios de Moldavia y Valaquia *internamente y sin intervención exterior*. No se explica cómo los embajadores, contraviniendo los términos del acuerdo y sin conocimiento de los griegos, apostaron por tan vergonzosa concesión. Menos mal que la hostil Puerta, con su insensato y perjudicial rechazo, libró a las cortes aliadas del reproche por el renuncio de los embajadores y, sin querer, preparó una mejor solución para la cuestión griega.

1827-28

CAPÍTULO LXX

CAMPAÑAS DE LOS GRIEGOS EN GRECIA ORIENTAL Y OCCIDENTAL, Creta y Quiós.-

Una vez que los turcos rechazaron las condiciones de los embajadores, los griegos también se liberaron de la obligación de un alto el fuego. Como creían posible que la futura negociación se hiciera sobre la base de que cada uno conservara lo que tuviera, trataron de llevar la guerra a Grecia Oriental y Occidental, Creta y Quiós, para reavivar la causa.

A finales de agosto el comandante en jefe, que estaba acampado en el istmo de Corinto, ordenó a Vassos y Kriezotis que fueran juntos con los suyos a Grecia Oriental. Ellos se reunieron en Salamina y zarparon, llegando a Skópelos a fines de septiembre; allí se les unieron los caudillos de Tesalia y Macedonia: Karatasos, Gatsos, Dumbiotis y otros y, en un principio, tomaron la decisión de caer sobre Eubea; pero, al saber que la villa de Tríkeri estaba desguarnecida y era fácil de tomar, desembarcaron el 5 de noviembre en las proximidades y avanzaron al instante hacia ella, aunque retrocedieron sin obtener nada al encontrar resistencia no sólo de los turcos que había en ella, sino también de los griegos del lugar, que recordaban los males que padecieron en otras ocasiones por parte de los que fueron a liberarla³⁴. Tras este fracaso, los desembarcados se dividieron, asediando una parte la villa y posicionándose los otros detrás de la muralla sobre el istmo, para impedir toda posible incursión de los enemigos desde fuera. El día 9 por la noche, 200 hombres y los barcos griegos se pusieron en marcha para tomar unos depósitos junto al mar y los primeros se adueñaron casi sin lucha de dos baterías, mientras los barcos lo hacían de una goleta y otras 50 embarcaciones menores. Temerosos, los turcos dejaron todas las demás posiciones y se encerraron esa misma noche en el

³⁴ Vd. cap. XLII (final).

interior de tres depósitos, entregándose al día siguiente; eran 50; con ellos estaba el sobrino del comandante de la guarnición, Tahir Aga, pero escapó antes. El día 14 aparecieron unos 1.200 que venían de Larisa y Volos en auxilio de los sitiados; el 17, acamparon a una hora de los griegos y se fortificaron. La tarde del mismo día, hicieron dos ataques los griegos del otro lado de la muralla y, en el segundo, pusieron en fuga a los enemigos y los persiguieron hasta la aldea de Lefko, matando y haciendo prisioneros a bastantes; se apoderaron de cinco banderas y se llevaron un considerable botín; pero, al oír que venían otros muchos y estar desprovistos de lo necesario para mantener un asedio, levantaron el campo y se retiraron a sus respectivos lugares.

Mientras el general en jefe acampaba en el Istmo, unos cuantos hombres llegaron hasta Tebas, robando 60 camellos y llevándose 4.000 cabezas de ganado; pero el enemigo les atacó y apenas salvaron la décima parte.

Al retirarse Kütahi al Epiro, ya no se temía una invasión enemiga en el Peloponeso y el general en jefe trasladó el campamento a Diakoptós y, desde aquí, a Nezerá; finalmente decidió instalarlo en Grecia Occidental, para levantar la región.

Grecia Occidental se había sometido entera después de la toma de Mesolongui. Una parte de ella recóndita e inaccesible, el islote de Lesini, se conservaba aún libre tras la apariencia de sumisión, como una estrella centelleante en medio de una compacta nube. Este islote, de una milla de perímetro, se halla dentro de una extensa e impracticable laguna, a una hora de Paliokatuna. Cada vez que el enemigo irrumpía en Grecia Occidental, esta islita, donde se conserva un monasterio, servía como lugar de refugio a muchas familias; jamás lo pisó el enemigo y sin hollar lo mantuvo el buen prior, que incluso durante la devastación general de Grecia Occidental fingió el papel de fiel vasallo. A principios de 1.827, cuando Karaiskakis recorría Grecia Oriental para levantarla, Dimotselios ocupó este islote por orden suya y, poco después, los de Rangos y Makrís ocuparon también Paliokatuna. Guiado por Varnakiotis, llegó el ejército turco para echarlos y se retiró después de una escaramuza. Animados por el fracaso enemigo, los griegos tomaron otras posiciones: Rangos lo hizo con Dragamesto y Dimotselios con Mýtikas. Los turcos volvieron y tomaron Kandyla. Los de Rangos, al ver cerca a los enemigos, abandonaron su posición, pero los de Dimotselios les plantaron cara cuando atacaron y los pusieron en fuga; después de esto, se oyó que venía una multitud a apoderarse de Mýtikas y

los de Dimotselios, incapaces de resistir por su escaso número, huyeron de noche a Petalás y, desde allí, regresaron al islote de Lesini, conservando inextinguida en él la luz de la libertad. A partir de entonces, los turcos ocuparon todas las posiciones marítimas de Acarnania y las mantuvieron sometidas. Tal era la situación militar de Grecia Occidental en el momento en que el general en jefe pensó trasladar a ella el campamento por mar.

Pocos días después de la destrucción de las naves enemigas en el puerto de Sálona, salió el *Sotir* del golfo de Corinto; el *Kartería* y los demás barcos al mando de Hastings salieron el 6 de noviembre, a petición del general en jefe, para trasportar sus tropas desde el litoral del Papas hasta el de Acarnania. Al atravesar el *Kartería* la boca del golfo, perdió dos marineros por el fuego de los cañones de las fortalezas, echó a pique en el puerto de Patras a uno austríaco, que había forzado el bloqueo y no quiso alejarse según se le ordenó, y echó el ancla debajo de Karavostasi, en espera de los que iban con el general en jefe; seguían al *Kartería* las dos goletas y los tres austríacos. En este intervalo, los del general en jefe salieron de Nezera en expedición y, al saber por el camino que Deli Ahmet había llegado a Gastuni de vuelta de las fortalezas mesenias camino de Patras con 4.000 de infantería y 500 de caballería, no siguieron adelante, ya que no podían hacerle frente por la desigualdad en infantería y la falta total de caballería, hasta que se enteraron de que los enemigos habían atravesado el río de Kaminitza; entonces, poniendo diestramente manos a la obra en el curso de una horrible tormenta y una lluvia torrencial, se lanzaron hacia las marismas de Paliakayá y, tras llegar a marchas forzadas a Karavostasi sin que el enemigo lo supiera, subieron todos los que cupieron en los barcos que tenía allí Hastings y desembarcaron el 18 en Dragamesto, de donde el enemigo huyó aterrorizado. Los del general en jefe tomaron otras posiciones hasta Ligovitsi. Tras este primer desembarco, los buques volvieron a Karavostasi y trasladaron las tropas que quedaban, bajo la dirección de Kostas Bótsaris. Gracias a esta expedición, el general en jefe hizo resurgir la zona y, el 24, dio a conocer una proclama por la que convocaba a donde estaba acampado a todos los combatientes de Grecia Occidental que había en el Peloponeso, publicó otra el 26 llamando a las armas a toda Grecia Occidental en general y, puesto que muchos se habían sometido, les dijo que daba al olvido lo pasado y que reconocía como patriotas a todos los griegos que, en el momento de mojar la pluma para la declaración, se alinearan bajo la bandera de la patria. La voz del general

en jefe fue escuchada por los guerrilleros y por los ciudadanos y, en poco tiempo, se formó un potente ejército bajo su dirección.

El inquieto Hastings, después de trasladar a los del capitán general a Dragamesto, navegó para apoderarse de Vasiladi. La noche del 6 de diciembre anclaron enfrente el *Kartería* y una cañonera y el 10 bombardearon, pero inútilmente. Coincidió entre tanto una racha de mal tiempo y se aplazaron las hostilidades hasta el día 15, en que fueron arrojadas siete bombas, de las que cuatro cayeron en las proximidades del islote y una incendió el polvorín. Tras este incidente, los griegos subieron a los botes y se lanzaron a apoderarse del islote; la guarnición se entregó, confusa y asustada; antes de la batalla había 50, pero en el momento de la rendición sobrevivían 31; se hallaron también 12 cañones. Hastings, a pesar de que la guarnición en el transcurso del asedio disparó a un esquife con bandera blanca enviado por él y llevando propuestas de negociación, no guardó rencor ni castigo a ninguno; al contrario, los desembarcó sanos y salvos cerca de Mesolongui e izó en Vasiladi la bandera griega, arriada hacía dos años.

Cuando se dio a conocer el acuerdo aliado los cretenses, con la mira puesta en que su territorio disfrutara de las ventajas que ofrecía, pensaron cómo organizar y reforzar sus acciones militares y, con este objetivo, se enrolaron mil nativos, se contrató a otros mil no cretenses y se dispuso una flotilla naval para apoyar las operaciones por tierra. Dicha escuadrilla llegó a Gramvusa al mando de Miaúlis el 25 de octubre, pero se fue al no encontrar lista la campaña. Mientras, un gran movimiento sacudió a muchas provincias de Creta. Los cristianos de la provincia de Chaniá, los de Apokoroni y los de Avlopotami, entre otros de otras provincias, se movilizaron en armas. Los combatientes del exterior, una vez llegados a Gramvusa, desembarcaron con muchos naturales de la isla al mando general de Yannis Chalis, los primeros el 20 y los otros el 21 de noviembre en Hagios Nikólaos, el puerto de Spinalonga. Suleyman Bey, en Megalo Kastro, sintió un gran temor al ver esta ambiciosa operación y pidió ayuda urgente a Mustafa Pasha, ya que los enemigos habían llegado en su avance a una hora de distancia de la plaza fuerte. Los desembarcados se desplegaron por los distritos colindantes, matando y saqueando por aquí y por allá, mientras otro grupo cayó sobre la capital de la provincia de Mirambelu, Kenurion, lugar en el que había 200 turcos, y mató o cautivó a 40; acorralaron a los demás, entre ellos al gobernador de la provincia, en un potente torreón. Mientras los bombardeaban con un cañón de 48

libras que habían desembarcado, vinieron en su ayuda unos 300 de fuera que, combatidos y derrotados, volvieron atrás; se apresó a 14 de ellos, muriendo 4 griegos y siendo heridos 7. El 25, se vio venir a 1.000 de refuerzo al mando del kiaya bey y con tres cañones y un mortero; pero los griegos les cayeron encima y tuvieron que acampar en una posición fuerte, junto a un monasterio frente a las defensas griegas. Siete horas estuvieron recibiendo tiros de fusilería y artillería hasta que, finalmente, se vieron forzados a abandonar sus defensas, encerrarse en el monasterio y, a la 1 de la noche, huir maltrechos dejando los cañones, el mortero, las municiones y los víveres. Los enemigos caídos se contaron en 150, entre ellos un agá importante, Ladaoglu, y en 36 los prisioneros; también fue herido el kiaya bey y se tomaron 150 mulos. Los sitiados en el torreón, entre los que había 20 albaneses, perdidas las esperanzas tras la huida de sus compañeros, se entregaron con la promesa de que serían enviados en seguridad a Yerápetros; se envió a los albaneses, pero los nativos fueron llevados provisionalmente a la mezquita; sospechando que se maquinaba algo contra ellos, apuñalaron al guerrillero Kumakis, que había entrado antes que los demás para recibir las armas y enseres según lo acordado, y mataron a 9 de sus hombres. Los griegos, exasperados por esta deslealtad, irrumpieron y los quemaron a todos, excepto a los dos hijos del agá y al criado de ambos. Después de estos acontecimientos, llegaron al campamento griego 700 cretenses reclutados por el Egeo y el número ascendió a 3.000; pero, disputando por la jefatura y reducidos a la acefalia, dejaron a algunos como guarnición de Spinalonga y, el 9 de diciembre, los restantes salieron en expedición hacia Malia, en la provincia de Pediada, donde había enemigos, y acamparon junto a la aldea de Mochós, iniciando obras de fortificación; pero atacaron los enemigos y, al principio, se lanzaron contra el baluarte de Kitsos Vúlgaris y, hallándolo fuerte, se alejaron; cayeron después sobre los de Magulakis, Farmakis y Kurmulakis e hicieron huir a sus ocupantes, matando entre otros a Magulakis y Kurmulakis. Sucedido esto, los griegos huyeron por doquier y perdieron hasta su cañón; habrían sido todos exterminados de no ser porque Kazanakis y Katheklís se emboscaron y contuvieron a los enemigos. Después de los reveses en esta batalla, más sufrieron los cristianos al pasar el río cercano, pues había una gran avenida. Se perdió a más de doscientos en la batalla, la huida y la travesía del río. Después de estos horrores se disolvió la expedición y, mientras unos desertaban, otros

volvieron a Gramvusa.

En cuanto a Quíos, la situación era ésta:

Después de la catástrofe, algunos comerciantes quietas establecidos en Syra, hambrientos y sedientos del resurgir de su tierra, cogieron por los pelos la ocasión cuando la Puerta rechazó las propuestas de los aliados y, reuniendo suficiente dinero de los paisanos en el extranjero y poniendo también ellos para la movilización de una fuerza naval y militar y el suministro de lo necesario, confiaron la realización de su ideal patriótico a tres honorables colegas suyos: Amvrosís Skaramangás, Lukas Ralis y Yoryos Psychas. Constituida esta comisión con la autorización del gobierno, se puso en contacto con Fabvier que, disgustado por lo sucedido tras la toma de la acrópolis y por el generalato de Church, al que ni estimaba ni obedecía, estaba recluso en Méthena entrenando a sus regulares; tras costearle lo que se requería para movilizar el ejército regular, puso a su disposición otros 1.500 no regulares a sueldo y movilizó una fuerza naval para cortar la comunicación entre Quíos y el continente. Los almirantes aliados supieron de los preparativos para la conquista de Quíos y se apresuraron a obstaculizar la expedición mediante envíos al gobierno en Egina, al comité en Syra y a Fabvier en Méthena, ya que Quíos no estaba comprendida en la zona que demarcaba la línea fronteriza, según el plan de los aliados; pero, como eran consejos y no órdenes, no se les hizo caso. En aquel momento gobernaba Quíos el anciano Isuf Pasha, componiéndose la guarnición a su mando de 400 regulares, 700 no regulares y 150 artilleros; en el puerto había dos goletas con cañones y dos *místika*.

El 9 de octubre salió Fabvier con los suyos desde Méthena a Psará; el contingente regular estaba formado por tres batallones de 700 soldados, una compañía de artillería, 60 jinetes con caballos y 140 sin caballos, 3 cañones ligeros, 7 pesados y 10 morteros. En Psará se unieron los 1.500 no regulares de Grecia Continental y Quíos, entre los cuales había hijos de los notables de la isla; zarpando todos bajo el mando general de Fabvier, fondearon el 16 por la tarde en Mavrolimenas y, al día siguiente, al salir el sol, desembarcaron frente a un cuerpo enemigo de regulares; librada batalla, los pusieron en fuga y persiguieron; se decía que murieron o fueron heridos 36 griegos y 100 turcos; el comandante Sakis Eminem, que no consiguió refugiarse en el fortín al que habían huido los demás, fue acorralado con otros en uno de los que hay en Varvasi y se rindió tras resistir dos días. Había 14, entre ellos 2 judíos; Sakis Eminem fue dejado

en libertad sin rescate a petición de los quiotas, pues se había portado bien con ellos, y con la esperanza de que a través de él se liberaría a prisioneros cristianos. Los judíos fueron enviados a Esmirna mediante un rescate, pero se les volvió a traer porque hubo un motín de los irregulares. Cuando el desembarco, muchos de los habitantes se refugiaron además de en otros lugares, en los consulados, de los cuales el austríaco fue saqueado y el inglés estuvo en un trís de ser tomado al asalto, pues algunos turcos encerrados allí mataron a cinco griegos con sus fusiles. De los desembarcados, unos permanecieron en la ciudad, otros se diseminaron por las aldeas y algunos tomaron Trulotí, la loma que está al oeste de la ciudad y encima de la fortaleza, y el Psomión, sobre la playa; los enemigos huyeron desde todas partes a la fortaleza, de manera que el 18 no había ningún turco ni en la ciudad ni en ninguna aldea³⁵; hasta ese día cayeron en manos de los griegos 120 prisioneros, los cuales Fabvier envió al gobierno, que los puso en libertad. La tarde del 18, penetró la *Hélade* en el estrecho de Quíos y, al día siguiente, izó Cochrane las tres banderas aliadas y la turca debajo, les rindió honores, desembarcó cinco morteros y a los cuatro días zarpó, volvió a Egina y, el 29 de diciembre, partió hacia Inglaterra a bordo del *Unicorn* dejando la fragata en manos de Miaúlis; después de una ausencia de ocho meses, reapareció a bordo del *Hermes*, un barco a vapor nacional, saldó sus cuentas y se despidió para siempre de Grecia, sin haber hecho nada digno de su fama ni de las expectativas y sacrificios de los griegos y los filohelenos.

Una vez que los turcos se reunieron todos en la fortaleza, algunos de ellos tomaron además la torre marítima; los de Fabvier colocaron el 19 cinco morteros sobre el Psomión y, a medianoche, empezaron a bombardear la fortaleza a los sonos de una música militar. A los dos días, colocaron en la misma posición un sexto mortero y dos cañones cerca de él, con los cuales hicieron callar la torre marítima y hundieron uno de los barcos enemigos que había en el puerto. El 24, cavaron el descampado entre el extremo de la ciudad y el mar junto a los molinos de viento, donde se apostaron los nativos, y el mismo día Fabvier, por medio de un prisionero, envió a Isuf Pasha una carta que decía que la escuadra turco-egipcia había sido incendiada en Neókastro, que los aliados habían cerrado el Helesponto, que Albania había hecho defeción, que el pashá no tenía ninguna esperanza

³⁵ Plano del sitio en Gordon, vol. II pág. 450.

de recibir ayuda y que, si optaba por entregarse, le prometía embarcar en seguridad a toda la guarnición rumbo a Çesme o Mitilene; si no, sufriría todo lo que habían padecido antes los cristianos de Quiós y de Psará. El pashá respondió a esta carta fanfarrona con certeros cañonazos. El 29 fondeó frente a Quiós una goleta francesa y su capitán desembarcó y dijo a Fabvier que el almirante de Rigny le ordenaba evacuar la isla. Fabvier no acató la orden y, al día siguiente, emplazó dos morteros sobre Trulotí. Ese mismo día apareció en el puerto una goleta austríaca, la *Fénix*, izó ciertas señales conocidas sin lugar a dudas por los de la fortaleza y se marchó a la noche siguiente. El 2 de noviembre, uno de los caudillos se introdujo en la fosa que rodeaba la fortaleza, para parlamentar, y el albanés que conversaba con él le cortó la cabeza y la arrojó delante de sus compañeros. Esa misma noche, se vieron fanales junto a la torre marítima, donde entraron antes del amanecer 150 turcos, transportados en tres barcas desde el litoral de enfrente. Al día siguiente, volvió la misma goleta austríaca de las señales y envió el bote a tierra pero, bombardeada por orden de Fabvier, cortó el ancla y desapareció a toda prisa, dejando el bote en la playa; volvió algunos días después y, con permiso de Fabvier, recuperó el ancla y retiró el bote. El día 4, un brick inglés transmitió a Fabvier la orden de los tres almirantes de la alianza de evacuar la isla; Fabvier respondió que necesitaba la orden expresa del gobierno griego. Al día siguiente llegó Almeyda con 200 soldados y 60 caballos para uso de los jinetes regulares que no los tenían; traía también 3 cañones y bastantes proyectiles. A los pocos días se enviaron desde Nauplion otros cañones y morteros; también llegaron el conocido minador Kostas y 40 colegas y empezaron a excavar en dirección a la puerta de arriba de la fortaleza. Mas la noche del 30, salieron los del castillo, pusieron en fuga a los que guardaban la entrada de la galería, la cegaron, mataron o hicieron prisioneros a algunos mineros y volvieron a la fortaleza con un cañón ligero que habían robado.

La posición de la torre marítima, peligrosa por estar bajo el fuego del castillo, se consideraba muy necesaria porque, de poseerla los griegos, se cortaba la comunicación entre los sitiados y la costa de Asia; por ello, cuando Fabvier situó otra batería contra ella, armó cuatro lanchas y, la noche del 1 de diciembre, 200 griegos y filohelenos regulares y no regulares se dispusieron a tomarla; pero los no regulares alborotaron tanto en el trayecto, que los enemigos de la torre despertaron de su sueño y rechazaron a los asaltantes con tiros de cañón y fusil. A partir de entonces, Fabvier tuvo

que limitarse a un simple asedio del castillo, sin esperanzas de apoderarse de él más que por el hambre. Mas, en pleno invierno, el asedio por mar era difícil y peligroso; por ello concibió la idea de destruir, mediante una audaz correría, los almacenes enemigos de la costa de enfrente y los barcos que transportaban de noche los suministros al reducto y, así, suprimir toda ayuda militar. Con este objeto, el día 5 embarcó el primer escuadrón en un barco y lo apeó por la noche a media hora de Çesme, posicionando a unos allí y enviando a los otros a la ciudad con el encargo de que no intentasen nada hasta que los marineros no arrojasen fuego a los barcos enemigos en el puerto. Cuatro chalupas, impulsadas a remos por filohelenos, penetraron amparándose en la profunda oscuridad y sus tripulantes se llevaron tres sacolevas portadoras de víveres, quedándose dos de ellas en la bocana del puerto; habrían incendiado todos los demás barcos si hubieran tenido pirosofones³⁶, pero este trabajo fue encomendado al experto Kanaris, que los seguía con su brulote; sin embargo, el viento era contrario, el brulote no pudo entrar y los barcos no ardieron, de modo que los de Fabvier volvieron a Quíos sin entrar en acción. A primeros de enero llegaron para estrechar el cerco la corbeta turca capturada, rebautizada *Hydra*, y el *Sotir*. Al inquieto Fabvier se le ocurrió navegar con todos los barcos y la mayor parte de sus tropas hasta la bahía de Esmirna y traerse unos rebaños de buen número de reses que pastaban cerca de Urla, pero el día 6, cuando pensaba embarcar el ejército, una violenta tempestad dañó la mayoría de los barcos dentro del puerto y, arrojando el *Sotir* a tierra, lo estropeó, por lo cual aplazó el embarque al día 11; mas la noche del 10, de madrugada, el enemigo abrió la puerta del castillo del lado de los molinos y salieron unos mil, cayeron sobre la línea de trincheras griegas que tenían enfrente y se adueñaron de ella sin lucha, pues huyeron los defensores; sólo quedaron los del cabecilla Guengas, luchando bravamente en su trinchera, sobre la misma línea pero junto al mar. Cerca de la línea ocupada pasaban la noche 225 regulares del II batallón que, al ver la huida de los demás y la resistencia de Guengas y los suyos, se lanzaron contra los enemigos que había en aquella línea y, atrapando a muchos mientras atravesaban la zanja, los mataron. Pero los que habían pasado antes, que eran más, llegaron a la carrera hasta Trulotí y la conquistaron casi sin lucha, al huir los que la guardaban, y clavaron los cañones salvo uno, que volvieron hacia la ciudad. Los griegos que había

³⁶ Primitivos lanzallamas.

en ésta se quedaron atónitos cuando vieron al enemigo encima y muchos huyeron, abandonando las viviendas donde residían; Fabvier por su parte, al ver desde su alojamiento las banderas enemigas ondeando sobre Trulotí, salió corriendo y, tomando dos escuadrones de la III compañía, 200 soldados de la I y 20 jinetes, se dirigió allí a la carrera. Igual que la defensa griega se acobardó y huyó poco antes sólo con ver a los turcos yendo contra ella, ahora se acobardaron y huyeron los turcos al ver a los regulares ascendiendo, mandados por Fabvier. Como no podían volver al castillo por el camino que habían seguido antes, se lanzaron hacia la ciudad con la intención de regresar pasando por ella; pero los no regulares cobraron ánimos al ver a los regulares sobre Trulotí y corrieron a tomar de nuevo las casas que habían abandonado, de manera que los turcos, mientras huían de la matanza, encontraban delante a otros matadores, caían muertos en tropel y, a decir de Fabvier, apenas volvieron ilesos al fuerte unos 150; incluso éstos habrían perecido si los griegos hubieran ocupado antes la zanja entre la ciudad y el castillo. Hubo 30 prisioneros, entre ellos Ibrahim Aga Magdarís, un albanés que mandaba la operación, y cayeron siete banderas en manos de los griegos. De éstos murieron o fueron heridos 39; murió el filoheleno inglés Lutchins y Fabvier recibió una herida leve.

Después de esta aciaga salida, los turcos se mantuvieron tranquilos dentro del castillo y los griegos se aplicaron aún con más afán a interrumpir toda comunicación entre la tierra firme de Asia y el castillo y enviaron hombres a muchas partes de Grecia, a fin de que trajeran embarcaciones aptas para el asedio. Los de Samos y Psará mandaron barcos de esas condiciones; también Heideck les envió una cañonera fabricada en Poros, al mando del filoheleno danés Falsen, pero la echó a pique una andanada enemiga que le cayó encima. Mientras, el asedio por mar se hacía cada día más duro. El 24, las embarcaciones griegas pusieron en fuga a cuatro enemigas que traían víveres; el 29, cogieron a dos que llevaban vestidos y alimentos y, a mediados de febrero, interrumpieron por completo toda comunicación entre la costa asiática y el castillo, de modo que la hambruna comenzó a anunciar la próxima caída de éste, pero los sitiadores también sufrieron males igualmente duros. A causa de la larga e inesperada duración del asedio, se agotaron los recursos del comité y la tropa irregular, privada de sus emolumentos y desfallecida en el punto álgido del crudo invierno, desertaba, no obedecía las órdenes y vagaba por las aldeas, entrando en ellas a saco. La plaga de la indisciplina se contagió a los regulares, que

padecían las mismas penalidades que los no regulares. Los del III batallón se alejaron del campamento por falta de pago y no volvieron más que habiendo avergonzado a su jefe, de forma que el ejército griego amenazaba con disgregarse antes de que se rindiera el castillo. Surgieron discordias y se originaron serias disputas entre el comité y Fabvier desde el comienzo mismo del desembarco y, después de estos sucesos, los males llegaron al colmo a causa del fracaso, según suele suceder; los aumentaban las continuas amenazas de los almirantes aliados, que por tercera vez hicieron un llamamiento al comité y a Fabvier para que se fueran de la isla, con la advertencia de que los dejarían totalmente a su suerte si atacaba una fuerza turca; pero tanto el comité como Fabvier persistían en el asedio, convencidos de que se acercaba la hora de la caída del castillo por falta de lo necesario. Tal era la situación de este asedio a finales de febrero.

1828

CAPÍTULO LXXI

ESFUERZOS DE KAPODISTRIAS EN EUROPA A FAVOR DE GRECIA DESPUÉS DE SU ELECCIÓN.- SU LLEGADA A GRECIA Y FORMACIÓN DEL GOBIERNO.-

La discordia de unos contra otros y la desconfianza entre sí de los griegos en el poder obligaron a la convención nacional de Trezén, como vimos, a elegir gobernador de Grecia a Ioannis Kapodistrias y a poner sólo en sus manos el poder legislativo, repartido hasta entonces entre muchas.

Hacia muchos años que este hombre servía a Rusia³⁷, elogiado justamente por su capacidad política, sus virtudes privadas y la integridad de su carácter; estaba en Liubliana junto al emperador Alejandro cuando estalló la insurrección griega y, como servidor de Rusia, la juzgó susceptible de alterar todas las medidas que se habían tomado para la conservación de la paz mundial y, como griego, inoportuna y peligrosa; políticos de otras cortes dudaban sobre su sinceridad y no cesaban de calumniarle ante el emperador con objeto de alejarlo de su gabinete, opinando que tenía un conocimiento exacto sobre los asuntos de la Hetería y había instigado a Hypsilandis al levantamiento, o que pudo impedirselo pero no quiso; mas la difamación contra él no prosperó porque el calumniado fue desvelando oportunamente al emperador lo que sabía sobre la Sociedad. Ahora bien, lo que no consiguió la calumnia, lo consiguió la solución pacífica de la corte rusa en la cuestión entre ella y Turquía, de la cual hablamos en otro momento; así, cuando el emperador se disponía a emprender el viaje a Verona, Kapodistrias, que entonces se había decantado a favor de la guerra sin ser oído, marchó a Ginebra con un permiso de duración indefinida, al no poder trabajar por un sistema en el que no creía; vivió lejos de Rusia como un simple particular hasta la muerte de Alejandro, gozando de su favor,

³⁷ Como ministro de Asuntos Exteriores.

estima y protección. A la subida al trono de Nicolás, marchó a rendirle sus respetos; por el camino supo de su elección en el congreso de Trezén y, al llegar a San Petersburgo a mediados de mayo, recibió las acreditaciones nacionales sobre aquélla.

Como hemos visto, el nuevo emperador puso en marcha con respecto a la Puerta la política que Kapodistrias quería que emprendiera su antecesor. Como consecuencia de esta afinidad política, creció la ya antes buena disposición de la corte rusa hacia él. Había hasta entonces vínculos políticos que unían a Kapodistrias con dicha corte, pero los nuevos lazos con Grecia exigían la disolución de aquéllos, por lo cual fue dispensado de sus obligaciones para con Rusia y declinó amablemente la posición que le ofrecía la corte, considerando innegociable ser dirigente de una nación y estar a sueldo de otra. Por aquellas fechas se estaba negociando el acuerdo sobre Grecia, y el progreso de los asuntos griegos habría allanado las dificultades para su aceptación y cumplimiento. Con estas miras, la corte rusa, atendiendo a la peticiones del gobernador sobre el progreso de la causa griega, dispuso que se entregaran al gobierno griego, en concepto de préstamo, los intereses acumulados desde el comienzo de la insurrección de las cantidades impuestas por los griegos en la banca rusa para su inversión en las escuelas de Ioánnina, que ascendían a 200.000 francos; o, en su defecto, que se empleasen, a propuesta del gobernador, 400.000 rublos donados por los rusos filantrópicos y correligionarios para rescatar a cautivos griegos. Para aumentar los recursos procedentes del exterior en pro de la mejora de los asuntos de la nación, el gobernador hizo un llamamiento a los griegos adinerados que vivían dentro y fuera de Rusia para que contribuyeran en concepto de préstamo y depositó él mismo 50.000 francos para abrir la cuenta; y después de haber puesto en marcha cuanto exigían sus nuevas posición y circunstancia, partió el 16 de julio de San Petersburgo, lleno de expectativas, y llegó a Londres el 1 de agosto pasando por Berlín.

Era lógico que un hombre como Kapodistrias, que tantos servicios durante tantos años había prestado lealmente a Rusia y que, por su misma posición, se había opuesto en muchas ocasiones a las cortes rivales de aquélla, no inspirase mucha confianza a Inglaterra, por más sinceramente pro-griega y no pro-rusa que fuera su política. Las simpatías y antipatías entre los seres humanos perviven las más de las veces, incluso después de la extinción de sus relaciones; y cuando no perviven, aún entonces se

ven como persistentes; por ello, aunque Kapodistrias intentó por todos los medios borrar la opinión inglesa sobre él, no fue capaz de lograrlo y sus planes políticos no fueron bien vistos en Inglaterra.

Es digna de reseña la forma en que lo recibió Jorge IV^s:

Ya en Inglaterra, pidió presentar sus respetos al rey y, muchos días después, llegado por orden de éste a su residencia en Windsor, fue conducido a la pinacoteca del palacio; tras un buen rato se abrió otra puerta, entró un hombre de elevada estatura vestido informalmente de particular, cerró la puerta y comenzó a mirar las pinturas expuestas y a avanzar hacia donde estaba Kapodistrias. Éste, tanto por la cara como por la talla, estaba convencido de que era el rey, pues lo había visto en los viajes que hacía a Inglaterra acompañando al emperador Alejandro; indeciso por la extraña forma que adoptaba el encuentro, aguardaba lo que fuera a suceder en pie, silencioso e inmóvil. En su avance, el rey llegó a donde estaba Kapodistrias y, de pronto, al verlo exclamó: “*¡Ah! ¡Está Vd. aquí, señor conde! Me alegro mucho de verle.*”³⁸ Dijo esto y, sin aguardar ninguna respuesta, se despidió, se alejó tranquilamente mirando los restantes cuadros y salió por la puerta por la que había entrado. Después, alguien abrió la puerta por la que había entrado Kapodistrias y lo acompañó a su carruaje, como si la entrevista con el rey hubiera tenido lugar. Este comportamiento ilustra adecuadamente la disposición del gobierno inglés para con el gobernador de Grecia.

Estando en Londres, respondió el 11 de julio a los escritos de la asamblea nacional diciendo que había recibido en San Petersburgo los dos decretos, el de su nombramiento y el de la obtención de empréstitos; que, antes de recibir los escritos y sólo con la noticia de su nombramiento en los periódicos, dirigió toda su atención a conseguir recursos; que permanecía aún lejos de Grecia para hacer ver a las Potencias que estaba abandonada y conseguirle recursos más cuantiosos y más firmes; que la inclinación de las políticas exteriores por el bien de Grecia a través de la intervención de las cortes dependía de los militares y políticos de la nación, los primeros obedeciendo a sus jefes y los otros administrando el país, y que esperaba que, a su llegada, se le diese el poder requerido para una provechosa negociación entre Grecia y las Potencias. En esta carta, además, daba a entender el acuerdo de las tres cortes sobre Grecia; pues, aunque en el momento de escribirla el acuerdo ya había sido firmado, sin embargo no

³⁸ En francés en el original.

había sido ratificado; el 19 de agosto, después de su ratificación, escribió más extensa y claramente sobre él, aconsejando al gobierno provisional que lo aceptase sin dudar, pues era la salvación.

Unas seis semanas pasó Kapodistrias en Londres, dedicado de diversos modos y maneras a ser de utilidad a la nación que le había confiado su gobierno, tanto el consejo de los aliados como ante los hombres influyentes del país; y, entre otras cosas, proyectó llevar a Grecia tropas extranjeras para hacer avanzar la guerra y poner orden en el interior. Pero como no se hizo efectivo el préstamo votado por la asamblea de Trezén, tampoco se llevó a cabo el plan sobre las fuerzas de apoyo. De Londres fue a París, donde encontró una acogida inmejorable y permaneció cuatro semanas lidiando a favor de Grecia; de allí fue a Ancona el 8 de noviembre y, al no encontrar el barco inglés mandado a petición suya para la travesía, esperó seis semanas y zarpó a bordo de la corbeta inglesa *Lykos*; en el trayecto se trasladó al bergantín *Warspite* y llegó el 28 de diciembre a Malta, donde residía entonces Codrington; zarpó el 2 de enero a bordo del mismo barco y llegó felizmente a Nauplion; y aquella ciudad, que había sufrido horrores a causa de los disturbios y divisiones internas, se despojó de todo miedo nada más aparecer el barco que traía al gobernador y los comandantes rivales de las guarniciones de Palamidi y Acronauplia, que no hacían caso ni al gobierno ni a al comandante general, le presentaron de propio impulso y el mismo día su sumisión y las llaves de la ciudad y de las fortalezas, pero él no aceptó la entrega por la razón de que no actuaba aún como gobernador. El día 8 desembarcó en la ciudad y fue recibido en el muelle con gran alegría y todos los honores; precedía el clero en hábito de gala y el séquito acompañante; se dirigió a la catedral al sonido de los Te Deums y las aclamaciones y, después de la ceremonia, recibió a los sacerdotes, los mandos políticos y militares de la ciudad y las demás personalidades, subió por la tarde al bergantín, zarpó al día siguiente y arribó el 11 a Egina, sede del ejecutivo y de la comisión de gobierno. El mismo día recibió a bordo la visita privada de los miembros de la comisión de gobierno y, al día siguiente, la visita oficial del presidente del ejecutivo acompañado por ellos, con objeto de conducirlo a tierra firme. En el transcurso de esta visita oficial fue izada la bandera de Grecia en el buque inglés y en la fragata francesa *Hera*, que fondeaba en Egina, y fue saludado con 15 cañonazos. En el almuerzo que se celebró a bordo bebieron a la salud de los tres soberanos y del gobernador y brindaron por

la felicidad de Grecia y, a las salvas de todos los barcos que estaban en el puerto, acompañaron al gobernador a tierra firme las autoridades griegas y los capitanes y oficiales del bergantín y la fragata; al desembarcar lo recibieron laicos y sacerdotes en hábito talar y lo llevaron cantando y con gran alegría al atrio de la catedral, adornado de laurel para la ocasión, donde lo aguardaban el ejecutivo y demás personalidades de la isla y donde se elevaron las correspondientes plegarias a Dios; los elogios en honor de las tres Potencias protectoras y del gobernador llenaron las bocas de todos, fue pronunciado un discurso patriótico a cargo del profesor Kaíris y, tras la ceremonia el clero, las autoridades, los miembros del ejecutivo, las demás personalidades presentes en el lugar, el pueblo y los extranjeros con él desembarcados acompañaron al gobernador a su alojamiento.

Jamás hubo hombres que recibieran con mejores intenciones a su libertador. El militar, el político y el hombre de la calle sintieron todos la misma alegría, pues todos tenían la misma necesidad.

Hemos visto que la tierra firme se mostró teatro de grandes abusos, y sobre todo el mar, y Grecia parecía un barco abandonado a merced de los vientos; por ello, la llegada del gobernador se interpretó como la aparición de la estrella de la mañana en medio del nubarrón; pero, aunque la posición de Grecia era mala, como sin orden ni concierto, era buena la disposición de todo el mundo, sediento del restablecimiento del orden: lo ansiaban los propios culpables de la anarquía, los titulares de las guarniciones de Nauplion, a los que hemos visto entregando espontáneamente al gobernador las llaves de los castillos y sus propias personas. Por esta razón, la tarea del gobernador de poner en orden el Estado era más fácil de lo que superficialmente parecía, pues el mal dominante se debía a las circunstancias, no a las actitudes, y las circunstancias ya no eran las mismas a su llegada, a causa de la protección de la alianza y de las demás ventajas de su alineamiento político.

El congreso de Trezén, que había votado el nombramiento de Kapodistrias, votó también como hemos visto una constitución para el gobierno de Grecia. Su fundamento era la perfecta y total independencia de la nación: se prohibía la abolición de la independencia por cualquier motivo y en cualquier circunstancia. Pero el acuerdo de la alianza diseñaba una Grecia incompleta, es decir, socavaba las bases de la independencia en que se apoyaba la constitución; los griegos, que la habían redactado en abril, cuando no existía la alianza, se apresuraron a aceptar de buena gana

el acuerdo en que se basaba aquélla, de modo que aceptaron unánimemente dos sistemas contradictorios entre sí: la constitución y el acuerdo. No era posible que se amalgamasen estos dos principios, el del vasallaje y el de la independencia, y tenía que prevalecer el más conveniente. La constitución de Trezén concedía la independencia, pero sobre el papel: Grecia, exhausta por tan grandes batallas y desórdenes, carecía de medios para defenderla. Por contra, aunque la alianza ofrecía bienes más modestos, el disfrute de éstos era seguro, al estar garantizado por tres grandes cortes, y se antojaba promotor de la independencia en el futuro. El acuerdo aceptado por Grecia se estaba aplicando ya por medio de las armas y las disposiciones, pues Grecia estaba siendo guardada por mar bajo la protección de él y la batalla de Neócastro era su alumbramiento. El gobernador tenía la firme decisión, aun antes de pisar el suelo de Grecia, de seguir la ruta que había trazado el acuerdo: tampoco era posible recorrer otra; él mismo da testimonio de esta decisión suya en un informe al emperador ruso antes de su partida^t, cuando dice que aceptaría las responsabilidades de su cargo en Grecia si los griegos le dieran plenos poderes para reglamentar su futura existencia en los términos del acuerdo de Londres; mas si los griegos persistían en la completa independencia, no se inmiscuiría en su política y se retiraría a su tierra natal. Pero se necesitaba una legalidad para cambiar el orden constitucional y esa legalidad no existía. Las razones del gobernador para modificar los principios sobre los que la asamblea de Trezén asentaba su gobierno personal eran irrefutables, pero ¿quién podía remover lo que la asamblea nacional había considerado inamovible? Nada más que la asamblea nacional, y el gobernador debía haberla convocado inmediatamente para sancionar su gobierno. Pero recorrió otro camino: pidió –y la obtuvo– la facultad de constituir el nuevo gobierno a los dos cuerpos existentes, el ejecutivo y el legislativo, es decir, a quienes no tenían ninguna capacidad para dársela, porque el congreso nacional no se la había dado. Kapodistrias temió los resultados de un congreso nacional y, desgraciadamente, prefirió este expediente. Pero ¿era conveniente colocar su gobierno en la ilegalidad? Pretextó que el desorden imperante era un impedimento para las elecciones. ¿Y acaso no tuvieron lugar todas las elecciones anteriores y no se celebraron todos los anteriores congresos nacionales en medio de una algarada de dimensiones nacionales? Pero su actitud de después con respecto a la redacción de una ley sobre elecciones y con respecto a las elecciones mismas desveló claramente las verdaderas causas del

aplazamiento del congreso nacional: pretendía influir en las elecciones mediante sus subordinados y, por eso, quería establecer los empleos en primer lugar; mas la brillante y cordial acogida que le dispensó la nación, la obediencia de todos –incluyendo los mismos rebeldes– a sus disposiciones, la plena confianza de los griegos en su capacidad y patriotismo y, ante todo, la necesidad inevitable de una invitación a la participación debían haberlo convencido de que con un congreso tenía todas las de ganar y nada que perder. Mas el gobernador, como mostró toda su actuación política en Grecia, era un hombre de estado pusilánime y sólo él dudaba de lo que nadie tenía dudas. Si hubiera hecho otra política, su gobierno no habría sido estigmatizado como ilegal por la recién aparecida oposición, ni la infeliz nación habría sufrido tantas convulsiones so el pretexto de la ilegalidad, ni él mismo habría apurado tantos sinsabores.

Caído el ejecutivo con su propia aquiescencia, el gobernador levantó encima de sus ruinas y gracias a su consentimiento un órgano político de 27 miembros, “el Panhelinion”, y lo dividió en tres secciones, distribuyendo sus tareas en administrativas, económicas y judiciales; cada una de las secciones tenía por presidente a un llamado probulo; el de asuntos económicos era el probulo de todo el organismo. También fijó las funciones de este órgano; según éstas, era obligatorio que los decretos del gobernador se emitiesen sobre relaciones escritas del Panhelinion o de sus secciones, ya pertenecieran al terreno administrativo o al legislativo; eran administrativos aquéllos de los que se habían ocupado las sesiones del congreso de Trezén, legislativos aquéllos sobre los que no se había legislado nada.

El día en que se hizo público este organismo político, se publicó también una proclama a los griegos exponiendo las causas por las que el gobernador había empleado un tiempo en recorrer Europa para beneficio de Grecia, señalando la necesidad de una institución fuerte y un gobierno legal para tener acceso a los bienes del acuerdo entre los aliados, anunciando la convocatoria de un congreso nacional para abril de ese año y justificando por mor de las apremiantes circunstancias la imprescindible formación de su sistema provisional de gobierno, con la aquiescencia del ejecutivo y de los notables de la nación. Pocos días después, el gobernador realizó el siguiente juramento:

“En nombre de la Santísima e indivisible Trinidad juro cumplir los deberes que la nación me ha asignado basándome en los fundamentos que establecieron los congresos de Epidauro, Astros y Trezén. Juro

cumplirlos hasta la convocatoria del congreso nacional según las normas fijadas durante la formación del gobierno provisional, teniendo como único objetivo promover el progreso de la renovación nacional y política de Grecia, de manera que pueda gozar cuanto antes de los importantes beneficios que le otorga el acuerdo de Londres de 24 de junio de 1827.

Me declaro responsable de todos los actos de mi administración y garantizo que los someteré a la sanción del congreso nacional, que se reunirá en el mes de abril.”

Este juramento tiene un defecto de forma, aunque lo redactó el propio gobernador; en francés, porque él hablaba griego, pero no lo escribía. Tras haber jurado que gobernaría Grecia según las bases establecidas por los congresos de Epidauro, Astros y Trezén, bases que incluían la plena independencia y un régimen representativo, jura gobernarla según el régimen que él introdujo hasta que se convoque el congreso nacional, para que disfrutase de cuantos beneficios le otorgaba el acuerdo de Londres; pero dicho acuerdo declaraba a Grecia tributaria del sultán, y el régimen de éste no era democrático.

CAPÍTULO LXXII

*ERRADICACIÓN DE LA PIRATERÍA.- LOS SUCESOS DE GRAMVUSA.-
REGULARIZACIÓN DE LA MARINA Y EL EJÉRCITO.- ENTREGA DE
LAS FORTALEZAS DE NAUPLION AL GOBIERNO Y CAMBIO DE LAS
GUARNICIONES.- VENTA DE RENTAS.- ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA
DE GRECIA.- DEMOLICIÓN DE TRIPOLITSÁ POR IBRAHIM.-*

Ya hemos hablado otras veces sobre la piratería, pero desde hacía algún tiempo el mal había empeorado mucho. Se había convertido en un fenómeno único y vergonzoso en la historia de las naciones. En una época en que las escuadras de las Potencias de Europa, que habían ido a Grecia para salvar a los griegos, destruían las fuerzas enemigas hundiéndolas en grandes cantidades, algunos griegos que merodeaban por el mar asaltaban los barcos bajo pabellón europeo y maltrataban de vez en cuando a las propias tripulaciones; y lo más incalificable de todo, muchas veces lo hacían al amparo de permisos de navegación firmados por el gobierno; los barcos expoliados eran trasladados a donde residía éste y condenados delante de él por un juzgado sin conciencia ni vergüenza. Toda Europa se indignó, los almirantes de los países aliados bramaron de cólera ante esta conducta, tacharon al gobierno de impotente y malhechor y lo obligaron, quisiera o no, a declarar que bajo ningún pretexto se permitían en adelante salidas del puerto en busca de botín o capturas de ningún barco bajo pabellón neutral, que sólo eran abordables dentro de un radio fijado de antemano cuantos se mostraran culpables de forzar efectivamente el bloqueo y que los transgresores de estas reglas serían considerados como piratas, incluso si iban provistos de permisos regulares de navegación.

Por los días en que llegó a Grecia el gobernador, el escenario de la piratería era la parte de mar comprendida entre el Helesponto, Rodas y el litoral oriental del Peloponeso, pero Gramvusa y las Espórades del norte eran de por sí nidos de piratas, y todo el comercio europeo sufría

terriblemente. Para curar el mal, el gobierno inglés dispuso que se impidiese la navegación a todo barco armado bajo pabellón griego hasta la formación en Grecia de un gobierno capaz de asegurar la circulación por mar, exceptuando los de guerra del gobierno griego y los que navegaban a las órdenes de éste. Según esta disposición, las zonas donde se ha dicho que florecía la piratería atrajeron la atención de los almirantes aliados y del gobernador y, en el encuentro de ambos en Malta, Codrington asumió limpiar Gramvusa y el gobernador las Espórades del norte. Con este fin se envió a Gramvusa al almirante de flotilla inglés Thomas Staines, al mando de tres fragatas, dos bergantines y dos goletas; le acompañaban una corbeta, un bergantín y dos goletas bajo bandera francesa, a las órdenes de Reverseaux; también viajaba Mavrokordatos, como delegado del gobierno griego. Gramvusa es inexpugnable e inabordable por su carencia de puerto y su posición escarpada y expuesta a los vientos; esta base de piratas era al mismo tiempo refugio de los luchadores cretenses por la libertad: de allí partían a la vez facinerosos por mar y guerreros contra los turcos por tierra. Los aliados querían el cese de la piratería, pero también el progreso de la causa griega, esperando así forzar aún más a la Puerta a la negociación. Por ello, cuando la citada fuerza anglofrancesa se dejó ver ante Gramvusa, el comodoro inglés escribió a la comisión de cretenses de la guarnición que venía a erradicar la piratería, no a impedir la lucha de la isla en favor de la libertad. En cumplimiento de la misión para la que había sido enviado, pedía que le entregaran sus barcos, las mercancías escapadas al saqueo y doce cretenses con nombres y apellidos, considerados los más culpables; y que entregaran la fortaleza al gobierno griego. En aquel momento, los cretenses se atareaban en trasladar desde Gramvusa al puerto de Sfakiá las columnas militares locales, junto con las arribadas allí para reavivar la ya renacida guerra bajo el mando de, entre otros, Chatsí-Michalis, y sugirieron al jefe de la flotilla que no impidiera la operación ya en curso, prometiendo entregarle después el fuerte y los barcos, pero negándose a hacer lo mismo con los doce individuos, ya que ninguno de ellos se encontraba dentro. Hamilton y Mavrokordatos apoyaron esta proposición, ya que era acorde con las directrices de la alianza; pero el jefe de flotilla, que era hombre aferrado más a la letra que al espíritu de sus instrucciones y consideraba culpable a la comisión, pues entre sus miembros había algunos de los doce, no confiaba en sus palabras y, ante esta desobediencia dio la señal de atacar, siendo el primero en abrir

fuego desde la fragata *Isis* contra los barcos que había delante del castillo y contra la propia fortaleza. Era el 19 de enero y a aquella hora soplaba un fuerte viento del S.O. La *Isis*, bordeando la costa con objeto de dañar aún más a los barcos en el puerto, se encontró de repente cerca de los arrecifes y viró para escapar al peligro. Pero en la inesperada maniobra cayó sobre la *Cambria*, que navegaba a su vera, y las dos corbetas se entrelazaron. Para separarlas, los marineros cortaron las amarras de la *Cambria* y la *Isis* se salvó, pero aquélla, empujada hacia tierra por el viento reinante y no pudiendo enderezar el rumbo debido a sus desperfectos, encalló en los arrecifes y naufragó; la tercera fragata, acompañante de la que cayó en los arrecifes, también corrió peligro, pero se libró arrojando el ancla a lo más hondo. Mas estos accidentes no hicieron desistir al comodoro de lo que se había propuesto. En el puerto de Gramvusa había doce barcos grandes, de los cuales fueron incendiados cuatro, hundidos tres y cinco apresados y enviados a Malta; para acabar con las hostilidades, el comodoro exigió la entrega de los doce y la del castillo. Los cretenses estaban dispuestos a entregar la fortaleza, pero a ninguno de los doce, volviendo a decir que no había ninguno dentro; por ello, los barcos aliados pusieron sitio al castillo sin permitir la salida a nadie, pues cuantos mas hubiera, más rápida se preveía la rendición, al consumirse los alimentos. Se decía que había siete mil almas. Entre tanto se presentó, mandada por el gobierno griego para hacerse cargo del castillo, una guarnición de cien regulares al mando del filoheleno Urquhart, pero tampoco ésta era muy dócil ni tan numerosa como reclamaba el orden dentro del castillo, ya que los hombres armados que estaban dentro y no formaban parte de ella sumaban diez veces más; por esta razón, desembarcaron cien anglofranceses para ocuparlo e imponer el orden. Mas los de la fortaleza, al verlos venir y temiendo que, reforzada la guarnición, algunos de ellos lo pasaran mal y perdieran todo lo que aún conservaban como fruto de la piratería, cerraron la puerta delante de sus narices; sin embargo, la abrieron cuando los vieron aproximarse dispuestos al asalto; algunos de ellos pensaban salir con la esperanza de convencerlos para que volvieran a los barcos, pues no querían dar pie a un enfrentamiento. Pero, al abrirse la puerta, los anglofranceses se lanzaron y entraron a la fuerza, sin que nadie les hiciera frente. Al día siguiente entraron otros 200. Una vez ocupado el castillo, se permitió salir a los que quisieran, pero los guardianes vigilaban en la puerta para que no saliera ninguno de los doce; porque estaban dentro, según decía el comodoro.

Por aquellos días murió el jefe de la guarnición, Urquhart, aplastado por el techo de su carcomida residencia, que cedió al impetuoso viento. Para sucederle se envió al filoheleno Hane, de Hannover.

Una vez tomado el castillo por los anglofranceses, el miedo de sus pobladores iba en aumento, tanto más cuanto el comodoro no cesaba de reclamar a los doce ni de recurrir a los más variados medios para capturarlos; la mayoría de los hombres armados permanecían encerrados dentro de las casas, prestos a la resistencia si se ejercía la fuerza. Mientras imperaban la sospecha y el miedo, el comandante de la flotilla fue informado de que los anglofranceses que estaban en tierra corrían el peligro de ser aniquilados una noche determinada por medio de una mina. Con este soplo, el comandante Strangeways corrió al lugar señalado y sorprendió a algunos cuando estaban poniendo la pólvora para volar el edificio donde se alojaban los anglofranceses, con lo que fue abortada la abominable acción. En el castillo se estremecieron todos y muchos de los culpables huyeron temblando en la oscuridad de la noche, pero fueron apresados algunos, entre ellos seis de los doce buscados, y enviados a Egina cargados de cadenas; simultáneamente, se despacharon a Malta los seis barcos aprehendidos que se habían salvado, acusados de piratería, pero fueron desviados para su entrega al gobierno griego, con la prohibición expresa de devolverlos a sus propietarios; igualmente se remitieron a Malta todos los artículos robados mediante el ejercicio de la piratería que fueron encontrados en el castillo; al descubrirse lo de la mina, desembarcaron más soldados de las naves aliadas y la fortaleza se vació por completo: se fueron los de Chatsí-Michalis y demás, todas las casas fueron derruidas y así terminaron los sucesos de Gramvusa.

El gobernador, habiendo asumido la erradicación de la piratería en las Espórades del norte, encargó la tarea a Miaúlis. Éste no tuvo que soportar lo que los cazapiratas de Gramvusa, pues los olímpicos refugiados en aquellas islas, dueños de casi todas las embarcaciones dedicadas a la piratería, se las entregaron voluntariamente, en un número de 80; el almirante quemó unas y mandó otras al gobierno para su uso. Para prevenir el resurgir de la plaga, el gobernador deportó a Eleusis a todos los olímpicos que había en estas islas, por la persuasión o por la fuerza. Gracias a estos movimientos, el mar se vio libre de piratas. También se organizó la marina de guerra y la mercante, por obra de un adecuado reglamento que aportaba las garantías imprescindibles, por cuya estricta aplicación velaba el gobierno. Europa entera ensalzó al gobernador que había terminado con la piratería.

Principalísima preocupación del gobernador era la regularización del ejército. Desde el principio de la insurrección hasta su llegada, el ejército no se había reglamentado: el soldado era más sumiso a su jefe que al gobierno, porque la verdad era que el jefe le daba la comida, el sueldo y los ascensos; habitualmente tenían mucho menos que los que recibían la orden de alistamiento, algunos sólo a sus hijos adoptivos. No obstante, reivindicaban raciones y sueldos equiparables a los del orden regular. Pero la parálisis en que se encontraba el ejército a la llegada del gobernador, dañina en los demás aspectos, contribuyó a la regeneración al disolver los lazos preexistentes entre jefe y soldado. El gobernador quería organizar el ejército en batallones de a mil; por el Peloponeso pululaban muchísimos soldados de Grecia Continental sin recursos, maltratando a los débiles. El gobernador se propuso librar al Peloponeso de este azote, sacar provecho de esta soldadesca y demostrar su utilidad en la expedición a su tierra de origen; así que los convocó a todos en Trezén, los halló receptivos y los convirtió por primera vez de soldados de un jefe en soldados del gobierno, separándolos de aquéllos sin ruido y poniéndolos bajo la dirección de otros jefes sin que hubiera protestas. Cuando se le informó de que estaban reunidos, el 12 de febrero subió al bergantín inglés que tenía a sus órdenes y, escoltado por dos fragatas rusas y una francesa, viajó a Poros, donde los barcos aliados le rindieron honores de jefe de Estado y los habitantes de toda condición, junto con los oficiales de tropas irregulares, desplazados allí para la ocasión, lo recibieron en tierra y lo acompañaron a la iglesia, donde se entonó el habitual Gloria a Dios, y de allí a su alojamiento. A los cinco días de su llegada a Poros, escoltado por los mandos de los barcos aliados y por los oficiales griegos, se trasladó a Trezenia, sobre la loma de enfrente, donde lo saludaron los soldados con gritos de guerra, con Hypsilandis en cabeza; estaba inactivo y el gobernador, pensando nombrarlo comandante general, lo había enviado allí antes para guardar la disciplina y organizar los batallones; tras pasar revista al ejército, al prolongarse la organización de los batallones, zarpó al día siguiente rumbo a Nauplion con la misma escolta de los aliados. Hemos dicho que, durante la travesía, los que retenían las fortalezas las ofrecieron espontáneamente junto con sus propias personas; sin embargo, muchos dudaban de la sinceridad de éstos, entre ellos el propio gobernador, pero los jefes de guarnición se mostraron muy obedientes y entregaron lo que habían prometido; el gobernador puso las fortalezas a las órdenes de Heideck y les ordenó a ellos que lo acompañasen a Trezén

para ser alistados en los batallones que se estaban organizando. La entrega de estos castillos fortaleció al gobierno recién constituido y engrandeció justamente el nombre del gobernador, tanto dentro como fuera de Grecia.

Habiendo dispuesto así las cosas en Nauplion, volvió por tierra a Trezén donde, una vez organizados los batallones, se colocó en el centro, les tomó juramento, les entregó las banderas y los envió a Eleusis bajo el mando de Hypsilandis, como general de Grecia Oriental, y a otros dos incompletos a Grecia Occidental al mando del comandante en jefe de la región, encargándole de organizar allí de la misma forma los cuerpos militares.

Regularizados los ejércitos, se promulgó la venta de las rentas del Peloponeso y se llevó a efecto con gran utilidad para el erario. Las rentas del Egeo se habían vendido ya a bajo precio a causa de las irregularidades, pero la seguridad que comenzaba a disfrutar el Estado en el interior y el exterior prometía una importante ganancia. El gobernador, al encontrar un motivo plausible en lo desordenado de la puja anterior, las sacó de nuevo a subasta, indemnizando a los ex-compradores y beneficiando a las arcas públicas.

Después de arreglar lo de las rentas, volvió a Nauplion a través de Corinto, donde reemplazó la guarnición del Acrocorinto por una regular; durante su estancia en Nauplion, se dedicó a poner en funcionamiento el organismo administrativo del Estado. Con el comité gubernamental, los deberes administrativos se confiaban a los senados locales. Éste fue el procedimiento que imperó también durante el gobierno provisional, de manera que no había funcionarios; sólo los servicios de policía y comandancia de guarniciones los ejercían hombres mandados por el gobierno. El congreso de Trezén, al darse cuenta de la inconveniencia del elevado número de provincias en el sistema de la turcocracia, decretó la fusión de muchas y denominó a estas unidades regionales como a los temas de la época bizantina. El gobernador, de acuerdo con el Panhelinión, siguió la misma táctica y dividió el Peloponeso en siete sectores y las islas en seis, dándoseles las denominaciones antiguas. El primer sector del Peloponeso, formado con las provincias de Argos, Nauplion, Kato-Nachayés y Corinto, se llamó **Argólide**; el segundo, con las de Kalávryta, Vostitsa y Patras, **Acaya**; el tercero, con las provincias de Gastuni y Pírgos, **Élide**; el cuarto, con las de Arkadiá, Neókastró, Metona y Koroni, **Alta Mesenia**; el quinto, con las de Nisí, Kalamata, Emblakia, Ándrusa, Leondari, Mikromani y Esparta Oeste, **Baja Mesenia**; el sexto, con las provincias de Monemvasía, Mistrás, Prastós y Esparta Este, **Laconia**; y el séptimo, con las de Fanari, Karýtena, Tripolitsá y Hagios Petros, **Arcadia**.

Las islas se dividieron en dos regiones, Espórades y Cíclades, y cada una se subdividió en tres sectores, que tomaron los nombres de su posición geográfica: las Espórades del Norte fueron Skíathos, Skópelos, Esciros, Hiliodromia y Psará; las Espórades orientales, Samos, Kálymnos, Leros, Patmos e Icaria; y las occidentales, Hydra, Spetses, Poros, Egina y Salamina. De las Cíclades, las del Norte fueron Syra, Sérifos, Thermiá, Zea, Andros, Tenos y Miconos; las del centro eran Naxos, Paros, Íos, Sícinos, Polýkandros, Melos, Kímilos y Sifnos; y las del sur, Sandorini, Anafi, Astipalea, Casos y Kárpathos.

El gobernador puso al frente de cada uno de estos trece sectores un procurador extraordinario y ordenó que estas autoridades administrativas crearan consejos de aldea, de villa, de ciudad y provinciales según nuevas formas, que no obstante tenían por base la ley ya existente sobre elección de senadores y que delimitaban con más precisión los cometidos de estas instituciones locales. Ocupado también en el aumento del ejército regular, renovó la ley sobre empadronamiento de la tercera legislatura.

Así, con la aniquilación de la piratería, la reglamentación de la marina de guerra y mercante, la regularización del ejército y la adaptación del aparato administrativo y municipal, en aquellas fechas el Estado tomó una forma como nunca la había tenido.

En el momento de nombrar los procuradores extraordinarios, coincidió el enseñarles sus obligaciones con un ejemplo práctico. A su llegada nombró, con lo que tenía a mano para el servicio, administradores provisionales en Egina, Poros, Syra y Nauplion. El de Nauplion, Ioannis Theotokis, empleó dinero del Estado en la reparación de ciertos edificios de la nación y, enfrentado al concejo en funciones, aceptó la renuncia de éste y puso otro en su lugar, pero sin pedir permiso al gobierno ni para el gasto ni para la sustitución. Al saberlo el gobernador, cesó a su subordinado y lo amonestó oficialmente como infractor de sus funciones. Esta severidad inspiró gran confianza al pueblo. Con tales augurios comenzó el nuevo gobierno sus tareas administrativas.

Los días en que el gobernador se dedicaba a organizar la administración, Ibrahim partió al frente de su ejército de las fortalezas de Mesenia y, quemando, destruyendo, asolando y cautivando, subió el 9 de febrero a Tripolitsá, donde tenía una gran guarnición, que despachó el día siguiente, a las órdenes de Suleyman Bey, hacia las fortalezas mesenias, a donde también envió todos los prisioneros. Después, ordenó la demolición de la

ciudad y, empuñando un pico, fue el primero en dar ejemplo. Cinco días completos estuvo trabajando el ejército, bajo su supervisión, al ritmo de las trompetas y tambores: las murallas, las iglesias, las mezquitas, las fuentes y demás sólidas construcciones de la ciudad fueron derruidas por medio de minas; también por medio de minas fueron derribadas en las afueras las iglesias abovedadas de San Nicolás y Santa Bárbara. Concluida su obra, los asoladores rezaron y, después de la oración, dispararon sus fusiles; a las dos del día 16 prendieron fuego a toda la ciudad, esparcieron sal y salieron, pidiendo a grandes voces el mismo destino para Nauplion. Y unos pocos jinetes se apostaron detrás de las ruinas y en algunas hondonadas de la llanura y tendieron una emboscada a unos campesinos que corrían contentos e incautos a la incendiada ciudad vacía.

La retirada egipcia de las entrañas de la península y el confinamiento de todas las fuerzas enemigas al litoral comprendido entre Patras y el golfo de Mesenia facilitaron la implantación del nuevo organismo administrativo del Peloponeso.

1828

CAPÍTULO LXXIII

CONTACTOS ENTRE EL SULTÁN Y LOS ALIADOS.- DECLARACIÓN DE GUERRA DE RUSIA A TURQUÍA.- CONTACTOS ENTRE LOS ALIADOS.-

Mientras Grecia se acercaba más estrechamente a las cortes europeas por medio de su ordenamiento debido a la obra del gobernador, la Puerta rehusaba toda propuesta de paz con Grecia y rompió sus relaciones con ellas. La retirada de los embajadores de Constantinopla, con motivo de su comportamiento hacia ellos y su sordera a las proposiciones de paz con Grecia, perturbó y atemorizó a la alianza. Ésta, por procurar la paz entre Grecia y Turquía mediante la aplicación del acuerdo, se estaba arriesgando a ir ella misma a la guerra con la Puerta: tan posible la creía, que el 31 de noviembre reiteró en el consejo aliado que tanto en paz como en guerra permanecería dentro de los límites del acuerdo que tomó y ajena a todo provecho particular. Pero si las Potencias estaban de acuerdo en esto, estaban en desacuerdo en lo demás. La interrupción de relaciones con la Puerta y la actitud de ésta hacia el comercio y los súbditos después de la retirada de embajadores no afectaban por igual a las tres; por ello, no contemplaban la ruptura de la misma manera. Si se cortaba la circulación por el mar Negro, se perdía el hasta entonces lucrativo comercio de algunos ingleses y franceses, pero se dañaba mortalmente a las provincias meridionales de Rusia, porque se impedía la exportación de sus productos. Además, aún estaban por ejecutarse algunas cláusulas del tratado de Akkerman que eran muy valoradas por Rusia; radicalmente distintas eran las posturas políticas de las Potencias para con el imperio otomano: las unas pretendían su conservación y la otra, su caída. Así pues las Potencias, impulsadas por diversas motivaciones, esgrimían soluciones distintas a la retirada de embajadores para obtener sus objetivos: pacíficas Inglaterra y Francia, ofensivas Rusia. Ésta propuso que, si en un plazo fijado la Puerta no atendía las reclamaciones, los ejércitos rusos cruzaran el Prut en nombre

de la alianza, sin detenerse hasta conseguir su objetivo, y que las flotas de la alianza bloquearan Constantinopla, considerasen enemigas a todas las naves otomanas y egipcias que intentaran traspasar el Helesponto, dictasen frente a las murallas de los palacios las condiciones de paz, bloqueasen Alejandría y bombardeasen hasta su devolución las plazas del Peloponeso en poder del enemigo. En una palabra, lo que Rusia proponía era que las Potencias hicieran la guerra a Turquía por tierra y por mar hasta el cumplimiento del acuerdo. La propuesta cumplía el objetivo de la alianza, pero no la aceptaron las otras dos Potencias, en especial Inglaterra, por la razón de que su aceptación hacía peligrar la paz en Europa y se oponía al espíritu apaciguador del propio tratado que la propuesta quería poner en práctica. Tras muchas discusiones, acordaron impedir la introducción de todo tipo de artículos para uso de las tropas de Ibrahim por medio de un bloqueo marítimo, alargaron la línea del bloqueo hasta el litoral de Acarnania por el norte y hasta Creta por el sur, e invitaron al gobierno griego a enviar barcos suyos para bloquear las fortalezas mesenias. A esta llamada zarparon 8, al mando de Sachturis; pero, si las dos Potencias desestimaron los belicosos planes de Rusia contra la Puerta, ésta, con su prepotencia e insensatez, justificó la puesta en marcha de aquéllos, para su daño y vergüenza.

Hemos dicho que, cuando los embajadores se fueron de Constantinopla, la Puerta quiso asumir la protección de los súbditos de la tres Potencias, de sus intereses y de los barcos bajo pabellón de ellas, pero he aquí lo que hizo: cerró el Bósforo y estorbó la circulación de todo barco bajo bandera rusa o de otra nacionalidad, procedió por la fuerza a desembarcar las cargas de los barcos fondeados en Constantinopla y a fijar un precio arbitrario para ellas, pero sin darlo a conocer directamente y, mientras, perjudicaba a los interesados elevando la cotización de su moneda; consideraba a los súbditos de las tres Potencias como súbditos suyos, y castigaba a unos por delincuencia o exiliaba a otros por perturbar el orden, juzgando y decidiendo sus casos por el código de justicia turco; a muchos que no podían asegurar de otra manera sus intereses, los obligó a inscribirse como *rayades*; estas medidas apuntaban principalmente a Rusia, ya que sus súbditos en Turquía eran los más numerosos, los barcos bajo su pabellón eran más y sus provincias meridionales sufrían terriblemente, a consecuencia del corte de la navegación por el mar Negro. Y lo peor de todo, simultáneamente publicó el 8 de diciembre de 1.827, para estupor

de toda Europa, un *hatt-i sherif*³⁹ leído en palacio y que venía a decir que todos los infieles, principalmente los rusos, eran enemigos mortales de los musulmanes; que Rusia se empeñaba desde hacía 50 o 60 años en cumplir sus objetivos, devastadores para Turquía, y había intervenido en la rebelión de sus hermanos de religión, los griegos; que griegos y rusos se habían conjurado para exterminar a los musulmanes y este complot había sido descubierto; que Rusia, por medio del engaño, había ganado a Inglaterra y Francia para su causa contra los musulmanes y a favor de los griegos y que, si la Puerta consentía en lo que las Potencias pretendían para Grecia, serían aniquilados el Estado y la estirpe de los musulmanes; que la Puerta ya sabía que sólo la guerra resolvería la cuestión griega, pero había tenido condescendencia hasta entonces con las Potencias para no turbar la tranquilidad de los fieles y ganar tiempo para los preparativos necesarios de una guerra; que las reivindicaciones rusas en Akkerman eran inaceptables, pero las había aceptado y puesto en práctica en su mayor parte a causa de las apremiantes circunstancias; que Rusia estaba continuamente incordiando a Turquía porque le envidiaba su reforma militar y lamentaba la supresión de los jenizaros, pues en aquellos días el Estado otomano corría hacia su perdición; que finalmente había llegado la hora de la guerra y que esta guerra no era política, sino religiosa y nacional, porque los infieles se habían conjurado para la desaparición del islamismo y la caída de la estirpe musulmana y por eso los creyentes, viendo la guerra como una necesidad, debían no sólo no pedir soldadas, sino sacrificarlo todo para llevarla a buen fin.

Después de publicar el *hatt-i sherif* en cuestión, la Puerta quiso limpiar más aún la capital de francos sospechosos y dio en tanta severidad y rigidez que ordenó que los católicos armenios, que vivían desde muchos antes en la ciudad, abandonasen sus casas, talleres y pertenencias en el plazo de diez días y volviesen a Ankara, desde donde se habían mudado en otro tiempo; los expulsó con sus mujeres e hijos porque, según el decir de la Puerta, eran francos; se decía que los expulsados fueron 27.000. Así la Puerta, por lo que hizo contra la bandera de Rusia, contra sus súbditos y contra su comercio en una flagrante transgresión de los tratados, por lo que intrigó contra Rusia junto a la corte de Persia y, sobre todo, por lo que dijo en su documento del 8 de diciembre, echó a perder todos los arduos esfuerzos

³⁹ Edicto imperial.

de las Potencias desde el comienzo de la insurrección griega en pro del mantenimiento de la paz y, el 14 de abril, el emperador de Rusia le declaró la guerra y, al anunciar el hecho a sus aliados, prohibió toda injerencia entre el sultán y él, advirtiéndole que la consideraría un atentado contra su imperio y contra los términos de los acuerdos; sin embargo, permaneció dentro de los términos de la alianza en lo referente a Grecia, dejando esto sujeto al examen y la decisión comunes, como hasta entonces; mas, al declarar la guerra para defender los intereses rusos, declaró igualmente que, una vez obligado a emprenderla, no depondría las armas hasta que se pusiera en práctica el acuerdo sobre Grecia.

La declaración de guerra, más que asustar a la Puerta, alteró los ánimos de los aliados. La Puerta esperaba que, gracias a una guerra que desaprobaban todas las demás cortes, se quebrara la cohesión de la alianza y, así, ella se libraría de las gravosas reclamaciones sobre Grecia; esperaba también recibir auxilio, pues creyó que sus intereses coincidían con los del equilibrio en Europa. Para resquebrajar la alianza, llamó a los embajadores de Francia e Inglaterra de vuelta a Constantinopla, pero no fue atendida, porque no decía que aceptaría la mediación ni la tregua, consideradas por la alianza como preliminares de la paz en Grecia. La alianza estuvo a punto de romperse, porque la posición del emperador de Rusia se aparecía como una novedad y era inconciliable con sus objetivos. Rusia estaba en guerra con la Puerta a causa de sus intereses y en paz como miembro de la alianza, pero en la declaración de guerra incluyó el problema griego y quería llevar a su término la guerra griega con la misma arma con que defendía sus propios intereses; mientras que, como miembro de la alianza, sólo aceptaba el uso de medios pacíficos para la consecución de este objetivo; además, pretendía asociar a sus dos aliados en las hostilidades contra la Puerta, con el pretexto de hacer efectivo los términos del acuerdo, y les propuso operaciones marítimas conjuntas en el Mediterráneo contra la Puerta; y como preveía que no le harían caso, les dijo que, si no la ayudaban de esta forma para cumplir el acuerdo sobre Grecia, tendría que hacerlo ella de la manera que exigía su exclusivo interés. Al ver que había estallado la guerra, el gobierno inglés, dispuesto a evitarla, ya que para eso había negociado el acuerdo, no sólo declinó la invitación a hacerla juntos, sino que incluso consideró disuelta la alianza; desde entonces, pues, se interrumpieron las conversaciones conjuntas y esta Potencia buscaba nuevos vínculos políticos con otras; también propuso al gobierno francés

que sólo sus dos cortes fijaran los problemas sobre Grecia que no estaban definidos; pero Francia se negó; pues, al contrario que Inglaterra, no veía disuelta la alianza. Había pues sobre la mesa dos proyectos políticos: el ruso, a saber, que los tres aliados hicieran la guerra naval a la Puerta en el Mediterráneo, y el inglés, o sea, que Rusia se abstuviera de toda hostilidad contra la Puerta en el Mediterráneo. Una vez rechazado el ruso por Inglaterra, no quedaba sino que Rusia diera su consentimiento al inglés, para preservar así la alianza, o que hiciera lo que había proyectado, con lo que se disolvería; pero esta disolución perjudicaba a Rusia en el momento más álgido de la guerra, por lo cual aceptó de mala gana el dictamen de Inglaterra y, así, la alianza se salvó del peligro, se reiniciaron las conversaciones entre los plenipotenciarios de las tres Potencias y, el 3 de junio, el de Rusia suscribió con los representantes de Inglaterra y Francia en el consejo aliado un documento en el que el emperador renunciaba a toda intervención bélica en el Mediterráneo. De esta forma, Rusia hizo la paz en el Mediterráneo mientras hacía la guerra fuera de él. Puesto que el acuerdo decía que, de no aceptar la Puerta la mediación de las cortes, las cortes entrarían en relaciones con Grecia enviando y recibiendo embajadores si las autoridades se hacían acreedoras de tales relaciones, y puesto que esta condición se cumplía al haber llegado a Grecia el gobernador, el consejo aliado decidió no sólo el envío de cónsules, sino también que se reunieran en Corfú los tres embajadores que se habían ido de Constantinopla y, allí o en otro lugar, discutiesen con los griegos sobre el acuerdo, así como sobre las cláusulas, el tributo, las indemnizaciones y la participación de la Puerta en la elección de las autoridades griegas. Ya que el consejo vio posible que la Puerta cambiara su política en razón de las duras circunstancias aceptando la mediación de la alianza y ordenando el alto el fuego, encaminó a los embajadores sobre lo que había que hacer en tal situación; pero la Puerta, aunque seguía intentando separar a Inglaterra y Francia de Rusia o, en otras palabras, disolver la alianza, rechazó entonces, como lo había hecho antes, tanto la mediación como el alto el fuego.

CAPÍTULO LXXIV

LA GUERRA EN QUIÓS, GRECIA OCCIDENTAL Y CRETA.- DESTRUCCIÓN DE UNA CORBETA Y UN BERGANTÍN TURCOS EN EL CABO MELAN (KARA BABA).- EPIDEMIA DE PESTE EN GRECIA.- EL PATRIARCADO ECUMÉNICO ENVÍA ARZOBISPOS A GRECIA.- CONTRIBUCIONES DE RUSIA Y FRANCIA.- TOURNÉE DEL GOBERNADOR Y FORMACIÓN DE UNA COMISIÓN ADMINISTRATIVA GENERAL.-

La expedición para conquistar la muy sufrida Quíos no prosperaba, en medio de tantas dificultades internas y externas y del desacuerdo que reinaba entre su comandante en jefe, Fabvier, y el comité de los quiotas; pero se mantenía gracias al esfuerzo de los interesados y contra el parecer de los almirantes aliados.

Al llegar el gobernador, mientras el comité y el general invocaban la decidida contribución de aquél para corroborar las acciones de ambos, los almirantes trataban de conseguir a través de él el licenciamiento de las tropas, no por desafección a la causa griega, sino porque estaban convencidos de que, pasara lo que pasara, Quíos quedaría fuera de la línea fronteriza por su posición geográfica. El gobernador, que no estaba obligado a obedecer a los almirantes ni podía sostener la guerra todo lo que era conveniente por falta de medios, envió a Fabvier seis mil *distila* para mantener el ejército —de ellos, mil eran una contribución de los quiotas de Malta— y lo nombró delegado extraordinario del gobierno para la isla, confiándole la dirección general de los asuntos militares y políticos; también mandó a Miaúlis a bordo de la fragata, acompañada por otros barcos pequeños, con la misión de apoyar la lucha si iba bien y, si no, ocuparse del rescate de los que estaban en la isla, transportando a los regulares a Méthena, a los irregulares a Egina y a los nativos de la isla a donde quisieran. Pero antes de llegar Miaúlis, o sea, el 28 de febrero, apareció en el paso de Quíos Tahir Pasha al mando de una fragata, una corbeta, otros dos buques de guerra y un

carguero y, tras abrir fuego sobre tres barcos griegos que se hallaban allí y vencerlos, quedó dueño del canal. Entonces subieron a las embarcaciones preparadas al efecto los 2500 turcos reunidos al otro lado unos días antes por el pashá de Esmirna, Hasán, y el siliktar⁴⁰ del gran visir y cruzaron seguros a Quíos; al principio, cuando intentaron desembarcar en Hagía Heleni⁴¹ fueron rechazados y murieron algunos; pero, al desertar muchos de los defensores de aquella posición y andar escasos de municiones los que quedaban, echaron pie a tierra y entraron en el castillo el 2 de marzo al salir el sol. El desembarco rompió de una vez por todas el cerco de la fortaleza por tierra, pues se retiraron tanto los regulares como los irregulares. Los pobres habitantes de la isla, temerosos de padecer otra vez los males de la primera catástrofe, se iban amontonando en el litoral occidental; pero al día siguiente cobraron nuevos ánimos, ya que los barcos turcos se retiraron después de efectuado el desembarco, una vez que llegó a Quíos de Rigny a bordo de la *Tridente*, que acompañaba a la fragata *Fleur de lys*; dos días después llegó también Miaúlis, que restableció el bloqueo marítimo, apretando a los turcos por hambre, pues no les había dado tiempo de introducir víveres. Mejorada así la situación en el mar, se discutió mucho si reanudar el cerco de la fortaleza por tierra; pero los griegos pasaban tanta hambre como los turcos, y tampoco tenían provisiones; por lo cual, quisieranlo o no los jefes, subiendo a bordo de los barcos franceses o a la *Hélade* y los demás griegos, se marcharon todos de la isla, llevándose sólo una pieza y dejando el resto de la artillería en manos del enemigo; con ellos se fueron muchos de los naturales; los que se quedaron bajo el poder de los turcos no sufrieron represalias.

En el momento de su disolución, el asedio era visto como sostenible, por lo que hubo gran indignación popular; al desembarcar en Syra, Fabvier tuvo que defenderse con su espada de la agresión de algunos quiotas; le acusaban a él, al gobierno y a la comisión de no cumplir con su deber y ellos, en sus discusiones, acababan echándose la culpa unos a otros y en continuas reclamaciones sobre el coste de la expedición.

Hastings, tras adueñarse de Vasiladi, planeó la toma de Anatolikón; con este objeto, se reunieron los soldados necesarios en los islotes de Vasiladi y Hagios Sostis y, la noche del 10 de abril, fueron transportados en las

⁴⁰ Título turco para el escudero de un alto cargo miliar.

⁴¹ Al norte de la ciudad.

lanchas armadas preparadas al efecto a Dolmás y algún otro islote cercano, sobre el que instalaron una batería.

Por aquellos días algunos de los escuadrones en tierra firme ocuparon el pasaje del profeta Elías, atacaron a los que habían salido de Mesolongui para llevar víveres sin sospechar nada, les quitaron las bestias de carga y mataron a 15 de los acompañantes, haciendo prisioneros a 10, aunque algunos de ellos también salieron mal parados.

Una vez que se consiguió Vasiladi, los turcos de Anatolikón temían el asalto por mar de los griegos; por lo cual amurallaron el acceso a la boca, que se llama Poros, y montaron guardia después de fortificar el islote que hay sobre la entrada; pero los griegos derribaron el muro cayendo hacia el mar, se adueñaron de Poros e hicieron prisionera a la guarnición. Hecho esto, se prepararon para adueñarse de Anatolikón y, una vez que las tropas de tierra se reunieron enfrente para colaborar, el 11 de mayo los marineros, llenos de confianza, emplazaron sus barcos al mando de Hastings a tiro de fusil de la ciudad y la pusieron en grave aprieto, bombardeando y siendo bombardeados sin cesar, desprotegidos en embarcaciones no cubiertas. Pero cuando todo parecía favorable, ardió de pronto la embarcación que llevaba las municiones y poco después fue herido Hastings en el brazo izquierdo, sufrieron heridas otros 20 de los suyos y cayó muerto víctima de su gran arrojo Andreas Papapanu, jefe de las cañoneras. Estas desgracias malograron el osado intento; los combatientes se alejaron y Hastings, aquejado de fuertes dolores, fue trasladado a Zacinto a bordo del *Kartería* para ser atendido y desembarcado en el lazareto, donde murió el 20 de mayo, dejando un recuerdo imborrable de filohelenismo desinteresado, gloriosas luchas a favor de la libertad y carácter íntegro; un año después, el gobernador celebró en su honor una misa pública en Poros, donde le erigió también una tumba provisional¹⁴.

Más duros que los reveses sufridos por los griegos en la laguna de Mesolongui fueron los que sufrieron en Creta por las mismas fechas.

A principios de enero se había despachado hacia Gramvusa un nuevo refuerzo de infantería y caballería, reclutada una vez más, como las anteriormente allí desembarcadas, gracias a colectas de los cretenses; mandados por Chatsí-Michalis, los 600, de los cuales 100 eran jinetes, echaron pie a tierra en Frangokástelon, en la costa entre Sfakiá y Hagios

Vasilios, para soliviantar a los de Sfakiá⁴²; pero estos no se ponían de acuerdo entre sí: unos eran de la opinión de permanecer tranquilos, otros de hacer algo, pues de lo contrario no habría ocasión de incluir a Creta en el nuevo Estado griego, aún indefinido; ésta era la opinión mantenida por la mayoría. Mustafa Pasha, temeroso de que se impusiera la opinión partidaria de la guerra, organizó una expedición a primeros de abril y acampó en la provincia de Apokoronos para presionar a los de Sfakiá; les escribió que, si no echaban antes a los enemigos escondidos en sus costas, subiría a las montañas y los castigaría; además, ordenó a sus tropas diseminadas por todas partes que se concentrasen a su alrededor. Mientras, la situación de los de Chatsí-Michalis era difícil: confiaron en los sfakianos, pero éstos dudaban, y su fuerza era pequeña de por sí; el gobernador, a quien recurría Chatsí-Michalis para lo que faltaba, ni enviaba dinero para aumentarla, porque no lo tenía, ni le daba permiso para retirarse; escaseaban incluso las provisiones de este contingente, pues no tenían más que lo que tomaban de Gramvusa; sus componentes, hombres vivos y belicosos que veían cosas distintas a las que esperaban, murmuraban contra el jefe e insistían en luchar o retirarse. El jefe, altivo y belicoso también, se decidió por la guerra y, dejando 100 soldados en Frangokástelon, el 8 de mayo marchó a saquear la provincia de Rethymni con los restantes de a pie y a caballo, a los que se unieron algunos del lugar al mando de Manusoyannakis, y al día siguiente fue a dar por casualidad con un destacamento turco que, dirigido por el pashá de Rethymni, iba camino del campamento general. Dicha columna, cogida por sorpresa al no esperarse la operación de los griegos, quedó estupefacta ante el repentino ataque y retrocedió, siendo perseguida hasta el castillo y muriendo o siendo hechos prisioneros 40, entre éstos Ikintsi Agá, de Chaniá. Los de Chatsí-Michalis sufrieron sólo una baja y, tras coleccionar los frutos en sazón de la provincia y robar las reses encontradas, volvieron a Frangokástelon.

Al saber esto, Mustafá irrumpió en Sfakiá con cuatro mil de infantería y trescientos de caballería y llevando dos cañones y un mortero y, sin haber causado ningún daño por donde pasaba, el 16 de mayo sentó sus reales en las aldeas de Patsanós y Kapsódasos, a media hora de Frangokástelon; al día siguiente dejó allí parte del ejército y partió hacia él; salieron a su encuentro los de la fortaleza ufanos de su valor y, llenos de confianza por

⁴² Todo ello en sur, al O. de Lefká Ori.

la pasada victoria, no dejaron guardia alguna en ella para cubrir la retirada en caso de necesidad. Erigieron con lo que tenían a mano cinco baluartes y aguardaron al enemigo, desafiándolo a la batalla cuando se acercaba; ni siquiera se preocuparon de situar las defensas a tiro de fusil una de la otra, para socorrerse. Los turcos cayeron al día siguiente sobre la barricada central, en la que había 100 griegos al mando de Kiriakulis Argyrokastritis. Estos, juramentados para vencer o morir, se enlazaron los pies para salvarse o perecer juntos, pero apenas vaciaron sus fusiles cuando los enemigos, diez veces superiores en número, saltaron la barricada daga en ristre y coparon a todos, salvo a dos que huyeron. Entonces los de las otras cuatro barricadas, temerosos de que les pasara lo mismo que a sus compañeros, huyeron a encerrarse en la fortaleza; pero los turcos corrieron a su vez a interceptarlos. Chatsí-Michalis, con la intención de llevar a cabo una maniobra de distracción, cayó sobre la caballería enemiga y la dispersó, aunque era tres veces superior en número, pero sin ir en su persecución, y fue hacia la puerta donde se combatía; la enconada lucha se hizo entonces más enconada aún, al llegar la caballería griega y añadirse luego la turca. La confusión y falta de visión por efecto del humo y del polvo llegaron a tal punto, que muchos cayeron a manos de sus compañeros, pues no distinguían entre amigos y enemigos. Todavía se peleaba a la entrada, cuando se oyeron disparos por la parte de Patsanós y Kapsódasos. Unos sfakianos se habían enterado de que Mustafá había salido contra Frangokástelon al frente de todo el ejército y tuvieron el coraje de correr en su auxilio, cayendo sobre los enemigos que habían quedado en dichas aldeas, mientras se desarrollaba la batalla ante la entrada de la fortaleza. La acometida atrajo a muchos de los enemigos que luchaban a la puerta del castillo y, de este modo, el oficial Palaskas pudo ocupar el patio y matar al primer alférez del enemigo cuando estaba izando en él el estandarte, con lo que los griegos entraron en el recinto, donde se encerraron no sin haber sufrido grandes pérdidas en la batalla: murieron 338, entre ellos casi toda la caballería, cuatro jefes y el propio Chatsí-Michalis, bravo entre los bravos; los enemigos descuartizaron su cuerpo y llevaron la cabeza ante el pashá; murieron otros tantos enemigos, entre los cuales muchos oficiales y jinetes.

Cuando los de Sfakiá que habían atacado Patsanós y Kapsódasos supieron que sus compatriotas que habían sobrevivido estaban seguros en la fortaleza, se retiraron, pues eran pocos. Habían muerto 5 de ellos y otros 13 sufrieron heridas.

El día después de la batalla, Mustafá cercó el castillo y lo bombardeó; los de dentro estaban en un gran apuro, pues aunque abundaban la carne y los productos del campo, eran inservibles por la falta de leña; la huida parecía el único medio de salvación, pero muchos estaban heridos y no podían correr, y los sanos no querían abandonarlos; a pesar de todo, se salvaron gracias al siguiente cúmulo de circunstancias:

El primer día de asedio, Mustafá supo que Sfakiá, en pie de guerra, iba a atacar. En virtud de esto, propuso a los sitiados que se fueran por mar llevándose sus armas y pertenencias, pero con la condición de que en lo sucesivo no lucharan en Creta; y les prometió víveres para la travesía. Estas condiciones de salvación eran honrosas y aceptables, pero ¿qué seguridad había de su cumplimiento? Los griegos recelaban una trampa, Mustafá una violación de la cláusula de no intervención. Pero sucedió algo que despejó las dificultades: una gran parte de los sitiadores y casi todos los asediados eran del Epiro y principalmente albaneses, mahometanos aquéllos y cristianos éstos; incluso había algunos conocidos y gente cuya familia guardaba viejos vínculos de amistad. Cuando se reconocieron a través de las conversaciones habituales en la guerra, cambiaron la enemistad en amistad, los afortunados tuvieron a gala mostrarse útiles a los menos afortunados y se apresuraron a garantizar a Mustafá la escrupulosa observación de no inmiscuirse por parte de los sitiados y a éstos la buena fe de Mustafá para con ellos; para acreditarlo, se ofrecieron muchos como rehenes, de manera que los que ayer estaban a punto de morir a sus manos ofrecían hoy su vida por ellos. En tales circunstancias, tan felices e inesperadas, el día 24 se retiraron todos los encerrados sanos y salvos tras intercambiar regalos, aunque 20 permanecieron junto a Mustafá. Este noble acto de unos hombres incultos, que honra a la naturaleza humana, coloca la ingenua simplicidad por encima de la civilización, tan pagada de sí misma, y trae a la memoria el pasaje de Glauco y Diomedes, los que se reconocieron en medio de la batalla como ligados por lazos de hospitalidad, y las melifluas palabras que se dirigieron en aquella ocasión:

“En adelante no nos acometamos con la lanza por entre la turba . . .

.....
Y ahora troquemos la armadura, a fin de que sepan todos
que de ser huéspedes paternos nos gloriamos.”⁴³

⁴³ *Ilíada* 6, 226, 230-31 (Traducción de Luis Segalá y Estalella).

Después de los sucesos de Frangokástelon, Mustafá derruyó la muralla y se retiró, sin invadir Sfakiá como era su intención; pero los sfakianos, que en un principio se habían movilizad sólo para defenderse, reforzados ya por los de Riza y Lakia y de otros lugares hasta llegar a los dos mil, decidieron pasar a la ofensiva y tomaron los pasos por los que había de pasar Mustafá camino de Rethymni. Él no tardó en informarles de que no tenía intenciones hostiles contra ellos, que había salido sólo contra los que habían venido del exterior para alborotar la zona y que no guardaba rencor a los de Sfakiá que habían participado en el ataque contra las aldeas, y los perdonaba. Pero ellos no hicieron caso, cargaron el 25 contra sus cuatro mil infantes y jinetes en los pasos de Chalara y los derrotaron; volvieron los turcos al día siguiente y atravesaron con muchas bajas. Desde allí llegaron al día siguiente en su avance a otro paso más difícil, el de Kórakos⁴⁴, donde lo pasaron aún peor, siendo confinados y bloqueados en el fondo de un valle sin agua y desprovistos de víveres. Entonces Mustafá convocó a junta general a sus oficiales y, una vez reconocido que era delicada la situación del ejército, les dijo que sólo veía un medio de salir del atolladero: tirar sus cosas a los pies del enemigo para que, cuando éste se entregase a la rapiña, les diese a ellos tiempo de pasar al otro lado. Así sucedió; el enemigo pasó sin ser perseguido y la infeliz Creta, mientras su destino pendía del exterior, perdió por culpa de la codicia de unos pocos su más fuerte baza en el consejo aliado: el total aplastamiento de sus enemigos, que en esta expedición de quince días murieron en número de 1050, siendo apresados 50 y salvándose sólo 40 caballos de toda la caballería; murieron también 25 cristianos y tres de sus jefes fueron heridos de gravedad.

Por aquellos días navegaba Miaúlis a bordo de la fragata hacia las costas de Asia Menor y, el 22, se encontró entre Mitilene y el cabo Melan con una corbeta enemiga de 28 cañones, recién fabricada en la isla, y un bergantín con 22 bocas de fuego. Los persiguió y obligó a acogerse al abrigo del fuerte situado en dicho cabo; el 29 acudió desde Samos a su llamada Kanaris y, al día siguiente, su brulote se lanzó diestramente sobre la corbeta, comunicándole sus llamas. Los turcos las extinguieron ayudados por el viento, pero la fragata se le puso cerca y, con violento fuego de artillería, hundió las dos naves y mató a la mayor parte de sus tripulaciones.

⁴⁴ “Del Cuervo”

Cuando se estaba organizando la gobernación interna de Grecia, se declaró una epidemia a mediados de abril, primero en Hydra, poco después en Spetses y luego en el Peloponeso y en la propia sede del gobierno. La plaga se cebó en las fortalezas de Mesenia y fue propagada por el intercambio de prisioneros que se practicaba en la zona.

Cuando se declararon los primeros síntomas del mal, el gobernador estaba en Nauplion; visitó Hydra y Spetses en persona sin bajar a tierra y, el 1 de mayo, volvió a Egina; al principio se estableció en Perivola, ya que halló la ciudad en cuarentena; unos días después subió a la ciudad y, el 14, fue a Poros a bordo del bergantín griego *Nelson*, escoltado por la fragata francesa *Hera* y la inglesa *Dryad*, sin comunicarse a causa de la enfermedad; gracias a la reacción del gobierno, ésta se extinguió en poco tiempo.

Mientras estaba en Poros, el gobernador recibió y dio a conocer la importante noticia de la guerra entre Rusia y Turquía; recibió también de la corte rusa 1.500.000 rublos en billetes e inició a partir de entonces el bloqueo por mar de Eubea y el golfo de Volos, después de incrementar el ya emprendido del Ática.

Entre tanto la Puerta, rechazando la mediación de las Potencias en favor de Grecia, procuró manejar al Patriarcado Ecuménico para someter a los griegos, haciéndole invocar y tomarse la licencia para devolver al redil a los descarriados. En cumplimiento de estas órdenes, el Patriarcado envió a Grecia a cuatro metropolitans: los de Nicea, Calcedonia, Larisa y Ioánnina, además de al gran canciller. Éstos recorrieron diferentes partes de Grecia y, anunciando lo que les habían encargado, llegaron el 21 a Poros y, al día siguiente, se entrevistaron oficialmente con el gobernador, en presencia de los capitanes de la *Hera* y la *Dryad*, convocados para ser testigos de las propuestas a los griegos; hicieron entrega al gobernador de una carta sinodial recriminatoria y amenazadora, exhortando a la sujeción. La carta se dirigía a la gente del Peloponeso y de las islas del Egeo, puesto que la Puerta consideraba ya sometida a la de Grecia Continental. Los enviados, que no tenían otro encargo que la entrega de la carta sinodial, recibieron en respuesta el rechazo de las propuestas y la condena de las inhumanas acciones del sultán, que eran las que habían encendido la lucha de los griegos; se les recordó que los griegos habían jurado liberarse o morir y se les dijo que, gracias al benefactor acuerdo de la alianza, estaba próximo el final de sus desgracias y el cumplimiento de sus esperanzas y anhelos.

Y éste fue el resultado del nuevo intento de supeditación de los griegos a la Puerta por medio del Patriarcado, maquinado para entorpecer las favorables resoluciones de las cortes y evitar su injerencia.

El 3 de junio, el gobernador fue a Eleusis para inspeccionar el campamento de Grecia Oriental y, dos días después, volvió a Poros, donde encontró claras muestras de la buena voluntad del rey de Francia para con Grecia: 500.000 francos para contribuir a la causa y seguridades sobre el envío, a partir de entonces, de una remesa mensual por la misma cantidad. En esta visita a Grecia Oriental decidió visitar igualmente el campamento instalado en la Occidental, para conocer de cerca sus necesidades y la situación de los vecinos de aquella zona. Hasta entonces, sus viajes eran de pocos días, sin nombrar una autoridad que le supliese en su ausencia; pero como éste ya duraba bastante, estableció una “comisión administrativa general” con los tres presidentes del Panhelinión, le dio directrices y, el 15, zarpó de Poros a bordo del bergantín inglés; con él iban el bergantín francés *Escipión* y la fragata rusa *Helena*. Antes de zarpar, con motivo de la muerte de Chatsí-Michalis, envió hacia Creta a Reineck, más como observador que como lugarteniente suyo.

CAPÍTULO LXXV

PERSONALIDAD DEL GOBERNADOR; SU ACTUACIÓN EN GRECIA.- CAUSAS Y COMIENZO DE LA OPOSICIÓN.- LOS KUNDURIOTIS.- LA BANCA, LA ACUÑACIÓN DE MONEDA Y LA ATENCIÓN A LOS HUÉRFANOS.- EDUCACIÓN NACIONAL.- SUSPENSIÓN DE TODA LA PRENSA ANTIGUBERNAMENTAL.- ACTITUD DE VIAROS, HERMANO DEL GOBERNADOR, Y EXTENSIÓN DE LA OPOSICIÓN DEBIDA A ELLA.-

Kapodistrias, encumbrado en la corte rusa, era visto no sólo como simpatizante, sino también como fiel seguidor de su política en Grecia. Cuando fue llamado a gobernar ésta, en vano renunció a toda remuneración por parte de Rusia y se deshizo de cualquier vínculo con Rusia; nadie creía sincera esta actitud suya; y eran injustos con él porque, fuera cual fuese su inclinación hacia la corte rusa, su alma era más griega que ninguna: cambió por Grecia el ascendiente de que gozaba en Rusia y no por Rusia su gobierno en Grecia; dirigente de Grecia no por influencia rusa ni ninguna otra foránea, ni tampoco por confabulación interior sino por la libre voluntad de la nación, no tenía motivos para halagar los intereses de ningún Estado extranjero en perjuicio de su patria; si se mostraba deferente con la corte rusa, era porque le debía mucho reconocimiento como gobernador de Grecia, pues acogía benévola cualquier petición suya en nombre de aquélla, colocó en buena disposición hacia él al gobierno francés y plantó su escudo delante para neutralizar al ministerio inglés, que le era desfavorable; en una palabra, la corte rusa no escatimó ningún recurso para apoyar al gobernador, no le reclamó nada en Grecia para ella y su relación resultó beneficiosa para el país y para él. El fin primordial de la hoja de ruta gubernamental de Kapodistrias era la mejora material del pueblo, pues veía en ella la base y el motor de todo lo demás y, cuanto más se preocupaba de ella, tanto más se retraía en el desarrollo intelectual. Muchas cualidades lo adornaban: sus hábitos eran morigerados, su carácter

íntegro y su disposición, buena; veneraba la religión de sus padres y gustaba de ofrecer públicamente todo domingo y todo día festivo en alabanza a Dios; su vida era sencilla, sin afectación ni ostentación, gentil y educada su conducta privada y universalmente reconocido su desinterés por el lucro; destacó en la diplomacia de la época por su inteligencia, capacidad de trabajo y espíritu conciliador; su hablar era persuasivo y su férula agradable; lo mismo encantaba al zar Nicolás por monárquico que fascinaba a Lafayette por demócrata; bajo su vigilante gobierno, la administración del país era parca. Pero había algunos lunares que ensombrecían esta brillante imagen: gustaba de hablar de sí mismo, ensalzarse y despreciar a los héroes de la revolución; y, lo más inconveniente de todo, los ponía en ridículo cuando les hablaba, aunque los alababa cuando escribía a extranjeros; beneficiario de los primeros honores sin haber participado en la guerra, quería rebajar la gloria de aquélla para que no pareciera que su amor propio debía agradecimiento a quienes le dieron el poder, por lo que no cesaba de decir que él, gracias al patrocinio de Europa, había dignificado la autoridad, que estaba por los suelos. Lo que era justo atribuir sobre todo a las felices circunstancias políticas en las que fue llamado para gobernar el país, él lo atribuía autocomplacientemente a su capacidad y su propia estimación; creía que se le agraviaba si la alianza y Europa no veían en él a Grecia, y Grecia en él a su libertador. Tal engreimiento lo arrastró a absurdos, impropios de su recta inteligencia y buen corazón: no dudaba en denominarse sin cortapisas salvador de Grecia, ni en proclamar destructores de ella a los gobernantes anteriores a él, en su propia cara; llamaba a los *kotsambasides*⁴⁵ turcos disfrazados de cristianos, bandidos a los jefes de guerrillas, vasos de Satanás a los fanariotas y majaderos a los intelectuales; sólo consideraba dignos de su afecto y protección a los campesinos e industriales y decía a los cuatro vientos que sólo por el interés de éstos velaba su gobierno; no tenía reparo en jactarse de haber encontrado a Grecia aislada y haberla puesto en contacto con Europa; de que, si él se iba, Grecia perecería; y de que el país no saldría adelante si no venían de fuera a gobernarlo, si no se le daba todo el poder para atar y desatar y si no se enterraba en el pasado a la generación de los combatientes; amante de su patria y profesando principios liberales, quería gobernar despóticamente a sus compatriotas arguyendo que tal era el tipo

⁴⁵ Latifundistas, que integraban las filas de los notables.

de gobierno que convenía a una nación que estaba pasando de la esclavitud a la libertad; tampoco creía que el despotismo suele corromper hasta los buenos hábitos de los que son déspotas por el bien el pueblo; no aguantaba ni la pequeña parcela de poder que él mismo dio al Panhelinion.

Unos días después de su llegada a Grecia, llamó a Egina desde su tierra⁴⁶ a su hermano mayor, Viaros, y al amigo íntimo de éste, Ioannis Yannetás⁴⁷, discípulos ambos de la escuela de Venecia; seis días después de que llegaran, el 20 de marzo, los estableció en el Panhelinion, entre los más destacados prohombres de la causa, y les dio un poder como no había dado a ningún otro, nombrándolos conjuntamente legisladores, juristas y jueces supremos; además, confió a Viaros la administración de las Espórades occidentales, a las que pertenecía Egina, la sede del gobierno; al marchar a Grecia Occidental, lo dejó como lugarteniente del presidente de la sección sobre temas militares, que estaba en Egina bajo cuarentena, y secretario del comité gubernamental, lo que era lo mismo que su líder. Estos nombramientos anticonstitucionales, seguidos por otros semejantes, al igual que las inconvenientes palabras del gobernador sobre los combatientes hirieron muchas susceptibilidades, transformaron la buena disposición hacia él y le enajenaron hasta las simpatías de los gubernamentales.

Andaba por Grecia un agricultor irlandés llamado Stevenson; el gobernador le ordenó cultivar patatas, le costeó lo necesario para ello y le dio permiso para que escogiera la tierra adecuada para el cultivo. Casualmente, la elección de Stevenson recayó sobre el campo de Apathia, enfrente de Poros. Este campo lo habían comprado los Kunduriotis en 1825 y era de aquéllos cuya compra había sancionado el congreso de Epidauro, pero a cambio de una indemnización a los compradores; como los gobiernos posteriores no tenían para compensarles, les dejaron el usufructo. Según el decreto nacional, el gobernador podía privar a los Kunduriotis de la posesión de ese predio, pero tenía que indemnizarlos, según el espíritu del propio decreto; sin embargo, el campo fue expropiado sin indemnizar ni informar a los propietarios, como si no hubiera mucho más campo público igual de útil para el cultivo. Estos Kunduriotis tan desconsideradamente tratados por el gobernador no pertenecían a la clase de los tan denostados *kotsambasides*, fanariotas, jefes guerreros o intelectuales; eran comerciantes que se habían

⁴⁶ Corfú.

⁴⁷ O Yennatás.

enriquecido asentados en una tierra improductiva, beneficiando a muchos y sin hacer mal a nadie; habían gastado en bien de la patria casi todo su capital sobrante, trabajando incansablemente y arriesgando por ella. De especial consideración y estima gozaba Lázaros, el mayor de los dos hermanos: era de mente despierta y corazón generoso, y desplegaba un gran celo en favor del buen desarrollo del ideal nacional; piedra angular de la tantas veces alborotada y sufriente Hydra, sólo se agachó una vez y, aun entonces, causó mas beneficio que perjuicio al común; congresos y consejos nacionales, con la aquiescencia de sus propios rivales, lo llamaron a la magistratura suprema de la nación y siempre renunció a ella; cuando la capital ardía en facciones, los políticos vieron conveniente llevarlo allí para tranquilizar al pueblo. “Todos los griegos –le dijeron los que fueron a verle– estiman tus palabras y se alegrarán muchísimo de verte”. “Pues si eso es así, –respondió Lázaros– será mejor que no me vean.” La caída de Mesolongui, como vimos, abatió y llenó de desesperanza a toda Grecia; Ibrahim volvió desde allí a las fortalezas de Mesenia y pensaba navegar hacia Hydra para destruirla. Hasta los inquebrantables hydriotas se estremecieron y, temiendo sufrir lo mismo que sus hermanos de Psará, se congregaron al completo fuera de la ciudad para ver la manera de abandonar su tierra, ya que no podían defenderla de la inminente captura. Y entonces Lázaros, que veía el éxodo de Hydra como el final de Grecia, tomó la palabra y dijo: “Haced lo que queráis, hermanos, pero mi hermano, yo y los míos moriremos donde hemos nacido.” “Y nosotros, y nosotros”, gritaron los oyentes, entusiasmados por estas palabras. Así eran los hombres despreciados por Kapodistrias en el punto álgido de su reprehensible aprehensión contra los hombres de la revolución; tal actitud contra tal tipo de ciudadanos fue lo que hizo crecer subrepticamente la oposición y obligó a los Kunduriotis a ponerse al frente de ella.

Por aquellas fechas se acuñó la primera moneda nacional griega, otra circunstancia que dejó clara la presunción del gobernador y su injustificado desprecio a los anteriores decretos. Compró en Malta y trasladó a Egina una máquina que estaba por allí inservible desde el tiempo de los Caballeros y acuñó con ella monedas de oro y plata, ambas con la imagen del fénix, y la de plata además con el nombre de éste; no grabó el fénix como homenaje a la Sociedad, pues ya hemos visto cómo la despreciaba y rechazaba; lo que quiso simbolizar con él es que Grecia había caído durante la guerra y remontado el vuelo en los días vivificantes de su gobierno. Puso el mismo signo en las banderas que, como dijimos, presentó al ejército en Trezén,

a pesar de que fue abolido oficialmente en el primer congreso nacional, pues era el símbolo de la Filikí Hetería, y sustituido por el de Atenea, que a partir de entonces estuvo en uso hasta que llegó Kapodistrias.

Poco dinero trajo el gobernador a Grecia, pero muchas esperanzas de obtenerlo, esperanzas no defraudadas en parte, pero el mantenimiento del servicio militar reclamaba bastantes fondos en efectivo. Para subvenir a esta necesidad, llamó a los griegos a un préstamo con intereses, fundando un banco y dotándolo de bienes públicos para asegurar los préstamos. Pero este banco lo era sólo de nombre, ya que no ejercía labores bancarias; de hecho, era una caja para uso del servicio; aunque los griegos habían sido esquilados durante la guerra, no fueron sordos al llamamiento.

El gobernador creía en el progreso de la nación griega a partir de la siguiente generación, ya que la de entonces estaba echada a perder por la doble calamidad, según decía, de la turcocracia y la insurrección; así pues, en medio de las múltiples tribulaciones de su gobierno no descuidó, en la medida de lo posible, la educación moral y religiosa de la quinta que iba surgiendo y reunió en Egina gran cantidad de niños, en su mayoría huérfanos, que iban de acá para allá sin recursos y sin hogar, muchos siguiendo a las tropas como hijos adoptivos de los capitanes; al principio los estableció en una escuela provisional, después en un espacioso orfanato erigido al efecto. La generosa caridad de correligionarios rusos y otras contribuciones dadas al gobernador sirvieron para la construcción de este establecimiento y para criar e instruir a los huérfanos; pero es notable el plan educativo introducido primero en el orfanato y después en todo el Estado. El gobernador pensaba que la educación superior era nociva para la sociedad y que eran la educación secundaria y la religiosa las que contribuían a la felicidad. Sobre estas bases fundamentó la organización general de la educación pública; no quería fundar una universidad, sino una escuela central en Egina, otra de teología en Poros, otra militar en Nauplion, otra de derecho en Atenas y otra de marina en Hydra; y quería que estas diseminadas escuelas enseñaran bajo la inmediata supervisión de su gobierno.

Este modelo de educación nacional y este tipo de gobierno no encontraban apoyo en los periódicos, que eran totalmente libres en Grecia. La libertad de prensa se mantenía intacta desde el comienzo de la revolución, cualesquiera que fuesen los cambios que sufriera la política, las pasiones que encendían las guerras civiles y las asambleas nacionales que se constituyeran; y, al llegar el gobernador, nada se legisló ni se

dispuso contra ella, pero se paralizó la impresión de diarios. La imprenta de Mesolongui, desde la cual se difundían las *Crónicas*, había sido enterrada entre las ruinas de la ciudad; durante la dominación de Atenas, se había disgregado también la que había allí, de modo que cuando llegó el gobernador, sólo existían en Grecia tres imprentas: dos griegas, que editaban respectivamente en Egina el diario general de Grecia y en Hydra *El Independiente*, y una francesa que editaba *Mélissa*⁴⁸. A la llegada del gobernador, los dos diarios de Hydra se trasladaron a Egina y *Mélissa* se transformó en gubernamental, en tanto que *El independiente*, opositor al gobierno, cesó al poco tiempo; así que sólo se editaba en griego el diario general de Grecia, pero al editor del mismo se le ordenó que publicase sólo lo previamente aprobado por su hermano Viaros, de manera que a partir de entonces no se escribía ninguna crítica al gobierno^v. El congreso de Trezén prohibió expresamente toda nacionalización local y transfirió el derecho sólo al Legislativo y al gobierno; pero las hubo a favor de Viaros, Yannetas, Heideck, Rizos y el propio gobernador. Éste, como guardián y ejecutor de las leyes, debía haber desaprobado las ilegalidades que atañían sobre todo a él y los suyos, y sin embargo les daba el visto bueno. Tal trayectoria política atemorizó a la gente, pues tendía a la arbitrariedad. Dispuestos así los ánimos, la actitud de Viaros en las circunstancias que siguieron los indispuso más aún contra el gobierno y consolidó la oposición.

Al declararse la peste, este hombre creó arbitrariamente en su sector puestos sanitarios, que no existían previamente en Grecia; so pretexto de desinfectarlas, ordenó que se abrieran y quemaran las cartas, pero dispuso también que se leyeran y se le comunicara lo que fuera digno de mención, pues le intranquilizaba la oposición enmascarada contra el gobierno de su hermano. El pavor que dominó a este hombre, que veía conspiraciones donde no las había y motivos de espanto donde no había nada que temer, lo llevó a otros absurdos más graves y más ominosos. Sospechando que Tatsis Manyinas, miembro del Panhelinión, intrigaba contra su hermano, ordenó prender a su correo cuando salía de Egina y le quitó sin más la carta y, al leerla, resultó ser una simple carta enviada por un hombre a su mujer. Otra vez, sus subordinados detuvieron a Dimos Kanelópulos cuando iba de Egina al Peloponeso y le registraron en busca de cartas sospechosas, sin encontrar nada. En Egina había muchos que protestaban por estas

⁴⁸ *La Abeja*.

prácticas ilícitas, especialmente Miláitis, miembro de la anterior comisión gubernamental, y su pariente Vratsanos. Varios volvió inesperadamente a Egina desde Hydra, donde se encontraba por aquellas fechas, y dio la orden de irrumpir por la noche en casa de estos ciudadanos, que fueron arrancados de sus camas y trasladados a Poros y de allí a Nauplion, donde los metieron en la torre marina sin informarles del motivo de la detención. Aunque el Estado no padeció todas las calamidades con que la peste amenazaba, las medidas sanitarias en Egina abrumaban al pueblo haciéndose más severas cada día, con el objetivo político antedicho y no por temor a la plaga, que iba remitiendo poco a poco; lo abrumaban en especial las maneras hoscas y desconsideradas del presidente de la agencia sanitaria de Egina. Por este motivo, 150 pacíficos ciudadanos, entre ellos unos notables de Grecia Oriental, enviaron una petición con sus firmas a Varios, que estaba entonces en Poros, criticando las formas del presidente. A los pocos días se llamó al palacio de gobernación en Egina a los más distinguidos entre los firmantes, para darles una respuesta; el jefe de sección les mostró el escrito y, tras preguntarles si era el mismo, les anunció que el gobernador extraordinario le había ordenado quemarlo delante de ellos; de modo que le prendió fuego. Así respetaba Varios el derecho de reclamación, un derecho que estaba en vigor en toda Grecia incluso bajo el dominio turco.

El gobernador extraordinario sobrepasó, como en todo lo demás, los límites de todo respeto político y quiso poner su voluntad por encima no sólo de las leyes vigentes, sino incluso de la de su hermano, que era el que le había dado el poder. En Grecia los réditos eran altos, debido a la escasez de dinero y a la falta de seguridad sobre devolución de la deuda. El gobernador instó a la moderación del interés, pero su hermano proclamó lo siguiente en una circular dentro de su sector: “El gobernador insta a la moderación en los intereses, mas yo me veo obligado a decidirlo estrictamente, a fin de que se despeje toda duda sobre legalidad o ilegalidad en este terreno”^w. Este autoproclamado legislador decretó la pena de confiscación del capital para el infractor de su disposición y dio a esta arbitraria ley poder retroactivo, sometiendo las transacciones del pasado a la misma pena y a la misma reglamentación. Exigía obediencia ciega a todas las disposiciones que daba a los ciudadanos, bajo el lema “confía y no preguntes”. “No discutáis^x –escribía a los habitantes de Hydra– ni critiquéis los actos del gobierno, pues tal discusión y crítica puede induciros a un error cuyas consecuencias irán en perjuicio vuestro.”

Tal desvarío político provocaba justificadamente un clamor general por todo el distrito de las Espórades septentrionales y, también en Egina, había ciertos recién llegados griegos que rezongaban. No pudiendo castigar a todos los que criticaban sus dichos y hechos, quiso arrojar su ira sólo sobre los refugiados, condenándolos a ser tenidos por la policía como “de otra nacionalidad”; pero ya fuera a propósito o deliberadamente, incluía en la disposición bajo la categoría “de otra nacionalidad” a todos los congéneres no nacidos dentro de la Grecia libre^v. Miles de no nacidos en ella sufrieron y lucharon por la liberación de la patria común y todos fueron considerados justamente iguales en derecho y honor que los nacidos en ella; incluso muchos de ellos accedieron a los primeros puestos del Estado. La distinta nacionalidad según la disposición citada irritó tanto los ánimos que el administrador, para enmendar el desaguisado, se vio obligado a modificar por sí mismo la orden y anunciar que “se entendía por compatriotas no autóctonos de la Grecia libre los que, no habiendo nacido en ella, vivían aún bajo poder extranjero, los que no han venido a Grecia sino poco ha y por motivos de intereses personales y los que no han sufrido ni tampoco han luchado junto a los demás griegos en la guerra sagrada por la libertad.”

Actuando como un dinasta autónomo en su sector, el administrador extraordinario se inmiscuyó en otros asuntos: destituyó a los notables y nombró a otros nuevos, pero los cesó al poco tiempo sin solicitar previamente el permiso del gobernador y convocó a los vecinos para elegir a otros. Temiendo la reacción de los destituidos, según decía, los encarceló preventivamente durante la nueva elección; después de establecer los cargos de notables dentro de su sector, dio al que colocó como juez de paz a otro más entendido que él como colega, debido a la incapacidad judicial de los notables. Esta ampliación era contraria a la norma y no se introdujo en ningún otro sector, pero poco después Viaros, incontenible en sus desviaciones políticas, extendió tanto los poderes de este juez de paz añadido, que osó instituir por su propia cuenta un juzgado en Egina y entronizar en él al dichoso juez de paz como único letrado. Este juez aceptó todas las demandas políticas y criminales que le presentó el administrador extraordinario, y las juzgó teniendo como base las instrucciones generales sobre los juzgados; extendiendo su capacidad incluso a las mismas diferencias de antes de la insurrección, encarceló a Ioannis Filonos, uno de los dirigentes de Lebadea, porque no quiso satisfacer por resolución suya una antigua deuda al arzobispo Porfyrios. Lo que hacía en Egina el

juzgado lo hacían de igual manera juzgados del mismo carácter, instituidos en otros sitios del distrito. El juzgado de Egina, actuando a las órdenes de tal fundador, conductor y presidente, no condescendía a pedir oficialmente por escrito informaciones, ni siquiera del órgano colegiado que funcionaba como ministerio de la guerra. Dicho órgano, aunque sus miembros lo fueran también del Panhelinión, ignoraba la existencia de tal juzgado, al igual que lo ignoraba cualquier otra institución, y pidió aclaraciones al secretario de Estado, así como su opinión sobre lo que debía hacerse; y, como el juzgado no se pronunció por orden del gobierno, el secretario de Estado preguntó sobre ello al delegado provisional, el cual reconoció que lo había creado él sin que lo supiera el gobierno, para hacer la prueba; que hasta entonces no había informado sobre él al gobierno para probar si funcionaba; y que, una vez hecho el ensayo, veía tan útil la existencia de tales juzgados, que proponía al gobierno que ordenase a los demás gobernadores provisionales hacer lo mismo para consolar al pueblo. Y aún hizo algo más extraño este gobernador provisional: ordenó que se imprimieran permisos de residencia de seis meses para que su subordinado, el administrador de Egina, los diera a los llegados a la isla desde otras partes del país, añadiendo arbitrariamente una contribución de ocho *grosia*; en estos permisos impresos, el hasta entonces llamado ciudadano griego recibía el nombre de súbdito. La comunidad se sobresaltó al leer por primera vez esta denominación, en la sospecha de que el gobernador tendía a convertirse en un déspota, y la autoridad que actuaba en ausencia del gobernador se apresuró a suprimir esta designación para los griegos. Tales prácticas extendieron el espíritu de oposición a todas las clases sociales.

CAPÍTULO LXXVI

VIAJE POR MAR DEL GOBERNADOR HASTA LAS COSTAS DE GRECIA OCCIDENTAL.- ENTREVISTA DE LOS ALMIRANTES ALIADOS CON IBRAHIM.- DESERCIÓN DE LOS ALBANESES EN KORONI.- SU CONFLICTO CON LOS ÁRABES.- NEGOCIACIÓN DE LOS ALBANESES PARA SALIR EN SEGURIDAD DEL PELOPONESO.- ASESINATO DE DELI AHMET.- VUELTA DEL GOBERNADOR A EGINA.- NUEVAS DESAVENENCIAS.-

El gobernador, tras zarpar de Poros el 15 de junio a bordo del bergantín inglés, arribó el 16 a Nauplion y el 18 a Monemvasía, donde dejó de escoltarle el buque francés *Escipión*; al día siguiente bajó a tierra y cambió la guarnición, poniendo al frente al tan afamado tantas veces por mar Kanaris; el 23, llegó frente a Metona, donde se encontró con los almirantes francés y ruso y con el contralmirante inglés.

La desolación de las partes del Peloponeso a las que se extendía el dominio de Ibrahim y la conducción de los prisioneros a Egipto, la tierra de la esclavitud, sin nadie que les hiciera frente, levantaron contra él la cólera de Europa, pero también un gran clamor contra los almirantes de la alianza, pues no habían puesto obstáculos al envío de los cautivos. Con este motivo, mucho se dijo contra ellos en los parlamentos de Inglaterra y Francia; también los criticó el propio consejo aliado y les mandó que en adelante registrasen para liberarlos todos los barcos que zarpasen del Peloponeso y que procurasen rescatar a los ya enviados a Egipto; y les ordenó que persuadiesen por la fuerza a Ibrahim de poner fin a su inútil guerra de devastación y volver a su país. Con este fin le visitaron el 24 de junio los jefes de las tres flotas aliadas. El pashá creyó que uno de los acompañantes era el gobernador y montó en cólera, pero se tranquilizó poco después al reparar, por indicación de alguien, en que en lo más alto del mástil central de la nave almirante rusa ondeaba la bandera griega, para honrar la presencia en ella del gobernador. Los egipcios tenían hambre, padecían y se quejaban a causa del severo bloqueo marítimo

al que estaban sometidos; algunos de los más conspicuos expresaron su deseo de marcharse sin tener en cuenta la decisión del general, y él mismo parecía desear en lo más profundo de su alma el regreso a casa; por ello, ante la proposición de los almirantes pidió únicamente embarcar su ejército en naves bajo pabellón turco, pero no las había disponibles; a cambió, prometió liberar los prisioneros que guardaba y rehusó devolver los enviados a Egipto.

Además de las dificultades y estrecheces referidas, el campamento de Ibrahim sufría otras calamidades:

Desde tiempo atrás los albaneses de guarnición en la fortaleza de Koroni, indispuestos con Ibrahim porque les debía muchas mensualidades, se declararon en abierta rebelión; a finales de mayo, en el apogeo de la revuelta, se repartieron los víveres que había en el fuerte y lo abandonaron el 2 de junio; eran 2500 y se proponían cruzar hasta Río, incorporar a los congéneres que estuvieran allí y regresar juntos a la patria pero, al llegar al paso de Klidí, se encontraron con un fuerte contingente de infantería y caballería de Ibrahim que iba hacia las fortalezas y, en el enfrentamiento que siguió, cayeron bastantes. Los albaneses, queriendo salir a través del istmo, pidieron permiso a los jefes griegos. Al saberlo el gobernador cuando se encontraba en las proximidades de Metona, envió como delegado extraordinario con plenos poderes a su hermano Avgustinos, que navegaba en su compañía y había venido desde Corfú a principios de junio, para negociar con ellos una salida segura y hacerles atravesar el istmo. Los albaneses se enfurecieron tanto por el ataque en las angosturas de Klidí, que pidieron ser aliados de los griegos, pero Ibrahim no hacía ya la guerra a éstos ni éstos tampoco querían hacerle la guerra a él. Desestimada su propuesta, los albaneses pidieron seguridad de vida y honor en su paso por el interior del Estado griego. Los griegos aceptaron su petición, pero les exigieron soltar a los prisioneros que obraban en su poder; los albaneses consintieron, con lo que 160 cristianos recuperaron la libertad; conducidos por Avgustinos, Kolokotronis y otros jefes, llegaron sanos y salvos a Corinto, donde supieron que en Mégara acampaban numerosos griegos y, temiendo ponerse a su alcance, dieron la vuelta hacia Río, donde había otros de su misma etnia; pero allí, Deli Ahmet no quiso acogerlos en el fuerte, con lo cual tuvieron que dormir al raso. Pasaba el tiempo sin que consiguieran barcos para pasar al otro lado y se difundió el rumor de que Ibrahim, sediento de venganza, venía con todo su ejército. Al oír esto, los albaneses de fuera

estaban preocupados, preocupación que compartían los de dentro por la suerte de sus congéneres. Deli Ahmet, queriendo tranquilizar a los de la guarnición, salió a conversar con los de fuera; en la grave disputa en que desembocó la entrevista, se encolerizó y mató a uno de los albaneses, el más insolente; se entabló entonces una reyerta, en el transcurso de la cual fue muerto el pashá y los albaneses de fuera entraron y se apoderaron del fuerte, con el beneplácito de los de dentro; a los pocos días cruzaron al otro lado y llegaron salvos a su país.

El gobernador, siguiendo con su travesía a bordo del buque inglés y escoltado por la fragata rusa *Helena* y la nave almirante, *Azof*, con la que había contactado a la altura de Metona, habló en Zacinto con Codrington, que retuvo el bergantín, con lo que el gobernador hubo de trasladarse a bordo de la nave almirante rusa. A partir de entonces, no se puso ningún barco inglés ni francés a su disposición; este flagrante alejamiento inglés y francés de consuno fue interpretado con razón por los griegos como una muestra de política hostil hacia el gobernador.

Éste, al llegar a Mýtika, pasó revista al ejército que mandaba Church en Kandyla y partió tras una estancia allí de cuatro días; después de visitar Kálamos, donde dejó dinero para aliviar la situación de los pobres refugiados, y Dragamesto después, continuó con su crucero y desembarcó el 8 de julio en Harmyrós; desde allí, a través de Nisión, Mikromani, Fruzala, Leondari, llegó el 13 a los Molinos de Nauplion, donde subió a la *Helena*, que había arribado al lugar para recogerlo, y tras pasar dos días delante de Nauplion a bordo del navío con el pretexto de la cuarentena en vigor, recaló en Mégara el 16 para encontrarse con Hypsilandis; al día siguiente se dirigió a Poros, donde se entretuvo principalmente en un plan para reconstruir Tripolitsá, enviando allí un ingeniero, y a la fundación de una escuela militar en Nauplion para educar a hijos de hombres destacados, la de los Evélpides, llegando a Egina el 26 de julio,

Ya antes de su viaje, el común no tenía la anterior buena disposición hacia él, y su prolongada ausencia, la manera de conducirse durante ella el todopoderoso Viaros y lo que ocurrió en Egina colmaron tanto el desagrado, que el gobernador halló a los griegos de la capital de muy distinta manera a como los había dejado. Además, ocurrió algo que suscitó en las propias cortes extranjeras sospechas de que ansiaba demasiado el poder:

Durante su ausencia circuló por Egina un escrito que iba siendo firmado en secreto y en el que el pueblo de Grecia, expresando al gobernador

su reconocimiento por los bienes de que disfrutaba y convencido de su solicitud paternal, depositaba en las manos de él su destino futuro. Escritos semejantes se difundieron para su firma por diferentes provincias del Peloponeso. La gente, al ver que eran los leales al gobierno quienes los iban pasando, no tenían duda de que actuaban por voluntad superior, con lo que fueron en aumento los celos y temores sobre el uso que se fuera a hacer del escrito; la recogida de firmas no cesó ni a la llegada del gobernador. Por la parte sur del Peloponeso lo pasaba a la firma el hijo de Petrobey, Yorgakis. Como tuvo lugar una fuerte protesta, el gobernador juzgó su deber declarar que el panfleto se había hecho sin su conocimiento y que no lo aprobaba, y reprendió severamente y por escrito al hijo, por intermedio de su padre; mas el joven, sintiendo la necesidad de tranquilizar al gobernador y defenderse de las acusaciones que se proferían contra él, le escribió una carta en la que se demostraba la culpabilidad de Viaros, si no la del mismo hermano de éste^z.

Al no encontrar el gobernador esta vez por parte del pueblo, como se ha dicho, el cordial recibimiento que obtenía otras veces a su vuelta, en vez de rectificar los fallos y apaciguar a los perjudicados y ofendidos, se endureció. El mismo día, el Panhelinion se apresuró a ir a saludarle; no lo recibió por sugerencia de Viaros; lo hizo al día siguiente, pero el recibimiento fue peor que la expulsión. “Nadie cumple con su deber –dijo–: el ejército, la marina, las instituciones políticas, todo está corrompido. ¿Qué puedo hacer yo solo? Dios me dio entendimiento, pero no fuerza para moldear hombres.” Esto oyó el Panhelinion y se fue despavorido. A excepción de sus hermanos, de Yannetés y de unos pocos devotos, todos los que fueron a presentarle sus respetos oyeron lo mismo. Aparte de la comisión para asuntos económicos –cuyo opuesto presidente Kunduriotis estaba solo en Hydra, mientras los demás miembros eran devotos partidarios suyos– los altos cargos de Egina perdieron la confianza que les tenía. La de la nación la había perdido con toda razón, por sus indignas exacciones, la comisión establecida por la junta de gobierno a modo de tribunal marítimo; para reparar la estima en la justicia, el gobernador nombró jueces en su lugar a Christódulos Klonaris⁴⁹, Grigorios Sutsos y Eduardos Masson y, lleno de justa fe en la integridad personal de estas lumbreras, sancionó sus decisiones casi sin revisarlas;

⁴⁹ Posteriormente (1834) sería el primer presidente del tribunal supremo, llamado en Grecia Areópago.

pero Viaros lo persuadió a retirarles su confianza y no confirmarlas como antes. Disgustados por esta desconfianza, los puntillosos y concienzudos jueces presentaron su dimisión y, a partir de entonces, sufrió tanto la estima del gobernador como la del servicio y aumentó el ronroneo del pueblo. Masson fue el único que revocó su renuncia^{aa}.

Al frente del ejército estaban Mavrokordatos en la marina, Metaxás en tierra y Zografos en intendencia, mas ninguno contaba con el beneplácito del gobernador. Éste quería poner como inspectores del servicio a los dos miembros leales de la comisión económica. Fueron a verle los de la academia para aclarar esta irregularidad y satisfacer su estima, pero el gobernador no tuvo a bien ni recibirles. Ante esta grosería, Zografos y Mavrokordatos dimitieron uno tras otro. Hubo rumores sobre otras dimisiones y el gobernador estuvo a punto de quedarse sin sus mejores subordinados; pero se dio cuenta del perjuicio y el riesgo que corría y trató por todos los medios de congraciarse con Mavrokordatos, pues a pesar de su predisposición hacia él, reconocía su competencia y capacidad de trabajo. Mavrokordatos retomó sus actividades una vez que las condiciones de su servicio se dispusieron de forma que no padeciera su orgullo, pero esta rectificación no remedió el mal en absoluto y el espíritu de oposición se reforzaba cada día.

CAPÍTULO LXXVII

EXPEDICIÓN FRANCESA A GRECIA.- ACUERDO ENTRE CODRINGTON Y MEHMETALI Y DEVOLUCIÓN DE PRISIONEROS.- REGRESO A ALEJANDRÍA DE IBRAHIM Y DE TODAS LAS TROPAS EGIPCIAS EN EL PELOPONESO.- LLEGADA DE LOS TRES EMBAJADORES A POROS.- CONVERSACIONES ENTRE LOS ALIADOS Y COMUNICACIÓN DE LAS MISMAS AL SULTÁN.- PROTOCOLO DEL 4 DE NOVIEMBRE.-

Al estallar la guerra entre Rusia y Turquía, Francia, viendo que la Puerta era inflexible en la cuestión de Grecia y que el bloqueo marítimo no era suficiente para provocar la retirada de los egipcios, concibió la idea de enviar tropas anglofrancesas para expulsarlos. Inglaterra se oponía en un principio, arguyendo que una expedición de tales características era un acto hostil contra la Puerta y atentaba tanto a la letra como al espíritu del tratado de paz; pero insistió Francia y ella consintió, si bien fue Francia la que asumió el envío en nombre de la alianza y, el 7 de julio, firmó un protocolo reglamentando lo que vendría a continuación, junto con una comunicación oficial a la Puerta sobre el asunto. Aunque la expedición tenía como objetivo principal expulsar a los egipcios, buscaba en segundo lugar equilibrar las fuerzas transdanubianas de Rusia y neutralizar la posible influencia de ésta en Grecia con motivo de la guerra.

Mientras, se reunió en Tolón un ejército francés de trece mil hombres, dividido en tres brigadas al mando respectivo de los generales T. Sebastiani, Higonet y Schneider, bajo al mando supremo de Maison.

“Nuestro rey –dijo el general en jefe a los soldados en el momento de la partida– nos confía una acción grande y generosa, de acuerdo con nuestros aliados. Vamos a librar de la opresión a un prestigioso pueblo. Una acción que honra a Francia, haciéndola merecedora del elogio de todos los hombres de bien, y os abre las puertas de la gloria; sabéis cómo llevarla a cabo; vuestro valor y arrojo son nuestra garantía.

Por primera vez desde el siglo XIII, se verá ondear las banderas de Francia en las costas de Grecia, para liberar a los griegos. Soldados, el trono y la patria esperan un nuevo esplendor gracias a vuestros triunfos; en cualquier situación en que os halléis, no olvidéis la sagrada misión que se os confía; os aguardan pérdidas y privaciones; las soportaréis con entereza y tendréis el ejemplo de vuestros jefes.”

Las flotillas de Sebastiani e Higonet zarparon el 5 y el 7 de agosto y arribaron el 17 a Petalidi, en las proximidades de Koroni, donde llegó también el comandante en jefe; la de Schneider zarpó el 20 y, después de una sufrida travesía, llegó a Petalidi el 4 de septiembre; con la expedición iban sabios, para efectuar investigaciones científicas y arqueológicas.

Mientras las brigadas de Higonet y Sebastiani estaban desembarcando, Codrington, llegado a Alejandría unos días antes, con la amenaza de bloquear el litoral de Egipto convenció por la fuerza a Mehmet Ali para firmar el 25 de julio un acuerdo sobre intercambio de los prisioneros griegos y egipcios hechos en Grecia —excluyendo los que desearan permanecer con sus amos—, sobre el regreso de los anteriormente enviados a Mehmet Ali después de la batalla de Neóastro, sobre la entrega de la tripulación de una corbeta egipcia capturada por los rusos en aguas de Metona, sobre el regreso a Egipto de las tropas que había en el Peloponeso, sobre el envío de naves por parte del gobierno egipcio para embarcarlas bajo supervisión inglesa y francesa y sobre la conservación bajo bandera turca de las ciudadelas de Patras, Río, Chlumutsi, Metona, Koroni y Neóastro. Por este acuerdo, Mehmet Ali devolvió 172 prisioneros que estaban trabajando en los astilleros de Alejandría. Pero antes de que se cumpliera el tratado en lo referente a la evacuación del Peloponeso, llegó a Grecia el ejército francés. Ibrahim había aceptado ya el acuerdo, pero puso dificultades a su retirada; parecía no temer a los franceses, pues creía que las negociaciones de Alejandría lo protegían de todo acto hostil; finalmente, el 4 de septiembre zarpó la primera sección de su ejército y, el 23, lo hizo él mismo con el resto; ambas travesías estuvieron bajo vigilancia de las naves aliadas hasta su llegada a Alejandría. Los embarcados fueron, según Maison, 21.000 en total; según otros, 15.000, muchos de ellos enfermos; los que llegaron de Egipto en diferentes momentos se calculan en 40.000. Así acabó la campaña egipcia contra Grecia.

Hemos visto en muchas ocasiones que los griegos desgastaban a los más aguerridos ejércitos del sultán luchando con irregulares contra irregulares; pero la superioridad de los regulares es tal que los griegos, desgastadores

de los más aguerridos ejércitos del sultán, acabaron desgastados en la campaña de Ibrahim por *fellahs* toscos, pero regulares, y no se recuperaron a no ser por obra de los aliados. No obstante, los hechos demostraron que ninguna necesidad habría tenido Grecia de ayuda extranjera si el pashá de Egipto no hubiera venido en auxilio de su soberano con una fuerza de regulares, capaz sin duda de derrocar en aquel tiempo al propio soberano.

Retirado Ibrahim, quedaban aún bajo bandera turca las fortalezas del Peloponeso, como prescribía el acuerdo. Codrington fue el primero en saber, por Mehmet Ali, que los embajadores con sede en Constantinopla, cuando trataban sobre la evacuación del Peloponeso, se empeñaron en que los fuertes quedaran en poder de la Puerta; por esta razón y porque Mehmet Ali no consintió otra cosa, tuvo que aceptar la misma cláusula^{ab}; pero la alianza no la contempló como obligatoria, pues ni la Puerta la aceptó cuando se propuso ni exigió su cumplimiento después de redactado el acuerdo de Alejandría, ya que entonces debería aceptar todo lo demás que en aquel momento proponían los embajadores sobre Grecia y, en primerísimo lugar, la mediación de la cortes y el cese de la guerra; por estos motivos Maison, con el visto bueno de la alianza, decidió vaciar las ciudadelas por la fuerza y, un día después de la partida de Ibrahim, el 24 de septiembre, despachó tropas para apoderarse de Neókastro y Metona al mando de Durrieu y Higonet, respectivamente. “Ni nos rendimos, ni luchamos”, respondieron los de Neókastro. Entonces, los de Higonet ascendieron las murallas y ocuparon la plaza sin combatir. Lo mismo respondieron en Metona al día siguiente, así que Durrieu mandó derribar las puertas del lado del mar y de tierra, con la intervención de las tripulaciones de un navío de línea francés y de otro inglés, y se apoderó de la plaza con la misma falta de violencia. Después del apropiamiento de estas dos fortalezas, los franceses partieron al día siguiente contra Koroni mandados por Sebastiani y, como los de aquí no cedieron, intentaron la subida a los muros el día siguiente. Los turcos, lanzando piedras desde lo alto, causaron daños entre los franceses que escalaban y los obligaron a descender vapuleados, pues tenían la orden de no abrir fuego si no les disparaban. Pero luego los de dentro, al cerciorarse de que Metona se había entregado sin luchar, abrieron las puertas de la fortificación al día siguiente. Cierta resistencia encontraron al principio los de Schneider al desembarcar en las costas de Acaya para reducir a los turcos que había en Patras y Río; pero, una vez que llegaron a tiro de cañón, los demás jefes y el de la guarnición, Chatsí-Abdulah, firmaron

la capitulación de ambas plazas fuertes el 7 de octubre; sin embargo, el mismo día en que se trataba la entrega, los de Río impugnaron el acuerdo contra el parecer del jefe de guarnición y comenzaron de nuevo la guerra; mas unos días después, hostigados por tierra y por mar, llegadas más tropas al mando de Higonet junto con más naves enemigas y el mismo Maison y temiendo el inminente asalto, se rindieron el 18 de octubre; en este asedio fueron muertos o heridos 25 franceses; los defensores de las plazas caídas, 2.800 en total, fueron escoltados a su tierra; ondearon las tres banderas aliadas sobre todas las fortalezas y así se evacuó todo el Peloponeo.

Los embajadores de las tres cortes se reunieron en Corfú y decidieron ir a Poros a encontrarse con el gobierno griego, para solucionar, por medio de su colaboración, las cuatro cuestiones comprendidas en el acuerdo: trazado de fronteras, tributo, indemnización a los propietarios turcos y establecimiento de una autoridad en colaboración con la Puerta. Antes de partir de Corfú, anunciaron al gobernador el objeto de su visita y, tras recibir respuesta en la que prometía su concurrencia para resolver los susodichos temas, salieron el 29 de agosto y arribaron a Poros el 4 de septiembre; por falta de alojamientos adecuados, cada uno permaneció en el barco oficial que lo traía a bordo.

Mientras estaban los tres embajadores en el Heptaneso, los de Francia e Inglaterra escribieron a la Puerta proponiéndole que, según el acuerdo, enviara también ella su plenipotenciario al Egeo para dirimir sus diferencias políticas con Grecia y diciéndole que, aparte del plenipotenciario griego, estaría presente también el de Rusia, ya que el emperador, aunque enemigo de la Puerta en el Danubio, tenía la condición de mediador en el Mediterráneo, igual que los dos aliados. La Puerta rechazó esta proposición con el argumento de que no admitía la aplicación a Grecia de los modelos en uso entre los gobiernos y que la presencia de un plenipotenciario ruso era una contradicción con la actitud hostil de esa corte y no mostraba en absoluto la sincera intención de los amistosos comunicados de Francia e Inglaterra sobre la Puerta. La Puerta quiso también evitar la cuestión griega y disolver la alianza entre Rusia y las demás cortes por medio de estas y otras formas oblicuas; para ello, después de llamar directamente a los dos embajadores a Constantinopla la primera vez y no hacerles caso, los volvió a llamar una segunda por medio de cartas a sus gobiernos sin tampoco atenderlos y los llamó una tercera en la presente circunstancia, pero ni de esta forma tuvo éxito.

Mientras, habían pasado seis meses desde que las tropas rusas hollaron el territorio de Turquía y la Puerta respiraba guerra como al principio. Rusia, queriendo agobiar aún más al sultán, decidió bloquear la capital. Su flota impedía ya el transporte de todo tipo de alimentos por el Bósforo; a pesar de eso, el Helesponto seguía abierto y, para el cumplimiento de su objetivo, necesitaba cerrarlo, pero para ello precisaba recobrar el carácter de beligerante en el Mediterráneo, que había perdido en virtud del tratado, e informó sobre ello a las Potencias aliadas. Inglaterra montó en cólera ante esta noticia y declaró a Rusia transgresora de los acuerdos. Así la consideró también Francia, por lo que Rusia se vio obligada a renunciar a su objetivo.

Una vez liberado el Peloponeso por las tropas francesas, Francia, para protegerlo de toda invasión enemiga procedente del exterior, propuso que se hiciera una de estas tres cosas: que la Puerta declarase una tregua, que las Potencias garantizaran provisionalmente la protección del Peloponeso o que la península fuera puesta en una posición segura mediante una expedición más allá del istmo para expulsar a los turcos del Ática y Eubea, pues no estaba asegurada al no tener torres vigía; el ministerio inglés desaprobó la expedición transítmica por diversas razones y propuso a su vez que el gobierno griego trasladara dentro del istmo las tropas que tenía fuera; aceptó que el Peloponeso, las Islas próximas y las Cíclades fueran colocadas bajo la garantía provisional de la alianza, sin perjuicio del posterior trazado de fronteras. Hubo entre los aliados un largo debate sobre estas cuestiones y finalmente se tomó ante todo esta última decisión en un protocolo de 4 de noviembre por el que se hacía regresar al ejército francés, sin que ello fuera obstáculo para que Francia dejara por el momento una parte de él en el Peloponeso, como muestra y refuerzo de la garantía. Y se anunció por escrito a la Puerta la garantía en cuestión por medio del embajador de los Países Bajos, que era el que llevaba la correspondencia entre las tres cortes y la Puerta desde la retirada de embajadores de Constantinopla.

1828-29

CAPÍTULO LXXVIII

OCUPACIÓN DEL GOLFO DE AMBRACIA.- ACCIONES BÉLICAS EN CRETA.- INACTIVIDAD DE LAS TROPAS DE HYP SILANDIS.- RECONQUISTA DE LA CASI TOTALIDAD DE GRECIA ORIENTAL.- CONQUISTA DE VONITSA.- EPIDEMIA EN KALÁVRYTA.-

Durante el tiempo que pasó el gobernador en Mýtika, donde adquirió exacto conocimiento de los asuntos locales, se planeó la conquista del golfo de Ambracia. Desde que Hastings volvió a izar en Vasiladi la enseña griega derribada, Mesolongui era asediada por mar y su guarnición no recibía alimentos desde allí; pero el golfo de Ambracia y Makrynoros estaban en poder de los turcos y a través de ellos se enviaban con facilidad a Mesolongui abundantes víveres y suministros de todo tipo. Los habitantes de Valtos, sumisos en apariencia, estaban dispuestos a cerrar los pasos de Makrynoros en caso de ver una fuerza griega en el golfo; por lo demás, la ocupación de éste parecía fundamental para las actividades bélicas planeadas en aquella zona y por ello el gobernador, al volver a Poros, se ocupó en reunir y enviar una flotilla a dicho golfo, nombrando jefe de ella a Passano⁵⁰.

Al aparecer la flotilla a la altura de Mýtikas, se movilizó todo el ejército y, con el objeto de colaborar en el ataque a Préveza, ocupó Chelogyvaron, cerca de Accio⁵¹ (Punta). La flotilla llegó el 11 de septiembre cerca del golfo de Ambracia y Passano subió al *Karteria*. Este buque a vapor, igual que el *Epichirisis* y el buque de una cubierta *Medusa*, bombardeaba con violencia la fortaleza del Pantocrátor y las lanchas avanzaban protegidas por su fuego, pero el viento era desfavorable y la corriente fuerte, por lo

⁵⁰ Reaparece aquí este aventurero corso después de su actuación en el golfo de Ambracia durante la expedición de Mavrokordatos (Tomo II, Cap. XXXV, págs. 185-187).

⁵¹ Es el 'Promontorio' (ΠΡΟΜΟΝΤΟΡΙΟΝ) que da nombre a la célebre batalla naval que Augusto ganó a la flota de Cleopatra y Marco Antonio.

que se aplazó el abordaje para el día siguiente. Al día siguiente se pusieron en movimiento como la víspera y avanzaron de nuevo hacia la boca; pero, como el viento era terral, tuvieron que bregar durante muchas horas bajo el fuego procedente de Préveza. Hacia mediodía cambió la dirección del viento; los marineros pidieron entonces atacar bajo la dirección del general, que iba a bordo del *Kartería*; pero éste, pretextando una enfermedad, renunció a dirigirlos en persona. Los griegos, acostumbrados a ver siempre a su jefe luchar en primera línea y viendo que Passano rehuía el peligro, regresaron a Mýtikas la noche del 13.

Mientras las operaciones navales fracasaban por completo, las terrestres triunfaron contra todo pronóstico. El ala izquierda del ejército, al mando del filoheleno Denzel^{ac}, tomó Lutraki, se apropió un barco pesquero y, por medio de éste, de seis chalupas turcas que armaron de cañones. Traídos 100 marinos de otra parte, se cortó la comunicación entre Préveza y Karvasarás. Los turcos, viendo lo sucedido, armaron un buque de dos puentes y una cañonera. Mientras, los marineros que habían vuelto a Mýtikas sin lograr nada veían el éxito de los ejércitos griegos y, subiendo a cuatro embarcaciones armadas bajo la dirección de Andreas Kofós, Andreas Tenekés, Anastasis Paraskevás y Konstandinos Theófilos, juraron entrar sin su jefe y, de hecho, a las cuatro de la tarde del día 21, batidos por un nutridísimo fuego procedente de Préveza y Accio, para delirio de los que los estaban contemplando, cruzaron la entrada del golfo, que era casi impenetrable a causa de las baterías que defendían su angostura, ya que sólo hay un tiro de fusil de una orilla a la otra. Las lanchas griegas entraron, adueñándose de 40 con bandera turca que se hallaron en el golfo, echando a pique con su fuego a la cañonera y forzando al buque a buscar la salvación en Salachora. En la hazaña sólo murió Kofós y fueron heridos tres, entre ellos Tenekés. Tanto valor desplegaron las tripulaciones de las cuatro lanchas armadas, que el general en jefe escribía que jamás había habido unos hombres tan merecedores del agradecimiento de la patria. En tanto, la inesperada cobardía de Passano, junto con su mentecata actitud hacia el gobierno jonio, obligó al gobernador a sustituirlo por Andonis Kriezís, una persona valiente y lista.

Las barcasas griegas salieron del golfo tras destruir la fuerza enemiga, pero volvieron a entrar sin sufrir daños a finales de noviembre, con viento en contra y bajo el denso fuego de las fortalezas, y esta vez se quedaron. Hasta aquí los sucesos en Grecia Occidental durante este período.

La llegada de Reineck a Creta reavivó la lucha. Los cretenses, tras concentrarse en número de tres mil en Prósneron a finales de julio, salieron en expedición; una parte ocupó la posición de Diyenís, otra la de Aliganos y la tercera acorraló en tres viviendas a los turcos que había en Malaxa. Reunidos los que habían tomado las dos posiciones anteriores, derrotaron felizmente en Nerókuron a Mustafá, que había salido de Chaniá para socorrer a los de Malaxa, y lo hicieron huir maltrecho hacia la fortaleza, persiguiéndole hasta llegar a tiro de cañón; en esta refriega murieron o fueron heridos muchos enemigos; uno de los muertos fue el kiaya del pashá; murieron también 10 griegos y fueron heridos 20. En esta circunstancia, los griegos hicieron algo digno de nota, por lo desacostumbrado: a 30 turcos desgajados de los demás que fueron acorralados en Nerókuron y se rindieron, los mandaron sanos y salvos a Chaniá; un grande y rico botín cayó en manos de los vencedores. Después de la batalla, el ejército griego arrasó sin impedimento Apokóronas y obligó a todo enemigo de la zona a refugiarse en Suda. Tras la derrota de Nerókuron, se enviaron tropas turcas a Lakki, pero sin resultado. Mientras, los griegos hacían emboscadas en muchos sitios y, el 13 de agosto, mataron en Mesará a Agriolidis, jefe de las tropas turcas de Megalo Kastro, conocido por su valor y crueldad, y le cortaron la cabeza. Al enterarse de esta muerte y ver su cuerpo decapitado delante de ellos, los de la plaza fuerte se pusieron a temblar y, cerrando las puertas, cayeron daga en ristre sobre los infelices cristianos, degollando a unos y arrojando a otros al mar, a los arroyos y a las letrinas; no tuvieron piedad ni de muchachas ni de niños pequeños: sólo en las plazas y calles de la ciudad había 750 cadáveres y, de los hombres, casi el único que se salvó fue el metropolitano, que buscó refugio en el palacio del pashá; pero no se conformaron con sacrificar a los cristianos que había en la plaza, sino que se lanzaron hacia los alrededores, matando allí también sin misericordia a los que no tenían culpa alguna. Los de Rethymni imitaron a los de Kastron; salieron el 19 por la noche y cayeron al amanecer sobre unas aldeas matando a más de 60 cristianos, entre ellos al sacerdote de una de ellas cuando oficiaba misa. La noticia de estos hechos hizo más favorable la hostil disposición hacia los sufrientes cretenses por parte de los embajadores que estaban por entonces en Poros y, a partir de ese momento, se engrosó el número de los griegos armados en la isla.

Por aquellas fechas, cuando navegaba bajo el promontorio de la antigua Suda el bote del barco griego *Heracles* persiguiendo a una embarcación

enemiga, unos turcos le tendieron una celada y abrieron fuego de repente sobre ella, matando a dos e hiriendo a otros cinco.

A mediados de octubre llegó a Chaniá Malcolm, sucesor del revocado Codrington, e intentó un alto el fuego en nombre de la coalición. Los griegos lo aceptaron, pero Mustafá lo rechazó.

Una vez que se fue Malcolm, dejó como sustituto suyo al capitán de navío Maitland, a cuyos insistentes ruegos aceptó Mustafá la tregua, mas no por ello cesaron los asesinatos, los actos de bandidaje y las matanzas.

Pocos días se emplearon en enviar las tropas desde Trezén a Mégara y completarlas hasta ocho mil efectivos, todos de Grecia Continental; mas, contra todo pronóstico, permanecieron siete meses inactivos y así los encontraron los embajadores al llegar a Poros; parecía estar reteniéndolos una mano invisible, y la gente se quejaba con razón. Apenas si los mil hombres de Kitsos Tsavelas y Yannakis Stratos y los quinientos de Nikolós Tsavelas se desgajaron el 11 de agosto del campamento general y marcharon contra las provincias de Lidoriki y Malandrinos, para estorbar la introducción de víveres en Naupacto.

Desembarcaron éstos en la playa de Sergula, cerca de Trizonia, y se apoderaron de las provincias de Lidoriki y Malandrinos, expulsando de las posiciones a los enemigos que las ocupaban. Esta noticia inquietó a Ahmet Prévistas, que había sido colocado como poder ejecutivo de la provincia de Kravvara, y se apresuró a acopiar todos los alimentos y productos del campo y a recluirse en Lombotiná, una aldea de la provincia; pensó también apresar a notables de otras aldeas, pero éstos le tomaron la delantera y llamaron en su auxilio a los compatriotas que formaban la expedición, los cuales los libraron del peligro y pusieron sitio a Lombotiná. Cuando se tuvo noticia del asedio, acudieron como refuerzo 250 de los efectivos de Naupacto, pero Yannis Farmakis ocupó la posición de Skopós y desbarató el plan. Mientras, llegaron mensajeros diciendo a los sitiadores que los de Patratsiki iban hacia allí, al mando de Osman Pasha y Aslan Bey; así pues, una parte de los sitiadores, cuyo número había aumentado, dejaron el asedio y ocuparon enclaves junto a Alogóbrysis, en el límite entre Lidoriki y Patratsiki, mientras otra parte se situó como barrera en Oxiá. Entre tanto los enemigos de Lombotiná, animados por estos movimientos, hicieron sendas salidas el 14 y el 16 de octubre para combatir a los sitiadores, que ocupaban Mirmingaki, pero retornaron a Lombotiná maltrechos, después de dejar sobre el campo de estas dos batallas 50 muertos, entre ellos el

sobrino de Prévistas. Coincidió con ello el ridículo del jefe de guarnición de Sálona, Mehmet Devolis, quien salió en expedición contra Panomaras y Mastrapás, que estaban apostados en las afueras de Andirrio. Los de Osman Pasha, Aslan Bey y otros jefes acamparon primero a las afueras de Gardiki, a dos horas de los nuestros; se contaban en 1.500 y avanzaron al día siguiente hacia Oxiá, que estaba a una hora sólo del campamento griego que había allí. Los griegos atacaron y, en un principio, les hicieron abandonar los baluartes y retirarse a la prominencia que los dominaba; pero, tras dura batalla en dicha posición, fueron derrotados; al caer la tarde, los turcos volvieron a Gardiki a la tumba de Vlachiotis.

Mientras tanto, viendo los de Lombotiná que en vano esperaban ayuda exterior, decidieron buscar la salvación huyendo a Naupacto y salieron el 22 de madrugada, mientras llovía torrencialmente. Apenas supieron los griegos la fuga, corrieron tras ellos y mataron a 100 e hicieron prisioneros a más, entre ellos al propio Ahmet Prévistas, llevándose también un valioso botín. El resto, unos 150, entre los cuales estaba el capitán agá, consiguió llegar a Naupacto.

Los de Osman Pasha y Aslan bey, al enterarse de la huida, volvieron a Patratsiki siendo perseguidos.

El 24 se puso en marcha el ejército general de Grecia Oriental, conducido por Hypsilandis.

Al llegar la vanguardia a Chostia, en las estribaciones del Helicón, se topó con 200 enemigos que, al ser atacados, se refugiaron en el monasterio de Dombós; allí los cercó la vanguardia, que cortó el agua y los forzó a rendirse bajo convenio el 31, entregando sus armas y banderas. Los términos del acuerdo no sólo fueron observados escrupulosamente, sino que incluso hubo una infracción a favor de los rendidos^{ad}.

El mismo día de la entrega del monasterio de Dombós, se recuperó Aráchova, al huir la guarnición turca. Además, los griegos tomaron al asalto la fuerte posición de Steveniko⁵², donde se estacionaban 110 turcos y 30 cristianos mandados por un tal Yannis Zeliniotis; en el transcurso de la batalla mataron a 45 de la guarnición e hicieron prisioneros a los demás y los enviaron a Lebadea; de los vencedores murió uno y fueron heridos dos.

Aparte de la guerra contra Rusia, que reclamaba toda la atención y todas las fuerzas de la Puerta, por aquellas fechas tuvieron lugar graves

⁵² Actualmente Hagía Triada de Beocia, aldea en la ladera del Helicón.

enfrentamientos entre Kütahi y algunos destacados albaneses que llevaron a sus iguales en Grecia a la más negra desesperación.

Desde antes Kütahi, por orden de la Puerta, buscaba acabar con algunos de los albaneses más poderosos que se oponían a sus planes de reforma militar, concretamente Selihtar Poda, Esin Bey, Abdula Bey e Ismail Bey, y con este objeto los llamó a Ioánnina. Ellos sospecharon y se reunieron en Berat, desde donde le enviaron a Ismail Bey, que fue asesinado al llegar a dicha ciudad, mientras subía la escalinata del palacio. A partir de entonces, los hombres fuertes de Albania temieron por su vida y desatendieron los intereses del Estado; del mismo modo, sus congéneres dispersos por Grecia Oriental se desesperaron y la mayoría, viendo que los griegos se mostraban como extremadamente fieles cumplidores de los acuerdos y benévolo para con los rendidos, decidieron retirarse a su país sin luchar y bajo tregua. Los primeros en irse tranquilamente fueron los ocupantes de Dístomo, Zemenón y el monasterio de Hosios Lukas, dejando dos cañones y algunas municiones en poder de los griegos; después se fueron los que ocupaban Lebadea, el litoral de Sálona y Skripú⁵³; fueron detrás los que mantenían la provincia de Talandi; también abandonaron los enemigos Turkochori y la fortaleza de Vodonitsa, siendo expulsados así mismo de Topolia, donde tras cierta resistencia murieron 20 y cayeron prisioneros cinco; 60 de ellos quedaron acorralados en un baluarte en la parte de la aldea, mas también éste fue tomado al asalto, muriendo 10 de los acogidos a él. Los griegos salieron contra los que ocupaban las fuertes posiciones de Kakí Skala y Ámbliani. Al verlos llegar, los primeros se recluyeron en una zona abrupta junto a Korakóbrysis y hasta allí los siguieron los griegos el 9 de noviembre, matando a más de 40 y apresando a 15, entre ellos a su capitán, Orchanís Kiafixisis; en esta batalla murieron otros tantos griegos; en cuanto a los de Ámbliani, llegaron sanos y salvos a Sálona mediante una tregua. Asediada sin esperanza de rescate la guarnición de dicha ciudad, entró en negociaciones poco después, a través de su jefe Mehmet Devolis, y entregó el fuerte el día 17, retirándose a su tierra sin sufrir molestias. Se encontraron en el castillo 8 cañones y abundantes víveres y municiones. Tras la capitulación de esta fortaleza, quedaron vacíos todos los demás puestos de Grecia Oriental hasta Zituni, excepto Tebas y el Ática; finalmente, los enemigos de Karpenisi, al enterarse de los sucesos, huyeron también el 23.

⁵³ Cerca de Orcómeno.

Con el fin de dar ánimos al desfalleciente ejército otomano y conservar al menos algunos enclaves en Grecia Oriental, salió poco después de Zituni Mahmut Pasha e invadió Lebadea, sin que nadie se le opusiera; y, con el propósito de infundir miedo, planeó caer de repente sobre unos griegos que habían quedado aislados en Martinos. Puesto de acuerdo con Omer Pasha de Caristo, avanzó por Skripú mientras el otro lo hacía por Tebas; pero, al no llegar éste a tiempo debido a la crudeza de la estación invernal, atacó en solitario el 29 de enero y, rechazado por los griegos, que combatían desde parapetos, huyó en vergonzoso desorden. Murieron muchos turcos y cayeron tres banderas en manos de los griegos. Después de la derrota, Mahmut Pasha, sin ánimos, tomó a todos los a su mando y, atravesando las Termópilas, retornó a Zituni el 10 de febrero.

En el período anterior de la guerra, hemos visto muchas veces a los griegos contravenir los tratados y descargar su ira contra enemigos que capitulaban civilizadamente; ahora nos congratulamos de verlos cumpliendo puntualmente lo que se debe a los acogidos a pactos. Eran los mismos hombres, pero los tiempos estaban cambiando.

Mientras prosperaban las campañas terrestres de los griegos, también salían bien algunas operaciones marítimas. El 23 de diciembre, el *Kartería* se apoderó en Stilida de una goleta turca de 10 cañones y, el mismo día, una cañonera griega apresó a 3 barcos mercantes turcos en el golfo de Eubea; unas semanas después, una flotilla griega al mando de Sachinis desembarcó 400 soldados en Lithada, para tomar allí una fortificación turca. Atacaron los desembarcados, acudieron de refuerzo los de los barcos y se adueñaron de ella mediante acuerdo; murieron 40 turcos y fueron heridos 23, mientras las bajas griegas fueron 9 muertos y 16 heridos; el fortín fue derruido por los griegos un día después de que los turcos fueran enviados en seguridad a su tierra.

Después de apoderarse del golfo de Ambracia, se obstaculizó el acostumbrado transporte de víveres desde Préveza a Vonitsa y, el 15 de diciembre, el general en jefe procedió a la toma de Vonitsa, con la ayuda de la flotilla.

La operación era arriesgada, pues encima de la ciudad hay un castillo, pero tuvo éxito: los griegos tomaron al asalto la ciudad, en la que se hallaron muchísimos cristianos cautivos, mientras los turcos huyeron a la fortaleza, donde se encerraron y fueron asediados; salieron el 5 de marzo mediante acuerdo y fueron llevados en seguridad a Préveza, con sus armas

y equipajes. Durante el cerco de la ciudadela se distinguieron de nuevo los marineros griegos de servicio en el golfo, luchando y neutralizando a la mayoría de los barcos turcos que quedaban en él. En esta batalla murió el recientemente herido Tenekés. El 13 de abril, los griegos tomaron Makrynoros y Karvasarás.

A mediados de abril se declaró una epidemia en Vrachní, aldea de la provincia de Kalávryta, y poco después en la propia capital; pero las tropas francesas estacionadas en Acaya extinguieron en poco tiempo la plaga.

1828-29

CAPÍTULO LXXIX

*ACTITUD DE LOS EMBAJADORES EN POROS PARA CON EL GOBERNADOR.-
NEGOCIACIONES PARA LLEGAR A UN ACUERDO.- REACCIÓN DE LA
PUERTA Y OPINIÓN DE LAS CORTES SOBRE LAS ACTIVIDADES DE
LOS EMBAJADORES EN POROS.- CONVOCATORIA DE UN CONGRESO
NACIONAL.-*

La actitud de los embajadores reunidos en Poros hacia el gobernador era igual a la de sus respectivas cortes: el de Rusia le apoyaba con todas sus fuerzas, el de Francia moderadamente y el de Inglaterra de ninguna manera. Hemos visto que los barcos de las tres Potencias rendían honores a la bandera de Grecia, mas en el encuentro entre los embajadores y el gobernador en Poros no la saludaron, ya que se opuso el embajador de Inglaterra. El gobernador protestó por este hosco gesto, pero no obtuvo satisfacciones. Como preveía tal hostilidad por parte de Inglaterra, había propuesto que los embajadores se reunieran en Spetses y no en Poros, para evitar cualquier entrevista del embajador de Inglaterra con los opositores de Egina, pero no se le hizo caso.

La llegada de los embajadores a Grecia y la misión para la cual llegaron eran motivos suficientes para herir los sentimientos de los griegos, especialmente los de los notables griegos de Egina, exasperados ya contra el gobernador; y los profesionales de las algaradas, aprovechando la ocasión propicia para romper todo lazo de unión entre el Panhelinion y el gobernador, no cesaban de escribir a éste durante su estancia en Poros contra los que estaban en el poder en otras partes o los que tenían relevancia dentro de Grecia. Por aquel tiempo, los adictos al gobernador hicieron correr el bulo de que los notables peloponesios en Egina se habían reunido y escrito en secreto al embajador de Inglaterra que el Peloponeso y las islas del Egeo eran suficientes para constituir un Estado griego. Al saber esto los del continente, que siempre abrigan temores sobre el destino futuro

de la tierra que los vio nacer, y creyendo que los que lo habían divulgado no mentían –se basaban en las estrechas relaciones que mantenían con el gobernador–, sufrieron una fuerte conmoción. Una especie tal, en hora tan crítica, era capaz de provocar horribles enfrentamientos. Al oír el infundio los notables del Peloponeso y enterarse de dónde provenía, fueron con el cuento al gobernador y lo tuvieron claramente en contra desde entonces. Se lanzó entonces contra estos notables una calumnia aún más horrorosa: que habían jurado envenenar al gobernador. Esta invención fue difundida incluso fuera de Grecia, causando sensación por medio de algunos periódicos. Los notables, teniendo esto a la vista en un momento tan crítico, se indignaban al evocar el pasado desde la llegada misma del gobernador, que ahora parecía haberse propuesto acabar con la influencia que tenían en sus provincias; además, por aquellos días remitió a las comisiones irregulares instrucciones con este objeto, las cuales leyó el Panhelinion en sesión plenaria por expreso deseo suyo.

Pero si los notables recelaban del gobernador al ver clara su intención de acabar con ellos, tanto más desconfiaba de ellos él, pues desde todos lados le decían y escribían que estaban levantando al pueblo contra él y que planeaban una revolución.

Los embajadores llegaron a Poros y plantearon al gobernador 28 cuestiones, queriendo saber mediante su resolución la población de habitantes musulmanes y griegos de Grecia, la cantidad y proporción de sus propiedades inmobiliarias, qué partes del solar griego habían apostatado, cuántas y de qué tipo eran las contribuciones regulares e irregulares a la Puerta, cuáles las instituciones en Grecia durante la Turcocracia, qué participación tenían los griegos en la administración y cómo se gobernaban desde el comienzo de la insurrección hasta entonces.

Con estas preguntas, el gobernador se dirigió a Egina y convocó al Panhelinion para contestarlas. Para cumplimentar más rápida y correctamente lo solicitado, el Panhelinion se distribuyó en comisiones y se repartió las actividades, con la condición de enviar las conclusiones directamente al gobernador sin debate previo y, una vez coordinadas por él, someter el conjunto a debate en el Panhelinion; pero el gobernador redactó una exposición general sobre las relaciones de las distintas comisiones y la remitió a los embajadores sin pedir el parecer del Panhelinion, poniendo como pretexto lo urgente de la situación. El Panhelinion, sin respeto ya ni confianza en el jefe del Estado, se basó en esto para protestar. Para acallar

la protesta, el gobernador hubo de enviarle una copia de su exposición y solicitar su parecer. Al mismo tiempo sucedió algo que fue causa de discrepancias aún más tensas:

La 28ª pregunta de los embajadores se refería a la forma de gobierno de Grecia desde el comienzo de la insurrección hasta la llegada y después de la llegada del gobernador. La aprobación o no del sistema político anterior y del vigente dependía de la manera de resolver esta cuestión. Por este motivo el gobernador se encargó de contestarla él solo, y lo hizo descalificando el sistema anterior y elogiando el establecido. Ahora bien, el Panhelinion, llamado a dar su parecer sobre las preguntas, incluida la 28ª, desaprobó oficialmente la contestación a ésta e hizo llegar su exposición al gobernador, acompañándola de un escrito que mostraba la poca confianza y estima que le tenía. Decía el escrito que el Panhelinion, una vez que comprobó que el estudio del gobernador sobre la 28ª pregunta estaba dividida en dos partes –desde el comienzo de la rebelión hasta su llegada a Grecia y desde ésta hasta aquel día–, había notado que la primera parte era deficitaria en algunos puntos y, en otros, contraria a la verdad histórica, por lo que consideraba deber suyo presentar otra versión de la historia, la suya propia. En cuanto a la segunda parte, que versaba sobre hechos acaecidos después de la llegada del gobernador, puesto que ya se había escrito uno que fue aprobado por él y presentado a los embajadores, el Panhelinion juzgaba inconveniente rectificar o añadir algo.

Tal era la relación entre el gobernador y el Panhelinion en un momento en que los representantes de las tres Potencias estaban presentes y eran testigos de las disputas en cuestión, mientras deliberaban sobre todos los temas. Mas estas mismas personalidades, aun enfrentadas entre sí por la disensión entre sus cortes, acabaron amoldándose y dando una opinión consensuada, pues no tenían capacidad para definir nada; después de remitir oficialmente este informe al consejo aliado, lo comunicaron extraoficialmente al gobierno griego. Los artículos esenciales del acuerdo eran, como se ha dicho, el de las fronteras, el de impuestos, el de indemnización a la propiedad turca y el de elección de una autoridad territorial para Grecia.

Seis líneas fronterizas por tierra tuvieron a la vista en Poros los mandatarios de la alianza: la que cortaba el istmo del Peloponeso; la línea entre el Parnes y el Citerón, que contenía el Ática y la Megáride y terminaba en el golfo de Corinto; la que va desde las Termópilas hasta dicho golfo, que contenía el Parnaso; la que va de Volos a la desembocadura

del río Aqueloo; otra desde el promontorio de Zagorá al golfo de Arta y, finalmente, la línea Olimpo-Pindo. Las cuatro primeras delimitaciones eran del consejo aliado, la quinta y la sexta del gobierno griego; el consejo había prescrito a los plenipotenciarios en Poros que “la marca fronteriza debía ser exactamente delineada y fácil de defender, abarcando dentro de sus límites una población que hubiese participado realmente en la insurrección y ofreciendo mediante su trazado, en la medida de lo posible, las mínimas posibilidades de reclamación a las provincias limítrofes.”

Ni una mente aguda, ni una política previsora, ni la buena voluntad guiaron a los integrantes del consejo para el establecimiento de las fronteras de Grecia. Consecuencia de la presión de la opinión pública mundial y acciones de necesidad política, eso fueron sus decisiones a favor de Grecia; con los límites que dibujaron dividieron la estirpe griega, indivisible cuando la esclavitud, y proponiéndose satisfacer a unos pocos griegos –y a éstos, según confesión propia, “porque la Puerta no había podido volver a esclavizarlos”–, dejaron a la mayoría bajo el yugo; si se hubieran comportado más noblemente y con más altas miras, la insurrección griega habría resuelto la complicada Cuestión de Oriente, para conservación del siempre inestable equilibrio y beneficio del grupo humano maltratado. Y en cuanto a los propios intereses del imperio otomano, todo el que los tenga a la vista habrá observado, por los acontecimientos que vinieron después, que la exclusión de las provincias griegas no sólo no contribuyó de ninguna forma a su reforzamiento, sino que lo debilitó aún más, ya que éstas pugnaban sin pausa y de mil maneras para demolerlo. Es imposible que unos dominados, superiores a sus dominadores tanto en número como en desarrollo intelectual y social, y ansiosos de sublevarse, no consigan lo deseado a su debido momento.

Los mandatarios en Poros, encontrando las seis líneas fronterizas carentes de las cualidades exigidas por las directrices del consejo, diseñaron por su cuenta una séptima, que arrancaba en la entrada al golfo de Volos, pasaba por los montes Gura y Pindo y terminaba en el golfo de Ambracia. Se incluyeron las Cíclades, Amurgos, las Espórades Orientales y Eubea, a pesar de estar bajo el poder turco, por su posición junto al Ática y Beocia. Por el contrario, fueron excluidas Samos, Quíos y Creta: la primera por su emplazamiento junto a las costas de Asia, a pesar de haber luchado con éxito hasta el fin; la segunda, tanto por su posición como por su completa sujeción; y Creta porque, aunque de nuevo en armas, no había podido sacudirse el yugo.

Sobre el tributo se decidió el pago del acostumbrado impuesto anual de capitación, o sea, 1.500.000 *grosia*, y que no se satisficiera esta cantidad anualmente desde entonces, sino gradualmente, a causa de las devastaciones sufridas por Grecia.

Las tierras turcas fueron tratadas de dos maneras: la perteneciente al trono, a las instituciones o al común, para el gobierno griego sin cargas; la particular, a ser comprada por los griegos.

En cuanto a la participación de la Puerta en la elección de la autoridad territorial de Grecia, no se dijo nada.

Así fue como los embajadores culminaron sus trabajos y zarparon: los de Francia e Inglaterra el 6 de diciembre, el de Rusia el 8, el mismo día en que retornó el gobernador a Egina. Quedáronse los encargados junto al gobierno griego de los asuntos de las tres cortes, que habían llegado a Grecia poco antes según el acuerdo del 24 de junio.

Aunque la línea fronteriza trazada en Poros por los embajadores era la que ellos habían propuesto cuando estaban en Constantinopla, aunque el consejo aliado sugirió la misma línea ordenando el bloqueo de las costas griegas, aunque Francia y Rusia recomendaron en el consejo la aceptación de dicha línea como base de las negociaciones entre la Puerta y la alianza, el ministerio del momento se enfadó tanto contra el representante inglés, Canning, que cesó en el servicio diplomático a una persona que había aceptado dicho trazado por su recto criterio y su siempre noble política hacia los pueblos cristianos sometidos al sultán; reclamaba unos límites más restringidos y argüía que su parecer se apoyaba en la letra y el espíritu del acuerdo, el cual no se proponía constituir un Estado griego, sino simplemente pacificar la convulsa Grecia para mayor seguridad de sus habitantes cristianos ante la perversidad turca; quería establecer la línea divisoria en el istmo de Corinto y, en compensación a esta fijación tan constreñida, propuso declarar independiente a Grecia; parece ser que fue la soberanía compartida entre Turquía y Rusia de Moldavia-Valaquia y Serbia, que no hacía más que suministrar motivos de disensión y escándalo siempre en perjuicio de la Puerta, la que dictó lo referente a la independencia de Grecia. Pero ¿cómo podía existir un Estado independiente dentro de tan estrechos límites, sin tener lo necesario para su subsistencia? ¿Cómo se trasladaría más allá del Istmo a tantos miles de griegos del continente, armados y expertos en la guerra, que habitaban las partes dejadas a los turcos? Los pobladores cristianos de Grecia Continental, excluida según

esta propuesta, se cifraban en 180.000, en tanto que sus habitantes turcos eran 7.000 u 8.000. Por lo demás, ¿era justo, aunque fuera posible, deportar a la gran mayoría para favorecer a tan poquísimos? Si de lo que se trataba era de pacificar el territorio según el acuerdo, ¿no estaba la Potencia pacificadora imponiendo la espada en lugar de la paz con la concesión de tan estrechos límites? Era vana su esperanza de llevar con ellos a la Puerta hacia una negociación; después de la guerra con Rusia la Puerta iba por el mismo camino que antes, así que no era cuestión de límites más o menos amplios. La Puerta ni aceptaba la mediación de los aliados, ni proclamaba el alto el fuego ni hacía concesión alguna a los griegos, pues no negociaba sobre la condición del *rayás*. Consideró siempre indiscutible toda la Grecia Continental, no quería oír ni una palabra sobre ella; en cuanto al Peloponeso, prometió enviar un buen pashá.

El ministerio inglés, persistente en el establecimiento de las fronteras que había propuesto, expresó en el consejo aliado su descontento por lo que se había diseñado en Poros y reprochó a los embajadores el haber desatendido sus directrices y rechazado la invitación recibida en Poros por parte de la Puerta para regresar a Constantinopla, ya que la tregua existía de hecho y se respetaba la aceptación de la mediación. Pero la tregua efectiva, según el decir de la misma Puerta, era consecuencia de los hechos en sí y no elección suya, pues jamás había querido proclamarla; en la misma carta por medio de la cual llamaba a los embajadores, escribía que “es imposible considerar al griego otra cosa que *rayás*”, añadiendo que, al regreso de los embajadores a Constantinopla, todo se resolvería sobre esta base en una única sesión; es decir, con el envío de un buen pashá al Peloponeso, como había dicho anteriormente. Por tales palabras, las otras dos cortes ni reprobaron la actuación de los embajadores, pues con razón vieron ruin el talante de la Puerta y contrarios sus actos a la tregua y a la mediación, ni ratificaron la fijación de fronteras en el istmo.

Tal era la política de la alianza a fines del año en curso. Las Potencias aliadas en conjunto estaban en desacuerdo con la Puerta, pero también disentían entre sí.

El gobernador, al mismo tiempo que negociaba con los embajadores, se ocupaba en desarrollar la organización interior del Estado. Desde mucho antes, la creación de tribunales había atraído su atención. Su falta producía un gran alboroto y provocaba no poca perturbación al gobierno. En los ocho años que duraba ya la insurrección, no hubo juzgados regulares en

Grecia: los sucesivos gobiernos trataron de instituirlos muchas veces, pero la guerra siempre hizo vanos esos intentos; los más sensatos de entre los griegos no eran los más inclinados a constituirlos, en la creencia de que podían desviar a los griegos de las preocupaciones bélicas. La rebelión hizo desgraciados a muchos que eran felices: poquísimos eran los que podían sacudirse las deudas y trabajoso el cumplimiento de las decisiones judiciales en medio de tantas irregularidades y peligros, en tanto que eran las influencias individuales las que prevalecían sobre las leyes. Pero tras la llegada del gobernador, Grecia cambió hacia una posición de paz, se regularizó su situación interior y daba la impresión de que la ley se imponía sobre toda voluntad personal. Por ello, se juzgó oportuno el momento para el establecimiento del orden jurídico. Ya antes el Panhelinion se afanaba por constituir tal organismo a propuesta del gobernador; pero, puesto que el trabajo no avanzaba, el gobernador instituyó el sistema que antes había implantado en las Espórades Occidentales el delegado extraordinario Viaros, abusando de su autoridad. Protestó el Panhelinion, ya que el organismo cedía al gobernador el derecho a elegir los jueces, y opuso la ley XIII, pasada en silencio en el mensaje del gobernador pero aún vigente, que otorgaba al pueblo tal capacidad. El gobernador afectó ignorancia de la ley, cuando el párrafo 146 del artículo IX sobre juzgados de la constitución de Trezén se refería expresamente a ella y había sido traducido al francés en su oficina por orden suya, revisado por él y enviado a los embajadores para demostrarles que no era adecuado para el objetivo que se pretendía; y tampoco era posible que sus consejeros íntimos Viaros y Yannetés, que tenían por tarea principal lo referente a los juzgados, desconociesen la ley. Tras muchas controversias sobre la no aplicación de la ley nacional, se emitió el 15 de diciembre un decreto sobre constitución de juzgados, sin que se mantuvieran todos los términos de la ley, pero la aplicación y funcionamiento del decreto se retrasó por el siguiente motivo:

Hemos visto que los notables del Peloponeso miembros del Panhelinion y otros miembros del mismo se oponían abiertamente al gobernador. Su gran insistencia en una rápida formación de juzgados y ciertas palabras que esparcían sus familiares hicieron concebir fuertes sospechas de que el objetivo del gobernador era manejar los juzgados como un arma contra ellos. La insurrección había producido muchas complicaciones a muchos de los opositores; algunos tenían bastantes deudas incluso antes de la guerra; había algunas obligaciones de las comunidades que aparecían

como particulares de los notables, según los documentos; por el decreto promulgado, había que elegir los miembros del tribunal supremo sólo según la voluntad del gobernador, y ni siquiera después de la elección eran irrevocables, es decir, independientes del gobierno. Por estas razones los opositores de la cámara, viéndose a discreción de su enemigo por medio de los juzgados, pusieron todo su empeño en que no se constituyeran, con la excusa de que había que reglamentar previamente la devolución de las deudas públicas y privadas de antes de la guerra. Los temores que concibieron los notables hacia el modo de constituirse los tribunales no eran banales. Yannetés, que trabajaba con Viaros en los temas jurídicos, al ir a nombrar un juez le dijo que el gobierno pensaba dejar sólo a veinte familias como propietarias y que, antes de darle el nombramiento, deseaba saber si era de la misma opinión. Por otros muchos detalles, los griegos empezaron a sospechar que el gobernador no tenía intención ni de marchar por la senda constitucional durante todo el período de su mandato ni de convocar un congreso nacional sin una necesidad apremiante. La gente de peso en Egina, que era la que más quería un cambio en lo establecido, aprovechaba cualquier ocasión para dar a conocer a los embajadores, cuando estaban en Poros, cuán grande era el disgusto de los griegos ante la presente situación y qué poco se fiaban del futuro. Todos consideraban como la panacea política la convocatoria del congreso. También parecían pedirlo las propuestas de los embajadores. El gobierno en vigor no tenía más bases para negociar la paz que las establecidas por el congreso de Epidauro, cuando se invocó la mediación de Gran Bretaña, y éstas contravenían, como se ha mostrado, el acuerdo del 24 de junio, cuyo cumplimiento era el único objetivo de los embajadores. Este acuerdo concedía al sultán un tributo, indemnización por las tierras turcas y legitimidad sobre el establecimiento de un poder territorial en Grecia, y no fijaba las fronteras, mientras que la asamblea de Epidauro había fijado las fronteras y, aparte del tributo, no había cedido en ninguna otra cosa. Por lo demás, para legitimar en Grecia el cumplimiento del acuerdo, parecía necesario que los griegos se reunieran en un congreso, pero nada de lo que convinieron los embajadores para su culminación era definitivo; era, como hemos dicho, una simple opinión dirigida al consejo aliado; por lo cual, aunque la convocatoria del congreso parecía inevitable, había que aplazarla hasta que el consejo se pronunciara; de este parecer eran tanto los embajadores como el gobernador, pero era tal el descontento de los griegos contra el sistema vigente que, para satisfacer a la opinión

pública, se imponía o resucitar la durmiente constitución de Trezén y que Grecia se rigiera según ella, o convocar un congreso según sus términos; y, como la constitución iba claramente en contra de los principios del acuerdo, el único remedio parecía la convocatoria del congreso; por esta razón y con este objeto, el 30 de octubre el gobernador escribió al Panhelinion, pues entonces estaba en Poros, justificando la no convocatoria hasta entonces del congreso e invitándoles a pensar y ponerse a trabajar en la elección de los representantes.

Durante la insurrección no hubo una ley de elección de representantes, pero sí la hubo de elección de diputados y según ésta se hacían las elecciones sucesivas de representantes, doblándose el número. Como en la guerra el gobierno era democrático, se daba al pueblo todo el poder sobre las elecciones y no se permitía ninguna intromisión del gobierno, ni siquiera la simple supervisión; mas el gobernador, con la excusa de reglamentarlas, aunque su objetivo era influir en ellas, insistió en que los distritos electorales fueran presididos por empleados del gobierno. Los miembros del Panhelinion disientían, siendo unos de la misma opinión y otros de que las presidiera uno de los electores. Las discusiones eran elevadas de tono; finalmente, se impuso la posición contraria al gobierno. En el Panhelinion se suscitó una nueva cuestión: si tenían todos los griegos derecho a ejercer el voto, o sólo los autóctonos y propietarios; como parecía que los que no reunían estas condiciones tenían interés en apoyar la política del gobernador, pues esperaban mucho de él, el voto mayoritario del Panhelinion les privó del derecho a ejercer el voto, pero el gobernador rechazó este resultado innoble e insolidario con el argumento de que, existiendo una ley electoral, aunque incompleta y con fallos, y no excluyendo ésta a los mencionados, no podía hacer caso a otra, carente como estaba de la capacidad de legislar, y menos aún tratándose de una restricción al derecho de voto. Pero, según el decreto estatutario del Panhelinion, sí tenía tal capacidad y la ejerció muchas veces, y precisamente en esta circunstancia estaba legislando, pues su proyecto modificaba la ley en vigor; de ahí se originaron nuevas y graves diferencias escritas y orales entre él y el Panhelinion. La posición del gobernador resultó más crítica a partir de entonces, pues no contaba con la mayoría en la asamblea; por lo cual, decidió publicar sin su colaboración el proyecto de ley sobre elecciones, invitar al pueblo a elegir sus delegados según los términos del mismo y legalizar lo ilegalizado, por su propia cuenta y en contra del congreso. Pero el secretario de estado le negó su

colaboración y la firma con el argumento de que el gobernador, según lo legislado, debía publicar sus decretos-ley en las actas del Panhelinion, y esas actas eran contrarias a su plan. Después de ardua discusión sobre el asunto, el secretario presentó su dimisión, al no ser tenido en cuenta. El gobernador ni aceptó la renuncia ni hizo lo que tenía previsto, pero no por eso desistió de su objetivo, adoptando otra manera más legal: completó el Panhelinion con la adición de nueve miembros y, de esta forma, obtuvo la mayoría; como esto no bastaba, desplazó a los secretarios de sección y nombró secretarios principales a su hermano Viaros de Economía, a Perukas de Interior y a Kolettis de la guerra. El estilo pesado y farragoso de los escritos del Panhelinion le fastidiaba mortalmente. Para escapar de él, introdujo informes orales en vez de escritos, a cargo de los secretarios principales de cada sección.

Según las normas constitucionales, un proyecto de ley rechazado no puede llevarse de nuevo a debate mientras dure la legislatura; sin embargo el gobernador, inmediatamente después de ampliar el Panhelinion, volvió a presentar su proyecto de ley y así lo sacó adelante; estableció también una secretaría del gobierno en exteriores, trasladó a ella al secretario de Estado, que se había negado de nuevo a añadir su firma a causa de este procedimiento anticonstitucional, publicó el 4 de marzo el decreto sobre elecciones con la firma del sucesor del secretario trasladado, fijó el 15 de mayo para la inauguración del congreso en la sede del gobierno, aceptó que presidiera un elector en lugar de un empleado del gobierno, formó bajo su presidencia un consejo ministerial con los tres secretarios en cabeza —el del Panhelinion, el de estado y el de exteriores—, y convocó al pueblo para que eligiera a sus representantes.

CAPÍTULO LXXX

NOMBRAMIENTO DE AVGUSTINOS COMO LUGARTENIENTE DEL GOBERNADOR CON PLENOS PODERES EN GRECIA CONTINENTAL.- CAÍDAS DE ANDIRRIO Y NAUPACTO.- KÛTAHI SE RETIRA DEL EPIRO Y ES NOMBRADO GRAN VISIR.- POLÍTICA EXTERIOR Y DISPOSICIONES DE INGLATERRA SOBRE LEVANTAMIENTO DE LOS BLOQUEOS EN LAS COSTAS OCCIDENTALES DE GRECIA CONTINENTAL.- RECUPERACIÓN DE MESOLONGUI.- INCIDENTES DEL GOBERNADOR CON LOS FRANCESES.- VUELTA DE LAS TROPAS FRANCESES A SU PAÍS.- EMPRÉSTITO DE UN MILLÓN DE RUBLOS POR PARTE DEL EMPERADOR NICOLÁS.- MAGNANIMIDAD AMERICANA.-

Hemos dicho ya que los ejércitos enemigos en Grecia habían sido descuidados por el gobierno otomano a causa de la guerra ruso-turca y de la lucha intestina entre los albaneses, pero tampoco el gobierno griego se ocupó de los suyos como debía. El gobernador tachaba al general en jefe y al mariscal de indignos de su elevado puesto y ellos lo acusaban a él como responsable del escaso progreso en medio de tan favorables circunstancias, por no cuidar convenientemente el aprovisionamiento de los cuarteles: sospechaban incluso que incitaba a los campamentos a murmurar en contra suya para tener un excelente pretexto y dar el mandato general de Grecia Continental a su hermano menor Avgustinos, que lo anhelaba. De hecho, el 23 de enero el gobernador lo nombró su lugarteniente con plenos poderes políticos y militares para las provincias de Grecia Continental y los ejércitos en ella estacionados. Fuera como fuese, este nombramiento fue beneficioso, pues las tropas se mostraron más animadas estando a las órdenes del hermano del gobernador, ya que creían que podría recompensar mejor sus esfuerzos, remediar con facilidad las carencias del campamento y hacer que el hermano atendiera sus peticiones sobre la buena marcha de la campaña.

Al llegar con sus plenos poderes al golfo de Corinto a bordo de la fragata de Miaúlis, la *Hélade*, se aplicó a la toma de Naupacto. Para llevarla a buen fin, parecía necesario adueñarse primero del fortín de Andirrio, situado en la entrada del golfo; su toma se antojaba fácil, por la casi total carencia de alimentos que aguantaban sus ocupantes. Con esta esperanza, se aproximaron la mañana del día 12 por mar al fortín la *Hélade* y otros navíos y, por tierra, la quiliarquía de Tsavelas y el escuadrón de caballería de Chatsí-Christos. La noche que siguió, la *Hélade* abrió fuego violentamente contra la fortaleza y, al día siguiente, los de ella se entregaron mediante un acuerdo. La caída de este reducto obligó a los de Naupacto a consensuar la rendición, lo cual se vio favorecido por el riguroso cumplimiento del acuerdo anterior; así fue como, el 18 de abril, se izó por primera vez en el transcurso de la guerra la bandera griega sobre dicha fortaleza; los turcos que había en ella embarcaron en naves griegas y marcharon a Préveza, cumpliéndose fielmente las cláusulas del acuerdo. La toma de Naupacto extendió la lucha por Grecia Continental y descorazonó a todos los turcos de la Occidental, que abandonaron cuantas posiciones ocupaban en ella, salvo las de Mesolongui y Anatolikón, y se fueron a Préveza sin ser hostigados. El enérgico Kütahi, que con tanta fidelidad y coraje había servido al imperio, se encorajinaba al ver el daño y la deshonra de éste, pero nada podía hacer debido al lamentable estado de las cosas en Albania. Fue entonces cuando, gracias a su prestigio militar, fue nombrado gran visir de las fuerzas que combatían en la guerra ruso-turca. La marcha de un hombre con tal conocimiento de la naturaleza humana, los asuntos y la geografía de Grecia Occidental, que era admirado y temido por todos, acabó de hundir en el desánimo a los enemigos que quedaban.

La liberación de Naupacto preparó la de Mesolongui. Allí se trasladaron las tropas griegas que habían sitiado Naupacto y, simultáneamente, arribó la *Hélade* con el mandatario a bordo; el cual entró en conversaciones con los defensores de Mesolongui y Anatolikón y, el 2 de mayo, firmó con ellos un acuerdo sobre la entrega de las dos ciudades; pero una vez firmado y antes de que se cumpliera el acuerdo, llegó el jefe de flotilla inglés Spenser a bordo de la fragata *Madagascar*, con el encargo de romper el asedio marítimo por la fuerza, en caso de no ser atendido. Para la plena comprensión de las causas por las que su gobierno le había dado tales instrucciones, aportamos aquí las referentes a política exterior, junto con la partida de los embajadores de las tres Potencias:

La guerra de Rusia contra Turquía no progresó el año anterior como se esperaba, pero sí lo hizo en el que corría. Ejércitos en Europa bajo la mirada del emperador Nicolás, ejércitos en Asia, escuadras en el Bósforo y en el Helesponto –unas fuerzas movilizadas en todas partes en tanta cantidad y calidad– parecían estar a punto de acabar en breve con el imperio otomano. La cortes amigas de la Puerta, viendo el gran peligro y sin poder protegerla bajo su égida, pugnaban sin descanso para resolver el problema griego; pues, resuelto éste, cesaría la guerra, no porque hubiera sido promovida por su causa o para resolverlo, sino porque de él provenían la insensata política de la Puerta y su altivo lenguaje con respecto a Rusia, que habían provocado la guerra. La Puerta no se oponía a lo que reclamaba Rusia de por sí, porque Rusia no reclamaba sino lo que incluían los tratados.

Inglaterra, que deseaba ante todo reanudar sus relaciones con la Puerta, no cesaba de instar la vuelta de los embajadores a Constantinopla. Al declararse la guerra, expresó con vehemencia tal deseo, pues pensaba que dicha vuelta podía coadyuvar a una rápida interrupción de la guerra. Francia se oponía al principio, pero acabó aceptando la opinión de Inglaterra; ahora bien, la situación de Rusia era incompatible con el regreso de los embajadores: por culpa de la guerra en curso, ni la Puerta admitía un representante ruso ni Rusia lo enviaba; mas, debido a la alianza, dicho representante era obligatorio. Para allanar esta dificultad, las dos cortes propusieron que la de San Petersburgo conviniese en que los embajadores de las dos cortes negociasen en Constantinopla sobre Grecia en nombre de las tres. No vio bien Rusia esta proposición, pero no la rechazó, ante la insistencia de las dos cortes: sin embargo, exigió que se delimitara previamente por parte de las tres cortes todo lo que ellas dos iban a tratar sobre Grecia en su nombre y ausencia. Como queda dicho, la mayoría de los términos eran vagos en el acuerdo sobre Grecia y las Potencias no se ponían de acuerdo entre sí, sobre todo en la fijación de fronteras: Francia y Rusia defendían la línea fronteriza terrestre entre los golfos de Arta y Volos, como la habían trazado los embajadores en Poros, Inglaterra la restringía, como antes, al istmo de Corinto, aunque al final admitió la diseñada en Poros, pero no como definitiva. Una vez puestos de acuerdo sobre este punto, los aliados aceptaron por unanimidad los demás tal como habían sido reglamentados en Poros, añadiendo otros complementarios sobre la forma de elección de la Autoridad, sobre la vuelta de los dos embajadores a Constantinopla, sobre amnistía y emigración, sobre recíproca seguridad entre la Puerta y Grecia

bajo garantía de ellos, sobre el mantenimiento por parte de la Puerta de la tregua —en vigor de hecho—, sobre el completo cese de hostilidades por parte de los griegos y sobre la evacuación al Peloponeso de todas las tropas griegas que había en el continente. Tomados estos acuerdos, el 10 de marzo suscribieron un acta que englobaba todos los puntos citados, sin perjuicio de que pudieran ser alterados, y ordenaron a los embajadores de las dos cortes que volvieran a Constantinopla como representantes de las tres.

Inglaterra fue la única que comunicó oficialmente el acta del 10 de marzo al gobernador de Grecia, exigiendo el cese total de hostilidades en Grecia Continental y la llamada al interior del istmo de las tropas griegas que estaban fuera; mas el gobernador rechazó esta doble exigencia con bellas palabras y gestos. Inglaterra, interpretando el espíritu de la cláusula sobre el completo cese de hostilidades, exigió además el levantamiento de los bloqueos marítimos en las costas occidentales de Grecia continental, y lo reclamó en nombre de la alianza en su conjunto. Se extrañaron Francia y Rusia y expresaron su disgusto al saber que la Potencia aquella había exigido eso en nombre de ellas, siendo así que no se había hablado de ello en la reunión; Inglaterra reconoció que se debía a un error el empleo de “en nombre de la alianza en su conjunto”, pero no por ello insistió menos en nombre propio, por lo que ordenó a su fuerza naval en Grecia que hiciera cumplir el punto en cuestión, a despecho o no del gobierno del griego. En cumplimiento de esta orden, el gobernador de las Islas Jónicas despachó el escrito oportuno al general en jefe; el comandante de la flota del mar Jónico, Spenser, ordenó al jefe de la sección del golfo de Ambracia, Kriezis, que levantase inmediatamente el cerco de aquella zona; incluso llegó en persona al puerto de Mesolongui y exigió al almirante Miaúlis y al delegado regional plenipotenciario el levantamiento del bloqueo, con la amenaza de utilizar la fuerza si hacían caso omiso. Un día antes de su llegada, se había firmado el acuerdo sobre la entrega de aquella ciudad y de Anatolikón. El momento era de lo más delicado, pues, si se introducían alimentos, la ciudad no capitularía. Por fortuna, Spenser respetó el acuerdo y de este modo fueron liberadas las dos ciudades sin derramamiento de sangre.

A pesar de que el protocolo en cuestión fue firmado en marzo, no se comunicó al gobierno griego hasta mayo. La razón es la siguiente: ninguna de las Potencias confiaba en que los griegos pudieran culminar algo bueno en Grecia Continental; a Francia y Rusia no les disgustaría que lo consiguiera, pues ambas querían que las fronteras del nuevo estado rebasaran el istmo, y

no se preocuparon de la rápida comunicación del protocolo; pero Inglaterra, que deseaba constreñir al nuevo estado griego, al enterarse de las inesperadas caídas de Vonitsa y Andirrio y previendo por ellas las de Naupacto y Mesolongui, o sea, la liberación de toda Grecia Oriental y Occidental con el consiguiente desbaratamiento de sus planes, se apresuró a impedir por su cuenta los progresos de los griegos mediante el levantamiento de los bloqueos, basándose en el citado protocolo. En realidad, la única arma griega contra los turcos era el hambre; si ésta se hubiera remediado con el levantamiento de los asedios, no se habría conseguido lo que se consiguió; pero, por suerte, como Inglaterra intervino tarde por la razón antedicha, no pudo malograr la rendición de Naupacto ni la de Mesolongui.

Grecia saltó de alegría al conocer la recuperación de Mesolongui y el gobernador celebró en Egina una fiesta popular, declarando lo siguiente:

“El Señor ha tenido a bien que sobre las murallas de Mesolongui flamee de nuevo la enseña de la Cruz. Sobre los muros de Mesolongui reposan los restos de aquellos hombres valientes que por ella cayeron gloriosamente.

El primerísimo deber que hemos de rendir a la memoria de esos épicos mártires es elevar ante el ara del Altísimo nuestras encendidas plegarias por el eterno reposo de sus almas. Cuando hayamos cumplido este deber, nos queda otro no menos sagrado: tenemos la obligación de recoger con devoción sus venerables reliquias y depositarlas en una tumba en la que la patria pague cada año el tributo de su agradecimiento a las cenizas de aquellos hombres que sufrieron un heroico martirio por su sagrada causa.

El gobierno, interpretando los sentimientos de los griegos que anhelan cumplir tales deberes, ordena:

I. El día en que se inaugure la primera iglesia, que se está restaurando ya en Mesolongui, el metropolitano oficiará una misa solemne para pedir por el eterno descanso de las almas de los que lucharon heroicamente por la ciudad de Mesolongui.

II. El delegado regional con plenos poderes nombrará una comisión, compuesta de hombres del sacro clero, así como de oficiales militares y políticos, la cual deberá tomar las medidas oportunas para hacer lo siguiente:

1º Hacer un catálogo de los eclesiásticos, oficiales, soldados, cargos políticos o simples ciudadanos que cayeron víctimas del asedio de Mesolongui en 1.822, 1.823, 1.825 y 1.826.

2º Recoger sus restos mortales y designar el lugar donde deben ser depositados.

3º El gobernador irá en persona a Mesolongui para asistir al solemne cortejo fúnebre para el traslado de sus restos a dicho lugar, donde se levantará un monumento consagrado por la nación a la memoria de los nobles defensores de la Cruz en Mesolongui.

El gobierno publicará un concurso en el que invitará a los arquitectos y escultores nacionales a participar enviando en el plazo de un año sus proyectos y modelos para el mencionado monumento.”⁵⁴

Hemos visto como el gobierno inglés se llevaba mal con el gobernador. Al poco, también Francia comenzó a tener con él un comportamiento frío y distante, por las siguientes razones:

Por los días en que el gobernador se dedicaba a preparar el congreso, volvió a Grecia desde Francia, a donde había ido de permiso, el coronel Fabvier. El ministerio galo apoyaba incondicionalmente a este filoheleno, que había luchado desinteresadamente y sufrido mucho por Grecia, y lo consideraba como el más capaz de trabajar en la formación y auge de los ejércitos regulares, por lo que prometió asumir en parte el gasto requerido para ello. El gobernador, poniendo injustamente en entredicho la política filohelénica de Francia y sin simpatizar con Fabvier, no aceptó la proposición. Se enfadó Francia, interrumpió el subsidio regular de medio millón de francos mensuales y a duras penas, tras las reiteradas peticiones del gobernador, aportó un millón en abril, y la mitad expresamente para reavivar la agricultura en el Peloponeso, asumiendo enviar mensualmente a partir de entonces 100.000, en lugar de los 500.000, para uso del ejército regular. Fueran cuales fueran los temores del gobernador hacia la política de Francia, fuera cual fuese la postura desfavorable hacia los franceses debida a sus principios liberales, como Grecia era socorrida por ella de múltiples formas y desinteresadamente, había que conducirse con consideración hacia los franceses que recalaron en Grecia; pero se hizo de una forma tan lamentable, que provocó el resentimiento y la protesta de todos; finalmente se dio cuenta de que lo había hecho mal y, para reparar el

⁵⁴ Es el actual “Jardín de los Héroes”, donde se celebra anualmente una fiesta en conmemoración.

entuerto, envió a Neókastro a Miaúlis a bordo de la *Hélade*, para dar las gracias al comandante en jefe del ejército en nombre del gobierno y de la nación. Este envío aplacó a Maison; unos días después, el propio gobernador fue a entrevistarse con él y, gracias a sus educados modales para con él y con el ejército, se ganó su confianza.

Las tropas francesas, una vez que culminaron felizmente su tarea en el Peloponeso y se prohibió su salida más allá del istmo, volvieron a Francia, salvo unas pocas que, a petición del gobierno griego, prolongaron su estancia en Grecia; a su marcha, dejaron muchos suministros militares para uso de Grecia. Maison, después de visitar el Peloponeso hasta el istmo y las islas de Egina, Hydra y Spetses, siendo agasajado y honrado durante todo su viaje, zarpó el 8 de mayo a bordo de la *Dido*.

Muy noble la idea que concibió Carlos X de enviar tropas a Grecia, y muy noble también su puesta en ejecución. La idea se la inspiró el deseo, cordial y limpio de todo interés, de ver libre de una guerra devastadora a un pueblo maltratado: “No soporto –dijo a George Canning– ver con indiferencia a mis correligionarios griegos exterminados por los turcos y los egipcios; estoy decidido a hacer todo lo que sea necesario para impedir tan luctuosa catástrofe”^{ae}. Sin reparar en ninguno de los medios conducentes a este fin, a los pocos días llevó a feliz término lo que deseaba, con el elogio del pueblo francés. Y no se conformó con ello: reforzó con valiosas donaciones el ejército regular de Grecia, que había sido dado de lado, revitalizó la moribunda agricultura y, en su gran filantropía, envió a Egipto dignatarios con rescates, para liberar a los griegos conducidos a la esclavitud. Poco después, la asamblea nacional acordó erigir un monumento en Petalidi, donde desembarcó su ejército salvador. Un monumento que no se ha levantado aún, aunque las mentes y los corazones de los griegos serán monumentos vivos y perennes de admiración y agradecimiento.

Mientras tanto, gracias a la continua dedicación del gobernador, la reconstrucción del Peloponeso avanzaba en medio de las ruinas, prosperaba la agricultura y se cuadruplicaron los ingresos. El préstamo de un millón de rublos por el emperador Nicolás hizo aumentar los recursos de la nación; las ininterrumpidas aportaciones de los pueblos liberales de América resultaron muy útiles porque, dando empleo a los parados e indigentes y beneficiándoles, beneficiaron de paso a la

sociedad. Por aquel tiempo, el médico americano Howe⁵⁵, lleno de ardor filohelénico y humanitario, que recibía y repartía la mayoría de estas aportaciones, una vez que por medio de ellas contribuyó al adecentamiento de Egina y al bienestar de los comerciantes establecidos en ella con la construcción de un muelle, intentó instalar en el istmo de Corinto a familias necesitadas donándoles residencia, ganado bovino, grano y arados; con este fin, el gobierno griego dio gratuitamente cinco mil fanegas de tierra inculta. Tal era el avance material de Grecia en los prolegómenos del congreso nacional.

⁵⁵ Samuel Gridley Howe (1801-1876). Después de participar como cirujano y combatiente, regresó a América y desde allí canalizó las ayudas que se citan en el texto. También escribió una obra sobre la Insurrección (Vd. Bibliografía).

CAPÍTULO LXXXI

CIRCUITO DEL GOBERNADOR POR EL PELOPONESO.- ENMIENDA DE LA LEY ELECTORAL.- REPRESENTACIONES DE LAS PROVINCIAS EN NOMBRE DEL GOBERNADOR.- REUNIÓN EN ARGOS DEL IV CONGRESO NACIONAL; SUS ACTIVIDADES.-

Por temor a una victoria de la oposición, el gobernador decidió recorrer el Peloponeso para captar al electorado y, a mediados de marzo, salió de la sede del gobierno: tras unos días en Nauplion, llegó a Metona pasando por Argos, Tripolitsá, Karýtena, Leondari, Furtsala, Kalamata y Nisí, atravesó las provincias occidentales del Peloponeso, visitó Patras y se acercó a Naupacto cuando se estaba negociando su rendición; de allí fue a Vostitsa, subió a Mega Spíleon, donde celebró la semana santa, visitó Kalávryta y Corinto, volvió a Nauplion y, el 23, a Egina, llenando de alegría y consuelo los corazones de los que poblaban los lugares por donde pasó. El tema habitual de sus discursos era la reconstrucción de las ruinas, el establecimiento de escuelas elementales y el encomio del esfuerzo. La gente, que después de su llegada disfrutaba de buen gobierno y seguridad, estaba encantada con él y lo veía como un padre bondadoso. Los empleados gubernamentales de cada provincia, ya fuera llevados por un excesivo celo o movidos por otra razón, sugirieron que no se enviaran delegados al congreso y se le diera toda la representación al gobernador; Argos fue la primera provincia en nombrarlo su representante. El gobernador, a quien le fue comunicada oficialmente la elección, no dijo nada; su silencio fue tomado como muestra de conformidad y, entonces, muchas provincias del Peloponeso siguieron el ejemplo de Argos. El gobernador observó la misma callada por respuesta. Imitaron el ejemplo algunas islas del Egeo; el mismo silencio. Tal actitud dio pie a que muchos creyeran que era su mano la que movía en la sombra el proceso. Pero las representaciones en cuestión eran flagrantes contravenciones a la ley electoral, por lo que la oposición empezó

a protestar con razón. El gobernador, que convocaba el congreso con el objeto de consolidar su gobierno, sacudido por su natural arbitrario, dudó un momento sobre lo que debía hacer; finalmente, el 14 de mayo convocó en su residencia a los miembros del Panhelinion y a los secretarios de Estado y de Exteriores y les dijo que ya había llegado el día fijado para la formación del congreso y no se habían reunido los representantes de la provincias; que las elecciones en nombre de aquél eran extrañas y aquí el Panhelinion había cometido un fallo porque, si aceptaba la condición de que fueran los comités regulares o los administradores quienes supervisaran las elecciones, se impediría una elección así por contraria a la ley; y que debían supervisarlas sus empleados, para evitar tales irregularidades y que se reunieran cuanto antes los delegados. Asintió el Panhelinion, que después de la última remodelación lo aceptaba todo, y al día siguiente el gobernador derogó oficialmente las elecciones hechas en nombre de aquél, atrasó la convocatoria del congreso hasta el 25 de junio, designó Argos como lugar de las sesiones y modificó lo referente a la elección con la aquiescencia del Panhelinion, introduciendo dos anexos esenciales: la intervención de sus empleados, bajo la máscara de la legalidad y el buen orden, y la inmediata elección de representante directamente por el pueblo; este último anexo era elogiado, pues con él se expresaba con más sinceridad que en otro tipo de elección la libre voluntad del pueblo, pero la introducción de los empleados provocó un gran revuelo. El gobernador, aunque temía la victoria de sus enemigos, no creía político excluirllos del congreso, pero ideó otra forma de manejarlos, quieras o no, como instrumentos suyos: a través de sus empleados, les hizo estar obligados por escrito a sus representados para que recorrieran su camino en el congreso; y este plan, que era una transformación de la representación por su persona, funcionó; a la misma categoría se acogieron algunos militantes del partido gubernamental, por ser más disimulado. Con este género de representación, censurable y nunca visto en Grecia, se reunió en Argos el IV congreso de los griegos. Hubo gran controversia sobre el tema y uno de los delegados de Mesolongui, el anterior secretario de Estado y entonces de exteriores, rechazó tal representación y, mediante testimonio escrito de sus representados, demostró al gobernador que se le dio el mandato contra la voluntad de aquéllos y a insistente petición del administrador; pero ninguno de sus compañeros de filas acusados de lo mismo siguió su ejemplo.

El gobernador, no viendo suficiente tal tipo de representación para la consecución de sus objetivos, prohibió la entrada en la ciudad de Argos a los simples ciudadanos, pretextando carencia de alojamientos; formó la guardia del congreso como quiso y nombró a los delegados que consideró oportuno para controlar las actas electorales. Se distinguían por su enemistad hacia el gobernador los de Hydra y Zaímis, en representación de Kalávryta; pero él desarmó a los de Hydra con la vana promesa de indemnizaciones a través de su todopoderosa actuación en la asamblea y encarceló a Zaímis porque su representación había sido obtenida por términos inapropiados. Puestas así las cosas, cesó toda oposición en el congreso.

Antes del comienzo de los trabajos normales, en primer lugar los delegados peloponesios, movidos por el entorno del gobernador, le enviaron un unánime agradecimiento en nombre de sus representados por todos los bienes que les había traído su inteligente administración; y le exhortaban a que los llevara de la mano también en las arduas tareas del congreso. Parecidos plácemes suscribieron a continuación los del continente y, después, los del mar Egeo.

Para las sesiones se construyó un estalache de madera dentro del antiguo anfiteatro, en el extremo sur de la ciudad de Argos. El 11 de julio se reunieron los representantes en el templo de la Virgen, donde en presencia del gobernador se ofició una misa, los delegados hicieron el acostumbrado juramento y se trasladaron al recinto, donde el gobernador, sentado a la derecha del presidente, pronunció unas pocas palabras de inauguración y, a continuación, se levantó el secretario de Estado y, por orden del gobernador, dio lectura a una exposición de sus actividades desde que en el extranjero supo su nombramiento hasta aquel día. Después de esta sesión, la asamblea se dedicó a la constitución de su gabinete bajo la presidencia táctica en un principio de Sisinis, el congresista de mayor edad, y formó dos comisiones: una de cinco miembros para las relaciones y otra de siete para la correspondencia entre el congreso y el gobernador, llamando a esta última la comisión del congreso; como, según se ha dicho, el gobernador había creado ya otra de diez miembros compuesta de representantes para control de las actas electorales antes del comienzo de las sesiones, resultó que el congreso tenía tres comisiones permanentes. El 16 compareció el secretario de exteriores y, tras una exposición de los asuntos de su competencia y una lectura de diferentes comunicados entre los embajadores de los aliados y el gobernador entre sí,

terminó diciendo que correspondía a la asamblea decidir sobre los asuntos posteriores. Al día siguiente compareció el secretario de Estado y sometió a la consideración del congreso la acción del ejecutivo que legislaba el sistema del gobierno provisional y decretos del gobernador sobre las diferentes ramas administrativas, dando las aclaraciones solicitadas sobre ellos. El 18 se sometieron a la consideración del congreso las disposiciones sobre la banca, las cuentas del Ministerio de Hacienda, el presupuesto anual y un plan de resolución del empréstito exterior. El 19 se leyeron informes sobre el servicio militar en tierra y mar y sobre las acciones emprendidas desde el comienzo de la primera legislatura hasta el final de la comisión de gobierno. Una vez dado a conocer todo esto, el congreso publicó trece decretos: por el I, considerando el camino recorrido por el gobernador en los asuntos exteriores, le concedió libertad para tratar en lo sucesivo el desarrollo y adaptación del tratado de 24 de junio, si bien con ciertos límites y sometido a la validación por parte de los representantes plenipotenciarios del pueblo. Por el II se aceptó todo lo que había hecho el ejecutivo para legalizar el sistema administrativo del gobernador, modificándolo para el futuro con la sustitución del Panhelinion por un senado⁵⁶ de veintisiete miembros elegidos por el gobernador, veintiuno de ellos sobre una lista de propuestos por el congreso, proponiendo cada uno de los representantes a título particular tres candidatos^{af}, y los seis restantes a plena discreción del gobernador; se nombró el senado para que opinara en todos los decretos no administrativos, pero el gobernador no estaría sujeto a su opinión a no ser en el dinero público y en los asuntos económicos en general; en cuanto a los temas judiciales y de cualquier otro servicio, que quedasen provisionalmente como estaban, pudiendo sin embargo el gobierno introducir cuantas modificaciones le dictara la experiencia, esto es, cambiarlos a su antojo; y que se reglamentara a tiempo estrictamente la justicia, nombrándose a los jueces de por vida. El mismo decreto previó sobre el género del en su momento estable gobierno de Grecia y dispuso que el gobierno provisional trabajase, con la colaboración del senado, en la preparación de las leyes fundamentales sobre las bases establecidas por los congresos de Epidauro, Argos y Trezén; y que se delimitasen los deberes del legislativo, modificados según el espíritu que guió las acciones

⁵⁶ Aunque para esta institución el griego utiliza la palabra “gerusia” que, etimológicamente al menos, significa lo mismo.

en Trezén, y según el espíritu del acuerdo entre las tres cortes; y el senado, dividido en dos cámaras, emprendiera la legislación con la colaboración del legislativo; prescribía, además de concluir las leyes fundamentales, que se convocara a los mismos delegados para la supervisión y que, en caso de muerte del gobernador en el intervalo, dejara por escrito su proyecto sobre la recuperación política de la patria. El III decreto disponía que se supervisaran todas las cuentas de la comisión de asuntos económicos y del Ministerio de Hacienda, se dotara a la banca con bienes públicos, se pidiera la garantía de las cortes aliadas sobre el préstamo de 60.000.000 de francos votado por el congreso de Trezén, que el gobierno se ocupara de la condonación de la deuda de 1.824 y 1.825 y conservase inalterado durante todo el año en curso la modalidad impositiva existente, se ocupase sin demora en la revisión de las tasas impositivas, en la supervisión y mejora de los bienes nacionales, en la distribución de parte de ellos por comunidades en relación al número de sus habitantes y en la creación de una comisión para examinar las propiedades en disputa. El IV decreto contemplaba el progreso y la regularización del ejército y la marina en virtud de la ley sobre reclutamiento de 1.825 modificada y de la retribución de los servicios prestados por tierra o por mar con terrenos de propiedad pública, según la graduación de cada uno. El V decreto reglamentaba lo referente a la devolución de deudas y prescribía que se abriese un código de deuda pública para el pago anual de los intereses y que se distribuyera la décima parte del préstamo exterior esperado en relación a los capitales debidos a cada uno de los ciudadanos y se dispusiesen en beneficio de éstos 200.000 hectáreas de tierra pública salvo vides, viñedos, olivos y huertos, pero que no se diera esta tierra como completa propiedad privada antes de que se delimitasen las de Grecia y se apartasen los bienes nacionales de la hipoteca; se escribió también un artículo complementario para la compra de barcos pertenecientes a las islas de Hydra, Spetses y Psará. El VI decreto trataba sobre el modo de satisfacción de las deudas por parte de las comunidades durante la turcocracia. El VII disponía que se acuñara moneda nacional según el proyecto del Panhelinion, con el fénix grabado en una cara y una cruz encima de su cabeza y, alrededor, ἑλληνική πολιτεία; y, en la otra, una rama de olivo y otra de laurel y, alrededor, ὁ κυβερνήτης Ἰ. Α. Καποδίστριας. El decreto VII decía que se elevara en tiempo debido en la sede del gobierno un templo con el nombre del Salvador, en agradecimiento al Altísimo por los milagros realizados para salvación del

pueblo griego; que se enviasen embajadores a los reyes aliados y al rey de Baviera, transmitiendo el agradecimiento de la nación por los bienes recibidos gracias a su generosa aportación; que se erigiese un monumento en Neókastro en memoria de la batalla naval y otro en Petalidi, donde tomó tierra el ejército francés, y que se fundase un escuadrón de caballería denominado Escuadrón del Salvador. El decreto IX fijaba en 180.000 fénices el sueldo anual del gobernador, mas el gobernador no aceptó la oferta. El decreto X prohibía la exportación de antigüedades, permitiendo sólo la de los fragmentos, y éstos cuando fueran solicitados por los gobiernos como contribución a las investigaciones arqueológicas. El XI decretaba la mejora del clero, la dotación del orfanato, el desarrollo de las escuelas aleludidáticas⁵⁷, oficiales y de nivel superior y la constitución de imprentas públicas mediante las donaciones de los benefactores y los ingresos de los monasterios. El XI y último disponía que los integrantes de la asamblea constituida formaran la siguiente, contemplada como continuación de ésta, justo cuando el gobierno llevara a cabo sus trabajos de redacción del proyecto de ley fundamental o en el momento en que hubiera necesidad de ver y sancionar lo que se dijo en el decreto I.

Mientras, la asamblea tuvo conocimiento de un informe de Church, muy descontento por la actitud del gobernador hacia él. En él dimitía de su cargo y se adhería al sistema de gobierno; el congreso interrumpió la lectura con el argumento de que el informante no se atenía al deber y la verdad y aceptó su renuncia, olvidando en su ofuscación cuán maltratado había sido este filoheleno y cuánto contribuyó a la reciente reconstrucción de Grecia Occidental.

Dispuestas así estas cosas y reglamentadas otras de menor importancia, el gobernador compareció el 6 de agosto para disolver la asamblea con un discurso de agradecimiento.

Hemos referido las maniobras que emprendió el gobernador para la reunión de la asamblea en la forma que él pedía. Sus maniobras tuvieron éxito, y el congreso se reunió en la forma que él quería; lo que hizo el congreso lo hizo a propuesta, sugerencia y plena conformidad del presidente; estaba completamente controlado por él: todos sus decretos se diseñaban en el gabinete presidencial, se le trasladaban mediante la

⁵⁷ Método de enseñanza, introducido en Grecia por Ioannis Kokkinis, que consistía en implicar a los alumnos más aventajados como ayudantes del profesor para la educación de todos.

comisión de siete miembros y volvían a la oficina del presidente como obras del congreso; éste, antes de publicar los decretos, proclamó a las claras sus simpatías por el presidente y una fe ilimitada en su capacidad, patriotismo y luces; no dudó incluso en mostrar oficialmente que ordenó a la comisión de los siete redactar los decretos bajo su dirección. Siendo así las cosas, los más chistosos repetían acertadamente el “Yo me lo guiso, yo me lo como.”

CAPÍTULO LXXXII

IRRUPCIÓN DE GRIEGOS EN TEBAS Y ENFRENTAMIENTOS CON LOS ENEMIGOS EN ESTA CIUDAD Y JUNTO AL CONVENTO DE SAN JUAN, EN EL ÁTICA.- BATALLAS DE ANIFORITI, OROPO Y EN LAS AFUERAS DE TEBAS.- NUEVA INVASIÓN ENEMIGA EN GRECIA ORIENTAL.- BATALLA DE PETRA Y HUIDA DE LOS ENEMIGOS.- FIN DE LA GUERRA POR LA INDEPENDENCIA DE GRECIA.- PERSONALIDAD DE HYPASILANDIS.- DESPUÉS DEL CONGRESO DE ARGOS.- NUEVOS DONATIVOS DE FRANCIA.- ARMAS REGALADAS POR EL EMPERADOR DE RUSIA.- ANTICIPO DE EYNARD SOBRE EL PRÉSTAMO.-

Expulsados de gran parte de Grecia Oriental, los turcos conservaban sólo Tebas y el Ática, mientras el general en jefe buscaba la manera de obligarlos a marcharse también de ambas.

La ciudad de Tebas estaba toda en ruinas. Los turcos ocupaban Santos Teodoros⁵⁸, Pyrí y Pírgos; eran 1.500 de infantería y 200 de a caballo. El general en jefe pensó tomar previamente Aniforiti, junto a Kara-Baba, para cortar al enemigo toda comunicación entre Tebas y Eubea; también envió a Vassos al Ática para impedir el traslado de enemigos desde ésta a Tebas; la noche del 18 de mayo, al frente de 700 de a pie, alcanzó las ruinas de Tebas, donde los suyos tomaron posiciones y no cesaron de hostigar los tres primeros días, utilizando además tres cañones; el 21 entablaron combate entre la ciudad y Pyrí, retirándose tras una batalla de dos horas. A partir de entonces no entraron en combate, pues griegos y turcos aguardaban refuerzos.

El mismo día que los del general en jefe pisaron Tebas, Vassos acampó en el convento de San Juan, entre Chasiá y Menidí, y al día siguiente tomó 300 infantes y algunos jinetes y bajó al llano, poniendo a los infantes

⁵⁸ Un barrio al E. del cual se construyó luego el más residencial de la ciudad, el de Kondito.

al acecho mientras él avanzaba con los caballeros hacia Menidi, donde encontró una tropa de enemigos que venían contra ellos; eran 200 de a pie y unos pocos a caballo. Iniciada la escaramuza, cargaron contra los enemigos los infantes al acecho y llegaron otros enemigos de otra parte. Se gastó mucha pólvora, pero se vertió poca sangre. El 27 salieron de Atenas enemigos contra los de Vassos, llevando dos cañones, y entraron en combate, aunque retrocedieron sin conseguir nada y con algunas bajas.

El 2 de junio Omer Pasha, al saber que los griegos habían ocupado Aniforiti, partió de Eubea; iban con él 1.000 regulares y 500 irregulares; los griegos que mantenían aquella posición, unos 800 apenas, construyeron un gran baluarte sobre el monte, pero dicha defensa estaba muy alejada del camino; así pues, al ver al enemigo acercarse, descendieron a combatir al pie del monte, donde fueron duramente batidos y terminaron huyendo; perseguidos, se refugiaron en el baluarte sobre el monte, pero al poco hicieron una salida y forzaron la retirada del enemigo; murieron o fueron heridos 40 de éstos y 8 griegos; entre los heridos figuraban los oficiales Busgos, Pavlos Stefanu y Vasilis Leonardidis; se distinguió por su bravura Psarodimos de Olimpo, que fue el primero en lanzarse.

Después de esta batalla, se envió a 200 griegos a apoderarse de Oropo y los depósitos de la costa; al verlos venir, los enemigos que había en la localidad abandonaron ésta sin lucha y se concentraron todos en la costa, mientras los griegos se situaban en el pueblo. Unos días después llegó a la playa el buque de vapor acompañado de otro y los griegos de la población, al abrigo del fuego que abrieron, corrieron a la caza del enemigo. Contratado éste, combatieron los griegos, los pusieron en fuga y quedaron dueños de las dos posiciones, como al principio.

Después de la batalla del 2 de junio, los griegos abandonaron la posición de Aniforiti y muchos turcos de Eubea vinieron sin obstáculo a socorrer a los de Tebas, que al haber sido reforzados recorrían sin miedo las llanuras, recogiendo los productos del campo. Entre tanto, el general en jefe supo que la caballería de Chatsí-Christos venía en ayuda desde Naupacto voluntariamente; envió por la noche a su encuentro a los de Evmorfópulos y Skurtaniotis, con la idea de copar a los enemigos que solían salir sin reservas a recolectar los frutos. Los enviados cumplieron las órdenes y los de Chatsí-Christos les hicieron caso. El 10, los enemigos se habían desplegado por el llano, como de costumbre; había 156 griegos a caballo y 300 de a pie; los enemigos que habían salido eran el triple, pero estaban

dispersos aquí y allá y desprevenidos, pues no sospechaban nada; así que los griegos cayeron sobre ellos en masa y preparados, les infligieron graves daños y los hicieron correr hacia las trincheras, persiguiéndoles por todos lados y matándolos. Vieron los de Pyrí la inesperada huida de los suyos e, imaginándose el motivo, corrieron en su auxilio a pie y a caballo; pero acudieron también muchos griegos que había en la ciudad y se enzarzaron todos en una batalla en el llano; cayeron 100 turcos, fueron hechos prisioneros 16 y se capturaron más de 80 caballos; fueron pocos los griegos que sufrieron algún percance.

Pocos días después, al saber los griegos que desde Calcis venían a Tebas otros 500 turcos, ocuparon Makrovuni, en el camino, para tenderles una emboscada. El 21 se dejaron ver los esperados, les atacaron los emboscados, corrieron otros muchos desde Tebas al campo de batalla y, tras una pelea de cuatro horas, luchando en vanguardia Liakópulos, Rukis, Bairaktaris y Skurtaniotis, se separaron. En más de 100 se contaron los enemigos caídos, y en 9 los griegos; fue herido de gravedad Liakópulos, que murió a los pocos días.

Al día siguiente, antes de salir el sol, los turcos, que los triplicaban, emprendieron muchos ataques desde todos lados a las fortificaciones de los griegos; rechazados siempre y en todos sitios, continuaron luchando hasta que la caballería griega puso en desbandada a la enemiga y, entonces, huyeron infantes y jinetes; se les arrebató dos banderas; murieron 3 griegos y fueron heridos 15.

El 6 de julio emprendieron una nueva expedición desde Atenas 2.000 turcos con cañones contra Vassos y atacaron para adueñarse de los bastiones; pero no lo lograron y volvieron maltrechos a la ciudad.

Después de la batalla del 22 de julio en Tebas, los turcos propusieron a sus enemigos mantenerse alejados tranquilamente, ya que el destino de aquellos lugares lo decidiría la voluntad de los aliados y no las armas de unos y otros; mas el general en jefe rechazó la propuesta con el justo argumento de que los turcos, al mantener la limítrofe Ática, serían considerados como los dueños de Tebas. Entretanto, ya desde antes el ejército sufría privaciones de todo tipo y hacía meses que protestaba, pues no se pagaban las mensualidades; y se quejaban tanto por lo que soportaban como porque los que estaban al mando inmediato de Avgustinos disfrutaban de todo cuanto ellos echaban de menos; Hypsilandis y los capitanes no cejaban en el empeño de pedir por medio de informes y mensajeros la protección

del gobierno, para remediar los males y atajar el peligro de disolución del campamento, emprendida subrepticamente; pero el gobernador sólo ofrecía promesas. El mal aumentaba día tras día, hasta que llegó a su apogeo: los soldados hablaban abiertamente de la disolución del campamento, amenazaban de muerte a los oficiales que les engatusaban y, barruntando una reacción de Avgustinos, quien por envidia al general en jefe no soportaba la existencia de otro ejército en Grecia Oriental, prorrumpieron en maldiciones contra los culpables de la injusticia que soportaban y, el 7 de agosto, se juramentaron para abandonar las fortificaciones y huir por la noche; por la tarde los jefes, al saber de la conjura, se reunieron con Hysilandis para deliberar, pero mientras lo hacían, supieron a la una de la noche que unos pocos habían desertado y habían insubordinado a los demás. Corrieron entonces los jefes a adelantarse a la expansión del mal, prometiéndoles una retirada en regla bajo su dirección. Pero los soldados no obedecieron; fueron dominados por el pánico y se entregaron todos a una fuga en tromba, dejando en el campamento los cañones y todas las municiones. El pobre Hysilandis permaneció en su tienda; cuando vio que se quedaba en el campo de batalla siendo un general en jefe sin ejército, huyó también completamente abatido y se situó en Aráchova con unos pocos fieles. Los turcos, ya fuera porque tomaron la huida por una añagaza o porque lo que deseaban era quedar dueños de la posición abandonada sin derramamiento de sangre, no persiguieron a los que huían.

Por los días en que se dispersó esta fuerza griega, 1.500 enemigos mandados por Aslan Bey Muchurdaris, al encontrar libre el paso de las Termópilas porque habían huido los griegos que lo guardaban, irrumpieron a través de él y, tras cruzar Lebadea, donde dejaron guarniciones así como en otros lugares, llegaron a Atenas sin sufrir un disparo durante todo el trayecto. La guerra con Rusia obligó a la Puerta, que veía al horrible enemigo no lejos de Adrianópolis, a llamar rápidamente a sus tropas repartidas por todos lados, para su propia defensa; gracias a esto, fueron enviados de vuelta las de Aslan Bey para acompañar hasta Larisa a los que había en Tebas y el Ática, salvo los que guardaban la acrópolis de Atenas.

Hysilandis, tras concentrar de nuevo a 2.300 soldados, tomó la posición de Petra, entre Tebas y Lebadea; por ella iban a pasar los enemigos, reunidos en su regreso, y al ver a los griegos en posesión de ella, levantaron delante un campamento el 10 de septiembre. Eran 5.000 entre regulares e irregulares, de infantería y caballería, y llevaban cuatro cañones. Al alba

del 12 dejaron una pequeña guardia en el campamento, lo fortificaron y marcharon contra los griegos con la intención de abrir paso dispersándolos; su caballería formó dos líneas y se situó sobre Petra, mientras los regulares se dividieron en dos grupos para cargar contra los baluartes de Stratos y Skurtaniotis, a fin de acabar con ellos; otros 300, entre ellos algunos jinetes, ocuparon la aldea de Vrestemites, junto a las defensas, protegiendo así las espaldas del grueso del ejército. Dispuestos estos así, los albaneses de Aslan Bey se lanzaron a la carga para apoderarse del baluarte que había sobre aquella posición, pero acudieron oportunamente en su auxilio los quiliarcas Dyovuniotis y Kriezotis, con la mayoría de los que estaban a su mando; el socorro de éstos y la tenaz resistencia de los de dentro del baluarte frustraron los osados avances de los de Aslan Bey y les hicieron emprender una desastrosa huida. Simultáneamente, sobre el contingente enemigo en la aldea de Vrestemites cayó la guardia del general en jefe al mando de Spyros Milios y lo persiguió, tras tomar previamente una posición elevada en oblicuo a la aldea. Los enemigos, tras una batalla de dos horas, volvieron vapuleados al campamento, defendidos por la muy numerosa caballería, y pasaron la noche tranquilos; al día siguiente, enviaron hacia Hypsilandis al jefe de la caballería, pidiendo el paso libre; a propuesta suya, Hypsilandis mandó a su secretario Filimon hacia el campamento turco, donde el día 13 se firmó un acuerdo diciendo que se dejara libre el paso al enemigo, se soltara a todos los prisioneros griegos y turcos, se retiraran las guarniciones turcas que ocupaban la ciudad de Lebadea, Chani de Kátiko, Turkochori y Fondana, manteniéndose únicamente en Grecia Oriental las de la acrópolis de Atenas y la de Vodonitsa, y que se intercambiasen rehenes para garantizar estos acuerdos.

Mientras los turcos pasaban silenciosos y sombríos, despidiéndose para siempre de la ayer esclava Grecia, los griegos libertadores les decían adiós con gritos de alegría, tocando trompetas y tambores. La de Petra fue la última batalla de la guerra por la independencia de Grecia, que duró nueve años.

Aunque ya hemos pergeñado a trazos los rasgos de la personalidad de Dimitrios Hypsilandis, creemos conveniente resumirlos al término de su carrera militar.

Desde que pisó tierra griega, no cesó de representar al Mando supremo, persuadido de que el Mando pertenecía a su casa porque su hermano se excluyó a sí mismo pero fue el primero en iniciar la rebelión; y que pisotearía sus derechos si aceptaba los términos que impuso la nación, pero nunca

presumió de apetecer el poder ni puso la mano sobre la empuñadura del sable; su patriotismo brilló siempre sin mancilla; su principal preocupación, tanto en palabras como en hechos, era el triunfo de la causa; jamás puso reparo en dar su vida para refuerzo de aquélla, y su gran corazón suplía en los peligros la debilidad y fragilidad de su cuerpo; en muchas ocasiones se le supuso culpable de conspiraciones supuestas o reales, pero siempre resultó estar al margen de cualquier maquinación, y se distinguió durante toda la contienda por su distanciamiento de las guerras civiles: siempre intentó vivamente prevenirlas cuando se promovían o hacerlas cesar cuando se declaraban; tenía el sable más afilado que la mente y destacaba más en los cuarteles que en las reuniones políticas; despreciaba lo que tendía al protectorado o el dominio extranjero, por lo cual no suscribió ni el escrito a Inglaterra ni el dirigido al duque de Orléans; alterado por la petición de mediación a Inglaterra en los términos del congreso de Epidauro, lo denunció. Muy nobles sus intenciones en la denuncia, pero en modo alguno oportunas en aquel momento histórico; también se le acusó de que con ella mostraba bajo cuerda la esperanza que alimentaba de prevalecer al final; de manera magnánima y pacífica soportó el ostracismo político con que le golpeó el congreso objeto de sus ataques, y en su retiro no prestó oídos a las incitaciones contra los que estaban en el poder, a pesar de su enemistosa actitud hacia él; fue postergado muchas veces, pero jamás protestó; se mostró incommovible en las pruebas por las que pasó y fuerte en las desventuras y los sinsabores; al final, en la época de Kapodistrias, sacó su espada contra el enemigo y no la devolvió a la vaina hasta el fin de la guerra, con él de general en jefe.

Tras la disolución del congreso, el gobernador pasó varios días en Argos, durante los cuales nombró 16 senadores y dispuso que se reuniesen el 1 de octubre en la sede del gobierno para el comienzo de las sesiones; después se trasladó a Nauplion, de ahí a Poros y arribó el 24 de agosto a Egina; allí publicó un reglamento de los ministerios, fue a Mégara para un revista de las tropas y, de vuelta a Egina, volvió el 9 de septiembre a Nauplion, sede provisional del gobierno, y estuvo ocupado en la reglamentación de diferentes servicios. El 26 juraron su cargo los senadores y, al día siguiente, comenzaron sus sesiones bajo la presidencia de Sisinis.

Hemos visto que el congreso nacional elevó a las nubes al gobernador y redujo a nada la oposición. Aquél, sobrado, sólo consideró dignos del cargo de senadores a dos de su filiación, Miaúlis y Kunduriotis. Pero la humillada

oposición no tardó en levantar la ceja⁵⁹ para rechazar las disposiciones dadas en nombre de estos miembros suyos. Habiendo dimitido éstos, nombró senador a Manolis Tombazis, de las filas de los opositores, pero también éste renunció; nombró luego a Mavrokordatos, pero tampoco éste aceptó, alegando su condición de opositor. Estos hombres, rehusando toda colaboración para el desarrollo y la aplicación del nuevo sistema de gobierno y no soportando ni aparecer como servidores suyos, mostraban con toda evidencia cuánto lo criticaban.

Mientras, la generosa Francia, que no cesaba en sus favores a Grecia, envió a mediados de octubre 500.000 francos para uso del gobierno griego, después de prometer más muestras de su política filohelénica; y el emperador de Rusia envió, para uso de las tropas regulares de Grecia, 6.000 fusiles y 12 cañones de montaña con todos sus avíos; y el filoheleno Eynard envió 700.000 francos como anticipo del préstamo; y también mejoraron los ingresos del estado, así que el gobierno no carecía de recursos para mantenerse.

⁵⁹ Típico gesto griego de negación.

1829-30

CAPÍTULO LXXXIII

ASUNTOS EXTERIORES.- GRECIA ES PROCLAMADA ESTADO INDEPENDIENTE REGIDO POR LEOPOLDO, DE LA CASA DUCAL DE SAJONIA-COBURGO.-

Tanto Grecia entera como su gobierno tenían dirigidos sus ojos a las acciones del consejo aliado y aguardaban de él la consolidación definitiva de la situación.

El 6 de julio llegaron a Constantinopla el embajador de Francia, Guilleminot, y Gordon, que sustituía a Stratford Canning, encontrando ambos una brillante y amistosa acogida. El 27 giraron una visita oficial al reis efendi y le hicieron partícipe del protocolo de 10 de marzo, diciendo lo necesario para su aceptación. El reis efendi les hizo entrega de un crisobulo⁶⁰, asegurándoles que contenía todas las peticiones de los aliados sobre los griegos. Qué contenía el crisobulo y cómo lo vieron los embajadores queda claro por el siguiente pasaje del informe que sobre él remitieron al consejo aliado: “Les sorprenderá saber que el crisobulo en cuestión contradice tanto las propuestas de los aliados como cualquier otro documento publicado hasta ahora por la Puerta; no lo habríamos aceptado en su estado actual si, antes de sernos entregado, hubiésemos conocido su contenido; no hay ningún razonamiento que sea capaz de persuadir a la Puerta para que acepte siquiera la autonomía limitada del griegos del Peloponeso.” Esto escribían los embajadores y era tal su desilusión, que proponían a sus cortes que proclamaran ellas a Grecia como Estado independiente y diseñaran las fronteras a despecho de la Puerta. En apoyo de sus palabras aducían las de los nuevos países de América del Sur, aunque España no cesaba de contemplarlos aún bajo su soberanía.

⁶⁰ “Bula de oro”, decreto imperial bizantino u otomano.

Mientras, la guerra de Rusia contra la Puerta iba cada día mejor, volviendo loco al sultán.

Es propio de los absolutistas caer a menudo desde la cima del desdén a la sima del anonadamiento. El sultán, que no quería ni aceptar una mediación amistosa de cortes extranjeras, ni oír el nombre de Grecia, ni concederle la más mínima existencia política, que gracias a sus leales cortesanos no accedía más que a enviar al Peloponeso un buen pashá para gobernar a los *rayades* y que siempre estaba diciendo que su respuesta definitiva, inamovible y eterna era que bajo ningún concepto y en ninguna circunstancia aceptaría propuesta alguna sobre los griegos, empezó a cambiar de tono al ver los temibles y rápidos progresos de la máquina de guerra rusa. Cuando supo que el enemigo había traspasado los Balcanes, se apresuró a anunciar que aceptaba el acuerdo de la alianza, pero con la delimitación de fronteras en el istmo de Corinto, el desarme de las guarniciones del Peloponeso, la renuncia a la posesión o uso de barcos de guerra o reunión de tropas enemigas más allá del número exigido para mantener la paz interna en la región y la reubicación al sur del istmo de los revoltosos que habitaban fuera. Pero, según la proclama del autócrata, la solución del problema griego y la guerra con Rusia eran cosas entrelazadas e inseparables; por ello, cuanto mejor iba la guerra, tanto más feliz parecía la solución de la cuestión griega: la resolución de esta resolvía también la guerra ya que, como se ha dicho, la Puerta no se oponía a ninguna de las demás reclamaciones de Rusia. Estando así las cosas, el sultán, que había aceptado el acuerdo sobre Grecia con el añadido de algunas cláusulas cuando supo que los rusos habían atravesado los Balcanes, accedió mucho más aplacado cuando supo que habían conquistado la propia Adrianópolis, porque entre esta ciudad y la capital no parecía haber otra cosa capaz de detener el avance del enemigo que una intervención extranjera. La aproximación de los enemigos y la derrota de las tropas otomanas levantaron en la misma capital lamentos y protestas contra el propio sultán; se descubrió un complot de simpatizantes de los jenízaros contra su vida y fueron ejecutados 500, entre ellos el jefe de la guarnición del Bósforo. En medio de tales calamidades, tanto se humilló el arrogante sultán, que el 28 de agosto publicó, a petición de los embajadores de la alianza destacados junto a él, una nota que decía:

“La Sublime Puerta, habiendo aceptado ya el acuerdo aliado, promete ante los representantes de la alianza que firmará hoy sin falta todas las resoluciones consiguientes del consejo de Londres, para su puesta en ejecución.”

Nada más publicar esta nota, la Puerta envió a Adrianópolis a sus plenipotenciarios pidiendo la paz, que firmó el 2 de septiembre tal como le dictó el vencedor, con una cláusula diciendo que aceptaba todos los términos del acuerdo del 24 de junio de 1.827 y del protocolo de 10 de marzo de 1.829 y que se comprometía a trabajar con la alianza en su aplicación. No estuvieron conformes Francia e Inglaterra con la inclusión de esta cláusula, ya que la cuestión griega era un asunto común, y sólo tuvieron en cuenta como válida la nota del 28 de agosto.

Tales frutos obtuvo la terquedad del sultán, que siempre rechazó altaneramente las reiteradas peticiones de las cortes en favor de Grecia, provocó a la guerra a quien era más fuerte que él y puso en peligro su Estado irreflexivamente.

Los representantes de las tres cortes destacados en Londres, haciendo uso de los plenos poderes que les había otorgado la Puerta, emprendieron la tarea de establecer los límites del nuevo Estado.

El ministerio inglés consideró el tratado de Adrianópolis como la casi completa desaparición del imperio otomano y padeció tan gran rusofobia que, expresando sus temores al emperador Nicolás, decía que esta paz anulaba la independencia del estado otomano y que el sultán se sentaría en lo sucesivo en su trono por misericordia de su vencedor⁹⁸. Dispuesto a preservar de las garras de Rusia lo que se pudiera por vías diplomáticas, propuso en el consejo aliado la ascensión de la nueva nación griega a estado independiente. “Tanto miedo –decía el entonces ministro de asuntos exteriores, Lord Aberdeen, en la sesión del 14 de junio de 1.854 de la cámara de los Lores– levantó entre nosotros el tratado de Adrianópolis por los que supusimos peligros para la subsistencia del estado turco, que toda la política del gobierno se vio alterada para encarar una cuestión esencialísima. Ya referí en otras ocasiones que, al comenzar la guerra en Grecia y durante su progreso, nunca jamás Canning barajó en su mente el elevamiento de Grecia a reino independiente; tampoco yo

ni el duque de Wellington⁶¹ contemplábamos el resurgido estado griego como independiente, sino vasallo y sujeto a la soberanía del sultán, algo más o menos parecido a Moldavia y Valaquia. Pero, una vez firmado dicho tratado, me pareció, y estuvo de acuerdo conmigo el duque de Wellington, que la existencia del estado turco era por sí misma tan insegura, que era de lo más insensato crear un estado y ponerlo bajo la protección y soberanía de un imperio que no ofrecía ninguna seguridad para el provenir. Por esta razón propusimos a los aliados transformar en independiente aquella nación tributaria. Asintieron, consintió también la Puerta y, así, la existencia de Grecia como Estado independiente se debe a la impresión que nos causaron los términos del tratado de Adrianópolis^{7ah}.

Los plenipotenciarios de los aliados aceptaron la independencia del nuevo estado por estas razones, pero retrasaron la línea fronteriza diseñada en Poros por los embajadores hasta las fuentes del Aqueloo y el Esperqueo para hacer un favor a la Puerta, ya que se le privaba de los derechos concedidos sobre Grecia en el tratado de 24 de junio; y se dispusieron a buscar un mandatario supremo.

Cinco personas fueron llamadas sucesivamente por los plenipotenciarios de los aliados para ocupar la autoridad suprema del nuevo estado: Federico, segundo hijo del rey de Holanda; Carlos, hermano menor del rey de Baviera; Felipe, hermano del gran duque de Hesse-Coburgo; Juan, hermano del rey de Sajonia, y Leopoldo, de la casa ducal de Sajonia-Coburgo. Federico, Carlos, Felipe y Juan renunciaron a la dignidad ofrecida; sólo Leopoldo aspiraba a ella. Era, como hemos visto, la persona solicitada desde hacía tiempo por Grecia, plenamente convencida de que podía aportar lo máximo para la reforma gracias a sus cualidades personales, conocimientos políticos y la general estima de que gozaba con justicia; fue propuesto por Francia en el consejo y apoyado por Rusia; pero fue vetado por su suegro Jorge IV porque conservó las relaciones de parentesco con la princesa Carlota⁶², por derecho de consorte; se indignó más aún cuando este miembro de su familia invocó para cumplir sus deseos la protección extranjera, la del

⁶¹ El héroe de las guerras contra Napoleón era Primer Ministro desde enero de 1828.

⁶² Viudo de esta princesa, el candidato podía reclamar para sí el trono de Inglaterra algún día.

rey de Francia; decía abiertamente que, mientras él fuera rey, no reinaría Leopoldo; y proponía en su lugar a Carlos, duque de Mecklemburgo, con el decidido apoyo de su hermano, el duque de Cumberland; pero como su consejo de ministros le dijo que dimitiría si él no consentía, tuvo que ceder y, el 22 de enero de 1.830, los representantes de la alianza proclamaron el estado griego independiente bajo el gobierno hereditario de Leopoldo⁶³, al que nombraron Soberano de Grecia (Prince Souverain de la Grèce), con la anuencia en todo de la Puerta. Y todos los pueblos creyentes en Cristo saludaron con gozo la creación del nuevo Estado.

Hasta aquí lo que me propuse historiar. Paso ya a hacer un resumen de lo historiado.

⁶³ Ese mismo año renunció al trono de Grecia para poder acceder al de Bélgica, instaurando la dinastía que aún reina en dicho país.

EPÍLOGO

CARACTERÍSTICAS DE LA INSURRECCIÓN GRIEGA

La insurrección griega se diferencia de las demás por ciertas características de importancia. Fue una revolución que no trató de poner freno al absolutismo ni al despotismo, ni cambiar la forma de gobierno del territorio, ni romper los lazos con la madre patria. Su intención fue más tremenda y gloriosa, expulsar de Grecia por las armas a una estirpe de distinta religión que la esclavizó por las armas durante siglos y la trató hasta el fin como prisionera sometida a su alfanje.

En los tiempos modernos muchas grandes naciones, abrumadas por el absolutismo u oprimidas por un poder extranjero, han derrocado de sus cimientos lo establecido igual que Grecia, ya transformándose de monarquías en repúblicas, ya rompiendo en mil pedazos el yugo extranjero, pero estas naciones llegaron a tan excepcionales cambios sin ninguna premeditación. Guillermo Tell y sus compatriotas del cantón de Ur, juramentados en defensa de su oprimida patria, no se propusieron derribar el poder extranjero que la oprimía, sino sólo aliviar sus padecimientos a manos de dicho poder extranjero. La misma intención tenían los Países Bajos cuando se levantaron en armas contra la tiranía de Felipe II, aunque finalmente consiguieron la autonomía. Y los representantes de Inglaterra en tiempos de Carlos I ni se levantaron contra la autoridad real, aunque la abolieron, ni contra el rey, aunque lo decapitaron, ni para establecer la república que establecieron. Se movilizaron únicamente para defender los derechos políticos antiguamente adquiridos con gran esfuerzo y violentamente conculcados entonces y para salvaguardar el nuevo régimen, con el argumento de que el rey atentaba contra él. Otro comienzo tuvo, y otro final, la revolución francesa, que se propuso sin tapujos el derrocamiento de la monarquía de Luis XVI, aunque lo hizo con gran derramamiento de sangre. En un principio, América del Norte se levantó en armas contra su metrópoli por otros motivos que emanciparse de su tutela, como se emancipó. Pero Grecia se propuso, como proclamó ante

Dios y los hombres al comienzo de la contienda, tomar las armas para destruir el yugo extranjero y construir su nacionalidad e independencia. Hay que señalar esta diferencia de principio entre la revolución griega y sus hermanas.

También hay que resaltar la diferencia entre ésta y las demás en su cumplimiento. La insurrección griega culminó felizmente gracias a la noble y unánime colaboración de todos los pueblos cristianos, a la intervención armada y benefactora en su fase final de las tres grandes Potencias y al pleno consentimiento de todas las demás. Estas ayudas todopoderosas mostraron con toda evidencia cuán justa y sagrada era la causa griega, porque la política europea, que siempre estaba enfrentada, se puso de acuerdo por primera vez para apoyarla y prestó oídos a los preceptos salvadores de la moral y a la sagrada voz de la humanidad doliente.

Esta revolución presenta igualmente otra característica propia: estalló entre dos naciones que vivían en Europa, pero ignorantes ambas del arte de la guerra y la ciencia de la política, gracias a las cuales destacaba y destaca el resto del continente; y puede contemplarse como una anomalía política y militar en medio de los conocimientos políticos y militares de los tiempos actuales, que recuerda a menudo en muchos sucesos y aventuras la época heroica de la antigua Grecia.

Grecia presenta un fenómeno único por mar en la historia de las naciones a lo largo de su revolución. En muchas partes del mundo se levantaron pueblos y vencieron a ejércitos, pero jamás hubo ninguno que aplastara escuadras; esta gloria perenece tan sólo a los hijos de la mar griegos, los que con su arrojo y experiencia naviera transformaron inesperadamente sus endeble barquichuelas en temibles navíos de línea y atacaron como frágiles esquifes los temibles barcos de guerra enemigos con el fuego devastador.

Tampoco es de escasa importancia la extrema desigualdad en la situación militar de las partes que entraron en conflicto: una para conservar, la otra para romper el yugo. La parte que luchó sin ayuda de nadie durante muchos años para sacudir el yugo era veinte veces inferior a la otra y sus recursos, insignificantes, pues eran recursos de particulares frente a los de un imperio grandioso y antiguo. La fortuna y el inesperado resultado de esta desigualdad son capaces de señalar el camino, de inspirar gran confianza a los pueblos dolientes y ultrajados cuando, faltos de ingresos y de fuerzas, asumen con firme decisión la sagrada lucha por la fe y por la patria, por la libertad y la justicia, por el honor nacional y la prosperidad

frente a la ruina espiritual y material de la tierra patria, a la esclavitud y la injusticia, al exterminio de una nación y la miseria social.

Los resultados de la insurrección griega se revelaron gigantescos también en otro sentido, pues derribaron los afamados principios de la Santa Alianza, que condenaba cualquier cambio político efectuado por medio de la secesión y las armas; alteraron el sistema del equilibrio, siempre tan apreciado en la política europea, y despertando a la gloria y a la vida política a una nación arrojada desde hacía siglos al foso de la indignidad y la servidumbre, contribuyeron a derribar un imperio vasto y antiguo que había nacido, crecido, envejecido y muerto inculto, antisocial y bárbaro. En una palabra, la revolución griega rindió culto al ser humano más que ninguna otra, porque el más lucido, edificante y conmovedor de cuantos espectáculos presenta la historia en la escena del mundo es una nación caída que se yergue; el clarín de tal guerra es música celestial dirigida al Altísimo. Pero este espectáculo se vuelve más grandioso cuando la nación que se levanta tiene un ilustre origen; y un espectáculo de tal índole, espectáculo único en la historia del género humano, es el de la nación griega poniéndose de pie en medio de sangrientos, catastróficos y horribles combates, cuando desde siglos atrás yacía bajo una opresión de otro país y de otra religión, aunque nunca perdió por completo su personalidad, ni su dinamismo ni las reminiscencias de sus antepasados.

Digna de atento examen para todo hombre civilizado es la actitud errática de las grandes cortes para con la causa griega. Hemos visto cuáles eran al comienzo de la guerra sus voluntades y acciones contra unos hombres que intentaron al precio de su sangre sacudir el pesado, infame y salvaje yugo bajo el que lloraban desde hacía siglos. Aunque después de eso hemos visto que las circunstancias políticas que han afectado también a dichas cortes, igual que antes los dioses del Olimpo estaban sujetos a los designios del Destino, hicieron que, gracias a la inmovible firmeza de ánimo y a la gran solidaridad de todos los pueblos cristianos, borrarán ellas mismas lo que escribieron contra los griegos, derramarán su sangre por ellos, abrieran tesoros en su ayuda, proclamaran libre, autónoma e independiente a la castigada nación, saludaran a la bandera revolucionaria y garantizaran ante todo el mundo su existencia política independiente.

Es realmente digno de nota que los planes de las cortes sobre la causa griega no sólo fallaron, sino que terminaron siendo contrarios a su voluntad y su política. Ellas deseaban la integridad del imperio otomano, y

el imperio otomano quedó mutilado; deseaban la represión y el fracaso del movimiento revolucionario griego, y el movimiento revolucionario griego triunfó en medio de dificultades visibles e invisibles; deseaban una Turquía fuerte, y ellas mismas abatieron su fuerza en Neókastró; pugnaban por impedir por todos los medios la guerra ruso-turca, y la guerra ruso-turca acabó estallando. Tan imprevista e insegura es la política de los mortales, incluso la de aquéllos que se jactan de amplia inteligencia y de experiencia diplomática.

Tales son los rasgos dignos de toda atención de la insurrección griega, cuya historia he intentado escribir.

Los hechos se pueden dividir razonablemente en cuatro etapas: desde el comienzo hasta el desembarco de los egipcios en el Peloponeso; desde éste hasta el acuerdo del 24 de junio; desde después del acuerdo hasta la llegada de Kapodistrias, y desde la llegada de éste hasta que Grecia fue declarada estado independiente. La primera etapa abarca cuatro años, la segunda dos años y cuatro meses, la tercera medio año y la cuarta, dos. Cada una de ellas tiene rasgos particulares.

En el primer período destacan los padecimientos de los griegos a todo lo largo del imperio otomano: fueron destruidas ciudades y aldeas, aniquiladas poblaciones y profanadas las reliquias, y la lucha se vio envuelta en grandes riesgos; pero, en medio de los sufrimientos, los sacrilegios y los peligros, la lucha se robusteció y Grecia fue ensalzada; no obstante, esta etapa de reafirmación y glorificación de Grecia se vio empañada por convulsiones fratricidas.

El comienzo de la segunda etapa fue duro y luctuoso, pues aún duraban los desgarramientos civiles; pero en ella se derrotó valerosamente por dos veces a los enemigos cuando intentaron irrumpir en Mani y el griego hizo prodigios en Mesolongui, donde en medio del desánimo generalizado fueron los del lugar los primeros en decidir magnánimamente, como en el primer asedio, morir antes que rendirse.

En la tercera etapa llegaron las tres primeras cortes de Europa en auxilio de la amenazada Grecia, que hasta entonces luchaba en solitario contra las fuerzas unidas por tierra y mar de Turquía, Egipto y Berbería, y la libraron de los peligros que se cernían sobre ella, destrozando a sus enemigos en el mar.

Siguió el cuarto período, en el que se instauró el servicio militar, se reforzó la paz en el interior, se vio aliviado el pueblo, tuvo lugar la expedición francesa que obligó a los egipcios a volver a su casa, se expulsó por las

armas a la mayoría de los enemigos que quedaban más allá del Istmo, cesó por completo la guerra entre griegos y turcos, la Puerta humillada dejó la solución del problema griego en manos de los aliados y Grecia, después de cuatro siglos de cruel servidumbre, resucitó milagrosamente. A lo largo de todas estas etapas, se engrandeció la marina griega y todos los pueblos cristianos se mostraron como cordiales amigos de la causa griega.

Lector que estudias la insurrección, pan y agua de los pueblos con hambre y sed de libertad, esperanza de los oprimidos y apoyo de los enzarzados en guerra, y te sobrecoges por los éxitos de aquéllos que lucharon por tierra y mar sin ayuda durante seis años en esta guerra gigantesca y desigual: recuerda que la lucha fue por la fe y la recuperación de la patria y la libertad, es decir, la más sagrada y gloriosa de todas las contiendas; con tales precedentes, “ni multitudes de naves, ni adornos y brillos de blasones, ni gritos de guerra o cánticos bárbaros dan miedo a los hombres que saben entrar en combate y se atreven a luchar.”

Notas al final

NOTAS AL CAPÍTULO LXI

^a He aquí la carta completa:

“Ibrahim Pasha, valí de Creta y de Morea y almirante de la escuadra egipcia por la gracia de Dios.

Antes de salir de aquí para Mesolonguion habíamos recibido una carta tuya en la que solicitabas de nos que se te entregara un rai-buyuruldí en general para toda tu familia; por lo cual y movido por la compasión, tu petición obtuvo su objetivo y se te dio inmediatamente lo solicitado. Cuando llegué a Mesolonguion, se me informó de que tu padre, preguntado por los notables de vuestro sistema sobre por qué causa te decidiste a pedir tal buyuruldí, respondió que ese modo era quizá una forma de política para que no dejáramos arrasar su tierra, pues entonces estaba desprovista de tropas y de otros suministros bélicos.

Por lo cual se te ordena severamente que, al recibo de la presente, sin pérdida de tiempo y en el plazo de diez días, deliberes con los notables de tu tierra y vengáis todos juntos a nuestra presencia para que tu tierra sea puesta en seguridad, sin que recurras de ningún modo al engaño político, ya que en adelante no te aprovecharás de él en absoluto.

Previamente hemos pasado por Kalamata; que, no obstante, no hayamos entrado en tu tierra, no lo consideréis de otra manera que, movidos por la compasión para que no fueran esclavizadas vuestras paisanas, como las de otras regiones, y porque te habíamos concedido un buyuruldí, no sea que se proclame que os tenemos por *rai* (vasallos) y luego de pronto entremos en vuestra tierra. Tú bien comprobaste que respiramos humanidad y que hacemos la guerra con reglas, y con reglas tácticas reconocidas entre las naciones ilustradas. Así pues, como hemos dicho, apresura tu venida con los notables de tu tierra; de lo contrario y como desobedezas o recurras a tu anterior política, no te hagas a la idea de que no trataremos a tu tierra como al resto del Peloponeso ni dejaremos vestigio de casa alguna, y veréis como en el día del juicio daréis cuenta a Dios por todo cuanto sufra el pueblo inocente. Hazlo así decididamente y ten salud.”

NOTAS AL CAPÍTULO LXIII

^b Al pobre Koromilás lo clavaron por las manos sus conciudadanos turcos de Atenas en donde se encuentra hoy la fuente de la ciudad. A los tres días de la crucifixión, un albanés compasivo lo mató con su pistola.

NOTAS AL CAPÍTULO LXVI

^c He aquí la carta de Miaúlis al gobierno:

“Desde hace siete años no he cesado de luchar en la medida de lo posible en compañía de mis demás hermanos contra los enemigos de nuestra patria. Ni el conocimiento de mi incapacidad ni lo abrumador de la carga que la patria depositó sobre mí me han hecho desistir o ceder; consideraba el primer deber de un ciudadano hacer lo que se pueda por la salvación de su patria; pienso que lo he cumplido; si no he tenido éxito siempre, el fallo no es de mi elección; hace ya mucho que las esperanzas de la nación están depositadas en la llegada del genial marino cuyos brillantes logros hasta hoy prometen para nuestra patria la recuperación de su grande y terrible lucha. Ese hombre ha llegado y me congratulo por su llegada y su mandato, como toda la nación; la marina griega debe esperarlo todo bajo la dirección de tal comandante y soy el primero en estar dispuesto, en la medida de mis posibilidades, a afrontar a sus órdenes nuevos retos, difíciles en verdad para mí, tanto por mi edad como por mi inexperiencia, pero gratos a mi corazón, que nunca deseó nada más que el bien de la patria. Ruego a la respetable administración no dude de la sinceridad en la exposición de estos sentimientos míos.”

^d El teniente general don Andreas Metaxás y el general de división don Yenneos Kolokotronis han criticado algunos pasajes de esta Historia y, entre otros, han pretendido excluir como falso este escandaloso episodio. A cuanto ha sido escrito por ellos han respondido ya otros (Vd. *Atenea* del 14 de diciembre de 1857 y *Telégrafo de las Cíclades* del 4 de febrero de 1858) y yo mismo respondí en el *Esperanza* del 8 de abril del mismo año. Adjunto a continuación mi respuesta.

“En su número 1850, *El Siglo* ha publicado una carta del teniente general D. Andreas Metaxás al general de división Yenneos Kolokotronis concerniente a algunos puntos de mi obra histórica. He aquí mi respuesta:

El teniente general D. Andreas Metaxás, antes de exponer la cuestión y como si la credibilidad de mi obra dependiera del año en que pisé el suelo de Grecia durante la guerra, menciona dos o tres veces que llegué a Grecia en 1824; pues se equivoca; y si, dejando a un lado a muchos otros, preguntara únicamente a su amigo el general de brigada Sr. D. Yenneos, sabría que éste me vio en Makrynoros

en 1822, en la campaña dirigida por el Sr. Mavrokordatos, y que recuerda este encuentro nuestro en unas memorias no editadas que me dio a leer hace muchos años; estuve en Tripolitsá durante el feroz estallido de 1823 acerca de la presidencia de la Bulé, durante el cual el Sr. Mavrokordatos tuvo que refugiarse en Hydra, donde fui yo también pocos días después. Testigo de lo dicho es toda Hydra y el círculo del Sr. Mavrokordatos, refugiado allí entonces. En 1824 entré por primera vez en el parlamento como representante de mi tierra natal.

Para refutar lo que digo en mi obra sobre la división entre peloponesios y stereoeladitas y sobre ciertas disputas en el congreso de Trezén, dice el teniente general Sr. Metaxás que, como delegado en dicho congreso, puede asegurar con conocimiento de causa que los hechos historiados no tuvieron lugar. Mas yo también, como delegado en la misma asamblea y como miembro de la comisión para revisar la constitución, afirmo con conocimiento de causa que oí con mis propios oídos lo que escribo y vi la escena entre Kolokotronis y Kitsos con mis propios ojos; pero, para despejar toda duda, a causa de la contradicción entre el teniente general Sr. Metaxás y yo, adjunto los testimonios acopiados por mí de algunos de los delegados en dicha asamblea aún vivos, testigos presenciales de lo que escribo:

Testimonio de D. Tatsis Manguinas, actualmente senador:

‘Siendo delegado en el congreso nacional de Trezén, recuerdo muy bien la escandalosa confrontación que tuvo lugar en una de las sesiones esta violenta y cataclísmica discusión llegó incluso hasta el enfrentamiento a mano armada, de manera que se formaron dos pandillas rivales de peloponesios y stereoeladitas; menos mal que, gracias a la intervención de muchos hombres pacíficos, aquella tumultuosa escena terminó después de pasadas tres horas, en el transcurso de las cuales se cruzaron por ambas partes duras e insultantes palabras sin que el inferior respetase al superior y, mientras los unos ocuparon posiciones militares con los armas en la mano, los otros se encerraron en las casas; otros acudían con voces patrióticas para que no comenzara el tiroteo Es verdad, según su *Historia*, que aquel congreso empezó dividido y terminó con un egoísta aire de secesión entre el Peloponeso y Grecia Continental Hay que reconocer que la especie de la exclusión de Grecia Continental en el tratado la propalaron unos pocos aventureros y agitadores y nunca los peloponesios o una parte de la asamblea, lo cual se explica claramente en su *Historia*, págs. 327 y 348 [319 y 340 de esta 2ª edición], cuándo y con qué objeto se difundieron tales rumores.’

Testimonio de D. Yannakis Chatsí-Petru, actualmente senador:

‘. . . . Los hechos contenidos en la pág. 131 del tomo IV de la historia escrita por Vd. tuvieron lugar, desgraciadamente. Menos mal que los desbarataron la sensatez de los delegados y el patriotismo de todos.’

Testimonio de D. Anastasios Polyzoidis, actualmente vicepresidente del Areópago:

‘ . . . Por lo que concierne al altercado entre G. Kitsos y Th. Kolokotronis en el congreso de Trezén, de hecho es la pura verdad; lo recuerdan todos los delegados en Trezén que aún viven. Yo también lo recuerdo perfectamente, por lo que no dudé en reconocerlo ante Yenneos Kolokotronis, que me lo preguntó recientemente.’

¿No resuelven las dudas sobre lo anterior tales testimonios de personas tan destacadas?

Prueba fehaciente de la división es el decreto I del congreso para detenerla y acabar con todo recelo, que dice que el Estado griego se compone de todas las provincias que se han alzado en armas, que es indivisible e inseparable y que son comunes los derechos de sus ciudadanos y los bienes inherentes a la sagrada causa. El mismo objeto tiene el artículo IV de la constitución de Trezén, que dice que son provincias de Grecia todas cuantas tomaron y tomarán las armas contra el poder otomano.

El planteamiento de la inclusión o no de Grecia Continental en el tratado se suscitó no porque los peloponesios no quisieran su inclusión, sino porque el sultán sostenía que tenía sometido todo aquel territorio; también hubo discusión después en el Consejo Militar sobre demarcación de límites en el Istmo. Hablo de todo esto en el lugar correspondiente con la autoridad de notables documentos.

Pero el teniente general Sr. Metaxás en su carta y el general de división D. Yenneos en su fascículo aseguran que dije lo que no dije o lo contrario de lo que dije, que culpabilizo a los peloponesios de no querer que se incluyera Grecia Continental en el acuerdo de paz. Principalmente se empeña el general de división, con prolijos argumentos en su panfleto, en que los inculpo injustamente, pero ¿dónde está el testimonio, en qué parte mi Historia está la frase con la que los inculpo? Ciertamente que en aquel momento hubo muchos que dijeron muchas cosas, pero yo no sólo no suscribí la opinión que suscribían otros; no sólo no he dicho en ninguna parte de mi Historia que los peloponesios no querían la inclusión de Grecia Continental, sino que además estigmaticé dicha afirmación como calumnia. Véase lo que digo en la pág. 327 (319 en la 2ª edición) del tomo IV.

‘Por aquel tiempo, los adictos al gobernador hicieron correr el bulo de que los notables peloponesios en Egina se habían reunido y escrito en secreto al embajador de Inglaterra que el Peloponeso y las islas del Egeo eran suficientes para constituir un Estado griego. Al saber esto los del continente, que siempre abrigaban temores sobre el destino futuro de la tierra que los vio nacer, y creyendo que los que lo habían divulgado no mentían –se basaban en las estrechas relaciones que mantenían con el gobernador–, sufrieron una fuerte conmoción. Una especie tal, en hora tan crítica, era capaz de provocar horribles enfrentamientos. Al oír *el infundio* los notables del Peloponeso y enterarse de dónde provenía, fueron con el cuento al gobernador y lo

tuvieron claramente en contra desde entonces. Se lanzó entonces contra estos notables *una calumnia aún más horrorosa*: que habían jurado envenenar al gobernador. Esta invención fue difundida incluso fuera de Grecia, causando sensación por medio de algunos periódicos.’

Interpretando el primer decreto del congreso de Trezén, decía en la pág. 129 (126) del tomo IV que ‘mientras la comisión de gobierno (de la cual formaban parte los peloponesios, Zaímis, Petrobey, Diliyannis y Sisinis) *luchó franca y claramente para ser útil a Grecia Continental y consiguió su recuperación mediante los ejércitos que creó*, había quienes no cesaban de suscitar protestas en los mismos campamentos con el argumento de que, por medio del comité del congreso y por un acuerdo preexistente, trabajaba subrepticamente en la separación de Grecia Continental del resto de Grecia a cambio de contrapartidas en beneficio del Peloponeso.’

¿Inculpo y reprocho a los peloponesios con mis palabras, o los declaro inocentes proclamándolos paladines de Grecia Continental? ¿No digo en la pág. 136 (133) del tomo IV que jamás fue tan oída por los peloponesios la voz de los sufrientes stereoeladitas como durante el asedio de Atenas (es decir, cuando se estaba celebrando el congreso de Trezén) y que, aparte de los corintios expedicionarios en el momento, acudieron 2500 peloponesios para colaborar en la liberación de la acrópolis? Es verdaderamente incomprensible cómo palabras tan claras han sido tergiversadas y cuántas cosas se han escrito para desmentir palabras nunca dichas.

En lo que atañe particularmente a Kolokotronis, en ningún lugar de la *Historia* digo que expresó o defendió la idea de la no inclusión de Grecia Continental en el tratado; al contrario, en la página 10 del tomo IV digo para justificarlo que, si bien nunca hizo la guerra más allá del Istmo, sin embargo envió a muchos para reforzar a los combatientes de allí. En la página 180 (172) del tomo III incluí una carta suya a los stereoeladitas que nada puede desmentir y nadie puede dejar de reprochársela, en la cual los llamaba extranjeros del Peloponeso, les aconsejaba mantenerse alejados de los asuntos de su tierra y los amenazaba con un castigo si no le hacían caso. Pero dicha carta fue escrita casi dos años antes de que se reuniera al congreso de Trezén.

¿Por qué, pues, tanto ruido sobre la disposición de los peloponesios con respecto a los stereoeladitas, cuando todos decimos lo mismo sobre el tema y todos la elogiamos a una sola voz?

Algo más obre el comandante en jefe:

En el congreso de Trezén no se habló nunca de la jefatura militar del Peloponeso ni de la jefatura militar de Grecia Continental. Estas jefaturas las ostentaban respectivamente Kolokotronis y Karaiskakis, y las conservaron después de la comandancia general. Se trataba de la comandancia general de toda Grecia ¿Alguien cree que los peloponesios habrían aceptado un jefe stereoeladita, o los stereoeladitas uno peloponesio?

Kolokotronis fue nombrado comandante general sólo del Peloponeso por la gerusía peloponesia, a propuesta del ejército del Peloponeso tras la derrota de Drámalis, pero ¿lo ejerció? ¿Lo reconoció como tal el gobierno? ¿No abrogó el congreso de Astros incluso el cargo de comandante general, que poseía entonces Kolokotronis contra la opinión del gobierno y le disputaba Petrobey? Pero, al exponer lo de la comandancia general en Trezén, elogio tanto a Karaiskakis como a Kolokotronis diciendo que propusieron *por propia iniciativa* a Church como comandante general.

Lo de Miaúlis, traído por los pelos por el teniente general Sr. Metaxás como igual, es muy diferente, porque Kolokotronis y Karaiskakis, como se ha dicho, conservaron sus generalatos incluso después de la comandancia general de Church, mientras que Miaúlis, el primer almirante de toda Grecia, tras el almirantazgo de Cochrane siguió en su fragata como un simple capitán.

Vaya esto por lo que se refiere a la parte efectiva de la crítica, la única digna de cierta atención, para enmendar los fallos desde el principio al fin.

En Londres, 3/15 de Mayo de 1858.

Postdata.— A los testimonios presentados aquí sobre los sucesos de Trezén ha opuesto otros el general Yenneos Kolokotronis para refutarlos en el nº 1617 de *El Siglo*. A ellos respondieron los señores Yannakis Ch. Petru y T. Manguinas en el nº 950 de *Esperanza*. Yo me contento con reiterar que lo que escribo *lo oí de viva voz y lo vi con mis propios ojos*. Tenía razón Plutarco cuando dijo: “¡Tan grande es el trabajo que le cuesta a la Historia descubrir la verdad! Pues para los que vienen más tarde, el tiempo pasado se interpone y roba el conocimiento de los hechos; y las relaciones contemporáneas de las vidas y acciones, bien por envidia, bien por lisonja y adulación, corrompen y desfiguran la verdad.”

(Pericles 13)

NOTAS AL CAPÍTULO LXVII

^e Proclama de Cochrane.

“Vuestro más peligroso enemigo, la discordia, ya ha sido vencido. Ahora es fácil vuestra obra: en todas partes corre a las armas la juventud de Grecia, la suerte de la acrópolis no está en duda. Ahora que los sitiadores están rodeados, ahora que se impide el transporte de víveres, se cierran los estrechos y resulta imposible la retirada, está ya asegurada la libertad del clásico solar de Atenas, llamado por la divina Providencia

a ser de nuevo el hogar de la libertad, de la ciencia y de las artes. Sin embargo, griegos, no cejéis hasta el éxito final, no devolváis las espadas a las vainas mientras el salvaje turco domine un palmo del sagrado suelo que fue una vez de vuestros padres. Compitan por la gloria los jóvenes marinos junto con los héroes de tierra firme, corran a embarcarse en los barcos de la nación y, si no nos dan la independencia y todos sus derechos, bloqueen el Helesponto y lleven la guerra al imperio del enemigo, y entonces el inhumano sultán, el injusto asesino de sus siervos, el sanguinario déspota será aniquilado por sus servidores, entonces el poder musulmán será destruido de raíz, entonces la sagrada bandera de la cruz ondeará de nuevo sobre el templo de Santa Sofía, entonces el pueblo griego conquistará la autonomía y el buen gobierno: se construirán ilustres ciudades y la luminosidad de los tiempos venideros igualará a la de los pasados. Pero no penséis, griegos, que vuestra patria puede estar a salvo si no corre cada uno de vosotros valerosamente en su defensa.”

^f Vd. el acuerdo rechazado en la página 224 de la *Historia de Atenas* de Surmelis.

^g He aquí el acuerdo:

“Art. I. Todas las tropas de la guarnición saldrán con sus armas y pertenencias.

II. Todas las familias atenienses saldrán sin armas, pero con sus pertenencias, e irán a sus casas y lugares, donde me comprometo a darles sus propiedades, junto con la seguridad de sus vidas, sus honores y sus bienes. Y puesto que en estas familias hay viudas y niños menores huérfanos de padre, prometo que se les atenderá y se les dará por parte nuestra lo necesario para vivir.

III. Todos los musulmanes de cualquier edad y condición que se encuentren en la Acrópolis nos serán entregados.

IV. Todo el espacio hasta la playa de las Tres Torres, salvo el Havalé, estará libre de nuestras tropas.

V. Tres de nuestros oficiales, los llamados Gentiklides, de los cuales son Kaftan Aga, Tsohantar Aga y Selim Bey, junto con otros tres capitanes albaneses, dados como garantía en sus manos, acompañarán sus tropas hasta el punto de embarque, donde esperarán hasta que el embarque se complete.

VI. Para el transporte de los enfermos y heridos serán dados sesenta caballos por nuestra parte.

VII. La Acrópolis nos será entregada en la forma y en el estado en que se encuentra, es decir, con las municiones, balas y víveres que puedan encontrarse en ella.

VIII. Serán enviados a la Acrópolis tres hombres de nuestra confianza para comprobar si hay minas, como hemos oído, y esto se hará cando se firmen los acuerdos por su parte.

IX. Estos tres hombres, después que sean tomados como garantía en sus manos, serán entregados por su parte a cambio de tres vasallos, los cuales serán devueltos cuando la Acrópolis sea evacuada.

X. Si los tres hombres enviados a la Acrópolis vieran algún daño sucedido después de la firma de los pactos, ya sea en la fuentes, ya en la Torre, ya en otras partes de la Acrópolis, los pactos serán invalidados.

XI. Finalmente, se fijará una hora para el comienzo de la operación.

Prometo bajo juramento inquebrantable cumplir estas once cláusulas, sin diferencia con lo acordado.

24 de mayo de 1827

Visir Mehmet Reshid Pasha,

Gen. plenipotenciario etc.”

^h Vd. capítulo LXIX.

NOTAS AL CAPÍTULO LXVIII

ⁱ El lector encontrará tales salvoconductos en la página 516 de las memorias de Yenneos.

^j He aquí el intercambio de misivas sobre la sumisión, en la que se expresa con franqueza la noble decisión de los mesenios de morir libres (tomado de la *Historia* del protsosýnguelos Frantzís):

“Señores notables de Emlakia (Emblákika), Kutzok Mani, Nisí y Kalamata:

“El abajo firmante, kiaya bey del altísimo señor pashá nuestro, os hace saber que con toda la autoridad del altísimo señor nuestro he venido aquí para cortar, quemar y casi aniquilar todos los árboles que son útiles y necesarios para vuestro sustento; lamentando que la pobre gente experimente este castigo y destrucción de vuestros necesarios árboles, he juzgado razonable deciros que sin pérdida de tiempo deliberéis bien y abjuréis de los actos de secesión, y así mismo os aconsejo que vayáis a prestar pleitesia para evitar la cólera y la destrucción que probará todo vuestro humilde pueblo. Y si no vais, el pecado caerá sobre vuestras cabezas y os

veréis en el día del juicio; no hay necesidad de escribiros más sobre este asunto. Salud.

“Nisión de Kalamata, 22 de septiembre de 1827.”

Respuesta.

“Al muy eminente kiaya bey de Ibrahim Pasha.

Hemos recibido una carta tuya en la que dices que has sido designado por tu señor para cortar nuestras arboledas, y te respondemos: cuando los griegos decidieron que sacudiéramos el yugo de la opresión turca, tuvimos presente que, junto con los demás derechos del hombre libre, los cuales nos habían arrebatado y los cuales reconquistaremos, todo eso lo lleva en su interior o encima la tiranía desde el tiempo de nuestros padres, ya que está sometido al arbitrio de la tiranía. Que puedas cortarlos no nos resulta extraño, porque además de tantas otras iniquidades como las que hacéis cada día a la gente indefensa, podéis emprender lo mismo contra los árboles sin vida. No obstante, pensad que por todas estas acciones injustas se os pedirán cuentas, así como por el resto; por lo demás, en estas partes de Mesenia el general en jefe de las fuerzas del Peloponeso ha reunido un ejército; cuando queráis, luchad con él, no con la leña; nosotros te repetimos que estamos decididos a morir como griegos libres.

26 de septiembre de 1.827.

Los habitantes de las provincias de Mesenia.”

NOTAS AL CAPÍTULO LXIX

^k Todo lo que decía la Puerta en contra de Lord Strangford es cierto, mas no así lo que decía en contra de los representantes rusos.

^l Vd. capítulo LVI.

^m Vd. la proclama en el n° LIII del diario general de Grecia, 1.827.

ⁿ Sólo habían sido elegidos cuatro miembros.

^ñ La goleta griega *Aspasia* siguió a la escuadra durante once días, capturando dos cargueros.

^o Hay diferentes recuentos de las naves de esta escuadra y el modelo a que pertenecían, pero yo admito como fuente más segura el catálogo entregado a Codrington por el secretario del capitán bey al día siguiente de la batalla. Si se cuentan

los barcos que tenía antes Ibrahim, los enviados antes desde Constantinopla, al mando de Tahir Pasha y Patron Bey, y los últimos procedentes de Alejandría al mando del capitán bey y Muharrem Bey, el número resulta más alto, pero es probable que algunos hubieran partido entre tanto para otras misiones: hemos visto que nueve fondeaban en el golfo de Sálona. Según la relación del secretario, dos de los barcos de línea eran de 84 cañones y uno de 74; las cuatro fragatas egipcias de 64 y las demás de 48; las corbetas las había de 24 y de 18, y los bricks eran de 19.

p

Escuadra inglesa.

La *Asia* llevaba 84 cañones, la *Génova* 76, la *Albión* 74, la *Glasgow* 50, la *Cambria* 48, la *Dartmouth* 42, la *Talbot* 28, el *Rodas* 18, el *Mosquito*, el *Energetic* y el *Filomel* 10 cada uno y el *Hind*, 6.

Escuadra francesa.

La *Bratislava* llevaba 84 cañones, el *Escipión* 80, la *Tridente* 74, la *Sirena* 60, la *Armida* 42, la *Alción* 10 y la *Dafne*, 6.

Escuadra rusa

La *Ganguti* tenía 84 cañones, la *Azov* 74, el *Iezekiel* 74, el *Constantino* (sic) *Nevskii* 44, la *Provonoi* 42, la *Helena* 38 y el *Cástor*, 32.

^q Nueve días después de la batalla de Neócastro, Ibrahim la relató a Paget, capitán de una goleta francesa; edito aquí, por curioso y desconocido por nosotros, el informe de este capitán a su almirante de Rigny, hecho público en Dublín en 1837.

“Deseo, señor (dijo Ibrahim al capitán) que comuniqués fiel y exactamente las siguientes palabras al almirante de Rigny; y estoy convencido de que cumplirás sinceramente mi deseo.

Mal me definieron y bien me calumniaron al decir que falté a mi palabra. He aquí los incidentes en que se basa esta falsa acusación.

Días antes del desgraciado suceso del 8/20 de octubre, entré en conversaciones con los almirantes inglés y francés, en presencia de muchos de sus oficiales, y quedamos de acuerdo en aplazar toda hostilidad entre griegos y turcos hasta conocerse la contestación de la Puerta a las proposiciones de la alianza. Pregunté si se me permitía enviar víveres a Patras, donde éstos escaseaban; los almirantes dieron su asentimiento; pregunté si podía proteger los cargueros mediante barcos de guerra en caso de ataque por parte de los griegos; accedió el almirante inglés, pero propuso escoltarlos él mismo o asegurar de otra forma su navegación; sin embargo, yo me opuse por considerarlo

un atentado al honor de mi bandera; poco después zarparon los anglofranceses del puerto de Neócastro y yo despaché los cargueros a Patras, asignándoles algunos de guerra para protegerlos, pues supe que rondaban embarcaciones griegas. Te pregunto, señor, si debía haber actuado de otra forma y dejado morir de hambre a mis hermanos en guerra. Habiendo sabido después que lord Cochrane amenazaba Patras con una fuerza suficiente, zarpé yo y ordené que me acompañaran diversas fragatas, en la esperanza de prevenir todo enfrentamiento por medio de este despliegue y asegurar la llegada de los cargueros a Patras. Mientras, los barcos que zarparon antes encontraron a los ingleses y, a instancias suyas, dieron marcha atrás hacia Neócastro; me los encontré cuando venían de vuelta, reuní un consejo sobre lo que procedía hacer y, tras profunda reflexión, decidí aprovisionar Patras según mi primera intención, porque de esta forma ni faltaba a la palabra dada a los almirantes ni hacía maniobra alguna contra los griegos, que no ocupaban en ese momento ningún lugar a la redonda. Pero, al dirigirme hacia Patras, me encontré de nuevo con los ingleses y, conminado a volver atrás, regresé a Neócastro renunciando por el momento a mi primitivo plan; vuelto a Neócastro, me fui de allí otra vez por algunos días, mientras las flotillas inglesa, francesa y rusa merodeaban por la zona. Una fragata y un brick inglés franquearon el puerto sin señalización y, después de algunas vueltas por él, salieron de la misma manera. Tal conducta es, según creo, injustificable e inexplicable. El 8/20 de octubre, viendo mi lugarteniente que la escuadra aliada entraba en formación y, al parecer, en son de guerra, envió un bote al almirante inglés y le anunció que lamentaba ver tal fuerza irrumpiendo en mi ausencia y que los aliados podían entrar en conversaciones con los de tierra con toda seguridad, si querían, mediante la entrada de sólo algunos barcos, sin poner en peligro la paz. Te pregunto, señor, ¿encubría algún mal esta propuesta? ¿No era natural que el que estaba al mando reprobaba la entrada de tal fuerza y protestase contra ella, que superaba a la nuestra cuatro o cinco veces y era capaz de provocar hostilidades con su presencia enemistosa? El almirante inglés despidió el bote respondiendo que había venido a dar órdenes y no a recibir consejos. A las dos, entraron las tres escuadras y fondearon a tiro de pistola de la flota turca; una fragata echó el ancla junto a dos brulotes estacionados junto a la boca del puerto. Envío su bote por segunda vez el almirante de la escuadra turca al de la inglesa, pidiendo aclaraciones sobre estas operaciones hostiles, y el enviado fue tratado despectivamente, mientras la fragata anclada junto a los brulotes mandó sus botes a tomar posesión de ellos. Mientras tanto, hubo algunos disparos de fusil como señal de la batalla generalizada, que duró hasta el atardecer y durante la cual fue destruida nuestra flota, que constaba de tres navíos de línea, quince fragatas y muchos barcos de carga, y no estaba preparada para la lucha; el oponente se componía de diez navíos de línea y muchas fragatas y corbetas. Siendo así las cosas, ¿creen realmente los tres almirantes que han obtenido suficientes laureles derrotando con una fuerza superior a un contendiente que no esperaba ni provocó semejante confrontación, ni estaba preparado para la batalla o pensando en defenderse? ¿Y quién dio comienzo a los actos injustificados? Cada cual tratará de exonerarse, pero está fuera de toda duda

que la fragata inglesa intentó apoderarse sin motivo y sin razón de unos brulotes y que la justa oposición de sus tripulantes desencadenó el primer intercambio de disparos. Finalmente, soy consciente de no haber cometido falta alguna y aún no me explico qué fue lo que ha desencadenado tan inexplicable conducta. Las grandes Potencias muestran su deseo de hacer cesar el derramamiento de sangre en el Oriente, pero ved cómo sus almirantes tiñen de sangre las aguas de Neókaastro y cómo cubren todo el puerto de cadáveres que flotan entre las olas. Dicen que falté a mi palabra; si es necesario, estoy dispuesto a ir a París y a Londres para dar a conocer la verdad y, entonces, los que han vertido la sangre inocente afrontarán el oprobio y la vergüenza de su mala acción. Los barcos se fabrican para afrontar peligros en las batallas y las tempestades; no me apena tanto su pérdida; pero, al oír que contravine lo acordado, no puedo callar que es una vergonzosa calumnia.

Confío, señor, en que comunicarás a tu almirante palabra por palabra cuanto he dicho.”

Este informe confirma que Ibrahim dio a los barcos de carga una escolta de barcos de guerra, contra la explícita prohibición de los almirantes aliados.

NOTAS AL CAPÍTULO LXXI

^r Vd. capítulo XLI

^s Esta anécdota me la refirió el propio gobernador.

^t Vd. el informe del gobernador al emperador de Rusia en la página 112 del tomo I de su correspondencia, editada en Atenas en 1841.

NOTAS AL CAPÍTULO LXXIV

^u El 24 de agosto del año 1861 los restos de Hastings fueron trasladados al Arsenal, y sobre ellos se erigió un monumento más adecuado.

NOTAS AL CAPÍTULO LXXV

^v He suprimido por erróneo, como he comprobado después, lo que incluí en la página 291 del tomo IV de la primera edición sobre ordenamiento de la ley de notables, sobre reglamentación de la marina mercante y de guerra y sobre comités de justicia; pues en el primer caso, las disposiciones tenían como base la ley de notables vigente sobre elección, como yo mismo refiero en el capítulo LXXII, donde hay un

excurso sobre la organización administrativa. En el segundo, la reglamentación de la marina mercante y de guerra, que expongo y alabo en el mismo capítulo, fue votada con la aceptación del Panhelinión (Vd. decretos VI, XI, XII). En cuanto al último, vd. el decreto XVII, que contiene las razones de la absoluta necesidad de crear tales comités, a falta de juzgados regulares. Por los mismos motivos tuvieron que crear los gobiernos anteriores tales comités, igualmente prohibidos entonces.

^w Vd. n° 45 del Diario General.

^x Vd. n° 38 del Diario General.

^y Vd. n° 45 del Diario General.

NOTAS AL CAPÍTULO LXXVI

^z He aquí la carta en cuestión de Y. Mavromichalis al gobernador:

“Excelencia:

Cuando me dirigí con mis familiares a Mesenia a encontrarme con Su Excelencia para hablar con Vd., me habló Vd. sobre el escrito firmado que llevaba encima y le respondí. Una vez concluido su viaje y de regreso en Egina, envió Vd. a su seguro servidor y padre mío una carta en la que censuraba lo precipitado de mi iniciativa, y que ésta nunca sería aceptada por Su Excelencia. Excelencia, independientemente del tamaño de la falta y del castigo que requiera, oiga las razones de su seguro servidor y decida en consecuencia.

Su seguro servidor desconocía por completo dicho escrito y sólo fue informado en el momento de su llegada a Egina; fue entonces cuando D. Spyridon Kaloyerópulos, y con él el Sr. Yannetás, me hicieron partícipe de él dándome una copia y encargándome la conclusión de la parte final; a los dos días llegó a Egina su hermano, el Sr. Conde Viaros, y poco después me dispuse a hacerle una visita, acompañado por el Sr. Yannetás, y llegué a la playa de Egina, donde aguardaba el Sr. Yannetás; al día siguiente, en un encuentro con el Sr. Yannetás, me dijo que había hablado mucho sobre el asunto con el Sr. conde y que Su Excelencia quedaba agradecido en toda su extensión y, vuelto a llamar sobre las dos de la noche por su hermano en la playa de Egina, me entregó la carta de Vd. a mi padre, su seguro servidor, en la que decía que podía dirigirme en lugar de mi padre a Poros, donde hablaríamos sobre nuestras perentorias necesidades y haríamos otras propuestas a Su Excelencia.

Habiendo zarpado el Sr. conde, y tras él su seguro servidor, llegué a Poros, donde me recibió Su Excelencia fuera de su residencia; leí a Su Excelencia el

escrito, incluyendo en él nuestra decidida y cuidadosa actuación, como mostramos en su parte final. En conclusión, Su Excelencia me dijo: “Nosotros no instigamos a la conclusión del escrito pero, si lo ratificáis, podéis ponerlo en obra y nosotros quedaremos complacidos.” Dicho esto, concluyó la conversación. Así pues, Excelencia, ¿qué debía yo hacer? ¿Quién fue el promotor del hecho de este escrito? ¿A quién se dirige el justo reproche de Su Excelencia? Esta es la versión que ha circulado; como padre de todos los griegos, devolved lo justo al que lo tenga.

En Egina, a 27 de agosto de 1828.”

^{aa} El gobernador confesó a Klonaris que todo había sucedido por instigación de su hermano.

NOTAS AL CAPÍTULO LXXVII.

^{ab} Vd. el informe de Codrington al almirantazgo inglés de 25 de julio (6 de agosto) de 1.828.

NOTAS AL CAPÍTULO LXXVIII.

^{ac} Este hombre, de nacionalidad francesa, había llegado a Grecia hacía poco; con el grado de coronel, fue promovido al de general y general en jefe del estado mayor.

^{ad} He aquí la prueba, en palabras de los rendidos al general:

“Si bien el general D. Hypsilandis tenía todo el derecho, según el berén que nos concedió, a enviarnos a nuestro vilayet (provincia) por el camino que quisiera, sin embargo, a petición nuestra, decidió hacernos el favor de dejarnos ir a nuestro vilayet por el camino de Zituni; los abajo firmantes, en número de 107, besamos las manos de nuestro príncipe y juramos en nombre de nuestra religión que nunca más tomaremos las armas contra los griegos, dondequiera que se encuentren, ni molestaremos a ningún rayás; y si no lo cumplimos, que no muramos como turcos y que nunca nadie nos acoja ni nos conceda tregua, y nos dé muerte.

Dado en Steveniko el 2 de noviembre de 1.828. Para refrendar lo arriba escrito, firmamos a dedo.”

NOTAS AL CAPÍTULO LXXX.

^{ae} Vd. *George Canning and his Times*.

NOTAS AL CAPÍTULO LXXXI

^{af} El decreto no contiene la frase “proponiendo cada uno de los representantes a título particular tres candidatos”, pero así fue, al no acordar otra cosa los representantes.

NOTAS AL CAPÍTULO LXXXIII

^{ag} Esta carta de Aberdeen, enviada después de la paz de Adrianópolis al embajador de su corte en Constantinopla para su notificación a la rusa, se depositó en la oficina de la cámara de los comunes a mediados de junio de 1.856.

^{ah} Dijimos en el capítulo LXXIX que en otra ocasión el gobierno inglés propuso que se implantara en Grecia un Estado independiente, pero con la frontera terrestre en el istmo de Corinto. También el protocolo de 6 (18) de agosto de 1.829 es testigo de que, antes del tratado de Adrianópolis, el mismo gobierno propuso de nuevo, conforme a las informaciones de los embajadores de Inglaterra y Francia en Constantinopla, que se delimitaran ya las fronteras y se reconociera ya la plena y completa independencia de Grecia.



ISBN: 978-84-95905-52-9